

STENKLEWICH

LOS  
CRUZADOS

1

PG7158

.S4

C78

V.1



1020025879



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS CRUZADOS

53

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 0 N  
Núm. Autor 25120  
Núm. Adj. 34971  
Procedencia 8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Adquirió \_\_\_\_\_

®

71

OBRAS DE ENRIQUE SIENKIEWICZ

de venta en esta Casa Editorial

**QUO VADIS?** (4.ª edición, completa é ilustrada) 2 tomos.

**A SANGRE Y FUEGO.** 2 tomos.

**EL DILUVIO.** 2 tomos.

**PAN MIGUEL VOLODYOVSKI.** 2 tomos.

**MAS ALLÁ DEL MISTERIO** (Sin dogma) 1 tomo.

**LUCHAR EN VANO** (La Viuda).—En la costa azul. 1 tomo.

**SIGÁMOSLE!**—Bartek el Vencedor.—Diario de un Preceptor.—El Angel.—La misma dicha.—La cordura de los locos.—Oso. 1 tomo.

**EN BUSCA DE FELICIDAD.** (Por el pan).—Vida rústica. 1 tomo.

**HANIA.**—El Juicio de Júpiter. (1 tomo).

**LILIANA.**—El organista de Ponikla.—Janco el músico.—El Torrero.—Una corrida de toros.—Un sueño.—Sachem. 1 tomo.

**LA FAMILIA POLANIECKI.** 2 tomos.

**LOS CRUZADOS.** 2 tomos.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

LOS  
**CRUZADOS**

VERSIÓN ESPAÑOLA

de

**AUGUSTO RIERA**

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 226 Y 228

BUENOS AYRES

Maucci Hermanos

Cuyo, 1070

MÉXICO

Maucci Hermanos

1.ª Del Relox, 1

1901

34971

891.83-

S.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci

pg 7158

S4

C78

V.1

## LOS CRUZADOS

### PRIMERA PARTE

I

En Tinetz, en la hostería del «Liuty Tur» (Búfalo Salvaje) algunas personas, sentadas junto á un soldado oían la relación que hacía de las aventuras que le ocurrieron luchando en lejanas tierras, y al volver á su patria.

Era un hombre en el pleno vigor de sus fuerzas, alto, enjuto de carnes, de anchos hombros y espesa barba; el pelo recogido en una especie de red adornada de cuentas de vidrio le caía sobre una túnica corta, llamada «Kuntusc» en la cual se veían las huellas de la corona, y estaba ceñida al cuerpo por un cinturón formado de láminas de cobre del cual pendía un corto cuchillo de viaje.

Al lado del narrador sonreía un muchacho, de larga cabellera, que era quizá su compañero ó su paje, porque llevaba también un «Kuntusc» parecido al de aquél. Entre

sus oyentes estaban dos propietarios de Cracovia y tres aldeanos con casquetes rojos; el mesonero, que era alemán, llevaba un caftán amarillo con el cuello festoneado, y llenaba grandes tazas de arcilla de cerveza fuerte, escuchando con curiosidad la narración del soldado.

PERO CON MÁS ATENCIÓN LE ESCUCHABAN LOS DEMÁS ALDEANOS. En aquellos tiempos, no existía rivalidad alguna entre los que habitaban en la ciudad y los que vivían en el campo, y estos últimos eran considerados como cosa *des allerdurchlauchtigsten Königes und Herren* (del serenísimo Rey y señor) y gozaban de la general benevolencia, porque se les creía dispuestos siempre *ad concessionem pecuniarium*; y de aquí que á menudo se veía en las hosterías beber juntos á mercaderes y nobles, y no era raro que alguna vez, aquéllos pagaran por éstos.

No era raro, pues, que los tres aldeanos sentados en la hostería del Búfalo Salvaje indicaran al hostelero que llenase sus tazas é interrumpieran al narrador con exclamaciones de asombro.

—Mucho habéis corrido por el mundo, noble caballero, —dijo uno.

—Sí, muchas tierras conozco y quizás muy pocos de los que estos días van á Cracovia, la conozcan tanto como yo, —replicó el soldado.

—¡Cuánta gente! —añadió el soldado.—Se dice que el rey ha mandado tapizar toda la alcoba de la reina con un tejido de oro y perlas. En la plaza se celebrarán justas y torneos nunca vistos...

—Callate, Gamrot, no interrumpas al caballero, —exclamó otro de los asistentes.

—Callo en seguida, Eiertreter, pero me parece que también le gustará saber tales novedades, porque de fijo va á Cracovia.

—¡Se conoce que os volvéis viejo, Gamrot! habláis más que una cotorra.

—Pues te equivocas, hijo mío, aún tengo fuerzas para cualquier hazaña.

Aquel principio de querrela fué interrumpido por el caballero.

—Sí, voy á Cracovia, porque he oído hablar de las justas, y quiero medir mis fuerzas con las de los demás caballeros; y este muchacho que véis aquí, que es mi sobrino, á pesar de su temprana edad, ha hecho resonar ya en el campo muchas corazas enemigas.

Los ojos de todos se volvieron hacia el valeroso joven, que sonrió complaciente, y acercó á sus labios la pesada taza de cerveza.

El caballero continuó:

—Además, aunque tuviéramos intención de ir á otra parte, no sabríamos á dónde.

—¿Qué, acaso no tenéis casa, patria y nombre?

—Sí, me llamo Matzko de Bogdanetz, y mi sobrino se llama Zbishko. Tenemos por blasón una herradura.

—¿Bogdanetz? ¿dónde está este feudo?

—Decid, mejor, dónde estaba, porque ahora no existe ya. Quedó destruido en la época de la lucha entre Grimaldis y Nalencis. Todo lo incendiaron, y los pobres aldeanos, con los campos asolados, se retiraron al fondo de las selvas. Mi hermano y yo habíamos construido una casita que arrasó una inundación; murió aquél, y yo me encargué de su hijo. Entonces, Jasko de Olesnitz, enviado del rey Ladislao, alistaba guerreros para Polonia. Partí con él, y para hacer dinero, empuñé mis tierras, compré armas y caballos, y con este niño partí con Jasko.

—¿Con el muchacho?

—Sí, porque era muy fuerte, y tiraba al arco mejor que los ingleses.

—¡Qué listol!

—Llevaba ya casco, y apenas cumplió doce años, empuñó el escudo.

—Entonces había muchas guerras.

—Ya lo creo; por culpa de Vitoldo. Este príncipe mandaba los cruzados y cada año hacía correrías en Lithuania. Bajo sus órdenes, militaba gente de todos los países que cortaban las selvas y devastaron la Lithuania, entrando á saco en ella, por lo cual, sus pobres habitantes debieron abandonarle y buscar un asilo más seguro lejos de los alemanes.

—Aquí circuló el rumor de que los lituanos abandonaron también á sus mujeres y á sus hijos.

—Yo presencié aquellas campanas y podéis creer que á no ser por Moskogioff y Olesnitz... y un poquillo por nosotros, Vilna no existiría.

—Ya lo sabíamos. ¿Y no entregasteis la fortaleza?

—Creed que los lituanos son valerosos y sufridos; pero no pueden competir con los alemanes.

—¿Tan fuertes son éstos?

—Se estrechan unos contra otros y se precipitan sobre el enemigo como un muro de hierro. Y no creáis que sólo los alemanes sean bravos; en montón, cada uno por sí es valeroso... Todos ellos son soldados escogidos, capaces de arremeter sólo contra un grupo de enemigos y de ponerlos en fuga.

—De modo,—dijo Gamrot,—que toda esa gente es muy fuerte?

—Sí, unos, como los ingleses, tiran perfectamente al arco; los suizos destrozan cascós con sus mazas de armas, los cheques son muy diestros en el manejo del hacha, los franceses son corteses hasta cuando matan y saben batirse contra ginetes é infantes, murmurando palabras caballerescas. Como son muy religiosos, nos acusan de haber defendido á los sarracenos, y por eso cuatro de los nuestros se han de batir con otros tantos franceses en la corte del rey.

Una curiosidad vivísima se apoderó de los oyentes.

—¿Y quiénes serán los campeones nuestros?

—Vlotschiov, el castellano de Dobgín, Nicolás de Vasch-

muntor, Jasko de Zdakov y Jarosch de Cechov; todos son fuertes y expertos, y así manejan la espada como la pica y el hacha.

—¿Quién sabe lo que verán nuestros ojos! Dios quiera que no me engañe la esperanza, pero creo que los nuestros vencerán.

—Dios les proteja,—añadió uno.

—¡Y san Estanislao también!—dijeron otros.

Luego continuaron charlando, y uno observó:

—Habéis dicho que los alemanes y los demás caballeros, derrotaban fácilmente á los lituanos, pero ¿cuando se batían con nosotros, no hallaban mayores dificultades? Ea, alabad un poco á vuestros paisanos.

Matzko, que no era un fanfarrón, ni mucho menos, contestó con mucha reserva:

—Los que venían directamente de su país, nos atacaban con gran furia las primeras veces; pero cuando habían probado una ó dos veces la fuerza de nuestro brazo, iban ya con mayor cuidado. Nuestro pueblo, no teme á ningún otro de la tierra; de lo único que puede acusársele es de favorecer alguna que otra vez la causa de los sarracenos, pero esto, es una pura tontería, pues ya es sabido que el rey y la reina, han cristianizado la Lithuania y todos sus habitantes creen en Jesucristo, por más que algunos no sepan ni siquiera rezar.

Es sabido que nuestro Soberano, cuando sacaron al ídolo de la iglesia de Plotzk, y lo depositaron en tierra, mandó encenderle un cirio y sólo algo después supo por los sacerdotes que esto no era conveniente. ¿Qué se puede esperar de un ignorante? Los más, ratiocinan así; el sacerdote me ordena que me someta al bautismo; me dejó bautizar, que me encarga que me incline ante la imagen de Jesús, y me inclino. ¿Pero por qué he de dejar de presentar los nabos cocidos á los viejos ídolos y no les he de suministrar un poco de cerveza? Si no lo hago así, mis caballos se morirán, las yeguas se entristecerán y su leche sal-



drá mezclada con sangre y en los campos prosperará la cizaña.

Muchos aquietan de este modo su conciencia y son mal juzgados; creedme, no es por mala índole por lo que el pueblo piensa de este modo, sino por ignorancia, por miedo. Teme los ídolos... porque se acuerda que en otro tiempo tenía bosques, caballos y campos y ahora no posee nada; los campos están arrasados, el hambre se propaga y en las ciudades sólo se oye el triste tañido de las campanas, al que responde el gemido doloroso de las gentes hambrientas y dolientes.

Y cuando un lituano encuentra de noche un matorral, siente que el demonio le tira de los vestidos susurrándole al oído:—dame, dame algo... y él le da.

Hay algunos más atrevidos que los otros que no sólo no dan nada, sino que juegan pasadas al demonio; me acuerdo de un campesino que llevaba en un saquito de guisantes unos demonios... trece que se metieron dentro, y él tranquilamente los llevó a Vilna para venderlos a los padres Franciscanos que le dieron veinte skoitiz (1). Yo mismo he visto con mis propios ojos el saquito que echaba un hedor insoportable para todo cristiano. Así demuestran los demonios su miedo por el agua bendita.

—¿Y quién los había contado?—preguntó el comerciante Gamrot.

—El lituano, cuando se le metieron en el saco. Además, se les puede ver perfectamente a través del tejido; aunque nadie se arriesga a tocarlo.

—¡Qué cosas más extrañas!—exclamó un noble.

—Precisamente; y yo he visto muchísimas y muy singulares. Se dejan el pelo largo como las mujeres y a los nabos cocidos atribuyen la eualidad de proporeionar valor y fuerza al que los ingiere. Viven entre las bestias de tiro y carga, y comen y beben sin tasa ni medida; desprecian á

(1) Es una moneda antigua que corresponde á dos céntimos.

las mujeres casadas y respetan muchísimo á las muchachas que tienen la virtud de curar los cólicos por medio de fricciones con yerbas secas.

—En ese país se puede tener el cólico si los médicos son muchachas guapas.

—Decidlo si no á Zbishko,—respondió su tío.

Zbishko soltó tal careajada que hizo estremecer el banco en que estaba sentado.

—Os digo que las hay muy bellas, afirmó. ¿No era quizá muy hermosa Ringalla?

—¿Quién era esa?

—Qué, ¿no habéis oído hablar de Ringalla?—preguntó Matzko.

—Nunca.

—Es la hermana del príncipe Vitoldo, la mujer del príncipe Enrique.

—¿Qué decis? ¿El príncipe Enrique?... Sí, es verdad; hubo un obispo de este nombre que ya ha muerto.

—Sí, ese era; esperaba la absolución de Roma, pero la muerte se le anticipó; aunque estoy seguro de que no estaba Dios muy satisfecho de su conducta. Jasko de Olesnitz me envió á llamar por una carta, cuando al príncipe Vitoldo le ocurrió dirigirse á Rittersweder. En aquel tiempo, pues, Vitoldo estaba indignado y detestaba la guerra porque no pudo apoderarse de Vilna, y nuestro rey á su vez, estaba aburrido al ver la disolución de sus hermanos. Entonces trató con Vitoldo para persuadirle que abandonase á los cruzados y se sometiera á su autoridad á cambio de la gobernación de Lithuania. Vitoldo, que era amigo de novedades, escuchó con gusto las proposiciones. En aquellos días celebrábanse fiestas y torneos en los cuales tomaba parte el obispo por más que á los otros obispos les indignase aquello; pero él, hacía gala del valor y de la fuerza que poseía como todos los príncipes de Masovetzk, entre los cuales he sabido que hasta las mujeres rompen una herradura. Este príncipe derribó de su caballo á tres caba-

llos, y otra vez á cinco. A mi mismo me derribó y Zbishko fué botado de la silla. Los premios los otorgaba la bellísima Ringalla, ante la cual se arrodillaba armado de todas armas. Tan evidente era su amor, que los mismos clérigos que formaban su séquito tuvieron que advertirle con el codo mientras que el príncipe Vitoldo amonestaba á su vez á su hermana. El enamorado príncipe-obispo se concedió á sí mismo el permiso para casarse con la hermosa muchacha, imaginando que se lo concedería, sino el papa de Roma, el de Aviñón. El matrimonio debía celebrarse en seguida. Era una gran impiedad, pero Vitoldo no se opuso para no ofender al mensajero del rey, y se celebró la boda. Los novios partieron en seguida para Gurag con gran desesperación de Zbishko, el cual, siguiendo la costumbre alemana, había elegido á la princesa Ringalla por dueña de su corazón, y héchola juramento de fidelidad hasta la tumba.

—Sí,—interrumpió de repente Zbishko,—es verdad. La gente murmuraba que la princesa Ringalla comprendía que tal unión no podía ser acepta á Dios, y hasta se dijo que envenenaba á su marido. Al saber yo tal cosa, fui á ver á un ermitaño de Liublín, á fin de que me relevara de mi voto.

—Es verdad que era un santo hombre,—dijo Matzko,—pero no sé si podría relevarte de tu voto.

—Fui á verle en viernes, y le encontré rompiendo el hueso de un oso para chupar el tuétano. Me dijo que había obtenido el permiso de alimentarse así, y que cuando lo hacía gozaba por la noche de visiones luminosas y tenía el don de poder predecir lo que sucedería al día siguiente.

—¡Ja, ja!—dijo Matzko, pero lo cierto es que Ringalla es ya viuda y cualquier día te puede llamar á su servicio.

—Pues me llamará en vano; porque yo quisiera hallar una mujer que me enamore de veras y con el tiempo pueda ser mi esposa.

—Antes debes adquirir las espuelas de caballero.

—¡Bah!... Me parece que cuando para la reina habrá ocasión de ganarlas. Pocos serán los caballeros que asistan á las fiestas! No temo á nadie, porque si el príncipe Mosovetzk me tiró del caballo, fué porque éste flaqueó.

—Te digo que habrá caballeros más valerosos y fuertes que tú, porque á esas fiestas irán los mejores del mundo. ¿Te atreverás con ellos? Acuérdate que muchos no tienen competidor, ni entre los cheques ni entre los húngaros. ¿Crees quizás poder medirte con ellos? ¿Cuántos años tienes?

—Diez y ocho.

—Vaya, todos te vencerán.

—Lo veremos.

Matzko añadió:

—He oído decir que el rey recompensa con largueza á los caballeros que vuelven de la guerra lithuana. ¿Vosotros que sois de este país, podéis decirme si es verdad?

—Sí es verdad, mucha verdad,—contestó resueltamente uno de los nobles.—La generosidad del rey es conocida de todo el mundo; sólo que ahora será difícil llegar hasta él, porque Cracovia entera estará llena de forasteros que desean tributar al recién nacido grandes honores como homenaje á su real padre. Dicese que vendrá el rey de Hungría y hasta el César romano. Se afirma también que el papa Bonifacio desea la amistad y el auxilio de nuestro soberano contra su rival de Aviñón. Comprended, pues, que será muy difícil llegar hasta el rey, pero el que lo logre, será recompensado generosamente.

—Yo procuraré llegar hasta él y obtener una recompensa que tengo bien merecida á causa de los servicios prestados. Es verdad que poseo algunos bienes, gracias á la largueza del príncipe Vitoldo, pero la vejez se acerca y cuando el hombre empieza á perder sus fuerzas le es muy grato tener un refugio tranquilo lejos de la agitación del mundo.

—El rey prefiere á los que combatieron en Lithuania bajo las órdenes de Jasko de Olesnitz y volvieron cubiertos de gloria. A todos ellos les ha hecho grandes mercedes.

—Yo estuve de continuo guerreando á las órdenes del príncipe Vitoldo. Asistí al sitio de Vilna cuando el gran maestre Conrado al frente de un ejército numeroso asedió la plaza. En vano tratamos de destruir castillos y murallas con máquinas de guerra; en vano procuraron atraernos á emboscadas; no pudieron lograr su objeto y al retirarse habían perdido la mitad de sus hombres. También luché contra Ulrich Junghingen, hermano del gran maestre que gobernaba Sambia; éste tuvo miedo del príncipe y huyó llorando. Después obtuvo una tregua y se reconstruyó la ciudad. Hay un fraile que puede caminar sobre hierros candentes, el cual afirma que mientras el mundo sea mundo, Vilna no verá jamás bajo sus muros un soldado alemán.

En aquel instante el coloquio fué interrumpido por grandes voces que entraban por la entreabierta ventana. A la voz de los hombres mezclábase rumor de armas y relinchar de caballos.

Los de la hostería se asustaron por ser muy tarde y porque la luna alumbraba ya el ancho espacio.

El hostelero se asomó á la puerta y gritó:

—¡Llega una gran comitiva!

Apareció en el umbral un paje con vestido azul celeste y birrete encarnado, quien después de echar una ojeada á la habitación, dijo al hostelero:

—Limpiad las mesas y encended las luces. La princesa Ana Danuta pasará aquí la noche.

Dichas estas palabras salió y la habitación se llenó de criados que con gran prisa ejecutaban las órdenes del posadero.

—La princesa Ana Danuta,—dijo Tiertreter,—es hija de Keistut y mujer de Janush Masovetzk. Hace dos se-

manas que está en Cracovia, y ha visitado al príncipe Vatzlav en Jator.

—Me parece,—dijo un aldeano,—que lo mejor que podemos hacer es irnos á dormir al establo, pues no se ha hecho para nosotros tal compañía.

—Comprendo que viajen de noche,—dijo Matzko,—porque de día hace mucho calor, pero no comprendo cómo se detienen en una posada, teniendo á dos pasos un monasterio.

Y volviéndose hacia Zbishko:

—Es la hermana de Ringalla, ¿sabes?

—Ya lo sé, é irán con ella muchas jóvenes. Me alegro.

La princesa apareció en la puerta; era una mujer de mediana edad, el rostro sonriente, y llevaba una capa encarnada sobre un traje verde ajustado á la cintura por cinturón de oro, adornado con un artístico broche. Seguíanla jóvenes con coronas de rosas y lilas en la cabeza y el laud en las manos. Algunas llevaban ramilletes de flores campestres cogidas durante el viaje. Tras ellas entraron caballeros en gran número y bien pronto alegres cantos llenaron la estancia, porque la noche serena y la clara luz de la luna infundía en todos un suave contento.

Entre los caballeros había uno que llevaba un laud y otro que tenia un tímpano pendiente de la cintura; hasta una muchacha de unos doce años llevaba también un laud pequeño adornado con chapitas de cobre.

—¡Bendito sea el nombre del Señor!—exclamó la princesa deteniéndose en el centro de la estancia.

—Amén,—contestaron todos inclinándose.

—¿Dónde está el hostelero?—preguntó la hermana de Ringalla.

El alemán, oyéndose llamar, acudió y puso una rodilla en tierra, según costumbre de sus compatriotas.

—Deseamos reposar aquí y comer algo. Despachad, porque tenemos hambre,—dijo imperiosamente la princesa.

Los aldeanos habían ya salido; los dos nobles de aquella comarca, Matzko y Zbishko, se inclinaron nuevamente ante la bella Ana Danuta, é hicieron ademán de salir; pero la princesa les detuvo:

—¿Sois hidalgos? Permaneced aquí, y conoceréis á los que me acompañan.

La princesa citó el nombre, el país y el blasón de todos sus acompañantes y luego preguntó:

—¿Y vosotros, de dónde venís?

Cuando Matzko la hubo satisfecho, batió palmas en señal de alegría.

—No podéis figuraros,—exclamó,—cuán contenta estoy al veros.—Decidme algo de Vilna, de mi hermano y de mi hermana. ¿Vitoldo vendrá á Cracovia con motivo del parto de la reina?

—Querria hacerlo, pero no sabe si podrá. De todos modos, ha enviado á la reina una rica cuna de plata. Yo mismo con mi sobrino la he escoltado durante todo el viaje.

—¿Está aquí la cuna? ¡Cuánto me agradaría verla! ¿Es toda de plata?

—Sí, pero ya está en Cracovia.

—¿Y qué hacéis en Tinetz?

—Me he detenido para saludar á un pariente que es prior del convento, y para que los santos padres me guarden el botín que he cogido en la guerra.

—¿De modo que Dios os ha dado fortuna? Lo celebro. ¿Por qué mi hermano no podrá asistir al bautizo?

—Porque se prepara para declarar la guerra á los tártaros.

—Ya lo sé y lo siento, porque la reina no predice un feliz éxito á tal empresa, y ya sabéis que lo que profetiza ocurre siempre.

Matzko sonrió.

—Nuestra reina es muy sabia, pero con el príncipe Vitoldo irán muchos caballeros fuertes y valerosos y será difícil por lo tanto el triunfo del enemigo.

—Y vos, ¿no partís?

—No, al menos por ahora, porque fui encargado de la custodia de la cuna, y además, hace cinco años que no me quito la coraza. Cuando haya reposado, marcharé también y en caso de que no pudiera, haría que mi sobrino fuese á la guerra á las órdenes de Spiscko que es el jefe supremo.

La princesa Danuta miró el rostro varonil de Zbishko y le iba á dirigir la palabra, cuando entró un fraile del vecino convento, el cual después de saludarla se dolió de que no hubiese ido al monasterio en vez de detenerse en la hostería.

La princesa le contestó casi en broma diciendo.

—Sólo nos detenemos un ratito, y mañana temprano nos iremos á Cracovia. Ya veis que no había por qué molestar á los santos padres y causarles incomodidades.

Insistió el fraile, pero la princesa no se dió á partido, y dijo que al día siguiente iría á oír misa.

—Haremos decir una por la salud del príncipe, vuestro esposo.

—El príncipe os visitará dentro de cuatro ó cinco días.

—¿Dios lo tenga bajo su santa guarda!... Permittedme que nosotros, humildes siervos, os ofrezcamos un jarro de vino del monasterio.

—Gracias, gracias,—dijo la princesa.

Y cuando hubo salido el fraile, exclamó:

—Danusia, Danusia, siéntate y cántanos aquella canción que cantabas en Zator, ¿te acuerdas?

Colocaron un taburete en el centro de la habitación y la niña se sentó entre dos trovadores; llevaba un traje azul celeste, calzaba esarpines rojos de larga punta y ceñía su linda cabecita una corona de multicolores flores. De pie sobre el taburete, parecía un adorable querubín de los que pintan en los altares.

Se conocía que no era la primera vez que cantaba así, porque no demostró cortedad alguna.

—¡Canta, Danusia!—dijeron las damas.

La niña pulsó el laud, alzó la cabeza como un pájaro que rompe á gorjear y comenzó una canción con voz argentina.

«¡Ay! si Dios me diese alas,  
igual que los pajaritos  
hacia Jasko yo volara  
para fabricar mi nido.»

Los músicos acompañaron el canto con el laud y el timpano, y la princesa á quien gustaba mucho la música, sonreía á la niña que modulaba el canto como un ruiseñor del bosque.

«Me posara en el alero  
de su lujoso palacio  
y dijera ¡oh! Jasko mío,  
¿no te enternece mi llanto?  
y alzando al cielo los ojos  
y con las alas temblando  
entonara las canciones  
que enamoran á mi Jasko...»

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron la princesa y las damas.  
Zbisko, que desde su niñez estaba acostumbrado á las

duras fatigas de la guerra, y no había oído jamás cosa parecida, preguntó á uno de los nobles:

—¿Quién es esta niña?

—Una princesa, es la predilecta de la princesa Danuta.

—No lo estraño, porque parece un ángel. Cuanto más la miro más ganas tengo de mirarla. ¿Cómo se llama?

—¿No lo has oído? Danusia. Su padre, Jurand de Spichov, es un conde valeroso y potentísimo.

—¿Y quién es el caballero de esta niña?

—¡Oh! ¿no ves que todavía es tan pequeña?

De nuevo volvió á cantar Danusia y Zbisko miraba maravillado los blondos cabellos, la cabecita graciosamente inclinada, los ojos entornados... la luz de las bujías la iluminaba envolviéndola como en un nimbo de oro y un rayo de luna la enviaba un supremo saludo por la entreabierta ventana.

El apuesto mozo contemplaba á la niña; pareciale haberla visto otras veces, ¿pero dónde?... quizá en Cracovia, en el templo, en cuyos ventanales hay pintadas imágenes santas.

De nuevo preguntó al noble que estaba á su lado:

—¿Pertenece á vuestra corte?

—Su madre vino de Lituania con la princesa Danuta que la hizo casar con el conde Jurand de Spichw. Era una hermosísima señora, pero cuando hace cinco años, los alemanes se apoderaron de Zlotorii la pobre señora murió del susto y su hija, que es esta niña, fué adoptada por la princesa que cuida de su educación. Su padre no puede contemplarla sin que se le humedezcan los ojos porque le recuerda á su esposa muerta, para vengar á la cual ha jurado matar á cuantos alemanes caigan en sus manos.

Los ojos de Zbisko relampaguearon y las venas de su frente se hincharon.

—¿De modo que fueron los alemanes los asesinos de su madre?

—No, no la mataron, murió del susto. Hacía cinco años

que reinaba la paz por todas partes y nadie pensaba en la guerra... se viajaba libremente, sin temor. Así, el príncipe, debiendo dirigirse á Zlotorii para la construcción de una torre, como se acostumbra en tiempos de paz, no tomó consigo soldado alguno, sino unos cuantos ginetes. Ahora bien, sucedió que los alemanes, traidores como siempre, se echaron de improviso sobre ellos, matando á la mayor parte y llevándose prisionero al príncipe que sólo pusieron en libertad cuando el rey Ladislao les amenazó con declararles la guerra. Precisamente en estas circunstancias murió Ana.

—¿Estabais vos presente en aquella ocasión? ¿Cómo os llamáis?

—Nicolás Dlugoliass y de apodo Obuch. Vi cómo un fiero alemán que llevaba en el casco cimera con plumas se apoderó de la princesa... la pobrecita estaba pálida... entonces un hachazo me derribó, y no vi más. Mirad...

Y le enseñaba una ancha cicatriz que le llegaba de la frente al occipucio.

Después de un momento de silencio Zbishko, que miraba apasionadamente á Danusia, preguntó:

—¿Decís que no tiene aún caballero?

No tuvo tiempo de recibir contestación, porque uno de los trovadores, hombre corpulento, habiéndose levantado de golpe, hizo vacilar el taburete en que estaba Danusia. Esta se bamboleó, agitó los brazos en el vacío, pero antes que cayera al suelo, Zbishko, con un salto de leopardo, la cogió en sus brazos.

La princesa que había lanzado un grito de miedo sonrió, y cuando vió á la niña en brazos del joven, exclamó:

—¡Este es el caballero de Danusia! Acércate, buen mozo, y devuélveme mi cantatriz.

Zbishko se dirigió hacia la princesa sosteniendo á Danusia que con un bracito le rodeaba el cuello y con el otro sostenía el laud. A pesar del miedo experimentado, sonreía y echaba besos á las damas.

El joven la dejó junto á la princesa, se arrodilló y con un sorprendente atrevimiento:

—Gracias,—dijo,—ilustre señora, por vuestras palabras; justo es que la rubia Danusia tenga caballero, y que yo la elija por dama de mis pensamientos, cuyas alabanzas iré cantando por el orbe. Ya que lo habéis dicho, seré el caballero de Danusia y le juraré con vuestro consentimiento fidelidad eterna.

El rostro de la princesa expresó cierto asombro, no tanto por las palabras de Zbishko, sino por haber ocurrido tan impensadamente.

La princesa había oído hablar de parecidos juramentos, así es que no le pareció nada ofensivo lo que Zbishko proponía.

Por el contrario, gustóle que la niña á quien tanto amaba empezase á despertar los deseos de los caballeros, y volviéndose hacia ella, la dijo:

—¿Quieres tener caballero, Danusia?

Esta, con un graciosísimo salto, subióse sobre la falda de la princesa y besándola dijo:

—¡Sí, lo quiero, lo quiero!

La princesa se conmovió y sonrió, luego dirigiéndose á Zbishko, que continuaba extasiado viendo á la niña, le dijo:

—Veamos, ¿qué es lo que quieres jurar?

Zbishko dijo en alta voz ante la espectación de todos los cortesanos:

—Juro que llegando á Cracovia pondré en la plaza de armas mi escudo con esta divisa: «Danusia Jurand es la más bella y virtuosa niña del mundo y quien dijera lo contrario tendrá que batirse conmigo á muerte.»

—Bien, veo que conoces las costumbres caballerescas. ¿Qué más harás?

—Nicolás Dlugoliass me ha dicho que la madre de Danusia murió por culpa de un alemán que llevaba plumas en el yelmo; pues bien, juro ceñirme la cintura con rudo

cilicio hasta que haya arrancado á tres caballeros alemanes las plumas de sus cascos y ponerlas á los pies de Danusia.

El rostro de la princesa expresó gran pesar.

—Zbishki, ¿es serio tu juramento?

—Así Dios y la Santa Cruz me ayuden, este voto lo repetiré en la iglesia ante el sacerdote.

—Muy laudable es combatir á los enemigos de nuestra patria, pero tú eres joven, Zbishko y temo que te maten.

En aquel momento Matzko, que escuchaba en silencio, creyó oportuno intervenir.

—En cuanto á eso no os preocupéis, princesa. Bello es morir en el campo de batalla, luchando por la patria, por los hijos, por las damas dueñas de nuestro corazón. Zbishko conoce ya el rumor de las batallas, el choque de las picas, el fragor de las espadas hendiendo las brillantes corazas; ha combatido á pie y á caballo, con lanza y con cuchillo, con escudo y sin él, y más de un guerrero mordió el polvo bajo el vigor de su brazo.

—Ahora comprendo que tengo ante mí un prodigio de valor,—dijo la princesa.

Volviéndose entonces á Danusia, añadió:

—Siéntate aquí, en mi sitio; eres tú á quien se hace tal honra; ea, no te rías.

Danusia se sentó tratando de mostrar gran seriedad, pero los ojos se le reían y miró á Zbishko arrodillado y empezó á restregar un pie contra otro, como si de este modo pudiera aumentar su seriedad.

—Dale los guantes,—dijo la princesa.

Danusia alargó los guantes, Zbishko los tomó con gran respeto y acercándolos á sus labios:

—Los pondré en mi casco,—exclamó,—y ¡ay! de aquel que se atreva á tocarlos.

Después besando la mano y el pie de Danusia se levantó gritando:

—Adelante, hijos de perro; ¡adelante los que lleváis plumas en la cimera, adelante, os espero!

En aquel instante entró el fraile, que ya había estado allí, y con él otros dos más ancianos. Seguíanlos criados con vino y viandas. Después de inclinarse ante la princesa, la cumplimentaron y ofrecieron presentes, quedando acordado que al día siguiente la princesa junto con sus gentileshombres y con Matzko irían á almorzar al monasterio.

Zbishko había salido de la habitación para ponerse un traje más adecuado.

Rizó su pelo y lo recogió en una redecilla de seda con perlas negras. Se puso una túnica de seda blanca recamada de oro, y la ciñó á su cuerpo con un doble cinturón del cual pendía un puñal con mango de marfil y plata; las calzas magníficas eran á rayas rojas, verdes, violadas y amarillas. Los zapatos rojos y con punta larga, completaban el rico atavío.

Tan bello y elegante estaba Zbishko, que un murmullo de aprobación le acogió; la princesa admiró al mozo, y Danusia le salió al encuentro, y de buena gana le abrazara á no ser porque le rodearon los cortesanos cumplimentándole.

Cuando estuvo el joven á su lado se ruborizó estremeciéndose de alegría.

—¿Quién es?—preguntó uno de los frailes, designando á Zbishko.

—El sobrino de este caballero; y acaba de jurar hace un momento fidelidad á Danusia.

Los frailes no se asombraron del voto, porque era cosa corriente en aquella época; recordaron que la misma reina Edvigia cuando llegó de Hungría no había cumplido aún quince años, y tenía también innumerables admiradores.

Matzko, orgulloso de su sobrino, contaba á comensales

frailes cómo conquistó el traje que causara tanta admiración.

—Hace un año poco más ó menos,—dijo,—que los caballeros de Sajonia nos invitaron; tenían por huésped un guerrero de una comarca lejana que confina con la Frisia y á su hijo, joven que tenía tres años más que Zbishko. Ocurrió que en una fiesta, aquel ofendió á éste diciéndole que no tenía bigote ni barba. Impetuoso como es, le tiró de los suyos y por eso nos batimos á muerte.

—¿Cómo, os batisteis?—preguntó el caballero de Dlvogliass.

—El padre del insultador por su hijo, yo por Zbishko. Se acordó que los vencedores tomarían carros, caballos y criados de los vencidos; Dios nos ayudó y conseguimos vencer á los frisios; el botín fué espléndido: cuatro carros y otros tantos caballos; nueve criados y nueve armaduras completas, y además una cajita con el vestido que lleva Zbishko.

Los cracovianos y los hidalgos miraban con gran respeto á tío y sobrino y Obuch exclamó:

—Ya veo que sois valientes, y creo que Zbishko conseguirá arrancar las cimbras alemanas.

Matzko sonrió complaciente.

Mientras así se hablaba, los criados del convento habían sacado de los cestos los vinos y manjares y los de la posada servían platos calientes que despedían grato perfume de carne asada. En el sitio de honor sentóse la princesa que quiso tener enfrente á Zbishko y Danusia.

—Servíos del mismo plato,—dijo la princesa,—pero te recomiendo á mi sobrina, Zbishko, piensa que es muy joven todavía y no conviene que aproximes mucho la rodilla .. ¿me comprendes, verdad?

—¡Oh! ilustre señora, no temáis; dentro de dos ó tres años, cuando Dios me haya permitido cumplir mi voto, entonces sí me atreveré á tocar á Danusia, pero por aho-

ra, ni siquiera encontraré su piececito que no llega al suelo.

—Es verdad,—observó la princesa.

En el comedor, solo se oía el ruido de cuchillos y tenedores.

Zbishko la obsequiaba con los bocados más sabrosos y la niña sonreía contenta.

Los criados llenaban las tazas de vino esquisito, y después trajeron nueces recogidas en lejanas tierras. Zbishko las rompía entre sus dedos y ofrecía los gajos á Danusia.

Esta, se reía contenta, y la princesa preguntóle:

—Y bien niña, ¿estás contenta de tener un caballero?

—¡Mucho!—contestó la joven, y acercándose á Zbishko le preguntó:—Dime, ¿y mañana serás también mi caballero?

—Mañana y pasado y siempre hasta la muerte,—exclamó Zbishko.

La cena tocaba á su fin, algunos caballeros hubieran querido bailar, pero otros preferían oír de nuevo los cantos de Danusia y los trovadores, mas la niña que se había restregado varias veces los ojos con el dorso de la mano, inclinó la blonda cabecita y con inocente abandono la pasó sobre el hombro de Zbishko.

—Duerme,—exclamó la princesa.

—Ya lo veo, y me es muy grata su confianza.

Y así diciendo Zbishko procuraba estar inmóvil para no despertar á la querida niña que no se movió siquiera al oír la música y los cantos de los trovadores.

Al apuntar el alba, cuando las campanas de la iglesia conmovieron el aire, terminó la fiesta.

—Vamos á pie,—dijo la princesa, y tomando por la mano á Danusia, salió de la habitación siguiéndolas los cortesanos.

La luna palidecía ante la luz del alba.

El cielo era límpido y cristalino. Sobre las flores, sobre



las yerbas de los prados el rocío fulguraba en innumerables gotas de cristal.

—Dios nos promete una hermosa jornada, me parece que hará calor.

—No importa; las horas de más calor las pasaremos en el convento; y por la noche estaremos en Cracovia.

—Habrá grandes fiestas.

—Sí, cada día habrá torneos y juegos. Veremos cómo se porta el caballero de Danusia.

—Son muy fuertes esos dos guerreros.

—Quizás vendrán con nosotros.

El viejo Matzko se había acercado á su sobrino y le decía así:

—A decir verdad, no estoy muy contento de lo que ha sucedido, porque no creo que podamos sacar de ello ninguna ventaja; pero así quizás pueda acercarme al rey y obtener algún castillo ó alguna ciudad. De todos modos, compraremos Bogdanetz, porque era de nuestros padres y debe ser nuestro; ¿pero dónde encontrar aldeanos? Si vas á la guerra con el príncipe Vitoldo, quizás haréis muchos prisioneros tártaros, y entonces repoblaríamos nuestros campos. Matzko, que los amaba, soñaba ya con verlos poblados y florecientes.

Zbishko no se entusiasmaba como su tío, y dijo:

—Mala gente me parece para trabajar los tártaros. Hombres que se alimentan con carne de caballo no han de ser muy fuertes. Además, he prometido arrancar tres plumeros alemanes, ¿dónde encontrarlos entre los tártaros?

—Has hecho esa promesa porque eres un tonto.

—¿Un tonto? Mirad que va en ello mi honor de caballero.

—¿Qué vamos á hacer pues?

—Id vos sólo con Vitoldo, porque yo no voy.

—¿No tienes compasión de mis huesos?

—Aunque un árbol les cayera encima no los rompería.

—¿Quieres ser, pues, un bufón de la corte de Masovetz?

—¿Qué hay de mal en ello?

—Me prueba que no tienes ninguna afección por Bogdanetz; ¿cómo se puede cultivar la tierra sin brazos?

—No, decid sin tártaros. ¿Creéis acaso tan fácil atraparlos? Valiente botín vamos á cogerles. A lo sumo se les pueden pillar sus túnicas de cuero que no valen dos cuartos.

—El príncipe Vitoldo te recompensaría.

—Ya sabéis que á unos da mucho y á otros nada.

—Díme, pues, dónde quieres ir.

—Con Jurand de Spichov.

—¿Estás loco?

—No,—contestó Zbishko con calma;—según me ha dicho Obueh, Jurand quiere combatir á los alemanes para vengar á su mujer. Yo pelearé á su lado y, si Dios me ayuda, volveré cargado de botín y con algunos esclavos que os servirán aún más que los tártaros.

—No te hagas ilusiones; por ahora no hay guerra, y Dios sabe cuándo la habrá.

—La paz de ahora, es la misma que reina entre lobos y ovejas. Verdad es que el ejército no está en pie de guerra, pero de continuo hay querellas y desafíos entre los habitantes de la frontera. Acordaos de Nalencia, que hizo prisioneros á cuarenta alemanes, y no los soltó hasta que le hubieron entregado un carro de moneda. Pues bien, Jurand de Spichov se bate de continuo y nunca le falta botín.

Cesó de hablar el joven; la aurora incendiaba el firmamento, las ingentes rocas sobre las que se erguía el monasterio enviaban reflejos metálicos.

—Nadie sabe cómo ni cuándo ha de hacer su fortuna; ruega á Dios que te ayude,—dijo Matzko á su sobrino.

—Pero no me quitarás de la cabeza que quieres ir á ver á

Jurand, no para hacer la guerra á sus órdenes, sino por esa chiquilla.

—No habléis así, tío, ¿no veis qué hermosa es Danusia?

—¿Qué me importa su belleza? Cásate con ella cuando sea tiempo, ya que después de todo es hija de un hombre poderoso.

El rostro de Zbishko se serenó.

—¡Quién sabe! la verdad es que no quiero yo á otra mujer. Cuando seáis viejo cuidaréis de nuestros hijos.

Matzko sonrió, y secando una lágrima que se escapaba de sus ojos:

—Así sea,— exclamó;—Dios me conceda esa alegría en la vejez y la gloria eterna en la otra vida.

La princesa, Matzko y Zbishko, habían estado ya en Tinetz varias veces, pero los caballeros del cortejo no lo conocían, y miraron con verdadero asombro aquel edificio que se erguía sobre el abismo y estaba coronado de filigranas de piedra.

Los muros macizos, el estilo severo de ventanas y puertas, producían impresión de riqueza, seriedad y bienestar. Los caballeros que llegaban á Masovia quedaban más admirados que los otros, pues jamás en su provincia habían visto tal suntuosidad.

La princesa, que igual que sus damas sentía la belleza de cuanto la rodeaba, rogó á uno de los monjes que le contase la vieja y espantosa leyenda de Valgher el Valeroso, que oyera ya una vez en Cracovia, pero de un modo incompleto.

El monje se excusó diciendo que Gildhuf, que había visto á Valgher en una noche tenebrosa, le contaría mejor que él.

A Gildhuf, pues, que era otro fraile ya anciano, le preguntaron las mujeres:

—¿Es verdad que lo habéis visto con vuestros propios ojos, padre?

—Sí, lo he visto,—contestó el monje con grave acento;—hay día en que por la voluntad de Dios, las almas condenadas abandonan el infierno y aparecen de nuevo en el mundo de los vivos.

—¿Cuándo sucede eso?

—Es creencia popular que el espíritu de Valgher aparece á las gentes, cuando se rebaja la disciplina de alguna orden religiosa. Su aparición no presagia nada bueno.

—No quisiera yo verle,—exclamó la princesa persignándose.—¿A qué se debe que Valgher esté en el infierno? He oído decir que no cometió otro delito que vengar una ofensa recibida.

—Aunque pasara toda su vida en oración,—contestó rudamente el monje,—estaría condenado, porque sus primeras culpas no fueron borradas por el agua santa del bautismo.

La princesa frunció el entrecejo, porque pensaba que su padre, á quien amaba tanto, había muerto pagano, y debía sufrir también las penas del infierno.

—Esperamos vuestra relación,—añadió al cabo de un momento.

El padre Ghildulf empezó:

—En tiempos paganos vivía un conde potentísimo llamado Valgher el Valeroso. Todas estas tierras le pertenecían. Sus rebaños eran innumerables. En una ciudad poseía una torre llena de tesoros parecida á la que los templarios tienen en Malborg.

—La tienen efectivamente,—observó la princesa.

—Tenía una fuerza tan extraordinaria que era capaz de

deseñar una encina. Era buen mozo y tocaba el laud como el mejor trovador. Habiéndolo visto la hija del rey de Francia, se enamoró de él y huyó en su compañía á Tinetz. Allí vivieron cometiendo grave pecado, porque su unión no había sido bendecida. Cerca de allí vivía un noble llamado Vislaw, el Bello; Valgher le había hecho prisionero, sin contar con que se vengaría atrozmente de su bárbara conducta. Ghelgunda, la mujer de Valgher, se enamoró de él, y entre los dos aprisionaron al marido, á quien llevaron al castillo de Vislaw, donde habitaba Ringa, hermana de éste, doncella que habiendo oído cantar á Valgher se enamoró de él, y pidió á su hermano la libertad. En cuanto la obtuvo, cayó sobre el raptor de su mujer, mató á uno y á otra, y llevó á Ringa á Tinetz.

—¿No tenía razón acaso?—preguntó la princesa.

—Quizás si hubiese sido cristiano y hubiese dado la tierra de Tinetz á los benedictinos, se hubiera hecho perdonar su culpa, pero como no ocurrió así, se fué en derecho al infierno.

—¿Había ya benedictinos en aquel tiempo?

—No, entonces eran todos paganos.

—En tal caso, ¿cómo podía ser bautizado Valgher?

—Era imposible... y por eso se lo tragó el infierno.

Habían llegado entonces los expedicionarios á la entrada principal del convento; en el umbral, estaba el prior rodeado de todas las dignidades de su orden.

Era un hombre de alta estatura, de rostro demacrado é inteligente; tenía el pelo gris; una cicatriz de su frente indicaba que en su edad juvenil había sido un guerrero famoso; los ojos penetrantes y negros brillaban bajo las espesas cejas.

Vestia un hábito parecido al de los otros monjes, y sobre él, llevaba una capa negra forrada de seda roja. Rodeaba su cuello una cadena de oro con una cruz incrustada de piedras preciosas, que era el distintivo de su grado.

Salió al encuentro de la princesa con gran cortesía y

humildad, recordando las mercedes recibidas de su marido.

Después de inclinarse profundamente, el prior levantó la mano y dijo estas palabras:

—Sed bienvenida á esta casa, ilustre princesa y ojalá nuestro santo patrón te proteja y te ampare.

—Gracias,—dijo con sencillez la princesa,—hemos venido para oír misa y ponernos bajo vuestra protección.

Y tendió la mano al prior, quien, á fuer de hidalgo, la besó.

La princesa estaba muy conmovida escuchando el alegre repiqueteo de las campanas que la infundían suave melancolía y advirtiéndolo cariñosamente que era recibida.

Durante la misa tocó el órgano, cosa rara en aquellos tiempos, y su melodía fué repetida por los ecos de las anchas naves, tan pronto fuertes y terribles como el huracán, como ténues y blandos al igual del canto de los pájaros. El rostro de la princesa estaba conmovido porque comprendía el alma de la augusta señora la grandeza de las obras del creador.

También rogaban aunque con menos devoción las demás personas de la corte. Las damas estaban de rodillas delante de los caballeros; Zbishko invocaba la celeste protección, y de vez en cuando miraba á Danusia que con los ojos entornados rezaba al lado de la princesa.

Casi se arrepentía el joven de haber jurado fidelidad á una niña; pero lo había jurado y el cilicio apretaba ya su carne desde hacía algunas horas.

Era preciso que cumpliera su voto, que arrancara los plumeros de los alemanes.

Entre los que seguían á los templarios, lo llevaban solo los condes, y aun no todos. Zbishko pensaba que á no declararse la guerra, podrían pasar muchos años, sin que le fuera dable arrancar los penachos. Además recordaba que no podía batirse con ningún caballero porque él mismo

no lo era. Pero tenía la esperanza de serlo en los próximos torneos, gracias á la munificencia del rey.

Cuando tales pensamientos le asaltaban, una f3rvida oraci3n subía hasta sus labios y tembloroso y emocionado decía:

—¡Oh, Dios mío! haz que estalle la guerra entre cosacos y alemanes y templarios! Son enemigos de tu reino y de todas las naciones; haz, pues, que venzamos, ya que ellos, sirven más al demonio que á Ti...

Lloraba el gallardo mozo y su oraci3n le proporcionaba suave consuelo...

—Si puedo conseguir comprar de nuevo nuestras antiguas tierras, regalaré á la iglesia cuanta cera pueden elaborar las abejas en un año. Jesús recibirá contento este don, y para obtenerlo antes, me ayudará en mis empresas.

Tal razonamiento le parecía natural y le confortó; pensaba que Dios le ayudaría y sentía tal fuerza y tal ardor, que en aquellos instantes no hubiera dudado en acometer á un escuadr3n entero. De buena gana hubiese prometido á Danusia un par de esclavos alemanes, pero su buen sentido le dijo que no era conveniente abusar de la paciencia de Dios.

Su alegría creció de punto cuando después de la misa, oyó la plática que el prior hizo á la princesa.

En aquellos tiempos, las esposas de los príncipes y de los reyes se mostraban muy benévolos en favor de los templarios.

Pero Ana Danuta que había recibido muchas ofensas de ellos, les odiaba con toda su alma, y cuando el prior le habló de la triste suerte de Masovia, ella á su vez se quejó de los templarios.

—¿Cómo puede prosperar un principado que tiene semejantes vecinos? Se cree uno vivir en paz con ellos, se tiene relaciones de amistad, y de repente, sin motivo nin-

guno, se despierta con la punta de la espada en el cuello ó con el techo ardiendo sobre la cabeza.

Así sucedió hace poco tiempo con un castillo cercano á la frontera. Los templarios escusaron su acci3n diciendo que aquel castillo era para ellos una amenaza continua; pero ¿cómo negar que los príncipes tienen derecho á construir en sus tierras todos los castillos que estimen necesarios para su defensa? La poderosa Orden no conviene ni á los débiles ni á los fuertes porque á unos oprime y á otros arruina. Aquel que á los templarios hace un bien recibe mal en pago; ¿qué orden religiosa ha recibido tantos auxilios de los polacos como los templarios? ¿Cómo les han pagado? Con la perfidia, con el hurto, con el odio, con la guerra.

Inútil sería quejarse de ellos al papa, porque fuertes como son, ni le escuchan ni le obedecen. Ahora, con ocasi3n del parto de la reina, enviarán mensajeros y embajadores; pero seguro estoy de que todo ello es pura pamplina, porque lo que desean es la ruina de Polonia.

El prior había escuchado con atenci3n, y luego dijo:

—Sé que el jefe de la embajada que va á Cracovia es Liechtenstein, un caballero muy estimado de su orden por su origen, por su inteligencia y por su valor. Quizá le veáis pronto, ilustre señora, porque me ha ofrecido detenerse en este monasterio.

La princesa añadió:

—Afirma la gente que muy pronto estallará una gran guerra; por una parte, Polonia y todas las naciones afines; por otra los alemanes y las órdenes religiosas. Parece-me que acerca de esta guerra hay una profecía de santa...

—Brígida, —exclamó el prior, —la hizo hace cerca de ocho años de un modo solemne.

Al oír aquellas palabras Zbishko no pudo ocultar su alegría y preguntó:

—¿Estallará pronto?

El abad no le contestó fingiendo no oírle y la princesa continuó:

—Nuestros guerreros desean esa guerra, pero los más prudentes piensan que los alemanes quizá queden vencidos, pero que los templarios son invencibles, pues contra ellos no hay fuerza humana que prevalezca.

Ana Danuta, asustada de sus propias palabras, miró al prior y añadió en voz baja:

—Llevan la Cruz del Señor, ¿quién se atreverá á batirse con ellos?

Hubo un momento de silencio, y después Obuch, que había recorrido el mundo entero, dijo:

—He estado prisionero de los templarios y he visto la procesión de las Santas reliquias; sin ellas, no tendrían tanto poder.

Los benedictinos se volvieron hacia él y con gran curiosidad preguntaron:

—¿Tienen muchas?

—Sí; poseen un girón de la túnica de la Virgen, un diente de María Magdalena, la mano de san Liborio y un hueso de san José.

—¿Cómo será posible guerrear contra ellos?—dijo suspirando la princesa.

—Ahora,—dijo el prior,—es difícil, porque son caballeros de Cristo y llevan la Cruz; pero cuando con sus pecados hayan colmado la medida, entonces, hasta las reliquias de los santos conspirarán contra ellos á fin de que sean vencidos. Pidamos al Señor que proteja el país cristiano, y confortémonos pensando que si al fin acaba la guerra, también nosotros tenemos reliquias que nos protegerán. Dios dijo un día á santa Brígida que llegaría un tiempo en que á los infieles les caerían las muelas y verían cercenadas sus manos y sus piés.

—Ojalá,—exclamó Zbishko.

Caballeros y monjes asintieron á la exclamación del joven.

El prior continuó:

—Creed en la palabra de Dios, princesa; pensad que los días de vuestros enemigos están contados y aceptad benévola y esperanzados; nadie dudaba de que aquel don atraería las bendiciones celestes sobre todos. Hasta Zbishko estaba contento; parecía que la guerra empezaría tan pronto como terminaran las fiestas de Cracovia.

La princesa tendió la mano arrodillándose y acercó a sus labios el cofrecito. Los cortesanos se mostraban contentos y esperanzados; nadie dudaba de que aquel don atraería las bendiciones celestes sobre todos. Hasta Zbishko estaba contento; parecía que la guerra empezaría tan pronto como terminaran las fiestas de Cracovia.

IV

Era más de medio día cuando la princesa con su séquito salió del convento y se dirigió hacia Cracovia.

Los caballeros de aquel tiempo, al entrar en las ciudades ó en los castillos de sus amigos, revestían á menudo su armadura, que se quitaban apenas pasado el umbral de la puerta.

Entrar armado tenía algo de magnificencia y aumentaba el prestigio de los caballeros. Por eso Matzko y Zbishko se pusieron las mejores corazas ganadas á los caballeros de Frissia. Obuch, expertísimo conocedor de objetos militares, advirtió en seguida la riqueza de aquellas corazas que juzgó forjadas por los mejores forjadores de su tiempo y dignas de cambiarse por una gran posesión.

Tío y sobrino iban sentados sobre sillas de una altura extraordinaria; en la mano llevaban una larga pica, al cinto una espada, y colgada de la silla una hacha. Los escudos los dejaron en los carros, pero hasta sin escudo pa-

recla que partieran para la guerra, y no que entrasen en una ciudad amiga. Detrás de los caballeros seguía la carroza en que iban la princesa y Danusia, junto con dos damas más de la corte. La princesa, de cuando en cuando sacaba el cofrecillo con la reliquia de san Ptolomeo y lo acercaba á sus labios.

—¡Cuánto me gustaría verla!— dijo, —pero no me atreveré á ello por no ofender al santo.

Obuch, que cabalgaba á su lado, añadió:

—No lo abráis, pero guardadlo siempre.

—Sí, tenéis razón. Hacia tiempo, —prosiguió, —que no sentía tanta satisfacción como hoy, y esto se debe sin duda á esta santa reliquia que me ha tranquilizado, pues así ya no temo el poder de las que tienen los templarios.

—Tenéis razón, dijo Matzko, —también en Vilna los templarios enseñaban muchas reliquias para hacer creer al pueblo que combatían contra paganos. Pero nosotros, que veíamos que con el hacha hendíamos los cascotes de los templarios y hasta sus cabezas, no dábamos gran valor á sus aspavientos. Negar que los santos nos prestan su ayuda sería un pecado; pero únicamente ocurre eso cuando se lucha por la buena causa. En cuanto á reliquias también nosotros tenemos; ¿no hay acaso en el convento de la Santa Cruz un trozo de aquella en que murió el Salvador?

—Sí; pero nosotros la tenemos en el convento, mientras ellos la llevan consigo.

—Tengo yo para mí, que lo mismo son eficaces las reliquias de lejos que de cerca.

—También lo dicen los obispos, —añadió Obuch. —Considerad qué distancia hay de aquí á Roma, y sin embargo el Papa nos gobierna.

Estas palabras persuadieron á la princesa, que muy contenta se puso á hablar de las fiestas que iban á celebrarse en Cracovia. Después habló de las riquezas del convento que acababan de abandonar.

—Me gustaría, —dijo la princesa, —morir y vivir en este edén.

—El Señor sonrió al crear esta comarca, —dijo Obuch, —y su bendición le protege.

—Lo que me maravilla es que Valgher pueda aparecer en Tinetz á pesar de que las campanas doblan siete veces por lo menos cada día.

Aquella observación impresionó á Nicolás Dlugoliass, quien después de reflexionar un momento, dijo:

—Es preciso recordar que la omnipotencia de Dios es infinita, y que Valgher, cada vez que quiera aparecer, tiene que pedir permiso.

—De todos modos me alegro haber estado en el convento en hora en que no aparece el difunto.

—¿Quién sabe? dicen que era muy hermoso.

—Aunque lo fuera, no me atrevería á besar su boca, pues debe vomitar azufre.

—¿Veis? hasta cuando se trata de los demonios, pensáis en los besos.

La princesa, Nicolás y cuantos oyeron aquella observación, se echaron á reír.

—No mentéis la soga en casa del ahorcado; dicen que el espíritu de Valgher aparece muchas veces en estos bosques, especialmente por la tarde. ¿Quién sabe si nos habrá oído y de repente se presentará con el aspecto de un gallardo mancebo?

—¡Protejednos, Dios mío! —dijo una de las damas.

En aquel instante Matzko, que veía gran extensión de camino desde su alta silla, paró de repente el caballo, y dijo:

—¡Santo Dios!

—¿Qué hay?

—Un caballero que se adelanta.

—Es él... —dijo Zbishko; —el terrible Valgher.

El cochero, asustado, soltó las riendas y se persignó;

también él había visto la gigantesca figura de un jinete cubierto de hierro de pies á cabeza.

La princesa, que se había puesto en pie, cayó de nuevo sentada, temblando y estremecida. Los hidalgos, las damas y los trovadores que cabalgaban detrás de la carroza, al oír pronunciar aquel nombre de mal agüero, se reunieron asustados. Obuch trató de reanimar á la princesa:

—No temáis, señora,—la dijo,—el sol no se ha puesto todavía, y aunque obscureciera, san Ptolomeo sabría conjurar el peligro.

El caballero que tantos temores producía, se paró en lo alto de una roca, contuvo el caballo y quedó inmóvil sobre su pedestal ingente. La luz del sol poniente iluminaba su figura, haciéndola aparecer gigantesca.

—¿Por qué se para?—preguntó un trovador.

—Porque también nosotros estamos parados.

—Nos mira como si quisiera elegir entre nosotros; si estuviera convencido de que es un hombre, y no un diablo, de buena gana le rompería mi laud contra su cabeza.

Las mujeres estaban aterrorizadas y murmuraban oraciones.

Zbishko queriendo demostrar á la princesa y á Danusia su valor.

—Yo pelearé con este caballero; no le temo,—dijo:—aunque sea Valgher.

Danusia se echó á llorar gritando:

—¡Zbishko, Zbishko!

Pero el joven espoleando su caballo se precipitó contra el caballero con evidente interés de atravesarlo con su pica.

Matzko, que había visto el impetu de su sobrino, exclamó:

—Nuestro adversario parece tan alto por el sitio que ocupa, pero no lo es en demasia, voy á ayudar á mi sobrino.

Zbishko, acercándose al terrible guerrero, pensaba si le

convenía herir sin compasión ó examinar primero al hombre fantasma. A medida que se aproximaba le veía mejor. Era un hombre de alta estatura, vigoroso, montado en un soberbio caballo, pero no tenía nada de particular, no llevaba armas. Cubría su cabeza un birrete de raso y envolvía su cuerpo una capa blanca. Rezaba mirando al cielo; por eso había parado su caballo.

Zbishko se preguntó qué hacía aquel hombre; y cuando estuvo á tiro de pica le tocó ligeramente; el caballero viéndole tan joven sonrió y le dijo:

—¡Bendito sea el nombre de Jesús!

—Amén.

—¿Sois de la corte de la princesa de Masovetzk?

—Sí.

—¿Venís pues de Tinetz?

No obtuvo respuesta. Zbishko, mirando hacia la llanura que se extendía á espaldas del caballero, quedó como asombrado y palideció.

Vió á pocos pasos de distancia algunos soldados inmóviles sobre sus caballos y al frente de ellos á un caballero de reluciente coraza y de alba capa. En mitad del pecho llevaba una cruz negra y en la cabeza un casco de acero con un rico penacho. Era el jefe de los templarios.

Zbishko pensó que su oración había sido escuchada y que Dios le enviaba aquel hombre para que empezara á cumplir su promesa. Sin perder un momento y creyendo la ocasión propicia enristró la pica é inclinándose sobre el cuello del caballo, gritó:

—¡Grady, grady!

Lanzando este grito avanzó rápidamente contra el templario. Este permaneció quieto y asombrado, dudando de que fuera contra él la agresión.

—Prepara la lanza, volvió á gritar Zbishko; ¡grady! ¡grady!

El espacio que separaba al templario del joven desapareció en un instante y ya la lanza del joven tocaba el pe-

cho del adversario, cuando de repente quedó rota. Una mano poderosa la había quebrado como se rompe una débil caña, y aquella misma mano, sujetaba las bridas del caballo de Zbishko.

—¡Torpe! ¿qué haces? ¿quieres atacar al mensajero del rey,—murmuró una voz amenazadora.

Zbishko se volvió y vió á su lado al caballero que tanto miedo había causado á los acompañantes de la princesa.

—Déjame batir contra el alemán,—dijo el joven, blandiendo el hacha.

—No, quieto ó te arrojó de la silla,—dijo el desconocido con aire severo,—has ofendido al rey y serás juzgado.

Luego volviéndose á los soldados gritó:

—¡Avanzad!

Entre tanto había llegado Matzko, quien comprendía que Zbishko había obrado atolondradamente, pero que no desaprobaba del todo la idea de pelear contra los desconocidos.

La escolta del templario se componía de unos quince hombres armados de jabalinas y arcs, contra los cuales, dos caballeros bien armados, hubieran podido batirse, no sin esperanzas de victoria.

Matzko pensaba que al llegar á la ciudad, él y Zbishko serian juzgados y que por lo tanto era quizá mejor atravesar ahora por entre los enemigos y escapar hasta que hubiese terminado la tormenta.

Su rostro se contrajo como el del mártir que se apresta á morir y colocó su caballo entre el de Zbishko y el del desconocido, gritando:

—¿Quién sois caballero? ¿con qué derecho os metéis en lo que no os importa?

—Con el de un hidalgo encargado por el rey de defender estos países contra los asaltos de los malhechores: Yo soy Povala de Tacev.

Al oír estas palabras Matzko y Zbishko miraron al ca-

ballero, y después, bajaron los ojos y dejaron caer las armas.

¡Povala de Tacev! un noble de egregia estirpe, un señor potentísimo, el mejor guerrero del reino. Los trovadores, repetían su nombre en sus canciones, como ejemplo de virtud y de valor y le comparaban al de Zavisca de Gabrov.

Matzko, cuando se calmó un poco, dijo con voz respetuosa:

—Salud y honor á vos, á vuestra gloria y al valor.

—Sed bien hallados,—contestó Povala,—hubiese preferido conoceros en otras circunstancias.

—Ya lo creo,—murmuró Matzko, mirando á su sobrino.

Povala volviéndose á su sobrino, dijo á éste.

—¿Qué has hecho, muchacho? ¿Sabes lo que te espera?

—Lo ha hecho porque se arrojó al riesgo sin calcularlo, es joven y no reflexionó que el templario es un mensajero del rey. No le juzguéis severamente.

—Eso no me incumbe á mí; yo, debo detenerle.

—¿Sí?—preguntó Matzko á los soldados que le rodeaban.

—Tal es la voluntad del rey.

Un profundo silencio siguió á estas palabras.

Matzko añadió:

—Es un hidalgo.

—Entonces, debe jurar por su honor de caballero que comparecerá cuando se le llame.

—¡Lo juro por mi honor!

—Bien está; ¿cómo os llamáis?

Matzko le contestó.

—Si pertenecéis á la corte de la princesa,—añadió Povala, rogadla que interceda por vosotros.

—No, no pertenecemos á la corte ojalá no la hubiéramos hallado.

Y volviéndose hacia su sobrino, Matzko contó la historia.

34971

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO



da de la corte á la hostería, el voto de Zbishko, y montando en cólera, exclamó:

—Más te hubiera valido morir bajo los muros de Vilna que cometer semejante locura.

Zbishko contestó:

—Después de hacer mi voto, rogué al Señor que me enviase gran número de alemanes, para matar, y le prometí gran cantidad de cera. Cuando vi el casco y el penacho de este templario, me dijo: Dios te complace, mata al alemán. Entonces fué cuando me lancé, ¿quién no hiciera lo mismo?

—Oid,—dijo Povala,—yo por mi parte, no tengo ningún inconveniente en echar tierra al asunto, solo falta que el ofendido no se queje, habladle y quizá se mueva á compasión. En tal caso, todo quedará arreglado.

—Prefiero vérmelas con el verdugo, que pedir compasión á un templario,—contestó impetuosamente Zbishko. Povala le miró severamente.

—Haces mal, los que son mayores que tú pueden juzgar lo que es digno, y lo que es indigno del honor de un caballero. Todos saben quién soy, y yo en tu caso no vacilaría en disculparme.

Zbishko se ruborizó y replicó:

—El terreno es llano y á propósito para un duelo; en vez de pedirle perdón, ¿por qué no batirnos ahora mismo en buena lid, á pié ó á caballo?

—¡Loco!—contestó Matzko,—¿te batirías contra el embajador?

—Dispensad, caballero,—dijo volviéndose hacia Povala, es un atolondrado, y no sabe lo que se dice. En vez de Zbishko, seré yo quien le dé explicaciones, y después, una vez terminada su embajada nos batiremos, si quiere aceptar mi reto.

—Es de ilustre estirpe, y no creo que quiera desafiarse.

—¿Por qué, pues, lleva espuelas de caballero?

—Batiéndose conmigo, no se degradaría ni un príncipe.

—No lo niego, pero mejor sería no decir nada de eso. Ea, habladle y que Dios os proteja.

Matzko se dirigió hacia el templario, que esperaba impasible montado sobre su caballo, alto como un camello.

Matzko, que sabía algunas palabras de alemán, trató de explicar al caballero en su lengua la barrabasada de su sobrino y le pidió perdón por ello.

El rostro del komtur permaneció impasible. Alto, inmutable, con la frente erguida, miraba á Matzko con ojos fríos, indiferentes, despreciativos... Parecía que mirase, no á un caballero, sino un objeto cualquiera. Matzko sintió que le quemaba aquella mirada, y aunque sus palabras fuesen corteses y humildes, estremeciase su alma y refrenaba sus impulsos.

Povala, que era hombre de corazón, y había comprendido lo que sufría Matzko, fué en su ayuda. Dirigiéndose en alemán al templario, corroboró lo dicho por Matzko, y luego añadió dirigiéndose á éste:

—¿Véis? el noble komptur no da ninguna importancia á lo ocurrido; sabe que en todas partes los chicos no tienen seso, y no quiere batirse con ellos ni llevarlos á los tribunales.

Lichtenstein, sin decir una palabra, continuó su camino, sin mirar siquiera á los dos guerreros, que se estremecían acariciando la empuñadura del hacha.

—¡Me la vas á pagar, maldito templario!—dijo entre dientes Matzko;—un día ú otro, caerás en mis garras. También Povala se incomodó, pero volviéndose al viejo, le dijo:

—No amenaces; procura que la princesa interceda por nosotros, porque, si no, pobre del muchacho.

Dichas estas palabras, alejóse, y fué al encuentro de un templario, con quien se puso á hablar animadamente.

Al cabo de un rato, Povala, dejando al templario, se acercó á los dos guerreros y les dijo:

—He intercedido por vosotros, se muestra inexorable y únicamente consentiría en callar lo ocurrido, si al saludar á la princesa de Masoyetzko os acercáis á él sin caso y le pedís perdón.

Povala miró á Zbishko, y continuó:

—Comprendo que ha de seros penoso, pero si no le obedecéis quizá os esperan las manos del verdugo.

Zbishko y Matzko se estremecieron.

—¿Qué hacemos?— preguntó Povala.

Zbishko, con la calma y la dignidad de un hombre maduro, contestó:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

—¿Qué queréis decir?

—Aunque tuviera dos cabezas, y ambas debieran caer á manos del verdugo, no caerían á lo que el honor manda, porque el honor es uno!

Povala se volvió hacia Matzko y preguntó:

—¿Y vos?

—Creo que mi sobrino, nacido á la sombra de mi casa, antes debe morir que faltar al honor.

El rostro bronceado del anciano se estremeció. El amor que sentía por su sobrino fué más fuerte que su mismo dolor, y estrechando su cabeza entre las manos exclamó:

—¡Zbishko, Zbishko!

El joven se conmovió á su vez y replicó:

—No hubiera pensado jamás que me quisierais tanto, tío!

— Sois verdaderos hidalgos, — exclamó Povala con emoción; — ya que el joven me ha dado su palabra, no le haré arrestar; esperad de todos modos. Veré al rey antes que el templario y trataré de explicarle el caso de un modo favorable para vosotros. Suerte que rompí el asta, fué una verdadera fortuna.

Zbishko dijo:

—Si he de entregar mi cabeza al verdugo, quisiera por lo menos tener el consuelo de atravesar la coraza de un templario.

Povala contestó:

—¿Piensas que así conservarías el honor? así, deshonrarías á nuestro pueblo.

Y volviéndose hacia Matzko, añadió:

—Si vuestro sobrino queda sin castigo, procurad ponerle otra cabeza, porque lo que es ésta, no le sirve.

—Nada ocurriría, si le ocultárais al rey lo sucedido.

—¿Y el templario?

—¡Maldición!

Hablando de aquella manera se acercaron al séquito de la princesa, y los caballeros que acompañaban á Povala se habían mezclado á los guerreros de Lichtenstein y seguían á sus respectivos señores.

—¡Qué extraña naturaleza la de los templarios! — dijo Povala, — cuando les amenaza algún peligro grave, saben hacerse los humildes y están mansos como corderos y dulces como la miel, pero cuando son los más fuertes, entonces descubren todo el orgullo que guarda su corazón, y nadie es tan malvado y cruel como ellos. He viajado mucho por el mundo y he conocido muchos pueblos... En todos ellos, he visto que los verdaderos caballeros son los que se muestran compasivos con los más débiles, porque no hallan digno de su nombradía y valor atacar á quien puede menos que ellos... Pero los templarios, entonces es cuando hacen gala de su valor. Fijáos en la conducta de éste. No tan solo quiere que se le pida perdón, sino que impone el deshonor. Por fortuna, esto no ocurrirá...

—¡Maldito sea! — exclamó Zbishko, que había oído aquellas palabras.

Estaban entonces entre los caballeros del séquito y el templario viendo á Matzko, tomó una actitud despreciativa.

Zbishko contó á Danusia que desde la colina cercana

se veía Cracovia; Matzko explicó á uno de los trovadores cuanto había ocurrido.

El alemán no quitaba el ojo á Zbishko y Matzko esperando el momento de que bajaran del caballo; pero al comprender que no tenían intención de hacerlo, ébrio de ira y de rabia, después de inclinarse ante la princesa, hizo ademán de alejarse.

Id sin cuidado, — murmuró Povala — que no habrá quien os acometa como no sea un loco de atar.

— En vuestro país hay costumbres muy raras, pero no he buscado yo vuestra protección; acordaos de que nos hallaremos en la corte, y quizás en otras partes..

En estas últimas palabras vibraba una amenaza, por lo cual, Povala exclamó:

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

El alemán le volvió la espalda blasfemando, y uno que estaba cerca afirmó que había dicho.

— «Canalla, quisiera llevarte en la punta de la lanza tanto tiempo como se necesita para rezar un padre nuestro.»

Povala hablaba con la princesa y explicaba que por encargo del rey cuidaba de la seguridad del país, durante aquellos días en que tanta gente iba y venía de Cracovia. Se dijo también cuanto había ocurrido momentos antes, pero sin darle importancia, para no turbar el buen humor de la princesa, la cual se sonrió al pensar en la impaciencia de Zbishko, y admiró la prueba de fuerzas que dió Povala. Este, contento de ser admirado, relató algunas de las aventuras que habían ilustrado su nombre.

Dijo que en un torneo había arrancado á un caballero de su silla, levantándolo armado de todas armas á la altura de su lanza; Felipe el Atrevido le dió en premio una cadena de oro, y la reina un escarpin de raso blanco que llevaba en el yelmo.

Los oyentes se mostraron asombrados, y Nicolás Dlugoliass, observó que en los actuales tiempos faltaban hom-

bres de fuerzas extraordinarias, y que un caballero que supiera agujerear una coraza, ó romper un asta, parecería ya una gran hazaña.

— No niego que en otro tiempo habría hombres muy fuertes, — dijo Povala, pero también ahora tenemos. ¿Conocéis á Zavisčia de Garbov? Ese puede más que yo.

— Le he visto. Tiene los hombros tan anchos como las campanas de Cracovia.

— ¿Qué me decís de Dobko de Olestnitz? Una vez en el torneo que los templarios celebraron en Torún, sacó de la silla á doce caballeros.

— En nuestro país hay uno, mucho más fuerte que todos esos; se asegura que apretando entre sus manos el tronco de un árbol recién cortado, le sacó la savia.

— También lo hago yo, — exclamó Zbishko, y antes que nadie pudiera contenerle, arrancó una gruesa rama y la oprimió con tanta fuerza que salió de ella gran cantidad de savia.

— ¡Jesús! ¡Dios mío! — exclamó una de las damas, es un verdadero pecado que vayáis á la guerra antes de casaros!

Todos se echaron á reír oyendo aquello que demostraba de un modo patente lo que en aquella época se apreciaba la fuerza física.

Zbishko, que ya no se acordaba del templario, miraba á su alrededor con aire de triunfo, y Obueh, para no dejar que se entusiasmase con exceso, le dijo:

— No debes alabar la fuerza, porque hay muchos caballeros que son más fuertes que tú. Mi padre me contaba que en la corte de Carlos, emperador, había un caballero de tan extraordinaria fuerza, que con sólo apretar el cuello á un oso, le ahogaba en seguida. Parece que uno de los embajadores que fueron á esa corte, picado al oír que el emperador alababa tanto la fuerza de sus súbditos, dijo que con él iba un caballero que se atrevía á luchar con el vencedor de las fieras, y que efectivamente á los dos mi-

nutos de luchar ambos atletas, el que se jactaba de vencer á los osos, caía en tierra con la columna vertebral rota.

—¿Qué edad tenía?—preguntó Zbishko.

—Era muy joven.

Mientras esto decían damas y caballeros, Povala de Tacev, que cabalga al lado de la princesa, contóle en voz baja cuanto había ocurrido, rogándola que intercediera en favor de Zbishko, que podía pagar muy cara la imprudencia cometida.

La princesa, que amaba al apuesto doncel, quedó pensativa.

—El obispo de Cracovia es amigo mío,—dijo,—y quizá consiga que interponga su valiosa mediación; quizá hasta la reina quiera también interceder por nuestro gentil muchacho.

Hablando así se acercaron á Cracovia y á medida que disminuía la distancia aumentaba el número de viandantes que se dirigían á la ciudad.

Numerosos carros de revendedores, repletos de sal, cera, pan, pescado y leña iban hacia Cracovia y se cruzaban con los de retorno.

Ante los ojos de los viajeros aparecieron los jardines de la ciudad y las torres que se ergulan tras las murallas.

—¡Qué hermosa ciudad! no hay otra igual en el mundo,—exclamó Matzko.

—¿Hace mucho que faltáis de ella?

—Sí, y me parece que la veo ahora por vez primera.

—Dicen que Cracovia ha mejorado mucho durante el reinado de Jagellone, y debe ser verdad, porque cuando el gran príncipe de Lithuania subió al trono, llamó á gran número de comerciantes de Rusia y de Lithuania y desde entonces todos los caminos estuvieron cuajados de carros y de bestias de carga que iban á Cracovia.

—También los templarios tienen una hermosa ciudad, observó uno de los trovadores.

—¡Ah!—exclamó Matzko.—¡Si pudiésemos asaltarla, qué hermoso botín cogeríamos.

Povala continuaba pensativo y preocupado por la suerte de Zbishko. En aquel intrépido pecho, valeroso y altivo en la guerra, se albergaba un corazón de paloma, y sentía ahora indecible compasión por el joven á quien tan terrible suerte amenazaba.

—Pienso,—dijo dirigiéndose á la princesa,—en si debo ó no contar al rey lo que ocurre. Si el templario no se quejara, todo pasaría en silencio; pero si hablase... entonces, creo que sería mejor hablar antes al rey.

—Cuando un templario puede hacer daño,—contestó la princesa, no pierde nunca ocasión de hacerlo. Tomaré al joven como uno de mis caballeros, y así el rey quizá se muestre más indulgente.

Diciendo esto, hizo una señal á Zbishko, que saltó del caballo y se acercó á la princesa, dándole gracias vivamente.

Le placía aquello, no porque hubiese disminuído el peligro, sino porque la resolución de la princesa le permitía permanecer más horas junto á Danusia.

Povala preguntó á Matzko:

—¿Dónde os alojaréis?

—En cualquier hostería.

—Todas están llenas.

—En tal caso, iremos á la casa de un mercader, amigo nuestro, que de fijo nos dará albergue.

—¿Y si yo os propusiera que viniérais á mi casa? Vuestro sobrino podría ir con la corte al castillo, aunque sería mejor que no estuviera tan cerca del rey. En mi casa podríais disponer á vuestro antojo de todo y de todos y hacer lo que os plazca.

Matzko dió las gracias á su generoso compañero, y á su lado atravesó las puertas de la ciudad, quedando tanto él como Zbishko enamorados de lo que veían.

Como venían de un país donde sólo había ciudades arruinadas por la guerra, las calles de Cracovia, rebotando de gente, con palacios magníficos y tiendas donde se vendían todas las mercancías del orbe, les parecieron una verdadera maravilla, y á cada paso se detenían admirando ya la belleza de una morada señorial, ya las ricas telas y preseas que ostentaban las tiendas, ó ante un grupo de mercaderes orientales que envueltos en amplios ropajes multicolores, inmóviles, en sus bazares, parecidos á estatuas de otros tiempos, con sus rostros bronceados y sus facciones delicadas á un tiempo y enérgicas, parecían soñar en las riquezas que ocultan sus valles nativos y en las que al mar transportan sus áureas arenas los ríos que de las altas mesetas del Thibet, van á parar al golfo de Bengala y al mar Indico, abrasado por el sol, dejando fermentar en sus orillas todos los morbos que en alas del huracán llegan hasta Europa, y engendran esos azotes de la humanidad que raen del haz de la tierra generaciones enteras.

Después de atravesar calles y calles y llegar al palacio de Povala, Matzko llamó á su sobrino y le dijo:

—Zbishko!

—¿Qué queréis, tío?

—Cuanto más pienso, más temo por ti.

—¿Lo creéis así?

—Sí.

—Pues yo creo lo contrario.

Y dejando á su tío, el atrevido joven fué hacia las habitaciones de su huésped para enterarse de cómo y dónde podría encontrar en seguida á la princesa y á su favorita la princesita Danusia.

Al día siguiente, tío y sobrino, juntos con Povala, fueron á oír la misa del alba.

En el trayecto encontró Povala gran número de conocidos, algunos de los cuales eran caballeros ilustres, no sólo en Polonia, sino en el mundo entero.

Zbishko los miraba con asombro y decía á sí mismo

que si Dios le libraba de las garras de Lichtenstein, les imitaría en el valor y en la virtud.

Entre los que hablaron con Povala había algunos famosos guerreros que dieron cuenta de la llegada del rey de Hungría, el cual, aunque no estuviera invitado, asistía á todas las fiestas, teniendo la manía de quedar siempre como el mejor caballero de cuantos tomaran parte en las justas.

Tal manía era notoria; recordábase que una vez, habiendo sido vencido, rompió en llanto ante su vencedor.

Hablóse también entre los reunidos de la rica cuna que los lituanos enviaban como presente al rey. Matzko describió tan rico presente y detalló los peligros que había vencido durante el tiempo que sirvió de defensor á los que lo conducían.

Hablóse después de asuntos de gran importancia para el reino; del ejército numeroso que había asaltado los confines orientales de Rusia, y que, si en su marcha no encontraba obstáculo, extendería los dominios del rey Jagellon hasta los confines del Asia.

Matzko, que conocía los planes de Vitoldo y que era muy buen narrador, reunió bien pronto gran número de caballeros que le escuchaban.

—Vitoldo,—dijo,—aun cuando príncipe soberano, gobierna Lituania en nombre del rey Jagellon. Grande gloria sería para él que sus ejércitos enarbolesen la cruz en aquellas lejanas playas y desiertos arenales donde el nombre de Cristo es escarnecido y vilipendiado, y donde aún no dejó su huella ningún pié polaco ni lituano.

Los caballeros escuchaban atentamente á Matzko, aun cuando algunos ignoraban contra quienes se emprendió la guerra ni cuáles eran los auxiliares de Vitoldo.

—¿Contra quién se hace la guerra?

—Contra Timur (1) el manco,—contestó Matzko.

(1) Timur, conocido generalmente con el nombre de Tamerlán, invadió Rusia y derrotó cinco veces consecutivas al ejército ruso y polaco.

Los caballeros callaron. Conocían muchos nombres de tribus salvajes, pero ninguno era tan temido como el de las hordas que manda Timur.

Hasta se nombraba con una especie de terror como antiguamente el de Atila. Era el verdadero soberano del mundo, el rey de aquellos tiempos, el dueño de veintisiete naciones conquistadas por el esfuerzo de su brazo; era príncipe de Moscova, de Siberia, de Bagdad, de Alepo, de Damasco; su influencia se extendía desde las playas de Arabia á las de Grecia.

Era el destructor de pueblos, el que levantaba pirámides de cabezas humanas; el que tenía dominio sobre media Europa; el que vencía á los demás reyes, y anonadaba el poder de todos los países. El era el que reconociendo por hijo á Tochtamish le arrojó de sus posesiones en cuanto quiso declararse independiente. A causa de eso, quería Vitoldo emprender la guerra contra Timur y por lo que guerreros y nobles, pensaban de continuo en las luchas que sería preciso sostener.

—No entiendo qué interés puede tener Vitoldo en favorecer al hijo contra el padre.

—Dicen que Tochtamish se hará cristiano.

—¡Yal pero me parece que su padre nos dará graves disgustos.

—Quizá sí, quizá no; no hay que fiar mucho en los paganos.

—Gran cosa es morir por la gloria de Cristo.

—Además, así se conquistan honores y gloria.

—Y si alguien está en pecado mortal, se le perdona.

—La gloria dura eternamente,—añadió Povala,—cuando hay guerra, se adquieren más puros laureles, cuanto mayor es la fama del enemigo. Timur ha derrotado á veintisiete monarcas... ¡Cuánta no sería nuestra gloria si le venciéramos! No hay que temer nada, si algún pueblo es capaz de vencer al bárbaro guerrero, ese pueblo es el nuestro.

Los caballeros continuaron hablando de aquellos asuntos de guerra, cosa que admiró mucho á Zbishko, que no había pensado jamás en seguir á Vitoldo.

Un anciano, á quien todos escuchaban con gran respeto, terciando en la conversación, dijo:

—La reina, que como es sabido, recibe inspiraciones de lo alto, ha tenido inspiración de esa futura guerra, y ha dicho que si todos los cristianos iban contra el bárbaro, éste quedaría vencido; pero como los cristianos no pueden marchar todos contra Timur, porque han de guardarse de tcheques, húngaros y templarios, toda gente en que no se puede confiar, es muy fácil que queden vencidos los cristianos al pelear contra Tamerlan y sus huestes infinitas.

—Ahora estamos en paz, y parece que los templarios ofrecen auxilio á Vitoldo,—observó uno de los reunidos.— Eso es lo que se debería hacer y así se demostraría al Santo Padre que se combate de veras á los infieles. En la corte se dice que Lichtenstein no sólo ha venido para asistir al bautizo, sino para entenderse con el Rey.

—Helo aquí,—exclamó Matzko.

—Efectivamente,—contestó Povala,—habrá salido temprano de Tinetz.

—Se conoce que tiene algún asunto urgente.

Lichtenstein pasó por su lado. Matzko lo había reconocido á él por la cruz bordada sobre su manto, pero el cruzado no le reconoció ni á él ni á Zbishko, porque la primera vez que les vió llevaban el casco que ocultaba gran parte del rostro. Saludó á los del grupo, y seguido de sus escuderos, con paso moderado y digno, subió la escalinata que conducía á la iglesia.

Al oír el repique de campanas entraron en el templo todos los nobles y entre ellos Matzko y Zbishko.

El joven parecía asombrado ante el esplendor del templo; á su lado estaban caballeros ilustres que habían conquistado laureles y nombradía, unos en el campo de ba-

talla, otros en los Consejos de Estado, algunos por su virtud.

Zbishko admiraba el rostro atrevido y varonil de Jasko de Teucin, el juez superior de Cracovia, que sabía aunar la majestad de la justicia con la benevolencia de noble índole. Le rodeaban los otros jueces con el pelo cortado sobre la frente y con largos tirabuzones á los lados recogidos por redecillas de seda.

Los huéspedes extranjeros aparecieron ricamente vestidos, destacándose los embajadores del Rey de Roma, de los teheques y de los húngaros. Los príncipes lituanos que estaban al lado del rey, aun cuando era en verano, llevaban riquísimas pellizas, y los de Rusia con trajes largos y pesados que cubrían su talla gigantesca, resaltaban entre todos parecidos á minaretes bizantinos.

Zbishko esperaba impaciente la llegada del rey y de la reina. Aparecieron al cabo en la puerta del templo, y antes de que llegasen al altar pudo mirarlos á su sabor el joven. Jagellon tenía el pelo negro, algo claro en lo alto de la cabeza, y rizado á los lados. El color del rostro era bronceado, la nariz aguileña, los ojos pequeños, brillantes y vivos, y su rostro lampiño. El aspecto del príncipe era el de un hombre bueno é inteligente como el de un monarca á quien la fortuna ha sonreído y que sabe conservar la benevolencia y la nobleza de alma hasta en la altura.

Sin embargo, lo que dominaba en el aspecto del príncipe era un vigor sin límites, que recordaba la famosa respuesta que dió una vez á los templarios que venían de embajadores pidiéndole la paz: «Vosotros venis con un papel, y yo escribiré con una lanza.»

En el templo todos admiraban al rey, no solamente los príncipes lituanos bautizados, sino también los príncipes polacos nacidos en la religión católica, porque al arrodillarse, veían que apartaba el almohadón, y caía sobre el duro suelo, postrándose de hinojos y levantando piadosa-

mente las manos al cielo, permanecía así hasta que el cansancio le vencía. Oía cada día tres misas y al salir del templo, parecía más tranquilo y contento. Bien lo sabían los señores de la corte que aprovechaban aquellos instantes para pedirle mercedes.

Cuando entró Edvigia, los caballeros se arrodillaron como adorando á una santa. Zbishko les imitó, persuadido de que veía una mujer piadosa escogida por el Señor para adornar su templo.

Se contaban de la reina muchos milagros. Decíase que cuando tocaba á los enfermos, sanaban, que los tullidos echaban á andar ó movían los brazos si podían ponerse algún vestido de ella; mucha gente aseguraba haber oído la propia voz de Cristo hablando con la reina. Los soberanos extranjeros se inclinaron; hasta la soberbia Orden del Temple respetaba á la reina, á quien Bonifacio IX llamaba la hija predilecta de la Iglesia.

Ella, hija del potente Ludovico, fué educada en una de las cortes más espléndidas, y á pesar de que amaba á otro hombre y que todo el mundo se hacía lenguas de su belleza, consintió en casarse con el altivo príncipe de Lituania, para que éste abrazase la religión del Crucificado y convirtiera al último pueblo pagano.

Así fué que lo que no habían podido obtener la fuerza de los alemanes, la fuerza de la Iglesia, lo consiguió su palabra. Nunca corona de santa adornó un rostro más joven y más bello. Nunca sonrisa de mujer reveló bondad tan angelical y tan profunda tristeza. Cantaban su gracia los trovadores de las cortes de Europa, y para verla llegaban caballeros desde los países más remotos. El pueblo la adoraba y era lástima que la elegida del Señor no tuviera hijos. Pero ahora, hasta esta deficiencia desapareció y la grata nueva se esparcía por el mundo llenando de gozo el corazón de los pueblos.

Hasta los reyes extranjeros se alegraron, y en Roma se cantó un *Te Deum*.

De todas partes del mundo llegaban gentes para ver á la santa, que rogaba por la salud de todos, que pedía á Dios la lluvia y el sol, cosechas abundantes, peces en los lagos, pájaros en el bosque. Hasta los feroces guerreros que vivían en sus castillos como aves de rapiña y de presa, al oír su nombre envainaban sus armas, y daban libertad á los prisioneros extendiendo la mano en señal de paz.

El fausto día se esperaba con ansia, y mirando á la reina cada cual predecía el tiempo que faltaba aún para que el trono tuviese un heredero. El obispo de Cracovia, que era el más afamado médico del reino, aseguró que el parto no estaba próximo, á pesar de que ya habían empezado los festejos y diversiones como prescribían las costumbres.

La reina, á pesar del abultamiento de su vientre, conservaba un aspecto esbelto que hacía resaltar más su traje sencillo y modesto.

Edvigia en su juventud, cuando estaba en la corte de su padre, gustaba llevar ricas preseas, espléndidos trajes, valiosas cadenas y collares, brazaletes y sortijas, pero con los años pasaron aquellas vanidades juveniles, y ahora vestía casi como una monja y aun le parecía vanidad excesiva.

Jagellón, en cuanto supo la preñez de su mujer ordenó que se adornase la cámara nupcial con colgaduras de tisú de oro y piedras preciosas, pero la reina se opuso porque dijo que había renunciado al fausto, y porque pensando que el momento de la suprema alegría llega á veces acompañado de la muerte, prefería recibir la gracia de Dios en una habitación modesta y solitaria.

La reina, cuando estuvo cierta de su embarazo, abandonó la costumbre de cubrirse el rostro como las monjas porque le pareció que aquello era contrario á la dignidad del estado, vistiendo menos humildemente.

Al lado del rey, punto de mira de todos los ojos, ade-

lantó lentamente hacia el altar con los ojos elevados al cielo, teniendo en una mano el libro de rezo y en la otra las cuentas del rosario. Estaba pálida y en sus ojos azules se reflejaba la paz angélica del alma que era elemento y pía.

Zbishko la miraba como transportado. Su corazón estaba en orgasmo. El caballero sabía ya que era deber suyo amar al rey y á la reina, pero hasta entonces su amor casi sólo se traducía en respeto y ahora al verlos sintió un verdadero entusiasmo amoroso y un deseo vivísimo de demostrar de algún modo su amor de súbdito. Hubiese querido volar á los extremos confines de la tierra, matar guerreros infieles, sufrir y vencer por ella, y pensaba: «Quizá debo seguir á Vitoldo... ¿Cómo, si no, agradar á aquella santa?»

Zbishko no pensaba que se puede apoyar el trono sin manejar el hacha y la lanza... Se hubiera atrevido, aun estando solo, con todos los guerreros de Timur. Sentía un vehemente deseo de montar á caballo al terminar la misa para emprender alguna aventura. ¿Cuál? no lo sabía siquiera, no sólo no se acordaba del riesgo que pendía sobre su cabeza, sino que durante unos momentos olvidó también á Danusia, y cuando el canto de los monaguillos se la hizo recordar, comprendió que una gran modificación se había verificado en su espíritu. Juró á Danusia fidelidad y la muerte de tres alemanes, pero la reina era desde ahora la señora de su corazón, y se prometió matar á muchos más para su gloria.

Una cantidad infinita de cascos de cosacos, de plumas, de espadas, se agitaban en la mente del joven caballero que no cesaba de mirar á Edvigia.

Hubiera querido honrarla con alguna oración, pero no sabía siquiera todo el padre nuestro. Un franciscano de Vilna se lo había enseñado muchas veces, pero con poco fruto.

— *Pater noster qui est in caeli, sanctificatur nomen suum,* —



murmuró el joven que en su interior quería decir: «Envía á nuestra amada soberana la vida, la salud y la felicidad, y sé más clemente para con ella que para con las otras.»

Y como el que hacia aquel ruego era un joven que muy pronto debía ser juzgado y condenado, su voz fué escuchada por el Señor.

Cuando acabó la misa, Zbishko se alegró creyendo llegado el momento de echarse á los pies de la reina; pero á la primera misa siguió otra y luego otra, después de lo cual, la reina se retiró á sus habitaciones, por no asistir nunca á los banquetes, cuya alegría y bullicio no le gustaban.

Zbishko se acercó á la princesa.

—Durante el almuerzo serás mi caballero y el de Danusia como si fueses adscrito á mi corte,—díjole Ana Danuta.—Así quizá consigas hacer notar tu presencia al rey, y el templario viendo que eres paje en la mesa real, quizá no formule su queja.

Zbishko besó la mano á la princesa y luego se volvió á Danusia; y aun cuando estaba más acostumbrado á manejar las armas que la lengua, sabía, sin embargo, cómo debe portarse un caballero con la dama de su corazón, al verla por la mañana. Dió un paso atrás, expresó su rostro un dulce asombro, y persignándose exclamó:

—¡Dios mío!

Danusia lo miró asombrada.

—¿Por qué te persignas? La misa ya ha acabado.

—Porque vuestra belleza ha aumentado de un modo maravilloso.

Nicolás Dlugoliass, que era un hombre chapado á la antigua y al que no agradaban las nuevas costumbres que los caballeros aprendieron en el extranjero, dijo:

—No perdáis tiempo en charlar de su belleza; todavía es una chiquilla...

Zbishko palideció y contestó con voz ronca:

—¡No digáis eso, viejo!

Y rojo de indignación añadió:

—Dad gracias á vuestra edad; porque si no, pronto os enseñaría cómo se muere.

—Poco á poco, muchacho; quizá yo te lo enseñaría á tí.

—¡Basta!—exclamó resueltamente la princesa, y después volviéndose á Zbishko:

—Piensa que te van á juzgar, muchacho, y no armes disputas; hubiera deseado para Danusia un caballero más sensato, y he de decirte que si continuamente buscas querellas y suscitás desórdenes, no es este sitio donde te convenga permanecer.

Zbishko se ruborizó y pidiendo perdón á la princesa, pensó que Dlugoliass tenía un hijo con el cual podía desafiarse y vengar así las palabras ofensivas de su padre, pero que de momento le convenía permanecer tranquilo á no ser que se ofendiera su honor.

El son de una trompa anunció que el almuerzo estaba preparado.

La princesa tomó á Danusia por la mano y fué hacia el comedor donde esperaban su aparición los gentiles hombres, los caballeros y las damas.

La princesa Zemovitov, hermana del rey, estaba sentada á su derecha, á su izquierda el obispo de Cracovia, en frente Voitzzech Jastgembetz, modesto prelado que representaba al Sumo Pontífice. Un poco más allá, hundido en amplia poltrona, estaba el arzobispo Piastovo de Silesia, hijo de Bolek III, príncipe de Oesky.

Zbishko había ya oído hablar de él en la corte de Vitoldo y le reconoció por su larga cabellera. Era un hombre muy alegre y decidor; obtuvo el arzobispado contra la voluntad del rey, y entonces, fuese con los templarios que le dieron un curato en una aldea apartada; pero aquello no convenia al arzobispo, y pidió perdón al rey. Volvió á su patria esperando que se presentase pronto una vacante digna de él, é hizo cuanto pudo para conquistarse la gra-

cia del rey, pero en el fondo era muy amigo de los templarios, y bien lo demostraba en esta ocasión, pues con el caballero que ahora más hablaba era con el de Lichtenstein.

Zbishko, que estaba junto á la princesa, tenía muy cerca al templario y sentía una comezón en las manos, pero supo contenerse aunque lanzaba miradas furtivas á la nuca, al cuello y á los hombros de Lichtenstein.

Comparándolo con Povala y demás caballeros que estaban en la mesa, la comparación resultaba desfavorable para el templario.

Todos los caballeros despertaban la admiración y envidia del joven y más que todos el rey que de cuando en cuando demostraba su impaciencia porque tardaba el almuerzo.

Este se sirvió por fin. Sacaron una sopa de vino con huevos, canela, clavo y pimienta y tal cantidad había en ella de esas especies, que toda la sala se llenó de su olor.

El bufón Tziaruscek, sentado en un banquito junto á la puerta, imitaba el canto del ruiseñor, cosa que agradaba mucho al rey.

Otro bufón daba vueltas á la mesa siguiendo á los criados que servían los platos, y poniéndose tras los comensales, imitaba con tal perfección el zumbido de las avispas, que más de uno dejó cuchillo y tenedor para sacudirse el importuno bicho, además que hacía prorrumpir en risas á los demás.

Zbishko servía con mucho celo á la princesa y á Danusia y cuando Lichtenstein se dió con las manos en la nuca que ya empezaba á ser calva, soltó la risa, y lo mismo hizo Jamunt, joven príncipe lituano, que al reír se le caía la comida de la boca.

El templario advirtió la broma del bufón y sacando algo del bolsillo, se volvió hacia el arzobispo y le habló en alemán.

—El noble caballero te ofrece dos monedas,—dijo el

arzobispo al bufón,—con tal de que no zumbes cerca de él; acuérdate que las avispas se apartan con la mano y los tunos de tu laya con un palo.

El bufón tomó las monedas del templario y aprovechando la libertad que se concede á sus semejantes, dijo:

—Hay mucha miel en tierra de Dobgin, y por eso se han apoderado de ella los templarios; conquistala tú, rey Ladislao.

—Toma otra moneda porque has hablado con oportunidad, dijo el arzobispo, pero no nos fastidies más, si en Dobgin hay mucha miel, las abejas tienen agujijones.

—Selas puede echar con humo,—dijo Zindarm de Moskov.

—¿Con qué humo?

—Con el de la pólvora de los cañones.

—O con el hacha,—interrumpió el gigante Pascko Zlodzei de Biskupite.

El corazón de Zbishko palpitaba de alegría porque pensaba que implicaban estas palabras la proximidad de una guerra.

Volvióse para ver la cara de Lichtenstein y vió que éste se limitaba á mirar fijamente á Zindar y decían encogiéndose de hombros:

—Veremos.

—Nuestros padres lo vieron ya bajo los muros de Plovtz; nosotros, bajo los de Vilna, murmuró Zindarm.

—*Pax vobiscum!*—exclamó el arzobispo.—Si Nicolás de Turov me da su obispado de Kujavsk y el rey me da un buen sueldo, os prometo una gran plática sobre la fraternidad humana, un sermón que os conmoverá profundamente. Os diré que el odio no es otra cosa que un fuego infernal contra el que nada puede el agua; sólo puede extinguirlo el vino. ¡Coperol! ¡vino! El vino nos llevará á presencia de la diosa Ops, como decía el difunto obispo Zavischia de Kurov.

—Y de Ops al infierno, como decía el diablo, añadió el bufón.

—Que se te lleve.

—Sería una cosa muy vulgar; lo curioso sería ver como el diablo se os llevaba á vos, con hisopo y todo.

—Dadme vino y viva el amor entre los cristianos.

—Entre los verdaderos cristianos, —añadió con acento grave Lichtenstein.

—¿Qué? —preguntó levantando la cabeza el obispo de Cracovia. ¿No os halláis, acaso, en un estado cristiano? ¿Son acaso menos antiguas nuestras iglesias que las de Malborg?

—No lo sé, —contestó el templario.

El rey, que al oír hablar de religión escuchó muy atento, dijo:

—¿No soy, acaso, un rey cristiano?

El reino se llama cristiano, pero sus costumbres son paganas, —contestó fríamente el templario.

Al oír aquellas palabras los mejores caballeros de la corte palidieron de ira; Martzin de Vrotzimovitz, Schimanski, Sasvilicoski, Schetucki, Povala de Tacev, Zindam de Masekovitz y Zigmunt de Bebov exclamaron:

—¡Maldición! —Sois un huésped y no podemos desafiaros.

Zaviscia el Negro, célebre entre los célebres, el campeón de los caballeros, volvió su faz cejijunta hacia Lichtenstein y exclamó:

—Caballero, insultáis á un pueblo, sabiendo que en calidad de embajador, sois sagrado é inviolable!

El templario no se inmutó, contestando lentamente:

—Nuestra orden, antes de establecerse en Prusia, combatió en Palestina, donde los pueblos, aunque sarracenos, respetan á los embajadores; sólo en vuestro país no se respetan.

Creció la agitación; resonaban por todos lados gritos y blasfemias.

El rey se levantó de su asiento y siguiendo la costumbre lithuana batió palmas.

Entonces el anciano Jasko Topor de Tencin, supremo magistrado de Cracovia, dijo solemnemente:

—Noble caballero de Lichtenstein, si como embajador os han insultado, hablad, y la justicia cumplirá con su deber.

El templario contestó:

—En ninguna otra tierra cristiana me ha sucedido un hecho parecido. Ayer, en el camino de Tinetz, fui acometido por un caballero de los vuestros...

Al oír aquellas palabras, Zbishko palideció y miró al rey que se hallaba muy afligido.

Jasko de Tencin exclamó:

—¿Es posible?

—Preguntádselo al señor Povala; él lo vió.

Los ojos de todos se volvieron hacia el héroe que con la vista baja murmuró:

—¡Es verdad!

Los caballeros vociferaron:

—¡Infamia! ¡infamia! mejor sería que la tierra le hubiese tragado.

Y era tanta la vergüenza que algunos sentían, que se golpeaban el pecho lanzando imprecaciones.

—¿Por qué no le mataste? —dijo el rey.

—Porque su cabeza pertenece á la justicia, —contestó Povala.

—¿Le detuvisteis? —preguntó Jasko.

—No, es un hidalgo y me prometió presentarse al tribunal.

—Faltará que comparezca, —añadió el templario con ironía.

En aquel instante una voz triste sonó detrás de él.

—¡Guay del que prefiere el deshonor á la muerte! Yo soy el culpable, Zbishko de Bogdanetz.

Los caballeros se iban á lanzar contra él, pero el rey les

contuvo; los ojos le lanzaban rayos; la ira casi le ahogaba.

—¡Perezca en el cadalso,—gritó,—y que el templario envíe su cabeza á Malborg!

Después, volviéndose hacia un joven príncipe lituano que estaba cerca de él, y designando á Zbishko:

—Cógelo, Jamont,—dijo.

—El príncipe puso una mano sobre el hombro de Zbishko que murmuró:

—No huyo.

El juez de Cracovia indicó con un ademán que quería hablar y dijo.

—Rey clemente, deja que el komptur se persuada que no es su ira, sino nuestras leyes, las que condenan al que atenta contra la vida de un embajador. Mañana se hará justicia.

Estas palabras fueron pronunciadas en voz alta y resuelta.

—¡Jamont! enciérralo en la torre, y vos, caballero de Tacev, seréis testigo en el juicio.

Povala, mirando á Lichtenstein, habló:

—Quiero haceros presente, ¡oh! generosos caballeros, que el culpable es, no un hombre maduro, sino un muchacho.

—Es verdad,—exclamaron muchos mirando con severidad al templario.

Jamont, seguido de Zbishko, fué hacia el patio donde estaban los soldados del castillo y aun cuando sentía gran piedad por el prisionero, porque odiaba á los alemanes, á fuer de súbdito obediente, entregó al joven en manos de los soldados, no sin decirle antes:

—¿Sabes qué debes hacer? Ahorcarte. El rey está furioso y te hará cortar la cabeza. ¿Para qué darle este gusto? Ahórcate. Es costumbre nuestra.

Zbishko, cuando comprendió lo que le había dicho el príncipe, exclamó:

—¿Qué dices?

—Digo que te conviene ahorcarte, el proceso será corto y de fijo que te condenan.

—¡Ahórcate tú!—exclamó Zbishko.—Creo que el agua bautismal ha mojado tu piel, pero no ha tocado tu carne que es pagana. ¿No comprendes que es gran pecado para un cristiano quitarse la vida?

Jamont se encogió de hombros.

—De igual modo te cortarán la cabeza; así, pues...

Zbishko se estremeció y sintió ganas de desafiar al joven príncipe, pero la vista de la torre le recordó que no era libre.

En la sala, entretanto, la atención de los caballeros se fijaba en Danusia.

La pobre muchacha estaba tan asustada, que casi no respiraba, tenía el rostro pálido y con sus ojos llorosos miraba al rey sin moverse, como una estatuita de cera. Cuando oyó que Zbishko sería decapitado y vió que se lo llevaban, rompió á llorar de un modo tan desgarrador, que hasta el rey preguntó:

—¿Por qué lloras?

—Rey clemente,—contestó la princesa Ana,—esta niña es hija de Jurand de Spichov y ese desgraciado joven es su caballero. Le juró atravesar las plumas del casco de tres alemanes y al aparecer el templario, creyendo que se lo enviaba Dios, cargó contra él. Fué imprudente, pero no perverso. ¡Oh! Gran rey, sed misericordioso, te lo suplicamos.

Y tomando á Danusia por la mano se arrodilló ante el rey, que había tratado, retirándose, de evitarlo.

Danusia gritaba:

—¡Perdona á Zbishko, perdónalo!—y escondía su rubia cabecita entre los pliegues del manto real.

La princesa Ana Danuta miraba atentamente al rey que aparecía muy turbado y procuraba rechazar dulcemente á la niña.

—Déjame,—murmuraba Jagellon;—Zbishko ha cometido una falta gravísima; ha deshonrado el reino; debe morir.

Las manecitas de la niña estrecharon los pies del rey y repitió con voz suplicante:

—Perdona á Zbishko, perdónalo!

Los caballeros discurrían en alta voz.

Uno decía:

—Jurand de Spichov es el espantajo de los alemanes.

—Zbishko, es también valeroso, ha conquistado mucha gloria bajo los muros de Vilna.

El rey, á pesar de los ruegos de Danusia, no cambiaba de opinión.

—Zbishko ha ofendido al embajador, á él debéis dirigiros.

—Perdonad al mozo,—dijo Zaviszia volviéndose á Lichtenstein.

—¡Perdonadle!—exclamó la princesa.

—¡Perdonadle!—repitieron los caballeros.

El templario contemplaba la escena con alegría cruel, pero la piedad venció por fin, y murmuró:

—Cristo Redentor perdonó á los judíos que le crucificaron en el Gólgota.

El obispo de Vish hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Cómo no perdonar yo, que soy cristiano y templario?

—¡Gloria á El!—gritó Povala.

—¡Gloria!

El templario añadió:

—Soy,—dijo,—embajador y representante de la Orden de Cristo; quien me ofende á mí, injuria á la Orden y ofende á Cristo mismo. Si nuestras leyes pueden perdonar un ultraje de tal índole, todos los reyes cristianos lo sabrán.

En la sala reinaba un gran silencio; sólo oíase sollozar

convulsivamente á Danusia, y la respiración precipitada de los caballeros que se estremecían de desdén; éstos, que poco antes hubieran querido matar á Zbishko, le compadecían ahora, y se consultaban acerca del modo de salvarle.

Las princesas decidieron dirigirse á la reina para que intercediera cerca de Lichtenstein para que enviara un mensaje al gran Maestre de la Orden, á fin de que obligara al alemán á perdonar.

Esto parecía lo más sencillo y lo más seguro. Edvigia gozaba de tal consideración que si el gran Maestre no hubiese accedido á su demanda, el papa y todos los soberanos del mundo desaprobaran su conducta.

Desgraciadamente el obispo de Cracovia, que era al propio tiempo el médico preferido de la reina, prohibió participar lo ocurrido á ésta por temor á la conmoción que le pudiera producir.

—Su salud es más preciosa para el estado que mil cabezas de caballero, decía Vish, y aquél que atentase contra ella, incurrirá en el desagrado de la Iglesia y del rey.

Las princesas palidecieron y decidieron no decir nada á la reina y suplicar al rey hasta que le hubiesen perdonado.

Povala de Tacev, anunció que tenía que declarar lo acontecido, y el magistrado Jasko advirtió á la corte que si el templario no perdonaba, la condena era segura.

Los caballeros estaban indignados contra Lichtenstein, y algunos decían que si de momento no se le podía desafiarse por su carácter de embajador, un día ú otro, cuando volviese á Malborg, pagaría cara su villanía.

Povala estaba más conmovido que los otros, porque tenía una hija de la edad de Danusia, y el llanto de ésta le había desgarrado el alma. Durante el día fué á encontrar á Zbishko, y le esplicó el gran interés que la princesa se había tomado por él, y la aflicción de Danusia.

Zbishko, al oír que la niña se había echado á los pies del rey, rompió en llanto y dijo:

—Dios la bendiga y me conceda el placer de batirme por ella á caballo ó á pié. Le prometí tres alemanes, pero debí prometer tantos cuantos años tiene; si Dios me arranca de esta prisión, sabré cumplir con mi deber.

Levantó sus ojos al cielo, entre lacrimosos y fulgurantes.

—Ante todo, debéis hacer algún exvoto, —dijo Povala y después, pedir perdón; porque cuando uno es culpable no hay deshonor en ello. He hablado ya á Lichtenstein, y también lo ha hecho Matzko; presentaos á él, y el asunto se resolverá favorablemente.

—Estoy dispuesto á pedir perdón, porque me lo aconsejáis, pero si el templario impone las condiciones que fijó en Tinetz, prefiero perder la cabeza. Mi tío sabrá vengarme, cuando aquél deje de ser embajador.

—Esperemos á ver lo que ha dicho á Matzko, —dijo Povala.

Matzko, había hablado en efecto con el alemán, pero estaba triste y pensativo.

Al cabo de poco de su entrevista con Lichtenstein, fué á ver al rey, y arrodillándose á sus piés le pidió que le oyese un momento.

Jagellone, que había recobrado su calma ordinaria, hizo levantar y le dijo que hablase.

—Hustre soberano, —dijo Matzko, —perpetróse un delito y es bien que se castigue; tal es la ley que gobierna el mundo. Me arrepiento de no haber refrenado la impetuosidad de Zbishko, que criado en las armas no conoce las reglas de la corte; me reconozco culpable é imploro piedad porque ese joven es el último de su estirpe, y yo le amo.

—Me ha deshonrado á mí y á mi reino, —dijo Jagellone... ¿Qué puedo hacer?

Matzko calló, y luego recordando á Zbishko, prosiguió:

—Nunca hubiera creído amarle tanto. ¡Viejol olvidado de todos, sin hijos ni allegados, cómo vivir? Sed clemente. ¡Oh! rey...

Diciendo esto, juntaba las manos en ademán de desesperada súplica.

—Hemos combatido bajo los muros de Vilna, recogimos rico botín... ¿á quién lo dejaremos? El templario quiere una satisfacción... Pues bien, tome mi cabeza. Poco debe importarle una ú otra, ya que quiere una. Triste es morir así, pero mejor es que muera un hombre que una generación.

Matzko abrazaba las rodillas del rey sollozando.

—No puedo permitir, —dijo Jagellón que un caballero inocente pierda la vida...

—Además, añadió el juez de Cracovia, la misma ley quiere que se castigue al culpable, declararía infame al sobrino que consintiera en el sacrificio de su tío.

—Estoy seguro que no consentirá, pero sin decirle nada... Andando el tiempo sabrá vengarme.

—Rogad al templario, —aconsejó el juez.

—Ya le he hablado.

—¿Y qué ha dicho?

—Que debiéramos haberle pedido perdón en el camino de Tinetz, y no ahora.

—¿Por qué no lo hicisteis?

—Quería que desmontásemos y le rogáramos con la cabeza descubierta.

Iba el rey á contestar algo, cuando anunció un paje que Lichtenstein deseaba una audiencia.

Jagellón miró á Jasko y á Matzko y les ordenó que permaneciesen en la estancia.

El templario entró y dijo inclinándose:

—¡Hustre soberano! os presento por escrito mis quejas acerca del caballero Zbishko.

—Entregado el documento al juez, dijo el rey indicando á Jasko.

No conozco vuestras leyes, pero creo que un embajador solo debe tratar con el rey.

Los ojillos de Jagellón lanzaron un relámpago de alti-

vez; pero, de todos modos, tomó la carta y la entregó á Teucin.

Jasko la leyó y al leerla, su rostro adquirió una expresión triste:

— Caballero Lichtenstein, — exclamó de pronto, — insistir en tal manera en la muerte del muchacho, casi parece que infunda miedo á la orden. ¿Temen, pues, los templarios hasta á los niños?

— A nadie tememos, — contestó con orgullo el komtur.

— ¡Ni aún al señor!

Al día siguiente, Poyala hizo cuanto pudo para disculpar á Zbishko, que compareció á juicio.

Vanos resultaron todos sus razonamientos, pues no podía negar que si no hubiese destrozado la lanza, el mozo hubiese destrozado al alemán. Zbishko defendíase diciendo que aunque su intención era matar al guerrero, le había gritado, sin embargo, que se pusiera en guardia, y que si el alemán hubiese declarado su calidad, no le atacara.

Un murmullo de aprobación siguió á las palabras del joven. El magistrado estaba pensativo. Dirigiéndose á Zbishko le preguntó:

— ¿Puedes jurar, en nombre de Dios, no haber visto el manto con la cruz.

— No, no puedo jurar, porque lo ví.

— ¿Cómo podía hallarse un templario cerca de Cracovia, no siendo embajador ó adscrito á la nunciatura?

Zbishko no supo qué contestar.

Muchos pensaron que era culpable y todos empezaron á desesperar de su salvación.

El supremo magistrado, sentenció:

— Pues obraste sin tener conciencia de lo que hacías, Dios te perdonará, pero la ley te castiga; encomiéndate á la Virgen.

Zbishko palideció y persignándose dijo:

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Después, se volvió á Matzko señalándole al alemán como si quisiera recordarle que tenía que cumplir su deber, y Matzko demostró haber comprendido.

También Lichtenstein comprendió por las fijas miradas del viejo que un día ú otro, quizás en el mismo Malborg, encontraría la lanza de aquel anciano.

El magistrado se retiró para dictar sentencia. Algunos caballeros rodeaban al alemán, murmurando:

— Ojalá sea Dios más misericordioso con vos el día del juicio final, porque sino...

Lichtenstein, antes que á los demás, miraba á Zavisicia; era un guerrero conocido en todo el mundo, así por sus heroicas acciones, como por la práctica y conocimiento de las leyes caballerescas. En los asuntos más intrincados se apelaba á su juicio, y nadie osaba contradecirle porque era considerado como el espejo de la justicia.

Una palabra suya de aprobación ó de censura comentaba en Polonia, en Hungría y en Germania, una palabra suya bastaba para dar fama á un caballero.

Acercósele el alemán, y como queriendo excusar su crueldad, dijo:

— Sólo el gran Maestre podría ser indulgente en tal caso.

— El Maestre nada tiene que ver en ello. Yo, como embajador, debo exigir el castigo.

— ¡Lichtenstein!

— ¿Creéis que no conoce las leyes del honor?

— De fijo que no habéis leído los castigos caballerescos, y sabéis que al caballero se le ordena imitar á dos animales: al león y al cordero. En el caso presente, ¿obedecisteis tales preceptos?

— No sois el juez que me conviene.

— Sólo he contestado á vuestra pregunta.

— La respuesta no me agrada... se me anuda á la garganta.

— Cuidad no ahogaros.

—Dios me recompensará haber mirado por la grandeza de la orden.

—El nos juzgará á todos.

Cortóse el diálogo al aparecer el magistrado y su secretario.

Conocida era de antemano la sentencia; pero, sin embargo, reinó gran silencio en la sala.

El magistrado se colocó en el centro de la estancia, y tomando en la diestra un crucifijo, ordenó á Zbishko que se pusiera de rodillas. El secretario leyó la sentencia que estaba redactada en latín. Ni Zbishko ni los demás caballeros entendieron una palabra, pero no hacía falta, porque de sobra sabían que la sentencia era de muerte.

Cuando la lectura acabó, el reo se golpeó muchas veces el pecho con las manos, exclamando:

—¡Dios tenga compasión de este pecador!

Matzko le abrazó conmovido. Los ojos de los caballeros y de las damas se prepararon de lágrimas.

Durante aquella noche un heraldo, precedido de dos trompeteros, anunciaba á los ciudadanos de Cracovia que Zbishko de Bogdanetz, había sido condenado á ser decapitado.

Matzko obtuvo fácilmente que la ejecución se aplazase unos días, favor que solía concederse á fin de que los sentenciados pudieran hablar con sus parientes y reconciliarse con Dios.

Lichtenstein no insistió en dar prisa, pensaba que la dignidad de la orden quedaba á salvo y que no convenía importunar á su rey, de quien esperaba favorables tratados.

El obispo Vish contribuyó á que la sentencia se dilatasen, porque pensaba que era difícil ocultarle á la reina, estando como estaba todavía en pie.

Así Zbishko, pudo atender á los propios intereses terrenos y despedirse de los parientes. Matzko, le iba á ver todos los días y le consolaba lo mejor que podía. Hablaban

ambos de la sentencia, doliéndose de que la estirpe se extinguiera.

—Casaos, querido tío,—decía Zbishko.

—Preferiría que me saliese algún pariente lejano; ¿cómo pensar en mujeres en visperas de tus últimos instantes? Y aunque quisiera casarme, no lo haría sin desafiar antes á Lichtenstein.

—¡Bendígaos Dios!—exclamó Zbishko.

—¿Cuándo lo haréis?

—Apenas deje de ser embajador. Sí, quiero luchar con él.

—¿En terreno llano?

—Donde quiera; á caballo ó á pié, con tal que uno muera. Cuando llegue la ocasión oportuna, iré á Malborg, llamaré á la puerta del castillo con el hierro de mi lanza, y haré pregonar á los cuatro vientos mi desafío.

—Ciertamente, y vos venceréis.

—Con Pasko, con Zavisca, con Povala no osaría medirme, pero con él, estoy seguro que venzo, ¿no era quizá más fuerte aquél frisio, á quien destrocé el cráneo con el hacha?

Zbishko lanzó un suspiro de satisfacción, murmurando:

—Así moriré contento.

Matzko, con voz agitada, le dijo:

—¿Por qué sientes tristeza? Hasta después de muerto serás honrado, y tus huesos no serán esparcidos por la tierra, sino que serán recogidos en una caja de abeto. Ni siquiera permitiré que se te corte la cabeza sobre el mismo paño que ha servido para los demás ajusticiados. He hablado con Amileo, que me dará un paño nuevo. No economizaré dinero para honrar tu memoria.

Zbishko estrechó la mano del anciano y exclamó:

—¡Gracias!

El joven estaba muy abatido y las palabras de su tío no dominaban su tristeza.



Algunas veces, cuando Matzko llegaba, él preguntaba con curiosidad:

—¿Qué sucede en la población?

—El tiempo es hermoso, el sol resplandece.

—¡Oh! si pudiera ensillar un caballo y escaparé campo traviesa... ¡cuán doloroso es morir tan joven!

Interesábase por los caballeros que conoció en la corte y preguntaba qué hacían y en qué diversiones se entretenían. Matzko le contestaba que aquellos guerreros, compartían sus ocios entregándose al canto, al baile y á los ejercicios corporales.

Zbishko olvidaba á lo mejor lo que iba á acontecerle y cuando supo de Zavisca, que después de bautizado iría en seguida á Hungría para combatir con los turcos, exclamó:

—¡Ah, quién pudiera ir con él! por lo menos podría morir combatiendo con los infieles.

Las dos princesas no olvidaron á Zbishko, que se interesaban por su juventud y su belleza, y por medio de uno de sus secretarios escribieron al gran Maestre de la orden, á fin de que intercediera con el rey para anular la sentencia del rey de Cracovia.

La princesa había sido siempre gran protectora de la orden, y así esperaba que tan pronto formulase su deseo, el jefe supremo de los templarios se apresuraría á acceder á él.

Esperaba salvar al joven caballero, pero para ello era preciso hallar una persona que en breve tiempo se comprometiera á llevar la carta y traer la contestación.

Matzko, á fuer de buen pariente, se encargó de ello y fué á ver á Zbishko para darle la grata nueva.

Zbishko, en cuanto tuvo conocimiento del paso que iba á dar Matzko, como esperaba mucho de él, quedó tranquilo y regocijado, y únicamente encargó á su tío que en Malborg no se humillara demasiado ni rogara con excesiva humildad al jefe de los Templarios. Pocas horas des-

pués fueron á ver al joven caballero las princesas Ana y Danusia. Zbishko cayó á sus pies, y aún cuando estaba rendido por la noche pasada en vela, no olvidó su deber y se mostró maravillado contemplando la belleza de Danusia.

La princesa, mirándole con tristeza, exclamó:

—No la admires, porque si Matzko no vuelve muy pronto con una contestación favorable, bien pronto podrás admirar otras cosas más dignas de atención en el cielo.

La princesa lloraba y Danusia también; Zbishko al verla, sufría muchísimo, porque su amor por la niña no era el de un hombre maduro, sino el de un muchacho locamente enamorado. El pensar que podía morir sin haber cumplido su voto, le producía indecible angustia.

—Danusia,—exclamó,—no puedo poner á tus pies los tres penachos alemanes, pero cuando comparezca ante Dios Padre le diré: «Perdona mis pecados, Señor, y si has de conceder alguna gracia á los hombres, concédela á la hija de Jurand de Spichov.»

—Poco tiempo hace que os conocéis,—interrumpió la princesa,—y espero que todo acabará favorablemente.

Zbishko, dirigiéndose á Danusia, la rogó repitiera aquella canción de la hostería de Tinetz, y la niña, aunque llorosa, empezó á cantar la primera estrofa:

«¡Ah! si Dios me diera alas  
como tengo libertad,  
hacia Jasko yo volara  
como el águila caudal.»

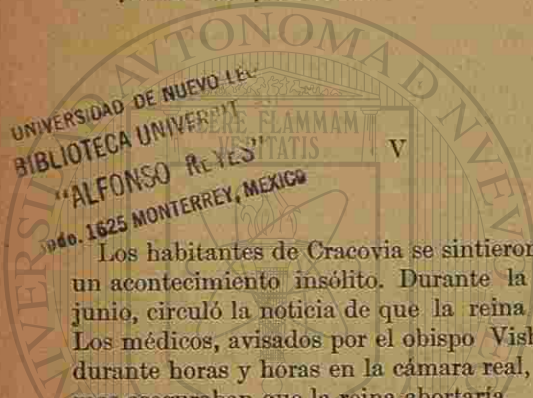
De repente el llanto anudó su voz en la garganta y no pudo proseguir.

Zbishko la tomó por la mano, como hiciera en Tinetz, y paseando por la habitación, dijo:

—Si Dios me salvase y tu padre no se opusiera...

Danusia le ciñó los brazos al cuello, y reposando su linda cabeza en sus hombros, miró dulcemente á Zbishko que exclamaba:

— ¡Serás mía! ¡Serás mía!



Los habitantes de Cracovia se sintieron asombrados por un acontecimiento insólito. Durante la noche del 21 de junio, circuló la noticia de que la reina estaba enferma. Los médicos, avisados por el obispo Vish, permanecieron durante horas y horas en la cámara real, mientras las damas aseguraban que la reina abortaría.

El gran magistrado Jasko Topór, avisó al rey que estaba ausente, y el pueblo, informado de la desventura que amenazaba á la nación, llenó las iglesias, donde los sacerdotes hacían votos por la salud de la augusta señora. Después de la misa los caballeros, los nobles, los jefes de los comerciantes, se dirigieron al castillo.

La ciudad parecía despoblada; sólo de cuando en cuando pasaban algunos aldeanos conversando y se dirigían hacia el palacio real.

En el umbral del castillo apareció por fin el obispo seguido de caballeros, damas y trovadores; invitó á la multitud á contener su emoción, que conturbaba á la reina, y anunció que ésta había dado á luz una niña.

La noticia despertó el general contento, que creció al saber que á pesar de lo prematuro del parto, la reina y la recién nacida gozaban de perfecta salud; así es que la muchedumbre, deseosa de demostrar su propia alegría, cantando y bromeando se alejó de la morada real.

Cada cual comentaba á su modo el acontecimiento.

— ¿Qué importa que sea una niña?—decía un tendero;—nuestra reina será solicitada por los soberanos más potentes que vengan á Cracovia y gastarán mucho dinero, sin contar con que podemos unirnos á un estado importante como Hungría ó Bohemia.

En la plaza del mercado se pusieron faroles de colores y durante toda la noche, especialmente cerca de la casa consistorial, resonaron cantos y gritos de alegría.

Lo que en cierto modo venía á entristecer aquellas escenas de regocijo, era el rumor de haber sido bautizada ya la niña con el nombre de Bonifacia; cuya prematura ceremonia hacía dudar de la salud de la augusta niña.

Al día siguiente las noticias fueron menos tranquilizadoras.

Los templos estuvieron llenos de gente que hacían ardientes plegarias demandando la salud de la enferma.

Los astrólogos interrogaban á las estrellas, las cuales, como es muy natural, daban contestaciones muy contradictorias.

Celebráronse procesiones á las que asistieron todos los niños de la ciudad.

Se sacaron en andas las reliquias de varios templos. El dedo gordo de San Juan Nepomuceno, la nariz de Santa Eufrasia y el húmero de San Bartolomé, se pasearon por las calles en sus áureas cajas, escoltadas por las plegarias y los rezos de la multitud que caía de hinojos al aparecer los despojos sacrosantos.

El 13 de julio, el lento doblar de las campanas anunció á la multitud estremecida la muerte de la hija de Edvigia.

Las noticias que llegaban del castillo eran tristes y desconsoladoras; veíase á los caballeros con la faz cejijunta y á las damas con los ojos llorosos.

Decíase que un beato, un piísimo varón, daba la comunión á la reina cada día, la cual, después de la excelsa vi-

sita, quedaba en éxtasis. La multitud pensaba que su amada reina había empezado ya su viaje al paraíso.

Muchos ciudadanos esperaban aún, creyendo que el cielo se contentaría con una víctima, pero el 17 de julio circuló entre el pueblo la noticia de que la reina se halla-  
*in extremis.*

Pocos momentos después resonaron las campanas grandes de la catedral con lúgubre son. Mensajeros á caballo bajaron presurosos á la llanura, otros mensajeros de rostro torvo y triste corrieron aquí y allá hasta desaparecer en el horizonte. Comprendióse que se había quedado sin reina, y en la alta torre del castillo se enarboló bandera negra con una calavera y dos huesos entrecruzados.

No había duda; la reina estaba en el cielo. Un coro de sollozos y lamentos ascendió á través de la atmósfera. Los caballeros desgarraban sus vestiduras, y mirando la gran bandera negra permanecían absortos.

Otros blasfemaban murmurando palabras casi sacrilegas.

—¿Para qué sirven las procesiones, las rogativas, los funerales?... la reina ha muerto.

Se la quería ver por última vez, pero el rey ordenó que no entrara nadie, asegurando que antes de enterrarla se la expondría al público.

La multitud hablaba de los últimos momentos de la reina, de los milagros que se realizaron en torno de su ataúd; de éstos nadie dudaba, y algunos añadían que la canonización no se haría esperar.

No sólo el pueblo, sino los nobles pensaron que con la reina se eclipsaba la más fulgida estrella de la nación; y uno á otro se preguntaban: ¿qué sucederá? ¿Permanecerá Jagellón en el trono, ó se retirará á Lituania? Se creía que prevalecería la segunda hipótesis, y se dolían los nobles de que tantas tierras conquistadas á fuerza de sangre debieran cederse á la orden del Temple y de que los reyes de Hungría y de Bohemia crecieran en poder, mientras

que Polonia, que había sido uno de los países más poderosos del mundo, quedara convertido en uno de los más pobres y míseros.

Hasta los tenderos hacían votos porque Jagellón permaneciese en el trono, y esperaban que estallase una guerra contra la Orden.

Sabían que la reina, que era una santa dama, había contenido á su esposo mientras vivió, pero que dotada como estaba del don de profecía, había dicho una vez que al morir ella, el rey daría rienda suelta á su ira castigando á los germanos.

Presuntuosos los templarios, no temían la guerra y pensaban que una vez muerta la reina, se desvanecería para siempre su influencia y acudirían á alistarse bajo las banderas de la Orden, numerosas huestes de Germania, de Burgundia, de Frisia y de algunas tierras aún más lejanas.

La muerte de Edvigia era un hecho de tanta importancia, que Lichstentein creyó oportuno partir para Malborg á dar la noticia al gran Maestre. Los embajadores de Hungría y de Bohemia, siguiendo el ejemplo del alemán, avisaron también á sus soberanos.

Jagellón, abatido por el golpe impensado, reunió á sus consejeros y les hizo saber su decisión de deponer la corona y retirarse á sus estados.

Estaba tan afligido y desesperado, que no sabía ocuparse en los negocios del reino y únicamente pensaba en que no estuvo presente en la agonía de la reina y no había podido recoger sus últimas palabras.

En vano Estanislao de Skarbimeg y el obispo Vish trataban de persuadirle á que aceptase el cáliz que Dios le ofrecía; no se conformaba el rey y contestaba.

—Sin ella no soy ya el rey, sino un pecador sin consuelo.

Entretanto en Cracovia solo se hablaba de los funerales de la reina, y las clases menesterosas pensaban ya en las limosnas que se repartirían con tan triste motivo. El des-

pojo mortal de Edvigia fué llevado á la basilica y puesto sobre un lecho de flores. Parecía la difunta una santa del Paraíso. Alrededor del féretro comparecieron enfermos, locos y niños, y en la iglesia de cuando en cuando resonaba el grito de una madre que veía sanar á su hijo, ó la exclamación de júbilo de un paráltico que sentía nuevo vigor en sus miembros.

Nadie se acordaba de Zbishko, ¿y quién pudiera pensar en él y en su delito? Supo por sus guardianes la muerte de la reina, oyó el rumor de la multitud alrededor del castillo, y cuando doblaron lentamente las campanas, cayó de rodillas rogando por el alma de la querida soberana.

Parecía que con ella perdiera una parte de sí mismo, y que no le valía la pena de vivir.

Durante muchos días oyó cantos funerales, lamentos de las campanas, quejidos de la gente, y una sombría tristeza apoderóse de él, que se agitaba en el cuarto como un felino.

La soledad le oprimía. Algunas veces el carcelero se olvidaba de llevarle comida y agua, y desde el día nefasto, nadie acudió á confortar al joven prisionero, ni la princesa, ni Danusia, ni Povalá de Tacev, ¡nadie, nadie!

Zbishko pensaba que todos le habían olvidado y que hasta el juez supremo de Cracovia no le recordaba y que debía permanecer allí hasta la muerte.

Un mes después de los funerales Zbishko comenzó á pensar en la vuelta de Matzko; Malborg no estaba en el fin del mundo, y en doce semanas había tiempo de ir y volver.

—¿Quién sabe si se cuida de sus propios asuntos?— pensaba Zbishko.— quizá en el camino ha encontrado una mujer que le convenza y ha ido á Bogdanetz y yo deberé permanecer aquí, Dios sabe hasta cuándo.

A medida que pasaban los días tornábase más taciturno; el pelo no cortado le llegaba hasta los hombros, y te-

nia la cabeza inclinada sobre el pecho, no levantándola siquiera ni cuando el carcelero entraba la comida.

Un día resonó en sus oídos, bajo la negra bóveda, una voz bien conocida.

—Zbishkol

—¡Tío!

Se abrazaron, y Zbishko llorando murmuró:

—Temía que no volviérais más.

—Poco le ha faltado,—replicó Matzko.

—Hablad, hablad, contadme lo sucedido.

El viejo guerrero permaneció silencioso durante unos minutos y después dijo:

—Apenas hube atravesado la frontera, me hirieron de un flechazo; por fortuna Dios me envió un socorro..

—¿Quién fué el que os socorrió?

—Jurand Spichov.

Después de un breve silencio, continuó:

—Los caballeros que me asaltaron fueron vencidos por él, y apenas unos cuantos pudieron salvarse escapando; á mí me llevaron á Spichov, donde durante tres semanas estuve entre la vida y la muerte. Dios no quiso que me muriese y aunque enfermo, he vuelto.

—¿No habéis ido, pues, á Malborg?

—¿A qué ni para qué? La carta me fué robada, y ahora rogaré á la princesa que escriba otra, porque yo, estoy malo, muy malo, mira...

Y diciendo esto, enseñaba en la palma de la mano un poco de saliva manchada de sangre.

—¿Siempre así?

—Sí, la lanza me entró entre las costillas, á ti te hubiese sucedido otro tanto. En Spichov estaba mejor; pero ahora estoy cansado porque el viaje es largo y lo he realizado en breve tiempo.

—¿Por qué os apresurastéis? Debiérais cuidar vuestra salud.

—He querido llegar á tiempo para ver á la princesa Alejandra, á fin de que me diera otra carta. Jurand me ha aconsejado que volviera pronto á Spichov y me ha prometido enviar la carta al gran Maestro de la Orden por medio de uno de los prisioneros alemanes que guarda en su fortaleza.

—Me parece extraño que hayas perdido la carta, porque Jurand, después de haber vencido á vuestros enemigos, podía haber recobrado la misiva.

—No les aprisionó á todos; cinco de ellos escaparon y con ellos mi carta.

Matzko tuvo un golpe de tos; en el pañuelo que acercó á los labios había una gran mancha de sangre.

—Estáis herido gravemente, ¿cómo ocurrió eso?

—Iba yo descuidado y sin coraza porque hacía mucho calor, y unos mercaderes me aseguraron que el país estaba tranquilo, cuando de repente aparecieron unos hombres entre el monte bajo.

—¿Quién era el jefe de los asesinos? ¿Un templario?

—No; un alemán de Lentz.

—¿Le aprisionasteis?

—Sí, ahora está en el subterráneo de Jurand.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó Zbishko,—por qué permitís que Lichtenstein y el alemán de Lentz vivan, y en cambio me hayan de cortar la cabeza sobre el cadalso y haya de morir Matzko.

—¡Ah! si pudiera salvarte...

—¿Habéis visto á alguien?

—He visto al magistrado Jasko y sé que Lichtenstein ha partido.

—¿Ha marchado?

—Sí, después de la muerte de la reina.

—¿Dónde está Jagellón?

—Ha marchado á Rusia después de los funerales.

—Entonces no hay esperanza de salvación.

—Ninguna. El juez siente compasión por tí, pero no

hay medio de salvarte; sólo confía en la intercesión de la princesa.

—¿Está aún en Cracovia?

—Sí, porque Danusia ha caído enferma.

—¡Dios mío! Hasta Danusia está enferma, ¿qué tiene?

—No lo sé. La princesa cree que es mal de ojo.

—Se lo habrá dado Lichtenstein, que es hijo de un perro.

—Quizá...

—Porque la niña está mala, nadie se acuerda de mí.

Diciendo esto, Zbishko se puso á andar á grandes pasos por el cuarto. Luego dijo á Matzko:

—Ojalá Dios os recompense por cuanto habéis hecho, Mucho es, pero yo os ruego por cuanto os sea más caro en este mundo que vayáis á encontrar á Jasko y le pidáis que me deje libre durante doce semanas. En este tiempo, desafiaré á Lichtenstein y uno de los dos morirá.

—Lo haré; pero dudo del éxito.

—Empeñaré mi palabra de honor. Necesito doce semanas y no más.

—¿Y si te hirieran y no pudieras volver?

—Volvería aún medio muerto; además, durante ese tiempo volverá de Rusia el rey y podré pedirle mi absolución.

—Es verdad,—murmuró Matzko, y luego añadió:

—El juez me ha dicho que no se había cuidado de tí; porque debía acudir á los funerales de la reina y que ahora que han terminado se cumplirá la justicia.

—No; sabe ya que un hidalgo no quebranta la palabra dada y lo mismo le importaría que mi cabeza caiga hoy que dentro de algunas semanas.

—Esperemos; hoy mismo iré á verle.

—Reposad hoy y cuidad vuestra herida.

—Oye, me acuerdo ahora de que no tienes las espuelas de caballero y Lichtenstein puede rehusar batirse contigo; ¿qué harás entonces?

Zbishko contestó después de quedar pensativo unos instantes:

—¿No se va á declarar acaso la guerra? Allí nadie pregunta á nadie si es ó no caballero.

—No se trata de guerra, se trata de un desafío de uno contra uno.

—Tenéis razón, haré que me arme caballero el príncipe Janush. Si la princesa y Danusia se lo piden, no me lo negará. Antes de batirme con él, desafiaré al hijo de de Nicolás de Dlugoliass.

—¿Por qué?

—Porque su padre me ha dicho que Danusia era una chiquilla.

Matzko miró á Zbishko con aire incrédulo y el joven continuó:

—Tal ofensa no la puedo soportar, y no pudiendo desafiarme con un viejo lo haré con su hijo.

Matzko se puso serio y contestó:

—Lo siento por tu cabeza, pero no por tus sesos, que no los tienes.

—¿Por qué habláis así?

El anciano no contestó é hizo ademán de salir; Zbishko dió un salto hacia la puerta y lo detuvo.

—¿Decidme, está mejor Danusia?—y añadió;—ea, no os enfadéis, ¡hace tanto tiempo que no estamos juntos!... diciendo esto, besó de nuevo la mano del viejo.

—Danusia está mejor, pero no le es permitido abandonar su habitación; consultadle...

Zbishko, cuando quedó solo se alegró al pensar que aún le quedaban tres meses de vida durante los cuales podría dar su merecido al feroz templario. Comprendía que fuera de éste, nadie le odiaba, y que si le condenó el juez, fué porque se vió obligado á ello.

El joven esperaba, y cuando al cabo de un par de horas oyó los pasos de Matzko que volvía, se lanzó á la puerta exclamando:

—¿Te lo ha concedido? ¿te lo ha concedido?

El anciano que apenas podía respirar á causa del cansancio se echó sobre la cama y murmuró:

—El magistrado me ha dicho que si debes hacer alguna diligencia, te concederá un par de semanas á lo sumo.

Zbishko quedó dolorosamente sorprendido.

—¿Dos semanas?—dijo.—Si ya para el viaje de ida necesito más de una.

—Lo comprendo; pero el magistrado, á pesar del ruego de la princesa Ana, se ha mostrado inexorable.

—¿Por qué?

—Porque á pesar de compadecerte y que no deséa tu muerte, á él le incumbe ser el guardador fiel de las leyes del reino, y si se quebrantaban por asunto de tanta importancia, por ofensa tan sonada como fué la tuya, no habría quien pudiera confiar ni en la fe de nuestra nación ni en los juramentos de lealtad internacionales.

Matzko, después de pronunciar estas palabras, añadió con fatiga:

—¡Sólo Dios puede salvarte!

—¡Morir tan pronto! dentro de dos ó tres días. Todo cuanto pude hacer lo hice. He visto al sacerdote Estanislao de Skarbimeg para rogarle que viniera á verte, á fin de que te confesaras con el confesor de la reina; pero no le hallé; habia ido á ver á la princesa Ana.

—¿Quizá á causa de Danusia?

—¡Qué tontería! ¿No te digo que está mejor?

Zbishko se sentó y apoyando los codos en las rodillas bajó la cabeza; el viejo, conmovido, le llamó por su nombre.

—¡Zbishko! ¡Zbishko!

El mozo se estremeció; en su rostro, antes que el dolor, aparecían el odio y la ira.

Matzko acariciándole le habló:

—Oye, el príncipe Vitoldo, cuando estuvo prisionero, escapó vestido de mujer. Podemos hacer otra cosa, toma

mi manto y mi capuchón; quizá no te conozcan. Si lo consigues, vé á encontrar al príncipe Vitoldo; éste te acogerá benévolo, é intercederá por tí cerca de Jagellon.

—No, no quiero,—contestó Zbishko levantando la cabeza.

—¿Por qué? Piensa que contigo se extinguirá nuestra raza; piensa que yo soy viejo y que la vida me importa muy poco, mientras tú eres joven y amas la existencia.

Diciendo estas palabras comenzó el anciano á quitarse su ropa pero Zbishko le contuvo.

—Por la cruz juro, que no haré lo que queréis.

—¿Por qué?

—Porque no lo haré.

Matzko palideció.

—¡Ojalá no hubieses nacido!—dijo con rudeza.

—Ya otra vez habéis querido sacrificaros por mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Povala.

—¡Ah!

—Sí, y el magistrado os ha hecho notar que la infamia recaerá sobre mí y sobre toda mi familia. Se comprende, ¿hay algo más vil que huir y dejaros en mi sitio?

—De todos modos debo morir...

—Razón de más para no dejaros tan viejo y enfermo.

Callaron ambos; no se oía sino la respiración cansada de Zbishko y el ruido que armaban los soldados en el patio.

—Oye,—dijo Matzko;—si no fué indecoroso para el príncipe Vitoldo huir, tampoco lo sería para tí.

—Vitoldo es un príncipe, tiene riquezas, poder; yo soy un pobre y solo poseo el honor, y además os amo, y no quiero que vuestra cabeza caiga en vez de la mía.

Matzko tembló, tendió las manos; y aún cuando su carácter de guerrero fuese entero y resuelto, rompió en llanto, gritando:

—¡Zbishko! Zbishko!

\* \* \*

Al día siguiente empezaron los preparativos para levantar el cadalso frente á las casas Consistoriales.

La princesa recurrió á todas las lumbreras de la magistratura para ver de hallar un efugio que salvase la cabeza del joven.

Desde las primeras horas de la mañana la plaza estaba llena de gente, porque la muerte de un noble interesaba más que la de un criminal vulgar.

Entre las mujeres circuló la voz de que el reo era muy joven y apuesto, y todas acudieron á presenciar la ejecución vestidas con sus mejores galas y hasta en las ventanas de la plaza se advertían grupos de muchachas deslumbrantes de oro y terciopelo, con el pelo adornado con rosas y lilas.

Los consejeros de estado se pusieron junto al cadalso y los muchachos se esforzaban por hallar un hueco entre las piernas de los espectadores.

El cadalso estaba cubierto con un paño nuevo; sobre él había tres hombres, el verdugo y sus dos ayudantes, que estaban con los brazos desnudos y una cuerda á la cintura. Al lado suyo se veía un ataúd recubierto de paño negro.

Las campanas de la iglesia doblaban estruendosamente asustando á los pájaros; los plebeyos contemplaban á los caballeros. Gran compasión producía el pálido rostro de Matzko de Bogdanetz que estaba sostenido por Florian de Koritnitz y por Martín Vrotzimovitz; creían muchos que era el padre del reo.

Povala de Tacev estaba en primera fila y llevaba de la mano á Danusia, vestida de blanco y con una verde corona sobre su rubia cabeza. El pueblo no comprendía el significado de aquel traje, ni por qué asistía á la tremenda ceremonia.

Algunos decían que era la hermana, otros la dama del reo; su rostro lindísimo y sus ojos llorosos enternecieron á todos. Se murmuraba contra la inexorabilidad de la sentencia, y alguien dijo que si se destruyera el cadalso la sentencia sería aplazada. Era convicción general que si el rey estuviera en Cracovia hubiera perdonado al reo, á quien todos creían inocente.

Cuando el lejano rumor anunció que llegaban los alabarderos, en la plaza reinó profundo silencio.

Apareció el lúgubre cortejo; entre los soldados caminaba el reo, precediéndole frailes con largas capas negras y coronas que les cubrían el rostro, dejando únicamente descubiertos los ojos. A su vista el pueblo se estremeció.

Seguía la guardia real compuesta de mocetones lituanos que llevaban túnicas de piel de alce.

Cerraban la procesión otros alabarderos; en el centro, entre el escribano del tribunal que debía leer la sentencia y el sacerdote que llevaba la cruz, iba Zbishko.

Hacia él se volvieron todas las miradas; llevaba el kuntusc blanco bordado de oro y parecía un príncipe de ilustre prosapia. La estatura, los hombros bien cuadrados, el pecho amplísimo le hacían parecer un hombre maduro, pero su hermoso rostro orlado de cabellos de oro que caían por sus espaldas le daba un aire infantil.

Zbishko andaba con paso firme y resuelto, pero su rostro estaba pálido; tan pronto miraba á la multitud como levantaba los ojos al campanario que señalaba su última hora.

Un ramo de flores lanzado por una joven del pueblo cayó á sus pies; él se inclinó y recogéndolo sonrió á la muchacha que rompió en amargo llanto.

La multitud contenida por los alabarderos se mostraba cada vez más tumultuosa, y aunque los dos tercios de la población de Cracovia fuera alemana, oíanse frecuentes maldiciones á los templarios.

—Infamia! Infamia! muerte á los que hacen matar á los niños! vergüenza al rey y á la corte!

Los lituanos miraban al pueblo frunciendo el entrecejo, pero no se atrevían á hacer uso de sus armas; el capitán de los alabarderos consiguió hacer retroceder algo á la multitud y el cortejo empezó á subir los primeros escalones del cadalso. Apenas Zbishko y el sacerdote habían llegado á él cuando el caballero Povala adelantándose con Danusia en brazos gritó:

—Deteneos!

Su voz fué tan fuerte que la comitiva se detuvo de pronto, y ni el capitán, ni los alabarderos tuvieron valor para impedir el paso á aquel caballero que en el castillo habían visto junto al Rey.

Povala, acercándose á Zbishko le presentó á Danusia vestida de blanco, y éste, pensando que la llevaba el caballero para darle un último adiós la estrechó afectuosamente contra su pecho; pero ella en vez de abrazarlo, arrancó el velo blanco de su cabeza y cubriendo enteramente el rostro de Zbishko gritó:

—Es mío! es mío!

—Es tuyo! exclamaron todos los caballeros.

—Vamos á ver los magistrados...

—Sí! sí! gritó la multitud.

El confesor levantó los ojos al cielo, los soldados envainaron los sables. Todos comprendieron lo que había ocurrido.

Existía una antigua costumbre entre polacos y eslavos, según la cual si una niña inocente cubría con su velo la cabeza de un condenado á muerte que quería casarse con él, el culpable no era ajusticiado ni castigado. Esto lo sabían



los caballeros, los aldeanos y hasta los alemanes que vivían de tiempo atrás en Cracovia.

Matzko, al ver aquello, cayó privado de sentido.

Los caballeros, alejando á los soldados, se acercaron á Zbishko y Danusia. El verdugo y sus ayudantes se eclipsaron. Todos comprendían que nadie se opondría á aquella costumbre tan antigua. La multitud se precipitó sobre el tablado, arrancó el paño y lo destrozó. En pocos instantes no quedó en la plaza huella de la máquina infame...

Zbishko, llevando á Danusia de la mano, se encaminó al castillo con aire triunfante. Al lado de él iban los más reputados caballeros, y las mujeres y los niños cantaban alegres canciones alabando el valor y la belleza de ambos jóvenes. A los pies de Zbishko, caían coronas de rosas y lirios, y él radiante como el sol, con el corazón lleno de gratitud, de cuando en cuando levantaba á la niña vestida de blanco y le besaba extático los pies.

El viejo Matzko, sostenido por Florián y Martzín creía enloquecer de alegría al ver que se había salvado su sobrino por tan milagroso modo.

Povala de Tacev con su voz poderosa, contaba que se había escogitado aquel medio por la princesa y dos sabios juriconsultos que conocían perfectamente las leyes y costumbres, aún aquellas que habían caído en desuso.

La absolución dependía del magistrado, pero no era difícil preveer que no la negaría.

Al llegar á su presencia, Zbishko le presentó á Danusia y el magistrado rozando con sus dedos sus finos cabellos

se inclinó majestuosamente. Cuantos estaban presentes, comprendieron el gesto y exclamaron:

—Dios te bendiga! que vivas muchos años, juez concienzudo, y ojalá nos juzgues á nosotros!

Zbishko y Danusia, entre los aplausos de todos, postráronse á los pies de la princesa Ana Danuta.

—Viva la joven pareja!

—Vival! contestaron todos.

—Ilustres señores, dijo el magistrado, los esponsales deben celebrarse en seguida; así lo quiere la costumbre.

—Cúmplase, pues, exclamó la princesa radiante de alegría; en cuanto al matrimonio es preciso obtener el permiso del padre de Danusia, Jurand de Spichov.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL

---

## SEGUNDA PARTE

---

### I

En la tienda de Amileo, Zbishko y Maztko celebraron una conferencia acerca de lo que debían hacer.

El anciano guerrero esperaba la muerte, que un franciscano gran conocedor de heridas predijole cercana, y deseaba volver á Bogdanetz para ser sepultado junto á los suyos. No todos, sin embargo, habían recibido sepultura en aquel cementerio, porque su estirpe tenía por blason una herradura y entraba en batalla gritando: *Grady! grady!*

En la batalla de Plovitz en 1331 los soldados alemanes mataron setenta y cuatro guerreros de Bogdanetz y únicamente quedó en pie Voitzeck, apellidado Tur, á quien el rey Ladislao, cuando hubo vencido á los alemanes, embleció dándole la tierra de Bogdanetz.

Tur volvió á su país natal para ver la ruina de su familia, ya que mientras los soldados de Bogdanetz caían bajo el hierro alemán, dos bandoleros de la vecina Sajonia asaltaron el pueblo, quemaron las casas, mataron á los hombres, y aprisionaron mujeres y niños para venderlos luego como esclavos en lejanos países.

De tal modo Tur resultó posesor de grandes propiedades que pertenecieron á diversas ramas de su familia. A los cinco años de la catástrofe se casó, y de su matrimonio nacieron Jasko y Matzko, muriendo poco después en una caza de búfalos el gran guerrero.

Los hijos erccieron bajo la tutela de su madre, que en dos expediciones distintas habíase vengado de los alemanes, y que en la tercera murió.

Jasko se casó con Jaghenka de Motzagev, que parió á Zbishko. Matzko, solterón empedernido, cuidaba de su sobrino cuanto le permitía su carrera militar, pero después de la batalla de los Nalenci con los Grimaldi, habiendo desaparecido los aldeanos que apelaron á la fuga para librarse de la muerte, Matzko, junto con su sobrino unióse á los lituanos que combatían contra los alemanes, arrendando antes sus tierras á un abate que era pariente suyo.

Sin embargo, no perdía de vista á Bogdanetz, y si fué á Lituania, era únicamente para ver si con el botín conquistado, repoblaba con esclavos sus posesiones patrimoniales. Después de la salvación no esperada de su sobrino, Matzko hablaba con él acerca de ello en la tienda de Amileo.

Había dinero suficiente para poder comprar esclavos y animales de labor. El tendero les había comprado parte del botín. Matzko vendióle también sus propias armas, pensando que como la muerte le esperaba ya no las necesitaría.

Zbishko se dolía de aquella venta.

—Si Dios os devuelve la salud, decia ¿dónde encontraréis una coraza?

—Donde encontré la otra; cenida al cuerpo de algún alemán,—contestaba Matzko. Sin embargo, creo que no escararé de las garras de la muerte; un fragmento de la lanza que penetró en mi cuerpo quedó entre mi carne, y tratando de arrancarla con las uñas la hundí más profundamente, quitando así la esperanza de la curación.

—Deberiais beber una ó dos tazas de grasa de oso...

—Sí; también el padre Tzipek dijo que me aprovecharía y que quizá así el hierro sería expulsado. ¿Pero dónde hallar grasa de oso? Si estuviéramos en Bogdanetz tomaría un hacha, y oculto una noche en el bosque...

—Entonces, vamos á Bogdanetz.

El viejo conmovido miró á su sobrino.

—Ya sé que tú querrias ir á ver á Jurand de Spichov.

—No lo niego, pero ante todo, me siento ligado á vos, que jamás me abandonásteis y me interesa vuestra salud. Vamos á Bogdanetz!

—Eres un buen chico.

—Dios me castigaría si no me mostrare reconocido. Mirad nuestros carros; en uno de ellos hice poner paja para que podáis dormir; además, la mujer de Amileo me ha regalado un edredón. Viajaremos despacio siguiendo á la corte de la princesa, y cuando ella tome el camino de Varsovia, nosotros continuaremos á Bogdanetz.

—Quisiera vivir hasta ver construido un castillo, dijo Matzko, porque si muero no te cuidarás de Bogdanetz.

—¿Por qué?

—Porque sólo deseas batallas y amores.

—¿No habéis pensado acaso vos siempre en la guerra? Ved lo que debemos hacer: construir un castillito de madera y rodearlo de un foso.

—¿Y cuando esté construido?

—Entonces iré á Varsovia á la corte de Tzechanov.

—¿Después de mi muerte?

—Sí moris pronto, si; pero si el Señor os cura, me esperaréis en Bogdanetz. La princesa me ha ofrecido hacerme armar caballero por el príncipe; de lo contrario Lichtenstein no querría batirse conmigo.

—¿Irás á Malborg?

—A Malborg, y al cabo del mundo con tal de matarle.

—¡Magnífico! ¡ó su muerte ó la tuya!

—Ya veréis cómo os traigo un casco.

—Evita las traiciones, que en aquel país son frequentísimas.

—Rogaré al príncipe Janush que me conceda un pasaporte para Malborg, donde hallaré muchos caballeros; mi primer cartel será para Lichtenstein y luego para los guerreros que lleven plumas en el casco. El Señor me concederá la victoria y cumpliré mi voto.

Zbishko sonrió, y su rostro pareció el de un niño que goza imaginando hechos heroicos que piensa realizar en lo porvenir.

Matzko, moviendo la cabeza, dijo:

—Si consigues vencer á tres caballeros de ilustre prosapia, no sólo cumplirás tu voto, sino que recogerás rico botín.

—¿Tres?—exclamó Zbishko.—Mientras estaba preso, he pensado que para Danusia no son bastantes tantos cuantos dedos tienen mis manos.

Matzko se encogió de hombros.

—Podéis reiros y no creerme, pero os digo que desde Malborg iré á Spichov para ver á Jurand. Debo saludarle, porque es el padre de Danusia y con él iré á pelear contra los alemanes.

—¿Y si no te concediera la niña?

—¿Cómo no, tío? Quiere vengarse y yo también. Nos anima el mismo propósito. Habiendo consentido la princesa en los esponsales, no se opondrá á nuestro matrimonio.

—Pienso una cosa,—dijo Matzko;—si para formar una escolta digna de un caballero, tomas muchos hombres de Bogdanetz, los campos quedarán sin agricultores.

—Dias habrá que halle soldados, y nuestro pariente Jasko de Tulci quizá me preste algunos.

En aquel instante abriéronse las puertas, y como para probar que Dios pensaba en aquellos buenos caballeros, entraron dos hombres membrudos, de piel bronceada, que llevaban caftan amarillo y bombachos oscuros y que se

tocaron repetidamente la frente, la boca y el pecho con las manos, inclinándose hasta el suelo.

—¿Quiénes sois?—preguntó Matzko.

—Vuestros esclavos,—contestaron en mal polaco.

—¿Qué decís? ¿quién os envía?

—Zaviscia nos envía á Zbishko el valeroso.

—¿Qué oigo?—exclamó Matzko con alegría;—¿de qué país sois?

—De Turquía.

—¿Turcos?—exclamó asombrado.

Y acercándose á ellos les tocó como si fueran animales raros, preguntando á su tío si conocía hombres de aquella especie.

—No he visto nunca, pero el caballero de Garbof tiene uno á su servicio. ¿Sois, pues, paganos?

—El amo nos ha hecho bautizar,—contestó uno.

—¿No pudisteis rescataros?

—No, nuestro país está lejos, en las playas asiáticas.

Zbishko y Matzko agradecieron el regalo, porque entonces había pocos esclavos é iban caros.

Estaban aún admirándose, cuando entró Zaviscia mismo acompañado de Povala y otros caballeros, los cuales, habiendo contribuido á la salvación del joven, le traían un regalo como recuerdo.

El generoso caballero de Tacev, le dió una espléndida manta de caballo orlada con franja de oro, y Pashko una magnífica espada húngara de subido coste. Los demás caballeros hicieronle también soberbios regalos dignos de su nombre y su fama.

Zbishko estaba conmovido por la simpatía que le demostraban y contestaba con emoción á sus preguntas acerca de su última partida y de la salud de Matzko, al cual aconsejaban diversos remedios.

El buen anciano, por su parte, recomendaba á su so-

brino aquellos próceres, afirmando que pronto moriría, pues se sentía cada vez más quebrantado.

El padre Tzibek le había extraído sangre, esperando curarle, pero sus esfuerzos fueron estériles.

Matzko estaba contento de los regalos hechos al sobrino, y cuando Amileo ofreció una copa á los caballeros, también él se puso á beber.

Hablaron de la libertad de Zbishko y de sus esponsales con Danusia, diciendo que probablemente Jurand de Spichov no se opondría á la voluntad de la princesa, tanto más si Zbishko vengaba la muerte de la madre de Danusia.

En cuanto á Lichtenstein—dijo Zbishko—no sé si querrá batirse, porque es monje, y uno de los más potentes capitanes de la Orden, de la cual se asegura que será con el tiempo gran Maestro.

—Si no acepta el reto, perderá el honor,—observó Lis de Targovisk.

—Pero como no es laico, y si monje, á éstos les está prohibido batirse.

—A menudo también se batían los monjes.

—Porque violan las reglas de la Orden. Los templarios son tan buenos para hacer votos como para violarlos. Se encontrarán en la guerra.

—Dicen que no estallará porque los templarios la temen.

—No durará mucho la paz.

—Quizá deberemos batirnos con Timur,—dijo Povala;

—sé de una manera cierta que Vitoldo ha sido derrotado.

—Sí, el capitán Spitko no ha vuelto y muchos príncipes lituanos han muerto en el campo de batalla.

—La difunta reina ya lo había predicho.

El relato se refería á la guerra con los tártaros; no había duda de que Vitoldo, más impetuoso que hábil, había sufrido una terrible derrota junto á Vorskla y que muchos

guerreros lituanos y rusos habían caído á la vez con los templarios.

Los huéspedes de Amileo, lamentaban especialmente la suerte del joven Spitko, el más rico de la corte que había muerto sin dejar rastro alguno.

Los caballeros elogiaban su valor y decían que habiendo recibido del jefe enemigo un distintivo, no quiso ponerse durante la batalla, prefiriendo una muerte gloriosa á la vida que le concedía el caudillo pagano. No se podía afirmar si había muerto ó si estaba herido ó prisionero. En este último caso se le podría rescatar, porque era muy rico y había heredado de Vitoldo el feudo de Podolia.

La derrota de los lituanos atemorizó á la corte de Jagellon, porque nadie podía asegurar que los tártaros, envanecidos por su victoria, no se precipitasen contra Polonia. En tal caso, los caballeros debían volar al combate; Zavischia, Farurey, Dobko y el mismo Povala que estaban acostumbrados á correr aventuras en cortes extranjeras, no salían de Cracovia en espera de los acontecimientos, porque si Timur, príncipe de veintisiete estados, avanzaba con sus hordas, el peligro podía ser muy grave.

—Nosotros combatiremos contra el Zurdo, y quizá no nos venza tan fácilmente como á los demás, sin contar con que los demás príncipes cristianos nos prestarán ayuda.

Zindarm de Maskovitzk, que odiaba cordialmente á los templarios, añadió:

—No sé qué harán los monarcas cristianos; en cuanto á los templarios no me extrañaría que se coligaran con los tártaros y nos atacaran por retaguardia.

Los caballeros empezaron á contradecirle y admitían que los templarios antepusieran sus intereses á los de la religión; pero no era creíble que se unieran á los tártaros para combatir contra un pueblo cristiano.

Afirmaban que Timur debía haberse alejado mucho de

Asia y que su hijo había perdido en la guerra tantos soldados que casi lamentaba su propia victoria, y además que Vitoldo, á fuer de prudente, había aumentado sus fuerzas, y que los lituanos, vencidos aquella vez, estaban acostumbrados á vencer á los tártaros.

—No sólo deberemos combatir con el Zurdo,—observó Zindarm, y volviéndose á Zbishko, añadió:

—La Masovia será la primera invadida y podrás hallar fácilmente ocasión de batirte.

—Dios te ayudará,—exclamó Poyala.

—¡A tu salud y á la de Danusia!—gritaron á una todos los nobles apurando las copas.

—¡A la derrota de los alemanes!—añadió Zindarm.

En aquel instante entró un hidalgo con un halcón en la mano, saludó y se dirigió á Zbishko, diciendo:

—La señora princesa me envía á deciros que permanecerá una noche más en Cracovia y que mañana marchará.

—¡Bien está!—exclamó el mozo.—Pero, ¿por qué se marcha tan pronto?

—No; la princesa espera un huésped de Masovia.

—¿El príncipe?

—Jurand de Spichov.

Zbishko sintió latir su corazón con tanta violencia como cuando se le leyó la sentencia de muerte.

## II

### DIRECCIÓN GENERAL

La princesa Ana no se asombró de la llegada de Jurand Spichov, porque movido del deseo de ver á Danusia, muchas veces dejaba á sus soldados y corría hacia donde estaba su hija.

Como Danusia, á medida que transeurrían los años se parecía más á su difunta madre, el conde sentía crecer su cariño al advertir tal semejanza, imaginando ver á la princesa cuando la vió en Varsovia junto á su hermana Anita.

Los amigos esperaban que su corazón, deseoso de vengarse, olvidaría poco á poco, pero cada vez que veía á Danusia se renovaba su antigua herida, y partía á la frontera para anegar en sangre su sed de odio. Las gentes, al verle marchar desesperado, decían «¡Ay de los tudescos! no son corderos, pero Jurand los devorará como un lobo.

Efectivamente, apenas pasados unos días, Jurand había ganado una batalla, incendiado una ciudad ó pasado á cuchillo á los habitantes de una comarca entera. Los alemanes defendíanse como podían, y en justa reciprocidad, entraban como fieras en los países de las marcas, causando estragos horribles. Los infelices habitantes de la campiña se quejaban al gobierno de Varsovia de las iniquidades cometidas por Jurand y por los alemanes, pero como en aquellos tiempos era casi imposible que el rey hiciese justicia, los incendios y las matanzas se sucedían.

Jurand llegó á hacerse tan temible, que los campos vecinos á Spichov no se cultivaban. Nadie pasaba por los campos de su dominio, y los prados veíanse invadidos por la cizaña y las hortigas.

Muchos caballeros alemanes acostumbrados á luchar, se juntaban á veces para acometer todos á una al castellano de Spichov, pero siempre resultaban vencidos.

Un día llegó un caballero desconocido, de una estatura y fuerza descomunales, que retó á Jurand en campo abierto; pero que al verse frente á frente del terrible guerrero, apeló á la fuga con mengua de su honor. Jurand hundióle la espada en la espalda, quitándole así su honra de caballero.

Decían los vecinos de Spichov que su castellano había vendido el alma al diablo para poder vengarse mejor; con-

tábanse de él cosas terribles, decíase que en un terreno pantanoso había lanzado las calaveras de los alemanes muertos por su espada, y que de noche, aquellas calaveras resurgían de las aguas, clamando venganza contra su fiero matador.

De los calabozos de su castillo salían de continuo lamentables gemidos, que helaban de terror á los viandantes, y aun á los criados del pavoroso guerrero, cuyo nombre era cada vez más temido.

Zbishko, al saber la llegada de Jurand, fué en seguida á verle, sintiendo en lo íntimo de su corazón gran temor. Si bien era verdad que la princesa Ana había consentido en darle á su sobrina, ¿consentiría igualmente su padre? ¿No opondría Jurand algún impedimento?

Pensó el joven que valiéndose en su derecho de padre podría oponerse á la boda, y aquello desesperaba á Zbishko.

Danusia representaba para él cuanto había en el mundo deseable; ella era la única esperanza que le animaba, y si pensaba en combatir contra Lichtenstein, era únicamente por ella.

El joven interrogó al hidalgo, que estaba en la tienda de Amileo:

—¿Dónde debo ir? ¿Al castillo?

—Sí, directamente al castillo. Jurand ha ido á ver á la princesa.

—Decidme qué clase de hombre es; deseo saberlo, para hablar con él de un modo conveniente.

—¿Qué puedo decirlos? Años hace dicen que tenía un carácter jovial...

—¿Es inteligente?

—Y solapado, porque sabe vencer á los demás, y no cae en emboscada. Sólo tiene un ojo, porque el otro se lo vació una flecha alemana; pero ve hasta el fondo del alma. No hay nadie capaz de quebrantar la voluntad del

conde; tan sólo la princesa tiene algún ascendiente sobre él, porque cuida á su hija, y porque amó á su esposa.

Zbishko respiró como si le quitaran un gran peso de encima.

—¿Pensáis que se opondrá á la voluntad de la princesa?

—Comprendo lo que queréis decir. Sé que la princesa ha hablado á Jurand de vuestros esponsales, pero no sé qué respuesta le ha dado el valiente guerrero.

Habían llegado junto al castillo.

El capitán de los soldados que escoltaronle hasta el patíbulo, le saludó cortésmente, y Zbishko pasó junto á los alabarderos, atravesó el patio y fué á la habitación de la princesa.

El que acompañaba al joven preguntó á un criado:

—¿Dónde está Jurand de Spichov?

—En la habitación de su hija.

Indicando un corredor con la mano:

—Por aquí,—dijo.

Zbishko persignóse, y alzando un cortinaje, entró en la estancia. De momento no vió ni á Jurand, ni á Danusia, porque la estancia estaba mal alumbrada. Se detuvo después de adelantar unos pasos, tosió y dijo:

—¡Alabado sea el nombre del Señor!

—Amén,—contestó Jurand levantándose.

Danusia corrió hacia el joven y tomándole por la mano exclamó:

—¿Zbishko! ha llegado papá.

Zbishko besó las manos de la joven y acercándose con ella á Jurand, dijo:

—Vengo á saludaros, ¿sabéis quién soy?

Se había inclinado á los pies de Jurand, pero éste le cogió por un brazo, y le examinó en silencio.

Zbishko, levantó los ojos con curiosidad, y vió un hombre de alta estatura, de cabellos y bigote rubios, moreno rostro y con un solo ojo de color de hierro. La mirada del

guerrero era tan penetrante que Zbishko sintióse perplejo y para romper aquel penoso silencio preguntó:

—¿Sois Jurand de Spichov, padre de Danusia?

Jurand indicóle un banco de encina, y sin hablar continuó examinando al joven.

Zbishko no pudo contenerse.

—Oid,—dijo,—no me place estar sentado como ante un juez.

Entonces, Jurand le preguntó:

—¿Quieres batirte con Lichstentein?

—Sí,—contestó el joven.

El rostro severo de Spichov se serenó, y añadió con acento más plácido:

—¿Por ella?

—¿Por quién si nó? Mi tío os habrá contado que hice solemne voto de arrancar las plumas de los cascos alemanes; no de tres, sino de cuantos dedos tengo en las manos. Después os ayudaré á vengar la muerte de la madre de Danusia.

—¡Ay de ellos!—exclamó Jurand.

Volvieron á permanecer silenciosos. Zbishko, comprendiendo que al expresar su odio á los alemanes se captaba la voluntad de Jurand, exclamó:

—Quiero ser inexorable con ellos, pues ha estado en poco que por su culpa perdiera la cabeza.

Y volviéndose á Danusia:

—Ella me ha salvado,—murmuró.

—Lo sabía,—dijo Jurand.

—¿Qué pensáis vos?

—Si le has hecho un juramento, procura cumplirlo, tal es la costumbre caballeresca.

Zbishko, después de breve silencio, añadió:

—Pensad que me cubrió la cabeza con un velo, y que los caballeros y el fraile que estaban al lado oyeron que me decía: ¡es mío! ¡es mío! Y es verdad, porque no seré de nadie más hasta la muerte, ¡lo juro ante Dios!

Diciendo estas palabras se arrodilló y para demostrarse conoedor de las costumbres caballerescas, besó los pies de Danusia y dijo á su padre:

—¿Habéis visto jamás una niña como esta?

—Sí la he visto, pero los alemanes me la arrebataron.

Zbishko dirigiéndose hacia el feroz guerrero, exclamó:

—Escuchad: ambos fuimos ofendidos y ambos debemos vengarnos, no hallaréis compañero más batallador que éste, he combatido ya con la lanza y con la pica, con la espada y con el hacha; desprecio la vida; mi tío os podrá decir como me batí con los frisios. En cuanto á Danusia, juro que por ella me batiré hasta con el mismo rey del Averno, y que no la cederé ni por riquezas, ni por tierras, ni por rebaños; la seguiré á donde quiera que vaya, aunque sea hasta el fin del mando.

Jurand, como despertando de larga reflexión dijo tristemente:

—Me gustas, muchacho, pero Danusia no puede ser tuya...

Zbishko, miró á Jurand. Danusia acudió en su auxilio, porque gustábale la promesa del joven; así es que al oír las palabras de su padre, saltó del sillón y acercándose á Jurand, dijo:

—¡Papá, papá, me haces llorar!

Jurand que la quería más que á las niñas de sus ojos, le acarició el pelo. Su rostro expresaba no la ira, sino la tristeza.

Zbishko preguntó:

—¿Queréis oponeros á la voluntad de Dios?

Jurand contestó:

—Si Dios lo quiere, tuya será la niña, yo no puedo concedértela.

Y cogiendo por el brazo á Danusia salió. Zbishko trató de detenerle. Entonces, él, deteniéndose le dijo con gravedad:

—No te prohibo cumplir con tus deberes de caballero,



pero deseo que no me preguntes nada, ya que nada te puedo contestar:

Y salió de la habitación.

Al día siguiente Jurand no trató de evitar la compañía de Zbishko y durante el viaje permitió que tuviera con ella las atenciones propias de un caballero hacia su dama. Así comprendió que el altivo señor de Spichov no le tenía mala voluntad, y que, por lo contrario, sentía compasión hacia él por la dura respuesta que le había dado.

El joven hacía cuanto podía por acercarse á Jurand y reanudar su conversación, lo cual no era difícil porque ambos cabalgaban casi juntos.

Jurand, que de costumbre era muy taciturno, hablaba con animación, mas apenas Zbishko trataba de inquirir el obstáculo que le separaba de Danusia, el rostro de Jurand se ponía cejijunto y cesaba de hablar.

Zbishko pensando que la princesa sabía algo de ello, aprovechando una oportunidad le preguntó:

—¿Supongo que en la negativa del conde hay algo misterioso?

—Jurand me ha dicho que no le hable de ello. Aún cuando parece que le pesa no poder confiarse á nadie, se ve que no lo hace porque no puede y quizá se lo prohíbe algún juramento solemne.

—No puedo vivir sin Danusia,—exclamó Zbishko; yo soy tan desgraciado, que mejor hubiese sido marchar con Vitoldo para que me mataran los tártaros... Sí, debo acompañar á mi tío para morir luchando con los alemanes.

Así la muerte me será grata porque me impedirá ver á Danusia casada con otro.

La princesa le miró con sus dulces ojos y dijo:

—Cómo, ¿habéis consentido?

—¿Yo? En tanto que viva no consentiré nunca en ello.

—¿Pues?

—¿Cómo podrá ser mía contra la voluntad de su padre?

Entonces la princesa, murmuró, como hablando consigo misma:

—¡Ojalá no ocurra eso!

Después, volviéndose á Zbishko:

—Es más poderosa la voluntad de Dios que la de un padre. Si Dios quiere, Danusia será tuya.

—Lo mismo me he dicho á mí.

—¿Entonces?...

—Sólo puedo esperar de vuestra protección, ilustre señora.

—Yo te protegeré y Danusia te será fiel. Ya se lo he preguntado: Danusia, ¿permanecerás siempre fiel á Zbishko? y ella me ha contestado: Seré suya ó de nadie.» Es joven; pero tiene palabra y en eso se parece á su madre.

—¡Quiéralo Dios!

—Recuerda que debes guardarla fidelidad; vosotros los hombres, prometéis fácilmente y olvidáis lo mismo.

—Mal rayo me parta si olvido mi palabra,—exclamó enérgicamente Zbishko.

—Oyeme, pues: cuando hayas acompañado á tu tío á Bogdanetz, ven á mi casa, que allí en seguida que se presente ocasión te haré armar caballero. Danusia entretanto irá creciendo y Jurand cambiará poco á poco de ideas. No te será difícil, combatiendo contra los alemanes, prestarle algún señalado servicio y de tal manera, ganarás su voluntad.

—Eso pensaba hacer, ilustre señora.

El coloquio con la princesa le confortó. Y como por otra

parte, Matzko se sintió muy malo, fué imposible continuar el viaje en compañía de la corte.

La princesa se despidió de los guerreros afectuosamente después de entregarles su botiquin por si les era necesario.

Zbishko se echó á los pies de la princesa, luego besó los de Danusia, jurándole nueyamente eterna fidelidad, y luego, levantando entre sus brazos á la niña exclamó:

—Acuérdate de mí, florecilla campestre; acuérdate de mí, pajarito del paraíso.

Danusia abrazándole ingenuamente como una hermana rompió en llanto murmurando:

—¡No quiero ir á Tzechanov sin Zbishko; no quiero ir!

Jurand, que vió todo aquello no pareció disgustado, antes por el contrario, saludó benévolamente al joven y le dijo:

—Bendigate Dios, y no me guardes rencor.

—¿Cómo podría sentirlo por el padre de Danusia?

Jurand, estrechando con fuerza la mano del guerrero:

—Que Dios te proteja en todo,—exclamó, y espoleando el caballo desapareció entre una nube de polvo.

Zbishko comprendió cuánta afección encerraban aquellas últimas palabras y acercándose al carro donde iba Matzko, dijo:

—Quisiera acceder á mi deseo, pero algo se lo impide. Vos que habéis estado en Spichov, y que sois tan sagaz, quizá podáis adivinar algo.

Matzko no contestó porque estaba gravemente enfermo. La fiebre que remitió por la mañana recargó á la noche, y el pobre viejo preguntó:

—¿De dónde viene este sonido?

Zbishko se estremeció, parecióle que cuando un enfermo siente el sonido de las campanas puede considerarse perdido; y al considerar que su tío podía morir sin confesión é irse al infierno se horrorizó. Decidió marchar de descubierta hasta ver alguna iglesia y sentándose interi-

namente al lado del enfermo, le veló solícito toda la noche, administrándole de vez en cuando una pocion calmante que le había dado Amileo.

Matzko bebía ávidamente y experimentaba gran alivio. Después cayó en un sopor tan profundo que Zbishko se inclinó varias veces sobre él para asegurarse que respiraba.

A solas con sus pensamientos, el joven sintió honda amargura al pensar en la negativa de Jurand. Durante algunos momentos creyó perdida por completo su causa, pero como la juventud tiene siempre esperanza, pensó que tras aquellos días de prueba lucirían otros de dicha, y que Dios le permitiría cumplir su voto, poniendo á los pies de Danusia los cascos de diez alemanes, y que entonces su felicidad llegaría al colmo, porque nadie osaría oponerse á ella.

El alba arrancó al joven de sus meditaciones. El día se anunciaba espléndido pero frío. Matzko estaba mejor; su respiración era regular y tranquila. Se despertó cuando el sol estaba ya muy alto, y entreabriendo los ojos preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Cerca de Olkush, donde se halla la Fábrica de la Moneda.

—Si trabajase una temporada para nosotros, pronto repoblaríamos á Bogdanetz.

—Ahora sí que creo que estáis bien,—replicó riendo Zbishko,—de todos modos, creo que debéis aprovechar vuestra mejoría para tomar la sagrada comunión.

—Soy un pecador, y me confesaré con gusto. Esta noche he soñado que los diablos me desnudaban y hablaban entre ellos en alemán. ¿Y tú has dormido?

—Un poco.

—¿Quieres dormir ahora?

—¿Acaso podría?

—¿Quién te lo impide?

—El amor.

Matzko, después de una breve pausa dijo:

—No comprendo de quién heredaste esa manía amorosa, ni yo ni tu padre éramos así cuando jóvenes.

Zbishko, en vez de contestar, levantando los ojos al cielo, cantó:

«Estoy en duro trance  
deseconsolado,  
porque tú no me quieres  
dueño adorado,  
y si así continúo  
de noche y día,  
muy pronto ha de matarme  
la parca impía!»

El canto resonó débilmente en la selva como un eco lejano.

Matzko tocando su herida en la que conservaba clavado el trozo de hierro gimió:

—Los hombres de otros tiempos, tenían mejor sentido... aunque también entonces había casquivanos.

El carro había llegado al lindero del bosque.

Aparecieron muy pronto las cabañas de los mineros y un poco más lejos las murallas almenadas de Olkush construídas por el rey Casimiro, y la alta torre de la iglesia edificada por Ladislao.

IV

El sacerdote de la parroquia confesó á Matzko y les ofreció á él y á Zbishko hospitalidad durante la noche.

Aceptaron y prosiguieron su camino á la mañana si-

guiente, dirigiéndose hacia Slesia para pasar luego á Polonia.

El camino atravesaba espesas selvas dentro de las cuales, al ponerse el sol, se oía el mugido de los búfalos, de los cuales se veía brillar los ojos entre las tinieblas; además el viandante estaba amenazado por las cuadrillas de alemanes que infestaban el país y que cada día hacían excursiones desde sus castillos de la frontera. Es verdad que á causa de la guerra entre Ladislao y el príncipe Opolsky, la mayoría de esos castillos habían sido destruídos; pero los que quedaban eran insuficientes para hacer que la seguridad del país fuese muy precaria.

Nuestros dos caballeros recorrían tranquilamente el camino, y empezaban á aburrirse, pues les faltaba aún una jornada para llegar á Bogdanetz, cuando de repente, oyeron el ruido de muchos caballos.

—Llega gente,—dijo Zbishko.

Matzko que no dormía, miró al cielo y tranquilizó á su sobrino.

—No tengas cuidado,—dijo,—tardará todavía en haber peligro, ya que á esta hora no hay alemán que se arriesgue lejos de su casa.

Zbishko, creyó de todos modos conveniente hacer parar el carro y preparar á los soldados que llevaba de escolta por lo que pudiera ocurrir.

Al cabo de poco apareció un caballero seguido de escolta; no teniendo intención de esconderse el desconocido, por cuanto llegaba cantando á grito pelado, Zbishko, no podía distinguir bien la canción y oía únicamente un alegre *gotz, gotz*, con que terminaba cada estrofa.

—Es uno de los nuestros,—dijo Zbishko.

Y dirigiéndose al que llegaba, gritó:

—Párate.

—¿Y si no me diera la gana?—contestó una voz burlesca.

—¿Por qué sigues nuestros pasos?

—¿Por qué me cierras el paso?

—Contesta.

—Ya te he contestado.

—Ea, acabemos de una vez.

La contestación que llegó fué en forma de dos estrofas más de la canción que entonaba el desconocido:

«A lo largo del camino  
dos dolores se encontraron  
¡gotz! ¡gotz! ¡gotz!

Y al estar frente por frente  
ambos á dos se abrazaron  
¡gotz! ¡gotz! ¡gotz!»

Zbishko quedó admirado de la contestación, pero bien pronto salió de dudas cuando la misma voz que la entonaba gritó:

—¿Cómo está el viejo Matzko? ¿Respira aún?

El aludido incorporándose exclamó:

—¿Quién pregunta por mí?

—Zich de Zgogelitz; hace ya una semana que os busco y pregunto por vosotros.

Diciendo estas palabras se adelantó el desconocido y estrechó la mano del tío y del sobrino.

—¿Cómo estáis?—les preguntó.

—Mal, mal,—dijo Matzko,—pero me alegro de veros, porque me parece estar ya en Bogdanetz.

—Me han dicho que los alemanes os han herido.

—Sí, y por desgracia me ha quedado entre las costillas la punta de una lanza.

—¡Virgen Santa! ¿Habéis bebido grasa de oso?

Zbishko exclamó:

—Todos se lo han aconsejado; si estuviésemos ya en Bogdanetz, procuraría matar un oso con mi hacha.

—Quizá Jaghenka tendrá grasa de esa.

—¿De quién queréis hablar? Me parece que vuestra mujer no se llamaba así.

—Hace años ya que murió la pobre. Jaghenka se le parece, pero es muy joven aún. Mi pobre mujer cayó un día de lo alto de un pino y murió.

—¡Dios la haya acogido en su seno!

—Yo quedé tan triste que durante tres días permanecí sin sentido y todos creían que estaba muerto. Cuando desperté lloré mucho, y lloro todavía, aun cuando Jaghenka es una buena chica.

—Apenas la recuerdo, cuando marché era muy pequeña.

—El día de Santa Inés cumplió quince años; yo hace también mucho tiempo que no la veo.

—¿De dónde venis?

—De la guerra.

Matzko, olvidando su propio dolor, interrogó á su amigo:

—¿Habéis combatido al lado del príncipe Vitoldo?

—Sí, pero la fortuna nos fué adversa. Los tártaros nos derrotaron en Edige. Los nuestros creyeron que era fácil vencer á aquella canalla, pero después de muchas horas de lucha vimos que de cada diez de los nuestros solo quedaba uno en pie. No podéis imaginaros la carnicería que hubo; setenta príncipes rusos y lituanos quedaron en el campo de batalla.

—Ya lo oí decir.

—También murieron nueve templarios. El príncipe, desde el principio de la lucha, se rodeó de los polacos porque fiaba mucho en su pericia y valor, pero uno tras otro fueron cayendo á impulso de las flechas enemigas.

El narrador soltó una carejada como si contase una historieta alegre y canturreó:

«¡Me acuerdo de las flechas tártaras!»

—¿Qué sucedió?

—El príncipe huyó, no perdiendo la esperanza de un desquite. Fuimos al vado de Tavansk y allí muchos caballeros polacos llenaron los claros de nuestras filas, así es que, al atacarnos de nuevo los tártaros, no sólo les hicimos frente, sino que matamos á muchos y aprisionamos á más. Yo tengo cinco prisioneros que veréis cuando amanezca.

—En Cracovia se decía que la guerra continuaría.

—Es posible.

—¿Volvéis á vuestra casa?

—Sí, porque he cumplido ya mis compromisos.

Zich, volviéndose á Zbishko exclamó:

—¡Santo Dios! te he conocido un niño y ahora te encuentro hecho un guerrero. ¿De modo que querías matarme? Ya veo que eres un valiente.

—He crecido en los campos de batalla.

—En Cracovia me ha hablado de tí, el caballero de Tacev; me ha dicho que Jurand no quiere concederte la mano de su hija... En cuanto veas á Jaghenka...

—Nunca olvidaré á Danusia.

—Le daré en dote la Mocidola, donde está el molino; ya verás cuántos caballeros se pirrarán por mi hija.

Zbishko iba á contestar: «pero yo no», cuando Zich de Zgogelitz, cantó entre dientes:

«Todos, todos me dirán  
que los acepte por yernos!!»

—Siempre estáis contento, —observó Matzko.

—¿Qué hacen las almas en el paraíso?

—Cantan.

—Las almas condenadas lloran; yo prefiero ir con las que cantan, y San Pedro oyéndome cantar siempre, dirá: «es preciso llevarle al paraíso, porque si no este loco cantará hasta en el infierno, lo cual sería dar mal ejemplo». Mirad, apunta el alba.

Hacia algunos minutos que atravesaban una gran esplanada en cuyo centro había un estanque donde algunos pescadores recogieron apresuradamente los trabajos al ver á los que avanzaban y tomaron una actitud defensiva.

—Creo que nos han tomado por bandoleros, —dijo Zich; —¿á quién pertenecéis, pescadores?

Estos permanecieron silenciosos, hasta que el más viejo contestó:

—Pertenece al abad de Tulci.

—Nuestro pariente, —exclamó Matzko; —pero este terreno lo habrá comprado hace poco.

—¿Comprado? —exclamó Zich. —¡Cá! Es que se batió con Vilko y le venció.

—Espero que no se batirá con nosotros, —repuso Matzko.

—Creo que no. Hablándole con franqueza, resulta un caballero muy cortés; cuando canta, demuestra tal fuerza en los pulmones que las golondrinas huyen despavoridas.

—Sí, ya recuerdo que apagaba una luz á cien pasos de distancia. ¿Ha estado alguna vez en Bogdanetz?

—Sí, y ha conducido allí cinco campesinos con sus mujeres. Jaghenka fué bautizada por él y la quiere como hija.

—Si me dejara los campesinos... —exclamó Matzko.

—A él, que es tan rico, ¿qué le pueden importar cinco aldeanos?

El sol, en el azul opalino del cielo, envió su primer destello de oro.

Los caballeros se persignaron y rezaron la oración de la mañana.

Zich, volviéndose al anciano, dijo:

—Ahora que os he visto á plena luz, veo que habéis cambiado mucho; Jaghenka os curará, porque un hierro de lanza entre las costillas, no es compañía muy grata que digamos. En cuanto á tí, Zbishko, me figuro que serás un buen caballero y que podrás luchar contra un oso.

—Ya lo creo,—contestó Matzko por el joven.  
—Y yo lo sé,—repuso Zich;—Povala de Tacev me ha contado muchas cosas...

«Marchó el tudesco á la batalla, alegre  
y á la tumba bajó despenachado!...»

Miraba benevolamente á Zbishko que murmuró entre dientes:

—Con un vecino así, me parece que no nos aburriremos.

—Nunca conocí el aburrimiento. Lo que me parece es que vais á encontrar vuestras tierras en un estado lastimoso, porque nadie se ha cuidado de vuestra casa. Lo mejor es que vengáis á la mía durante dos ó tres meses, y Jaghenka, cuidará de vuestras habitaciones y de cuanto hayáis menester.

—Muchas gracias,—exclamó Matzko conmovido;—ya sé de muy antiguo que sois muy cortés y hospitalario, pero si debo morir á consecuencia de esta maldita herida, prefiero morir en mi casa. A las incomodidades estoy muy acostumbrado, así es que no me sorprenderán.

Zich de Zgogelitz que era citado como modelo de hospitalario, insistió, pero el anciano, no se dejó persuadir, repitiendo que deseaba morir en Bogdanetz.

El coloquio fué interrumpido por el sonido de un cuerno.

Zich paró su caballo y escuchó.

—Alguien caza por aquí.

—Quizá el abad; me alegraría encontrarle.

—Silencio...

El sonido del cuerno repitióse más cerca, confundido con el ladrar de muchos perros.

—¡Preparaos!—dijo Zich á sus hombres;—se acercan. Zbishko saltó del caballo gritando:

—Preparad los arcos, quizá una fiera saldrá del bosque; ¡pronto!

Dieiendo esto adelantóse hacia el bosque. El cuerno resonó más cercano, y los ladridos redoblaron.

De repente se oyó un rumor sordo; crugieron las ramas, rompiéndose, y un búfalo enorme con los ojos sanguinolentos y la boca entreabierta saltó al camino; las patas delanteras no resistieron el choque y el animal se arrodilló, pero levantándose en seguida, trató de huir.

De repente sonó un mugido y la fiera rodó por el suelo; una flecha le había atravesado.

Zbishko apareció con el arco tendido y miró cómo el búfalo agonizaba.

—Lo he matado,—dijo con alegría.

—¡Bravo!—exclamó Zich, acercándose.

—Estaba cerca y el golpe fué mortal.

—Los cazadores que lo perseguían lo reclamarán para ellos.

—Pero yo no se lo daré,—contestó Zbishko;—lo he matado en el camino que es un terreno neutral.

—¿Y si es el abad quién caza?

—A ese se lo entregaré.

Salieron del bosque diez ó doce perros que al ver al búfalo se lanzaron sobre él mordiéndole.

—Aquí están los cazadores,—dijo Zich.

—¡Venid aquí, ya está muerto!

De pronto calló y poniéndose la mano sobre los ojos para ver mejor:

—O soy ciego,—agregó,—ó...

—Va delante de todos un caballero sobre un negro corcel.

—¡Es ella!... ¡Jaghenka!

Una niña avanzó á caballo; llevaba el arco en la mano y el careaj á la espalda; traía el pelo alborotado por el movimiento y su pecho anhelaba bajo una blusa descotada recubierta de cota de malla.

Al aparecer los caballeros, su rostro expresó la sorpresa, la incertidumbre y la alegría, y su voz infantil repitió muchas veces:

—¡Padre! ¡querido padre!

En un instante se abrazó á Zich que había bajado del caballo, oyéndose durante un momento el rumor de los bosos y exclamaciones de alegría.

Cuando se hubo disipado la primera emoción, Jaghenka preguntó:

—¿Volvéis de la guerra? ¿estáis bueno?

—Sí, ¿y tú? Me parece que sí porque de lo contrario no andarías por esos vericuetos.

—Estoy cazando,—repuso Jaghenka.

—¿En fierras ajenas?

—No solo el abad me ha dado permiso, sino que me ha dado ojeadores y perros.

—Cuánto me alegra verte, ven, te daré otro beso.

Jaghenka murmuró:

—Estamos muy lejos de casa. El búfalo nos ha traído hasta aquí y los caballos ya comenzaban á cansarse. Qué hermoso animal; la última que le lancé lo mató.

—Sí, pero no la tuya; mira aquí al matador.

Jaghenka alisándose el pelo con los dedos, miró con complacencia á Zbishko.

—¿Le conoces?—preguntó Zich.

—No.

—No es extraño, porque está muy cambiado, ¿y al viejo Matzko de Bogdanetz le reconoces?

—Ya lo creo,—dijo Jaghenka que aproximándose al carro besó la mano al guerrero.

—Está tendido en el carro porque le hirieron los tudescos.

—¿Qué tudescos? Creía que la guerra era contra los tártaros...

—Sí, pero él fué con Zbishko á pelear á Lithuania.

—¿Dónde está Zbishko?

—¿No le has conocido?

—¿Es él?

—El mismo.

—Permitid que os dé un beso, á fuer de antiguo amigo,—repuso Zbishko.

Jaghenka se volvió hacia él y dijo.

—¡Me da vergüenza!

—Pues si nos conocemos de niños.

—Sí, ya me acuerdo que hace unos ocho años estuvisteis en casa. Recuerdo también que me disteis un golpe en la nariz y me quitasteis todas las nueces.

—Ahora ya no lo haría.

Jaghenka acordándose del búfalo preguntó:

—¿Le matasteis vos?

—Sí.

—Veamos dónde está la flecha.

—No la podéis ver porque se hundió toda en el cuerpo.

—Déjale en paz,—observo Zich,—todos han visto que fué él quien mató al animal.

Jaghenka miró nuevamente al joven, con el arco tendido...

Zbishko queriendo demostrar que conocía las leyes caballerescas alargó el arma á la muchacha, que, sonrojándose sin saber por qué, arregló los pliegues de su blusa.

Y

Al día siguiente de su llegada á Bogdanetz, Zbishko y Matzko advirtieron cuanta razón tenía Zich al hablar de las incomodidades de su casa. Ocho años hacía que nadie habitaba en aquel destartalado caserón, y el polvo y los

ratones y toda clase de alimañas y bichos habían puesto muebles y habitaciones en un estado deplorable.

Matzko, enfermo como estaba, sufría mucho por las violentas corrientes de aire que penetraban por las rendijas de puertas y ventanas y por las grietas de las paredes que se habían cuarteado casi todas.

En las paredes se veían corazas, cascos, picas, espadas, escudos y hachas, pero todas aquellas armas, así ofensivas como defensivas, estaban corroídas por la herrumbre y denunciaban el abandono en que se las había tenido.

Matzko estaba sentado sobre un tronco de árbol, cerca de la casa y gozaba de la fresca brisa de otoño, cuando el relincho de un caballo en el patio llamó su atención.

Al volverse, vió que un aldeano quería ayudar á Jaghenka á bajar del caballo, pero la muchacha bajó de un salto y se acercó á Matzko alegre y sonrosada por la rápida carrera.

—¡Bendito sea el nombre del Señor! he venido á saludaros en nombre de mi padre y á preguntaros si os falta algo.

—¡Gracias! estoy bastante mejor.

—No debe ser muy cómoda esta casa.

—Es verdad; pero estoy acostumbrado á las fatigas de la guerra hace años. Los aldeanos me han traído harina y huevos. Lo que veo que no hay aquí es ropa blanca.

—Ya haré yo que os traigan todo lo que sea menester.

Matzko, que agradecía los regalos, pasó la mano por la cabellera de la muchacha y dijo:

—Dios os recompensará á tu padre y á tí, y de todos modos, ya ajustaremos cuentas luego.

—No somos como los alemanes,—contestó,—no nos gusta cobrar lo que regalamos.

—Entonces, Dios os lo premie. Tu padre me ha dicho que eres una chica muy lista; ¿sabes gobernar bien una casa?

—Ya lo creo; si tenéis necesidad de algo, enviad un recado por cualquiera.

Al decir estas palabras, miró Jaghenka á su alrededor, y Matzko que lo advirtió repuso:

—¿A quién buscas?

—A nadie.

—Enviaré á Zbishko para dar gracias á tu padre. ¿Te ha gustado el muchacho?

—No he reparado bien.

—Pues mirale ahora; aquí está.

Zbishko que había hecho beber á los caballos, viendo á Jaghenka aceleró el paso; llevaba un caftan y un birrete, por debajo del que asomaban sus rizados cabellos. Era un buen mozo en toda la extensión de la palabra, y parecía un page de algún gran guerrero.

Jaghenka, se volvió hacia él, y Zbishko la saludó afectuosamente, besándola la mano.

—¿Por qué me besáis la mano?—preguntóle,—¿soy quizá un sacerdote?

—No os opongáis, porque así lo quiere la costumbre.

—Deberías besarle hasta la otra mano, para darle las gracias por lo que ha traído,—dijo Matzko.

Zbishko miró hacia el patio y viendo solo el caballo negro de la muchacha la miró con expresión interrogadora.

—Los carros no han llegado,—dijo Jaghenka,—pero no tardarán.

Matzko, entonces, se puso á enumerar cuanto la muchacha hacía traer y al nombrar las dos camas Zbishko le interrumpió exclamando:

—Sé dormir perfectamente sobre el duro suelo, pero os doy gracias por haber pensado en mí.

—No he sido yo, fué mi padre,—agregó la niña ruborizándose;—pero si preferís dormir sobre el duro [suelo] nadie os lo impedirá.

—No me asustaría; en el campo de batalla alguna vez dormí, teniendo por almohada un enemigo muerto.



—¿Habéis matado algún templario?

Zbishko sonrió y añadió Matzko:

—Zbishko ha matado muchos alemanes, y en Cracovia por poco mata al embajador Lichtenstein. También se ha batido contra los frisios, á los cuales tomamos tanto botín que nos permite poder comprar de nuevo las tierras de Bogdanetz.

Con mucha complacencia escuchó la joven la relación de Matzko y al acabar dijo:

—¡Cuánto me gustaría ser hombre!

—Y á mí ser bello como vos,—dijo Zbishko.

—Habréis visto otras más bellas...

Zbishko sin mentir podía afirmar que había visto pocas mujeres tan lindas.

Jaghenka era la encarnación de la salud, de la fuerza de la juventud; la naturaleza la había dotado de un rostro dulce y espresivo y de una figura elegante y esbelta.

Vestia entonces un caftan de paño verde que caía sobre una preciosa saya, y llevaba al cuello un collar de abalorios.

El anciano Matzko, habiendo observado las galas de su traje, dijo:

—¿Cómo te has puesto tan elegante?

Ella en vez de contestar gritó:

—¡Aquí están los carros!

Y fué á su encuentro, seguida de Zbishko.

Hasta ponerse el sol, los colonos de Bogdanetz se ocuparon en descargar los objetos enviados por Zich, y era ya tarde cuando la joven montó sobre su negro caballo para marcharse.

Zbishko acercándose la levantó y colocó sobre la silla; sonrojóse ella, y dijo al joven:

—¡Sois muy fuerte!

Zbishko preguntó:

—¿No teméis las fieras? Casi es de noche...

—En el carro hay una lanza; dádmela.

Zbishko se la entregó.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¡Gracias mill! Mañana iré á Zgogelitz para saludaros y dar las gracias á vuestro padre por los regalos.

—Tendremos mucho gusto en recibirlos.

Al cabo de un instante la joven desapareció entre la espesura y Zbishko volvió al lado de su tío.

—Volved á casa; el relente de la noche pudiera dañaros.

Matzko, sin moverse, exclamó:

—¡Cuán buena gente es esa!

—Ya lo creo.

—Vamos á casa,—dijo el viejo,—es tarde.

Se levantó con gran esfuerzo y apoyado en el brazo de Zbishko, llegó á su habitación.

Al día siguiente Zbishko fué á Zgogelitz y para el caso se puso un caftan de raso blanco con franja de oro.

Zich le recibió con los brazos abiertos y Jaghenka quedó tan turbada por la presencia del joven, que en poco estuvo no dejase caer el jarro de vino que llevaba en la mano.

Zich le enseñó cuanto bueno tenía en casa y le acompañó á que visitase su propiedad.

Zbishko miraba todo con gran atención, y al marchar exclamó:

—¡Qué hermosa casa, debe dar gusto habitarla!

—Sí,—dijo Zich,—y además de esta propiedad, tenemos la de Mucidoli.

Momentos antes de partir, escanció un vaso de miel á Zbishko y preguntó:

—¿Quieres cantar?

—No; cantad vos, y os escucharé yo.

—¡Qué hermoso cinturón lleváis!—dijo en este momento Jaghenka, se conoce que habéis adquirido rico botín en Lithuania.

—Sí, no puedo quejarme,—contestó Zbishko.

—Vale la pena de ir á Lithuania. Yo también quería ir, pero tenía miedo.

—¿De qué? ¿de los templarios?

—No, hombre; lo que me asustaba eran los paganos, y los demonios que dicen hay en las selvas.

Sus templos fueron destruidos, y ahora han de alimentarse con setas y hormigas.

—¿Los has visto tú?

—Yo no, pero conozco personas que los vieron.

—Siempre piden algo.

—Ea, cantemos.

—Cantaré de buena gana si antes canta Jaghenka.

Esta no se hizo rogar más, y sentándose en un taburete afinó el laúd, y aun cuando sintiera alguna vergüenza por la presencia del joven, cantó:

«¡Ah! si Dios me diera alas  
como me dió libertad  
hacia Jasko yo volara,  
hacia mi Jasko sin par.»

Zbishko se puso en pie exclamando:

—¿Cómo sabéis esta canción?

Jaghenka le miró con asombro:

—Todos la cantan, ¿por qué lo decís?

Zich, suponiendo que el joven había bebido demasiado, dijo con socarronería:

—Quitate el cinturón y estarás mejor.

El joven trató de vencer su emoción y dijo á la muchacha:

—Perdonad, vuestra canción me ha recordado... os ruego que sigáis.

—¿Quizá os pone triste?

—No, no. Quisiera oirla toda la noche.

Jaghenka cantó la segunda estrofa y advirtió que de los ojos del joven se escapaban algunas lágrimas.

Acercóse á él dulcemente y le preguntó:

—¿Qué tenéis?

—Nada, nada,—contestó;—sería una historia muy larga de contar...

—¿Habéis bebido, quizá, demasiado?

—Ea, muchachos,—dijo Zich,—¿por qué os tratáis de vos? Os conocéis de niños.

Jaghenka, deseando ver contento á Zbishko le acarició suavemente.

—Toma, toma.

—¡Vino!—gritó Zich en el colmo de la alegría.

La muchacha salió por un jarro de vino, dos magnificas copas de plata y un trozo de queso.

Zich, á quien los vapores del vino empezaban á trastornar, estrechó el jarro contra su pecho, exclamando:

—¡Hija mía! ¡pobre huérfana! ¿qué harás cuando te arranquen de mi lado?

—Me parece que eso no tardará en ocurrir,—dijo Zbishko riendo.

Zich soltó también una carcajada.

—¡Ah! ¡ah! La muchacha tiene quince años y ya le gustan los hombres, cuando ve uno se pone más contenta...

—Padre, me voy,—dijo Jaghenka.

—Vienen ya por ella, continuó Zich sin hacer caso de su chica,—el joven Vilko y Chtan de Rogov.

—No les temo,—dijo Zbishko.

Y volviéndose á ella preguntó:

—¿Cuál te gusta más?

—Ni uno ni otro.

Zbishko sonrió y después, dándose una palmada en la frente, como si se acordase entonces de algo importante, observó:

—Ahora que recuerdo, ¿tenéis grasa de oso? Mi tío la necesita para beber, y en Bogdanetz no hay.

—Aquí tampoco. Teníamos antes, pero los criados la llevaron al patio para untar los arcos y los perros se la han bebido.

—¿Y no queda nada?

—Nada.

—Entonces no habrá otro remedio que ir á cazar un oso.

—Sí, pero haz que te acompañen cuatro ó cinco hombres.

—No, no haré eso.

—¿Por qué?

—Porque podrían asustar á la fiera.

—¿Cómo te las arreglarás entonces?

—Iré al bosque con un bastón y con un hacha.

Jaghenka no contestó pero su rostro expresaba gran inquietud.

—El año pasado el cazador Besduch murió á garras de un oso,—murmuró ella,—es una cosa muy arriesgada.

Zich, que estaba adormilado ya, se despertó de repente y cantó:

Marchó el tudesco á la batalla, alegre,  
y á la tumba bajó despenachado!

Gotz! gotz! gotz!

—Ya no son dos, que son tres... Vilko, Chtan de Rogov y tú...

Jaghenka aproximándose rápidamente á Zbishko exclamó:

—¿Cuando irás, mañana?

—Sí; después de ponerse el sol.

—¿En qué sitio?

—Cerca de Bogdanetz; junto á los pantanos de Radskovsk. Dicen que allí hay muchos osos.

VI

Zbishko hizo cuanto había prometido y desde por la mañana fué al bosque para conocer el terreno en que esperaba cazar el oso.

Envió dos hombres para esparcir miel sobre los troncos de los árboles, con objeto de atraer la fiera y volvió luego á casa.

Al llegar la noche se puso un caftan de piel sin mangas y en la cabeza un casco de alambre para que no le hiriera el oso. Llevaba en la mano un bidente y al costado un hacha.

Así, se dirigió al sitio escogido durante el día, persiguióse y esperó.

Los últimos rayos del sol besaban las altas copas de los pinos sobre las cuales graznaban los cuervos; las ramas secas al caer producían un triste ruido que se confundía con el canto de las aves.

Por el lado de Zbishko pasó gran número de alces que se refugiaban durante la noche en las orillas del pantano. Obscureció...

—Ahora empezarán á aullar los lobos,—pensó Zbishko.

Por la parte del pantano parecióle oír un grito sofocado.

Zbishko, á pesar de ser valiente, tembló, porque en aquella época, aun los más arrojados caballeros, no estaban libres de supersticiones, y creían en los conjuros y maleficios del enemigo malo.

Zbishko no temía á las fieras, pero sí al demonio, y se tranquilizó al ver que el grito no se repetía.

Mientras esperaba pensó en Danusia, tan lejos de él; recordó el instante del adiós, sus lágrimas, su bello rostro, sus canciones, los escarpines que tan humildemente besara y sin acordarse que estaba esperando una fiera, exclamó:

—¡Viviré por tí, ya que sin tí no puedo vivir!

Decía verdad, porque únicamente pensaba en la niña y le parecía verla, con los brazos tendidos hacia él diciendo: «¡Ven á mi lado, ven!»

Absorto estaba en tales pensamientos, cuando de súbito se estremeció. Había oído algo tras él. Empuñó el bidente con fuerza y escuchó. El rumor se acercaba; las hojas secas crugían como bajo el paso de alguien que avanzara con cautela...

Zbishko pensó:

—Debe ser viejo, porque es prudente; quizá será un lobo.

El crugido de hojas secas cesó.

El cazador oyó como un cuerpo parecía caer al suelo. La obscuridad era tan densa que no pudo ver nada.

Transeurrió mucho tiempo y Zbishko empezó á sorprenderse:

—Un oso no habría venido á dormir aquí, ni tampoco un lobo.

Se estremeció.

—¿Y si fuera el espíritu del pantano?

Ya le parecía sentir las manos frías de un ahogado al

rededor de su cuello y una risa burlona sonar en su oído.

Los cabellos se le erizaron bajo su casco de hierro.

De golpe oyó un rumor fuerte de pasos que se acercaban y el respirar poderoso de un animal.

Una sombra colosal avanzó; el joven gritó: «Adelante» y se puso á la defensiva.

El oso gruñó y apoyándose en las patas de atrás, tendió las anteriores, queriendo abrazar al joven, Zbishko, con toda su fuerza, hundió el bidente en el pecho de la fiera.

Conmovió la selva un aullido agudísimo. El oso trataba de arrancar el arma que se hundía más y más en sus carnes palpitantes.

Una lucha feroz se empeñó entre aquellos dos cuerpos vibrantes de fuerza y de rabia. El oso, á pesar de la profunda herida, echaba el cuerpo adelante, tratando de hacer presa en el joven, que con gran destreza hurtaba el cuerpo y alargaba el brazo, murmurando con los dientes apretados.

—¡O tu muerte, ó la mía!

Tanta era la ira que sentía que hubiera preferido morir á dejar que huyese la fiera.

Una rama seca le hizo perder el equilibrio. Vaciló...

Apareció una sombra negra y un largo tridente se hundió en el pecho del oso.

—¡Coge el hacha!—gritó una voz.

Zbishko, sin pensar de donde venía aquel auxilio, dió un golpe feroz; el plantigrado cayó agonizante.

Zbishko se apoyó en un árbol porque las piernas apenas le sostenían y respiraba anhelosamente. Después de transeurridos unos minutos, mirando hacía la sombra que tan oportunamente salió de la espesura, preguntó:

—¿Quién eres?

—¡Jaghenkal—contestó una voz delicada.

Zbishko quedó mudo de asombro y no hubiera dado crédito á sus oídos si la misma voz no continuara:

—Es preciso encender fuego.

Golpeó el eslabón y á la luz de las chispas, vió el rostro pálido, las negras cejas y los rosados labios de la niña que preparaba la yesca; comprendió que había ido para ayudarle, y experimentó tal reconocimiento, la abrazó sin poderse contener, besando sus mejillas.

La yesca y el pedernal cayeron al suelo.

—¡Déjame, déjame!—murmuró débilmente la niña, pero sin apartar su rostro de los labios de Zbishko, antes bien, ofreciendo los suyos.

—¡Dios te bendiga! Si no es por tu ayuda, quizá hubiese muerto.

Jaghenka, buscando á ciegas la yesca y el pedernal, contestó:

—Tenía miedo por tí y por eso he venido en tu auxilio.

—¿Eras tú la que estabas detrás de aquel pino?

—Sí.

—¡Y yo, que pensaba que eras un diablo!

—También yo tuve miedo, porque junto al pantano se está mal por la noche sin fuego.

—¿Por qué no me llamaste?

—Temí que me arrojaras de tu lado.

Las yerbas secas llamaron; al cabo de poco, una llama rojiza iluminó el cuerpo de los dos cazadores y el cuerpo del oso que yacía entre un charco de sangre.

Jaghenka tocó la fiera para ver si estaba gorda.

—Habrá grasa para dos años.

—Has roto tu tridente.

—Lo siento; ¿qué diré en casa?

—¿Por qué?

—Mi padre no me hubiese dejado venir y he tenido que esperar á que durmieran para escaparme. No digas jamas que he venido.

—Bien.

Charlaron largo rato, y Zbishko después de contemplar el lindo rostro de Jaghenka, transportado de admiración, exclamó:

—No hay otra como tú en el mundo; hasta podrias ir á la guerra.

La niña le miró intensamente, y luego con voz triste exclamó:

—No te burles, Zbishko...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Jaghenka hizo derretir en una vasija gran cantidad de grasa de oso. Matzko bebió con placer una taza, y como la pócima estaba bien preparada por la joven que conocía el secreto de esta medicina, el efecto fué inmediato y el enfermo cobró esperanzas.

—Estoy segura, decía Jaghenka,—que cuando esté bien impregnado el cuerpo interiormente, el pedazo de hierro saldrá espontaneamente de la carne.

La segunda taza pareció menos gustosa al viejo, pero la joven insistió y se la hizo tomar.

—Os aseguro que curaréis; he conocido á un guerrero que tenía un hierro de lanza en la espalda y curó. Cuando la llaga empiece á supurar te untaré con grasa de castor.

—¿Tienes?

—Sí, y si fuera menester grasa fresca la iríamos á buscar con Zbishko.

—Ahora, creo, que debíais hacer un voto á algún santo para que os ayude.

—Lo había pensado yo también, pero no sé á qué santo encomendarme; San Jorge es el patrón de los caballeros,

y les infunde valor, pero éste, se cuida solo de vencer á los enemigos de Dios y no cura las heridas, pues esto incumbe á otro santo al cual San Jorge, no puede usurpar sus atribuciones. En el cielo cada santo tiene su oficio y ninguno se puede meter en los asuntos de los demás, porque si así ocurriese se armarían disputas poco compatibles con la seriedad de los santos. Cosme y Damián son grandes santos; Santa Polonia, quita el dolor de muelas; San Liborio, alivia las enfermedades de los riñones, pero no conozco que se cuide de las heridas.

—¿Y si hiciérais un voto á Jesús?

—Es verdad que es el más poderoso, pero me parece que no se le debe molestar por pequeñeces.

—Yo os aconsejaría,—dijo Zbishko entrando,— que hiciérais un voto á nuestra difunta reina y si curáis, podéis ir á Cracovia á visitar su tumba.

—Si supiera que cura las heridas...

—De fijo, y ningún santo se opondrá, porque es la reina polaca.

—Es verdad,—contestó Matzko; haré lo que me aconsejas.

Jaghenka aprobó la idea.

Matzko, hizo el voto y bebió la grasa con gran fé; pero al finar la semana, ya casi no quedaba esperanza.

El anciano guerrero decía que junto á la última costilla, sentía una presión continua, que perdía las fuerzas y la fiebre le aniquilaba.

Una noche despertó á Zbishko gritando:

—¡Enciende la luz pronto!

Zbishko saltó de la cama, encendió fuego y acercándose á su tío:

—¿Qué tenéis?—preguntó.

—El hierro... le tengo agarrado con las uñas que resbalan...

—¡Tirad!

Matzko, lanzó un gemido é hizo un esfuerzo.

—¡Héle aquí!—exclamó casi llorando.

—Demos gracias á Dios y á Santa Edvigia. Ahora, sí que os curaréis.

—¡Ay! Siento que me abrasa la carne. Jaghenka me dijo que hay que untar la herida con grasa de castor.

—Mañana mataré alguno.

Matzko descansó toda la noche, y al despertar pidió comida.

Jaghenka, le dió huevos cocidos, no queriendo cargarle el estómago.

El viejo comió con avidez, bebió cerveza y quiso que se llamase á Zich.

Zbishko envió á uno de sus turcos á llamar al vecino, que llegó al medio día cuando él y Jaghenka iban á salir en busca de castores.

Ambos amigos bebieron y cantaron, narrando uno á otro las hazañas de sus hijos.

—Qué buen muchacho es Zbishko,—dijo Matzko. No hay otro como él en todo el mundo. Cuando le llevaban al patíbulo, todas las muchachas de Cracovia le echaban ramos de flores.

—No habría ninguna como mi Jaghenka.

—No digo que no, porque es muy hermosa. ¿Visteis qué golpe dió mi sobrino al oso?

—Sí, pero le ayudó Jaghenka.

—¿Ayudado? si no me dijo nada.

—Pues sí, sí. Solo que á la muchacha le daba vergüenza decir que por la noche había ido al bosque.

—También hoy han ido juntos.

—Volverán á la caída de la tarde, y eso es peligroso, pues por la noche son más fuertes las tentaciones del diablo.

Matzko, después de un momento de silencio, dijo como hablando á sí mismo:

—Gustan uno de otro, si no hubiese hecho un juramento á otra...

—¿Qué importa? esa es una costumbre caballeresca. Debe arrancar los penachos de los templarios, pero en cuanto á los otros votos, el abad le puede relevar de ellos.

—Es verdad,— contestó Matzko. Además, Jurand ha dicho resueltamente que no quiere que se case con su hija.

—Ya os he dicho que el abad ama á Jaghenka como si fuese hija suya; la última vez que la vió, dijo que la dejaría más herencia que á sus parientes.

Matzko miró á su amigo y dijo:

—Lo digo, porque á todos conviene.

—La mitad de Bogdanetz pertenece á Zbishko.

—Sí, procuraremos que olvide á Danusia y... ¿queréis miel?

—Sí.

—El abad es un hombre extraño. De todos modos nos servirá, relevando á Zbishko de sus votos.

—Sí, lo mejor es que se casen los dos, y que Mociidoli y Bogdanetz, formen una sola posesión que será de nuestros nietos.

—¡Grady! ¡grady!—exclamó Matzko; Dios nos concederá gran número de ellos, y el abad les bendecirá.

—Esperemos que así suceda.

—Veo que estáis muy contento, me alegro porque ya no tengo el hierro entre las costillas y he observado que Zbishko y Jaghenka, se complacen en su mútua compañía.

—Ya veréis, ya veréis...

—Ea, bebamos.

—Bebamos.

—A la salud de Zbishko y de Jaghenka.

VIII

El viejo dueño de Bogdanetz no se equivocaba diciendo que Zbishko y Jaghenka disfrutaban estando juntos.

Jaghenka, con pretexto de curar al enfermo, iba á Bogdanetz, sola ó con su padre, y Zbishko por deber de cortesía devolvía las visitas y se pasaba la mitad del tiempo en Zgogelitz.

Zbishko, buen mozo y apuesto, que tomó fama en la guerra y en los torneos, parecía á la muchacha un verdadero caballero comparado con Vilko y Chtan de Rogov. Por su parte, el joven sentíase subyugado por la belleza de Jaghenka.

Quería permanecer fiel á Danusia, pero cuando ayudaba á Jaghenka á subir á caballo, y sentía el contacto de aquellas carnes mórbidas é incitantes, se estremecían todas las fibras de su cuerpo.

Jaghenka tenía un caracter violento y dominante para todos, menos para él, y reconociéndolo éste, se mostraba agradecido y amable con ella.

Aquel día tomaron los arcos y se dirigieron á Mociidoli, y después, á pié, á través de la selva,

Mientras andaban, mostróle Jaghenka un gran prado que se extendía más allá del bosque, y dijo:

—Aquí empieza la propiedad de Chtan de Rogov.

—¿Del que quiere casarse contigo?

Ella se echó á reir.

—Quisiera... pero yo no quiero.

—Tú debes defenderte hablando de Vilko, de quien di-

cen que está muy irritado contra Chtan. Me asombra que no se hayan desafiado aún.

—Mi padre cuando partió para la guerra, les dijo: «Si os desafiáis no quiero veros más en casa, ni á uno ni otro.» ¿Qué podían, pues, hacer? Lo que hacen zaherirse mutuamente, y emborracharse juntos.

—Son estúpidos.

—¿Por qué?

—Cuando Zich hubo partido, uno ú otro debieron asaltar tu casa y seducirte. ¿Qué hubiese hecho Zich volviendo á casa y viéndote con un niño entre los brazos?

Los ojos azules de Jaghenka relampaguearon.

—¿Crees que me hubiera dejado seducir? ¿No hay acaso gente en Zgogelitz? ¿no sé acaso manejar el arco y la lanza? Mi padre no ignoraba que podía partir tranquilo.

Jaghenka se había puesto seria y pensativa, mientras probaba la cuerda del arco.

—Debiste haber nacido hombre y no mujer.

—Chtan me ha salvado de Vilko, y éste, de Chtan. Además, estaba bajo la protección del abad, que es un hombre temible.

—¡Oh! esos temerán al abad, pero yo, no hubiera temido ni al abad ni á Zich, ni á los aldeanos, ni... y te hubiese arrebatado.

Jaghenka se había detenido, y mirándole con dulzura dijo:

—¿Me hubieras arrebatado?

Sus labios estaban encendidos, su puro rostro se inclinaba hacia el joven, pero éste, que pensaba en lo que hiciera si se hubiera hallado en el caso de los otros, contestó:

—Una muchacha, no debe despreciar á los jóvenes cuando se ha de casar; uno ú otro has de escoger, ¿será un tercero en discordia?

—No hables así,—murmuró ella tristemente.

—¿Por qué? Hace ya mucho que faltó de Zgogelitz y no puedo saber si estás enamorada de alguien.

—Basta,—repuso la niña con un hilo de voz.

Siguieron andando sin pronunciar palabra. El iba delante apartando las ramas, y rompiendo las que cerraban el paso; la joven seguía con el arco sobre el hombro como la diosa de la caza.

—Más allá del bosque hallaremos un riachuelo profundo, pero yo sé por dónde se puede vadear fácilmente.

Cuando llegaron á la orilla, vieron que las recientes lluvias habían engrosado su curso.

Zbishko, sin hablar, tomó entre sus brazos á la muchacha, que murmuró:

—Podría pasar yo sola...

—Estréchate bien contra mí,—replicó Zbishko.

Andaba lentamente, tanteando con el pié el terreno, antes de apoyarse con todo su peso, la muchacha se estrechaba contra él; estaba ya cerca de la orilla cuando aquélla murmuró:

—Zbishko...

—¿Qué?

—No quiero casarme ni con Vilko ni con Chtan.

Zbishko la dejó con gran cuidado en la arena, y con voz ligeramente conmovida, exclamó:

—Ojalá Dios te depare mejor marido.

Jaghenka, que conocía mejor el camino, iba delante, y se volvía de cuando en cuando poniéndose el dedo sobre los labios en señal de que era preciso avanzar con cautela.

Los pajarillos cantaban. La niña subió á un copudo sauce inclinado sobre el agua, y el joven la imitó.

Un vientecillo suave no bastaba á disipar la niebla que se extendía sobre las aguas del lago.

—No se ve,—dijo Zbishko.

—No.

Al cabo de un rato se disipó la niebla, y los jóvenes



vieron un gran castor, que con una ramita verde en la boca avanzaba hacia un cañaveral.

Zbishko vió que Jaghenka preparaba el arco, disponiéndose á lanzar una flecha contra el animal que inconscientemente del peligro nadaba rápidamente.

—¡Tocado, tocado!—exclamó la joven.

—Sí, eres una gran tiradora.

—Pronto estará muerto.

El animal se estremeció un momento y después permaneció inmóvil sobre la superficie del agua.

—Voy á cogerlo,—dijo Zbishko.

—No, no vayas, porque cerca de la orilla hay un lodo movedizo, donde es fácil ahogarse.

—¿Cómo lo cogeremos?

—Déjalo, la corriente lo llevará á Cogdanetz, dentro de pocas horas.

Alejáronse, camino de su casa, y al cabo de poco exclamó la joven:

—¡Ah! me olvidé las flechas en el árbol; espérame.

Y ligera como una corza desapareció en un instante.

La ausencia se prolongó durante mucho rato, y Zbishko estaba ya alarmado.

Cuando se decidió á ir á buscarla, vióla venir hacia él contenta y satisfecha, con el castor en la mano.

—¡Dios mío!—exclamó Zbishko;—¿cómo hiciste para cogerlo?

—Entrando en el agua.

—¡Ah! tunantuela, ¡y yo que te esperaba!

—No podía desnudarme delante de tí.

—Ya, pero si yo llego á seguirte, hubiera visto...

Jaghenka le interrumpió.

—Toma mis trenzas y exprime el agua que hay en ellas.

Zbishko observó que quizás era mejor deshacerlas para que el viento secase los cabellos, pero la joven no quiso.

—Matzko, curará pronto, porque no hay remedio mejor que la grasa de castor.

—Dios lo quiera,—exclamó Zbishko,—deseo que cure pronto, porque debo marchar.

—¿Tú?

—Sí. ¿No te ha hablado tu padre de Danusia?

—Me ha dicho algo... es la que te cubrió con el velo. Mi padre añadió que cada caballero elige una dama, pero sin comprometerse á casarse con ella. ¿Es bonita Danusia? Háblame de ella.

La muchacha se acercó á él, temblando, y éste sin advertir su agitación, dijo:

—No solamente es mi dueña, sino mi amor, no se lo he dicho jamás á nadie, pero á tí te lo confieso porque nos conocemos desde niños. La seguiré hasta el fin del mundo porque no existe otra criatura como ella. ¿Qué me importan los rebaños, las selvas, las riquezas del abad, sin ella?

—No sabía nada de esa,—dijo Jaghenka con voz trémula.

Zbishko contó entonces cómo conoció á Danusia, su juramento, su estancia en la prisión, el modo como fué salvado, la negativa de Jurand, el adiós y la esperanza que tenía de volverla á ver.

Callaron al ver al criado que les esperaba en el límite del bosque con los caballos.

Jaghenka subió sobre el suyo y se despidió de Zbishko, diciendo:

—Mi criado te seguirá con el castor y yo voy á Zgogelitz.

—¿No vienes á Bogdanetz?

—No.

—Gracias por el castor.

—Adiós.

Cuando el joven desapareció entre los árboles, Jaghenka se llevó las manos al rostro, y gruesas lágrimas resbalaron por entre sus dedos.

IX

Después del coloquio que tuvo Jaghenka con Zbishko, estuvo aquella tres días sin acercarse por Bogdanetz; el cuarto fué para anunciar la llegada del abad.

Matzko recibió la noticia con gran agitación, porque aunque tenía dinero bastante para comprar la posesión de Bogdanetz, todo dependía de la voluntad de su rico pariente.

El viejo interrogó á Jaghenka sobre el carácter del abad, sobre sus gustos é inclinaciones.

El abad era un hombre de carácter jovial, muy bonachón y decidor; acostumbraba á charlar con Zich y se interesaba con los relatos que éste le hacía acerca de las aventuras de Matzko y Zbishko en Lithuania y en Cracovia.

Después de explicarle cuanto quería, la joven dijo á Matzko que á su juicio Zbishko, debía ir al encuentro del abad, en vez de esperarle en Bogdanetz.

Matzko apreció en lo que valía la observación de la joven y no solamente hizo lo que le aconsejaba, sino que se empeñó en salir él también al encuentro de su rico pariente.

Estaba el abad en casa de Zich cuando llegó Matzko, que había hecho el viaje sobre un carro cargado de paja. El abad, que estaba en la puerta con Zich, no se movió al ver acercarse al viejo sostenido por uno de los criados.

—Todavía no estoy curado del todo,—dijo besando la mano al abad,—pero he querido ir á vuestro encuentro para daros las gracias por las mejoras que hicisteis en Bogdanetz, y para pedir os vuestra bendición.

—Celebro que estéis mejor. Así podréis cumplir vuestro voto y rogar por el alma de nuestra difunta reina.

—No sabía á qué santo encomendarme y recurrí á ella.

—Hicisteis bien, porque es lo mejor entre ellos y nadie la envidia.

Zich se echó á reír, y entonces el abad preguntó:

—¿Quién es este joven?

Zbishko inclinándose, le besó la mano.

—Le he conocido de niño, pero ahora no le reconocería; vamos.

Miró á Zbishko de piés á cabeza, y dijo.

—Me parece demasiado lindo, más bien una señorita que un guerrero.

Matzko, sonriendo observó:

—Esta señorita ha bailado con alemanes y sus parejas dieron dos saltos y no se levantaron más.

—También sabe tirar flechas,—dijo de improviso Jaghenka.

El abad se volvió hacia ella con mirada interrogadora. La joven sonrojose y dijo muy bajo:

—Lo digo porque lo he visto.

—Procura que no te hiera á tí.

Todos se echaron á reír y Jaghenka quedó confusa.

Zich había hecho sentar á Matzko y ordenado que trajesen vino.

Alejose Jaghenka, y el abad dijo á Zbishko.

—Por broma he dicho que parecías una dama, pero ya sé que eres valiente y que te batiste en Vilna contra los frisios. Zich me lo ha contado todo. Prometiste arrancar los penachos de tres alemanes y debes cumplir tu promesa, pero si hiciste algún otro voto de que ahora te arrepientas, dímelo porque yo tengo poder para relevarte de él.

—¡Hum!... ¿Cuándo un caballero ha hecho un juramento, quién puede redimirle de él?

El abad continuó:

—Cuida de que no te suceda lo que á Beigard.

—¿Qué le ocurrió?

—Qué murió quemado.

—¿Por qué?

—Porque decía que una persona laica puede comprender los misterios de la religión lo mismo que un sacerdote.

—Le castigaron con harta severidad.

—No, con justicia.

El abad volviéndose á Zbishbo; añadió:

—Todos esos que ves aquí, y que se te figuran sin duda clérigos, no lo son sin embargo, son familiares míos que me divierten cuando conviene y en caso necesario me defienden; con el tiempo quizá lleguen á ser clérigos.

—Me asombra que lleven espada.

—Les está permitido porque todavía no están consagrados. Hasta yo llevo un cuchillo, y el año pasado desafié á un noble que no quiso aceptar mi reto.

—¿Y se hubiera batido con un sacerdote?

El abad dió un puñetazo sobre la mesa, gritando:

—Cuando llevo armas, no soy un sacerdote, si no un noble. El bellaco no aceptó mi desafío, porque prefirió asaltarme de noche y á traición cerca de Tulcia. Desde aquella noche llevo siempre un cuchillo conmigo...

*«Omnes leges; omniaque jura vim vi repellere, cunctisque sese defensare permittunt!»*

Las palabras latinas tuvieron la virtud de inclinar todas las cabezas.

Zich, Matzko y Zbishko, que no entendieron una palabra, admiraron tanta erudición del abad que añadió:

—Hasta aquí podría atacarme.

—Quisiéramos verlo,—prorrumpieron todos poniendo mano á sus espadas.

—No lo hará,—dijo Zich,—es más fácil que venga á pedir la paz.

—Le he visto bebiendo en compañía de Chtan en una ta-

berna de Kscsesno; no me reconocieron y continuaron hablando de Jaghenka y de tí;—dijo volviéndose hacia Zbishko.

—¿Qué querían de mí?

—Nada, pero no les agrada que un joven venga á menudo á Zgogelitz; Vilko decía: «Cuando le haya pisoteado á mi gusto no será barbilindo como ahora», y Chtan añadió: «Nos teme porque sabe que le vamos á reventar» y afirmaban que tú les temías.

El abad añadió después de una pausa:

—Es preciso confesar,—dijo,—que son jóvenes robustos.

Zbishko sin mostrar irritación alguna le interrogó:

—¿Mañana es domingo?

—Sí.

—¿Iréis á misa?

—Sí.

—¿En Kscsesno?

—Sí.

—Está bien.

X

Zbishko se reunió á Zich y á Jaghenka, los cuales, en compañía del abad, se dirigió á Viscsesno; quería probar al abad que no tenía miedo á Vilko ni á Chtan y que no trataba de esconderse.

Al ver á Jaghenka quedó admirado de su belleza, pues nunca la había visto tan lujosa y arrogante.

Llevaba un vestido de paño rojo, con adornos de armiño y á la cabeza una gorra orlada de oro, sobre cuyos fle-

cos caían dos magníficas plumas, Iba sobre su caballo dejando apenas asomar el pie bajo el vestido.

Zich permitía á la niña que en casa usara el caftán, mas cuando salía le agradaba que todo el mundo la supusiera hija de una ilustre familia.

Seguían cuatro servidores y los clérigos del abad.

Zbishko miraba estupefacto la cabalgata y fijándose en el abad y en Jaghenka más bien le parecía el cortejo de un príncipe en marcha.

El que vestía más modestamente era Zich, á quien preocupaba solo el lujo de los demás, y el sólo se limitaba á cantar alegres canciones.

El abad, Jaghenka, Zich y Zbishko, caminaban alineados; el abad desde el principio había ordenado á sus servidores que se cantase la letanía, pero luego, púsose á convensar con Zbishko, que admiraba su inmenso cuchillo colgado en el cinto.

—Veo,—decía el abad con gravedad,—que os asombra este cuchillo, y debéis saber que los religiosos tenemos licencia del Santo Padre, para llevar armas cuando vamos de viaje, quedando excluidos solamente los de humilde condición, porque los nobles quiere Dios que sean diestros en el manejo de las armas, y quien les quisiere arrebatara tal privilegio iría contra su voluntad.

—El príncipe Enrique de Mazovetzk tomaba parte en los torneos,—dijo Zbishko.

—Se le debe culpar, no por esto, si no porque tomó *mulierem fornicariam et bibulam*.

El abad paró el caballo y con más seriedad aún añadió:

—Quien escoge la *uxorem* debe procurar que sea de buen carácter, cortés y discreta, y buena para su casa; esto, además de los padres de la Iglesia, lo dice un filósofo: Séneca. Trata, pues, de buscar una mujer no lejos de tu casa, sino ya conocida de antiguo. De lo contrario, deberás llorar como aquel filósofo, á quien una mujer alocada, en

un momento de ira, bañó con el contenido de un recipiente asqueroso.

—*In secula seculorum, amén*,—dijeron los clérigos, quienes contestaban siempre así al abad, sin fijarse en si sus palabras correspondían á las anteriores.

Cerca de Kscesno, el abad arregló el cinto de manera que pudiese empuñar cómodamente el cuchillo si fuera preciso.

—El viejo Vilko,—dijo,—vendrá con gran séquito.

—De fijo,—agregó Zich,—pero creí que estaba enfermo.

—Uno de mis clérigos ha oído decir que tenía intención de acometernos después de la misa.

—No lo hará.

—Espero que Dios no permitirá semejante locura,—agregó el abad.

Después mirando á sus servidores,—añadió:

—Cuidad de no desenvainar las espadas, y acordaos de que somos siervos de Dios; pero si nos atacan, herid sin misericordia.

Zbishko, que cabalgaba al lado de Jaghenka, hablaba de lo que más le preocupaba.

—En Kscesno, Chtan y Vilko saldrán á tu paso de fijo, haz el favor de enseñármelos.

—Sí.

—¿Qué te dicen otras veces?

—Me echan alguna flor.

—Hoy no te dirán nada, ¿comprendes?

—Sí.

Habían llegado á Kscesno. De la gran multitud que esperaba cerca de la iglesia se destacaron bien pronto Vilko y Chtan, pero Zbisko adelantándose, ayudó á Jaghenka á desmontar de su caballo, y mirando á los dos jóvenes con aire de desafío condujola á la iglesia.

A la entrada Vilko y Chtan, tuvieron una nueva desi-

lusión; ambos se acercaron á la pila del agua bendita y mojando los dedos en ella, alargaron la mano á la joven, pero ésta, tocó la de Zbishko.

La gente miraba con estupor á ambos jóvenes, al ver su cólera reconcentrada.

Chtan fué el primero que rompió el silencio:

—¿Qué hacemos,—dijo,—le acometemos?

—¿En la iglesia?

—No, después de la misa.

—Ha venido con Zich y con el abad. ¿Te acuerdas de lo que dijo una vez aquel? Si nos peleamos, no nos dejará entrar en su casa; si no fuera por eso, ya te hubiera roto yo el esternón.

—Y yo te hubiera roto la cabeza,—murmuró, apretando los puños; pero entonces se acordó de que no le convenía pelear con Vilko, sino con su peligroso rival.

Después de un corto silencio, Chtan dijo:

—¿Qué hacemos, pues? ¿Le enviamos un reto á Bogdanetz?

—No sé; entremos en la iglesia y después hablaremos.

La misa calmó su furor; al terminar, Jaghenka volvió á tomar de mano de Zbishko el agua bendita; Chtan y Vilko saludaron cortésmente á Zich, á la muchacha, y hasta al abad, porque ella les pareció más bella que nunca.

Vilko dijo á su compañero de desgracia.

—Vamos á la taberna.

Zbishko, que iba al lado de Jaghenka, se acordó de que había ofrecido una misa por la salud de su tío, y dijo:

—Ya vuelvo.

—¿Te espero?

—No.

—Dios te bendiga,—murmuró el abad.

Cuando Zbishko desapareció, dió con el codo á Zich diciendo:

—¿Comprendéis?

—¿Qué?

—Qué se batirá con Vilko y Chtan.

—Es lo que yo quería.

—Son muy fuertes y le matarán.

—Si se bate por Jaghenka, no podrá pensar en la hija de Jurand...

—¿Y su voto?

Yo le relevaré de él.

El abad acercándose á Jaghenka, exclamó:

—¿Por qué estás tan triste?

La joven se volvió y besándole la mano le contestó:

—Padre, enviad dos hombres á Kscesno.

—¿Para qué?

—Porqué así quizá podran evitar el lance.

El abad la miró con seriedad y dijo:

—Aunque le mataran poco importa.

—¡Entonces, que me maten á mí también!—gritó Jaghenka.

Toda la amargura que guardaba en su corazón se deshizo en copioso llanto.

El abad abrazó á la joven y la dijo:

—No temas, es fácil que peleen, pero Vilko y Chtan son caballeros, y no cometerán bellaquerías; Zbshko los vencerá aunque pelee con ambos á la vez. En cuanto á la hija de Jurand te digo que no se casará con ella.

—Si él la ama, yo no lo quiero.

—¿Entonces, por qué lloras?

—Porque temo por él.

—Todas las mujeres son tontas,—repuso el abad, y añadió:

—Si se desafía por ti, se casará contigo.

—¿De veras?

Zbishko fué á la iglesia á encargar la misa de su tío, y después fué á la taberna donde pensaba hallar á Chtan y Vilko.

No se equivocó: allí estaban bebiendo cerveza, sentados junto á una mesa de pino.

Zbishko acercóse á ellos y dió un golpe tan formidable sobre el tablero que tembló todo el recinto.

Ambos guerreros pusieron mano á sus espadas y Zbishko lanzándoles un guante, dijoles en voz nasal, las palabras que acostumbraban á pronunciar los caballeros al lanzar un reto:

—Si uno de vosotros ó cualquiera que se halle aquí, siendo hidalgo, niega que Danusia, hija de Jurand de Spichov, es la más bella y virtuosa niña del orbe, yo le desafío á muerte...

Vilko y Chtan quedaron estupefactos oyendo tan extraño reto. ¿Quién era aquella muchacha? ellos amaban á Jaghenka y no conocían á Danusia ni de vista siquiera. ¿Por qué les desafiaba, entonces? ¿qué quería? Los jóvenes quedaron con la boca abierta y quedaron ante él como si vieran á la bestia de los siete cuernos.

Vilko, que era chocarrero y conocía las costumbres caballerescas, recordó que los caballeros juran fidelidad á una mujer... y se casan luego con otra; tal podía ser el caso, y por eso decidió no dejar escapar la ocasión de batirse por Jaghenka.

Acercóse á él, con rostro amenazador y gritó:

—Hijo de un perro, Jaghenka es la mejor muchacha del mundo.

Chtan se levantó. Los demás concurrentes rodeáronles, comprendiendo que se trataba de algo serio.

XI

Jaghenka cuando regresó á su casa envió en seguida un servidor á Kscesno para que se informase de lo ocurrido en la taberna, mas el criado solamente se cuidó de beber hasta perder casi la cabeza.

Así, regresó á Bogdanetz diciendo que Zbishko estaba jugando tranquilamente á los dados con su tío, lo que complació á Jaghenka tranquilizándola.

Hubiera querido ir con el abad á Bogdanetz pero éste, que quería hablar con Matzko de asuntos referentes al arrendamiento, no quería que nadie asistiese á la conversación. Mas cuando el abad supo el feliz regreso de Zbishko de buen humor, ordenó á sus familiares que cantasen de tal modo que el bosque se estremeciese con sus ecos y cuando estuvieron cerca de Bogdanetz, los aldeanos salían asustados de sus viviendas, pensando que había estallado un incendio ó que los enemigos se aproximaban.

El paje, que cabalgaba delante de todos, les calmaba diciendo que llegaba un príncipe de la Iglesia.

Los aldeanos se inclinaban al paso del abad el cual complacido ante estas demostraciones mostrábase deferente con todos.

Matzko y Zbishko cuando oyeron el canto se adelantaron al encuentro del huésped, mientras algunos familiares, se admiraban de la pobreza de la casa, comparándola con la riqueza de la de Zich.

Matzko y Zbishko invitaron á sus huéspedes á sentarse, pero el abad, que había ya comido, rehusó, pues estaba

preocupado al ver á Zbishko tranquilo y sonriente como si no hubiera disputado con nadie.

—Vámonos á tu habitación, dijo al joven, y vosotros, no arméis ruido ni os acerquéis á la puerta.

Entrando en la habitación Matzko, Zbishko y el abad, sentáronse y empezaron á hablar.

—Has vuelto ahora de Kscesno?

—Sí.

—Qué ha ocurrido?

—He encargado una misa por el tío.

—Ya, dijo el abad, que pensó que quizá el joven no había encontrado á Vilko ni á Chtan.

—Hablemos de las tierras, agregó después. ¿Tenéis el dinero? Sí no le tenéis, Bogdanetz es mío.

Matzko que conocía al abad, levantóse, abrió una caja y sacando una bolsa dijo:

—Somos pobres, pero podemos pagaros; si queréis algo más, decidlo.

Diciendo esto, se inclinó y Zbishko hizo lo mismo.

El abad que no esperaba tanta humildad, dijo:

—Por qué habláis de darme más?

—Porque habéis cuidado de las tierras y no quiero que nadie me haga favores gratis.

El abad se irritó y añadió:

—Ah! sí y si ahora no quisiera aceptar nada?

—Lo aceptaréis.

—No, hago lo que me place y si quisiera dejar este saco en la calle, nadie podría oponerse. Ved aquí vuestro dinero.

Y diciendo esto arrojóle al suelo con tal furia, que las monedas se esparcieron por el suelo.

—Dios os bendiga, exclamó Matzko, que esperaba aquel momento, acepto vuestra generosidad, porque sois pariente mío y un buen sacerdote.

El abad le miró de reojo y murmuró:

—Sabed que aunque me domine la cólera sé lo que me

hago, tomad este dinero porque no recibiréis más de mí.

—Ni esto esperaba,—todo lo que tenga al morir lo daré á Jaghenka.

—Hasta las tierras? preguntó Matzko.

Después de una pausa añadió:

—Oid, sois parientes míos, y Jaghenka, no es si no mi ahijada, pero la quiero mucho, y deseo favorecerla. Si os olvidase á vosotros al morir y dejare todo á ella, maldeciríais mi memoria, pero creo haber hallado un medio de conciliar todo.

—Quiéralo Dios! dijo Matzko.

El abad continuó:

—La muchacha tiene el derecho de ser caprichosa, porque es rica y de buena familia. Si quiere puede aspirar á la mano de un príncipe, pero yo le buscaré un joven á quien ella aceptará, porque sabe que la amo y busco su bienestar.

—Feliz el hombre que se case con ella, dijo Matzko.

El abad se volvió hacia Zbishko:

—Y tú qué piensas?

—Lo mismo que mi tío.

—Por qué no querías que Chtan y Vilko se acercaran á Jaghenka en la iglesia?

—Para que no creyesen que les temo.

—Le has ofrecido agua bendita?

—Sí.

—Entonces... tómala, —tómala, repitió como un eco Matzko.

Zbishko sin turbarse replicó:

—¿Cómo tomarla si juré fidelidad á Danusia?

—Juraste entregarla tres penachos á Danusia y cumpliendo esto, puedes casarte con Jaghenka.

—No, dijo Zbishko; cuando Danusia me cubrió con su velo, prometí casarme con ella.

El rostro del abad se enrojeció de ira.

—Déjate de promesas, dijo.

—He prometido por mi honor, y cumpliré lo prometido. Matzko gritó:

—Zbishko, ¿qué dices?

El abad, levantando la mano con ademán amenazador exclamó:

—Ya sé, ya sé, tiene alma de conejo, y le causan pavor Chtan y Vilko.

Zbishko, que no perdía su sangre fría, encogióse de hombros y dijo:

—¡Ya! Les he roto la cabeza á los dos en Kcesno!

—Santo Dios! exclamó Matzko.

El abad palideció, pero comprendiendo que podía utilizar la victoria, agregó:

—¿Por qué no dijiste nada?

—Me daba vergüenza. Creí que eran caballeros y son bandidos. Vilko arrancó una pata de la mesa, Chtan otra, yo cogí un banco y...

—Viven?

—Sí, les he atontado solamente.

—Ahora he de decirte... observó el abad.

—Qué?

—Que habiéndote desafiado por Jaghenka y habiendo roto la cabeza á dos personas, debes casarte con ella.

El abad sonrió, mirándole con aire de triunfo.

Pero él sonrió también y dijo:

—Comprendí porque me atizábais contra ellos, y me previne.

—Cómo?

—Al retarles, les dije: «La muchacha más bella del orbe, es Danusia, hija de Jurand...»

El abad palideció; le dió tal ira que no pudo contenerse, y de repente fué hácia la puerta, la abrió y con un largo bastón empezó á repartir golpes á diestro y siniestro gritando:

—Fuera! fuera! á caballo, bufones imbéciles, fuera de esta casa.

La clerigalla siguió al abad á pesar de que Matzko les suplicaba que permanecieran allí, jurando que no tenía la culpa de nada.

El abad blasfemaba, maldecía la casa y la gente y apenas estuvo á caballo partió al galope por el polvoriento camino... El aire, hinchando sus anchas mangas, le hacía parecer un gigantesco pájaro rojo, seguido de una bandada de gorriones.

Matzko entró en la casa diciendo:

—Buena la has hecho!

Zbishko contestó:

—No hubiese ocurrido esto si hubiese partido yo antes.

—Por qué no marchaste?

—A causa vuestra.

—Por qué?

—Porque no quería dejaros enfermo.

—Qué sucederá ahora?

—No lo sé.

—Dónde vas?

—A Masovia. Después iré á conquistar los cascos alemanes.

Matzko murmuró:

—Nos ha dejado el dinero, pero no le heredaremos.

—No importa, mi espada y mi coraza me procurarán lo que deseo.

Matzko reflexionó sobre lo ocurrido.

Todo sucedía al revés de lo que deseaba. Deseaba que Zbishko se casara con Jaghenka y ahora no cabía pensar en ello porque el abad estaba furioso y Chtan y Vilko tenían la cabeza rota. Lo mejor era que Zbishko partiese para evitar mayores daños.

—Ya que debes conquistar los cascos alemanes, dijo, parte, yo iré á Zgogelitz para calmar al abad y á Zich; lo siento por éste. ¿Y tú no piensas en Jaghenka?

—Dios la conserve la salud y la colme de dicha, contestó Zbishko.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## TERCERA PARTE

### I

Matzko esperó durante algunos días noticias de Zgogeliz, pero no recibiendo ninguna, decidió ir á ver á Zich; como no tenía culpa alguna en lo que había ocurrido, deseaba saber si su amigo estaba injustamente irritado contra él. En cuanto al abad, Matzko comprendía que estaba indignado contra los dos y que le sería muy difícil calmar sus iras. De todos modos, combinó un plan guerrero para sacar el mejor partido posible de las malas circunstancias en que estaba colocado. Encaminóse hacia Zgogeliz y tuvo la buena suerte de hallar á Jaghenka sola.

Estaba ésta muy triste.

—¿No está tu padre?

—Ha ido á cazar con el abad y volverá pronto.

Jaghenka preguntó á su huésped:

—¿Os aburrís mucho sola?

—Sí; ¿ya sabes que Zbishko partió?

Jaghenka suspiró.

—Ya lo sé; le ví el mismo día que marchó, esperaba que viniese á despedirse, pero no lo ha hecho.

—¿Cómo quieres que viniera? El abad le hubiera desuartizado.

La muchacha meneó la cabeza y dijo:

—No hubiera consentido que nadie le ofendiese.

Matzko, aunque tuviera duro el corazón por las guerras, abrazóla conmovido y dijo:

—Dios te proteja; tú sufres y yo también; cree que hubiera preferido morir de mi herida, que verte despreciada por Zbishko.

La muchacha palideció; su rostro revelaba interna pena y con voz débil añadió:

—Yo no le quiero ver más... y prefiero morir á verle casado con la hija de Jurand.

La niña ocultó el rostro entre sus manos y rompió en amargo llanto.

—Cálmate, es verdad que se fué, pero Dios hará que vuelva sin esa muchacha.

—¿Por qué?

—Porque Jurand no quiere darle á su hija.

Aquellas palabras tranquilizaron algo, infundiéndola cierta esperanza.

—Ya me lo había dicho él; ¿es verdad?

—Sí.

—¿Por qué se la niega?

—No se sabe; debe haber de por medio algún voto ó alguna causa grande. Danusia parece demostrarle inclinación, pero es imposible que pueda prevalecer su voluntad contra el tesón de su padre. La niña salvó la vida á Zbishko al cubrirle con su velo, y éste es natural que la muestre su agradecimiento y trate de cumplir el voto que le hizo, aun cuando sus corazones no latan al unísono. Me parece que no hemos de tardar en verle de nuevo en Bogdanetz y entonces ya puedes colegir que volverá á tu lado, porque hace tiempo noté que le gustaba mucho tu compañía.

—¿Cómo lo sabéis? ¿quién os lo ha dicho? decid, decid.

—¿Quién me lo ha dicho? Lo he comprendido cuando Zbishko vacilaba en marchar; pocos momentos antes le pregunté si pensaba en tí y me contestó: «¡Bendígala Dios y cólmela de dicha!»

—No lo creo.

—Te juro que es cierto. Creo que en lo sucesivo su afecto por Danusia será menos vivo, porque habiendo conocido á una mujer inteligente y bella como tú, no es posible que se acuerde de la que al fin y al cabo no es sino una niña.

—¡Quisiéralo Dios!—exclamó Jaghenka.

Pero al acabar de decir esto, se ruborizó comprendiendo que revelaba su secreto.

Matzko añadió:

—No te entristezcas, que yo casi te puedo decir lo que sucederá; Zbishko irá á la corte, y allí como es natural, procurará cumplir el voto que hizo á la niña. Aun cuando los templarios son gente valerosa y diestra en el manejo de las armas, Zbishko creo que los vencerá, porque es experto en la lucha, tiene el brazo robusto y conoce el arte del duelo. ¿No has oído de qué modo pegó á Chtan y Vilko aun cuando eran muy fuertes? Zbishko arrancará, pues los penachos de los alemanes, pero no se casará con Danusia, porque yo sé como está el asunto.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé; ten un poco de paciencia; aun cuando no le esperes, no podrá ofenderse por ello... por lo pronto debes procurar tranquilizar al abad y á tu padre.

—¿Qué debo decirles? Mi padre parece más triste que enfadado; en cuanto al abad, no quiere oír el nombre de vuestro sobrino. Ya me ha armado un caramillo por lo del siervo.

—¿Qué siervo?

—Teníamos uno tcheque, cogido por mi padre en Boleslavetz, un hombre fiel y concienzudo, llamado Glava. Mi padre me lo regaló á mí y yo le procuré buenas armas

y lo envié á Zbishko para que le defienda, y en caso de alguna desgracia me lo comunique. Dile dinero para el viaje y me juró servir fielmente á Zbishko hasta la muerte.

—¡Qué buena eres! ¿Y Zich, consintió?

—Primero no; pero cuando se lo pedí de rodillas, consintió. Al abad se lo dijeron sus bufones, y al saberlo se enfureció tanto, que mi padre tuvo que esconderse; pero tanto supliqué al terrible prelado, que me perdonó, acabando por regalarme un collar.

—En verdad, que no sé á quién amo más, si á tí, ó á él.

El ladrar de los perros que se oyó á lo lejos, advirtió á la niña y al viejo de la vuelta de los cazadores.

El abad, al ver desde lejos al viejo, levantó instintivamente la lanza, no para herirle, sino para demostrar el disgusto y el rencor que guardaba contra la gente de Bogdanetz; el anciano fingió no advertirlo y se inclinó profundamente. Jaghenka no se percató de nada de lo ocurrido, porque únicamente miraba á dos caballeros del séquito del abad: Chtan y Vilko.

Matzko, al verlos, se estremeció, ocurriéndosele que uno de ellos se casaría con Jaghenka, adquiriendo las tierras y el dinero del abad, y su dolor aumentó al ver que Vilko, cuyo padre se había batido contra el sacerdote, ayudaba á bajar á éste del caballo.

—El abad hará las paces con el viejo Vilko, y dará á la muchacha bosques y campos.

Jaghenka, que quizá con su intuición femenina adviriera la preocupación de Matzko, dijo:

—Veo que ya están curados de las caricias de Zbishko, pero no sé quién les manda volver.

Matzko no miró; el rostro de la moza se había coloreado, no con los tintes del pudor, sino con el sonrojo de la ira, del desdén, del orgullo. Sus azules ojos tenían reflejos metálicos y se advertía un gran esfuerzo sobre sí misma para contener su cólera.

Matzko murmuró:

—Tú harás lo que te diga el abad.

—No,—contestó resueltamente la joven,—él será el que haga lo que yo quiera.

Matzko pensó: «¿Es posible que aquel tonto no se enamore de una muchacha así?»

## II

Zbishko, al abandonar Bogdanetz, sintió gran pena y se le saltaron las lágrimas de dolor; sentía hondamente separarse de su tío, al que no hubiera querido dejar nunca; parecía que sería imposible resistir esta ausencia, y pelear, no teniendo á su lado á quien de continuo había sido su sostén y su vida.

También sentía la separación de Jaghenka, á la que ya quería, aunque pensara á menudo en Danusia; ahora que no la veía humilde y cariñosa á su lado sentía una tristeza profunda y casi se arrepentía de haberla dejado.

Zbishko experimentaba una inquietud que nunca conociera; en su mente veía de nuevo escenas ya pasadas; veía á Jaghenka con el cabello húmedo y suelto, cerca del lago; oía de nuevo su voz firme al gritar: «Toma el hacha» y veía el fulgor del arma de Jaghenka que, con golpe firme, destrozó el pecho al oso. Recordaba también la caza del castor, y aunque no hubiese visto á la joven nadar en persecución del animal muerto, parecía verla atrevida y graciosa entrar en el agua turbia y experimentaba un ansia, un estremecimiento como el que sintió el día en que una ráfaga de viento levantó la saya de la joven. Veíala sonriente y pura como una fresca rosa, orar con devoción

en la iglesia de Kscesno, donde su corazón palpitó y su labio inconsciente rogó á Dios que la protegiese sus amores. «¿Por qué, por qué no fui á despedirme de ella? la hubiese abrazado, la hubiese... ¡Oh! no... es mejor que no la haya visto, que no hayan resonado en mis oídos sus palabras amorosas, porque no sé si hubiera podido contenerme...»

Tales eran los pensamientos que Zbishko no podía apartar de sí, por más que le parecía pecaminoso recordarla, al acercarse á Danusia. Por eso de cuando en cuando, para infundirse valor á sí mismo y ahuyentar sus recuerdos, repetía: «Pronto te veré, Danusia, dueña y señora mía.»

Pero comprendía que su afecto por Danusia no provenía de una pasión, sino del reconocimiento.

Ella le salvó la vida y Zbishko lo recordaba, pero aquel recuerdo no inflamaba su carne.

Un viento frío soplabá furiosamente, y calmaba algo sus visiones sensuales. Pero, mal de su grado, la imagen de Jaghenka incitante volvía á su mente sin cesar y en vano trataba de hallarla defectos, porque la luminosa aparición no los tenía.

En tanto que Zbishko se enfrascaba en estos pensamientos, el techeque Glava se le acercó presentándole un caballo cargado de efectos de guerra.

—¡Bendito sea el nombre del Señor!

El caballero le había visto en Zgogelitz, pero no reconociéndole le preguntó:

—¿Quién eres?

—¡Vuestro siervo, ilustrísimo señor!

—¿Mi siervo? Mis siervos están ahí. ¿Y tú quién eres, quién te envía?

—Jaghenka, hija de Zich.

—¿Jaghenka?

Zbishko, que en aquel instante sentía una especie de indiferencia por ella, dijo:

—Vuelve á casa y dale gracias por su bondad, pero dile que no te necesito.

—No puedo volver, porque me han regalado á vos, y yo hice juramento de serviros hasta la muerte.

—Si te han regalado á mi, eres mi siervo.

—Sí, lo soy.

—Pues bien, como tal, te mando que te vuelvas.

—He jurado, y aun cuando ahora sea un esclavo, corre por mis venas mi antigua sangre de caballero.

Zbishko se irritó.

—¡Vete! ¿qué significa esto? ¿quieres seguirme contra mi voluntad? Vete, si no, monto el arco.

El techeque tomó del caballo un manto forrado de piel de lobo.

—Jaghenka os envía esto.

—¿Quieres que te rompa los huesos?—contestóle cogiendo la lanza.

—También esta cartera.

Zbishko levantó la lanza, pero se acordó que el techeque, aunque siervo, era noble, y dejó caer el arma.

El techeque, inclinándose, continuó:

—No os irritéis conmigo, señor; si no me permitís acompañaros, os seguiré á tres ó cuatrocientos pasos, porque lo he jurado por mi alma.

—¿Y si ordeno prenderte y matarte?

—Si mandáis eso, el pecado no será mío.

Zbishko no contestó á estas palabras de Glava, que con el arco y la aljaba á la espalda, cabalgaba cubriéndose con una piel de búfalo, porque el viento soplabá con impetu y pequeños copos de nieve se agitaban en el aire. El mal tiempo aumentaba. Los turcos, aunque cubiertos con gruesas pellizas, temblaban de frío; Zbishko miró algunos instantes la capa que le traía Glava, y por fin ordenó que se la pusieran.

Un grato calor se extendió por sus miembros, y el amplio capuchón que le cubría la mayor parte del rostro defendiáale contra la frialdad de la nevada.

Zbishko pensó que Jaghenka era una buena chica, y acercó su caballo al de Glava, para interrogarle acerca de lo que ocurría en Zgogelitz.

Llamando á su nuevo siervo, preguntó:

—¿Zich sabe que tu señora te ha enviado aquí?

—Sí, señor.

—¿Y no se opuso?

—Al principio, sí.

—Cuéntame lo que pasó.

—El señor se paseaba por la habitación y su hija detrás de él; cuando Zich gritaba, ella se arrojaba á sus piés sin protestar. Al cabo de un rato el señor gritó: «¿Estás sorda, por qué no contestas? habla, haré lo que quieras, aunque el abad me rompa la cabeza.» Entonces la señora dióle las gracias y le explicó que quería enviaros dos caballos. Su padre se opuso, pero por fin venció la insistencia de la niña, y al cabo le permitió que os trajera la pelliza y la cartera.

—¡Qué buena chical!—pensó Zbishko.

A renglón seguido preguntó:

—¿Y el abad?

El techeque sonrió á fuer de hombre inteligente y contestó:

—Marchó antes que yo, y no supo por lo tanto mi partida. Si se entera, creo que ocurre un cataclismo. El otro día gritó como un condenado durante media hora, pero luego supe que había regalado un collar á Jaghenka. Esta sabe amansarle maravillosamente.

—¿La quiere mucho el abad?

—Parece que sí.

Ambos callaron. La nieve continuaba cayendo y se posaba sobre las ramas de los árboles, en el suelo, y cubría los vestidos de los viajeros.

De repente Zbishko paró su caballo. Había oído una voz lastimera que salía del bosque. Un hombre avanzó entre la espesura, y saliendo al camino, se detuvo ante Zbishko, gritando:

—Cristianos, auxiliad á un siervo de Dios que está en un trance horrible; auxiliad...

—¿Qué tienes? ¿quién eres?

—Soy un siervo de Dios, aunque todavía no estoy consagrado; esta mañana se me escapó el caballo que llevaba la caja de las santas reliquias, y como no llevo armas, temo que me devoren los lobos.

—Si murieses por mi culpa, yo debería responder de tus pecados,—contestó Zbishko; ¿pero cómo creerte? ¿No eres quizá un vagabundo, un bandolero?

—Señor, me conoceréis al ver lo que guardo en la caja, veréis qué esplendor, qué riqueza; os daré parte de ellas para que me dejéis viajar en vuestra compañía.

—¿Te llamas siervo de Dios, y no sabes que hay que socorrer al prójimo? ¿Y qué hablas de tus riquezas, si el caballo huyó con la caja?

—No, que lo devoraron los lobos, y las cajas las tengo yo.

Con la mano indicaba dos grandes fardos arrimados á un pino.

Zbishko le observaba con desconfianza, pues le parecía antes bien un bandolero que un santo varón.

De todos modos le permitió que montase el caballo que conducía el techeque y que iba sin ginete.

—¡Concédate Dios nuevas victorias!—dijo el desconocido;—y también pelos en la cara,—añadió en voz baja.

El viento soplaba furiosamente y silbaba á través de los árboles de la selva. El techeque dirigió la palabra al desconocido:

—Yo no niego que tú hayas estado en Roma, pero digo que pareces á uno de esos alemanes que no saben más que beber cerveza,

—Teme el castigo eterno,—contestó el desconocido,—hablar de cerveza con este frío no es oportuno; habla de vino, y si tienes, dame un trago y obtendré para tí cien días de indulgencia.

—¿Cómo? has dicho que no estás aún consagrado.

—Todavía no soy sacerdote, pero tengo ya la tonsura y llevo conmigo la bula.

—¿En esta cajita quizá?

—Sí, señor, y si os enseñara lo que encierra, os echaríais á mis pies, no solo vosotros, sino hasta los pinos y las fieras del bosque.

El tcheque le miró incrédulamente, y sonriendo, dijo:

—A pesar de tu bula, los lobos se comieron tu caba-  
llo...

—Sí, porque son parientes del diablo. Dame un trago, pues, que estoy helado.

El tcheque le complació y preguntó al desconocido:

—¿Dónde váis?

—Lejos; primero, á Seradz. ¿Quieres venir conmigo?

—No puedo. Esta noche dormiré en un establo y mañana, si el caballero me regala este caballo, seguiré mi camino.

—¿Dónde vas?

—A Malborg.

Al oír aquel nombre Zbishko hizole una señal para que se acercase.

—¿Eres de Malborg?

—Sí, señor.

—No eres alemán, pues hablas muy bien nuestra lengua. ¿Cómo te llamas?

—Soy alemán y me llamo Zanderus.

—¿Cuánto tiempo hace que saliste de Malborg?

—Yo, señor, he estado en Tierra Santa, luego, en Constantinopla y en Roma y atravesando Francia llegué á Malborg, y me dirigía hacia Masovia para distribuir las

santas reliquias que los cristianos compran para conseguir la salvación de su alma.

—¿Has estado en Plotzko y en Varsovia?

—Sí, y conceda Dios salud á su princesa; muy amada es Alejandra, pero lo es también Ana Danuta y muy querida.

—¿Está la corte en Varsovia? ¿La has visto?

—No, la hallé en Tzechanov, donde el príncipe y la princesa me acogieron benévolamente como siervo de Dios; en justo agradecimiento les dejé una reliquia que les atraerá las bendiciones del cielo.

Zbishko, quería preguntar por Danusia, pero titubeó, temiendo lo desconocido; pensaba que quizá aquel hombre era un aventurero y no quería darle á conocer su amor.

Después de un momento añadió:

—¿Qué reliquias traes?

—Traigo las Bulas de indulgencia y las Reliquias; de Bulas, tengo una colección completa, las hay para quinientos años, para ciento y aun para menos tiempo, á fin de que los pobres puedan disminuir las penas del purgatorio. Tengo bulas para los pecados cometidos y para los que se han de cometer, y no creáis, señor, que guarde para mí el dinero recibido; yo me mantengo con pan negro y agua, todo lo que recaudo es para Roma, á fin de que pueda emprenderse una nueva Cruzada. Hay algunos que falsifican bulas y reliquias, pero yo no soy de esos, y me ha tratado con injusticia el prior de Seradz quien... ®

—¿Qué os ha hecho?

—Creo que es un hereje; si váis á Seradz, no habléis con el prior para no darle ocasión de pecar.

—Ya veo que te ha tomado por un charlatán.

—Hubiese sufrido que se burlase de mí, pero no que vilipendiara mis reliquias, estoy seguro que Dios le castigará por ello.

—¿Qué reliquias llevas?

—Tan venerables son, que no se puede nombrarlas con la cabeza cubierta; pero ahora no me descubro porque el viento empieza á soplar. Cuando lleguemos á poblado, me compraréis una bula de indulgencia, y vuestros pecados os serán perdonados. Tengo toda suerte de reliquias. Poseo la pezuña del asno que sirvió para la huida á Egipto. La hallaron cerca de las pirámides y el rey de Aragón me dará lo que pida por ella. Tengo la pluma que el Arcángel Gabriel dejó caer del ala izquierda el día de la Anunciación. El aceite con que las paganos querían freir á San Juan; un peldaño de la escala que Jacob vió en sueños; las lágrimas de María Egipcíaca y el orín de una de las llaves de San Pedro. No puedo enumerar las demás cosas, porque estoy helado y vuestro criado no quiere darme vino.

—Si es verdad lo que decís, poseéis un gran tesoro.

—No lo dudéis, y si os queréis evitar una desventura, compradme una bula por vuestros pecados, ó si no dentro de dos ó tres semanas morirá alguna de las personas que más queréis.

Zbishko asustóse de la profecía y vió en su mente la imagen de Danusia.

—No soy yo quien duda, sino el prior de Seradz.

—Observad, señor, la cera de los sellos, y en cuanto al prior, ¿quién sabe si está vivo todavía?

En realidad, el prior estaba vivo y bien vivo y Zbishko, apenas lo vió, le encargó dos misas, una por la salud de su tío y otra porque Dios le permitiera arrancar los penachos alemanes.

El prior era gran enemigo de los cruzados, y al oír el intento de Zbishko exclamó:

—Encontrarás un castigo terrible cuando te presentes ante Dios, pero no quiero disuadarte de tu empresa porque has hecho un voto, y deseo que se les castigue por el daño que han hecho en Seradz.

—¿También aquí han cometido desmanes?

El anciano prior repuso:

—Tenía yo apenas doce años y vivía en Cilea, cuando los cruzados asaltaron la ciudad entrando á saco; las mujeres eran deshonradas y muertas, los niños lanzados á las hogueras, asesinados los sacerdotes... tal fué la obra de esos malvados. El prior Nicolás se echó á los piés del conde Enrique que los mandaba, pidiendo por Dios que cesara en su terrible obra, pero aquel infame, en vez de escucharle mandó que fuera atado á la cola de un caballo y arrastrado por las calles. Dios ha castigado á los templarios bajo los muros de Plovzk, pero no están aún bien castigados.

Zbishko contestó:

—En Plovzk cayeron todos los caballeros de mi familia, pero sirveme de consuelo pensar que veinte mil alemanes pagaron con su vida su temeridad.

—Tiempo vendrá en que estalle una guerra más nefasta para ellos.

—Así sea.

Después habló al prior del mercader encontrado en el camino, preguntándole si creía en la verdad de sus palabras.

Contestó el prior diciendo que el papa había ordenado á los obispos perseguir a semejantes embaucadores, y que él creía que quizá el que encontró Zbishko era uno de ellos.

El prior invitó al joven á pasar la noche en el convento, pero aquel no aceptó la invitación, porque quería poner un cartel, desafiando al que negase que Danusia de Spichov era la dama más gentil del mundo, y tal cartel, no podía fijarse en las paredes de un convento.

Ocurrió también que ni el prior, ni los frailes, quisieron escribir el cartel de desafío, y el caballero no sabía cómo componérselas, de suerte que resolvió acudir á las luces del vendedor de reliquias.

—El prior,—dijo,—no sabe si eres un charlatan, pero

afirma que si no lo eres, no has de temer la investigación del obispo.

—No temo su juicio, pero sí el de los frailes que no entienden nada en cuestión de sellos. Quiero ir á Cracovia, pero como no tengo caballo, tengo que esperar á que me regalen uno; entonces enyiaré una carta y dentro de ella los sellos en cuestión.

—¿Quién la llevará?

—Un viajero cualquiera.

—¿Sabriais escribir en una hoja de papel?

—Sí, y sobre una tabla.

—Será mejor esto último; así durará más.

Los criados trajeron una tablilla bien lavada y Zanderus se puso á escribir en seguida.

Zbishko no pudo leer lo que decía, pero ordenó que la tablilla fuese clavada en la puerta junto al escudo, y que los dos turcos custodiaran aquel.

El que tocase con la espada el escudo, indicaba que aceptaba el desafío.

Seradz debía ser una población tranquila porque el escudo estuvo dos días sin que nadie lo tocase y Zbishko tuvo que volver á emprender su marcha muy mortificado.

Poco antes de partir se le acercó Zanderus y le dijo:

—Si hubieseis expuesto el cartel en país prusiano hubieseis debido recurrir á las armas.

—No lo creo; pues los cruzados son monjes y no pueden tener señora de sus pensamientos.

—No sé si la tienen ó no, pero sé que les gustan. Es verdad que han jurado luchar solo por la fé; pero hay con ellos muchos caballeros de lejanos países, especialmente franceses que solo piensan en duelos y querellas.

—¿Qué me importa? les he visto cerca de Vilna y si Dios me lo permite, también les veré en Malborg, pues he de cumplir mi juramento y han de caer sus penachos en mis manos.

—Señor, compradme dos ó tres gotas del sudor que

San Jorge vertió al luchar con el dragón. Ninguna reliquia puede ser tan útil á un caballero valeroso. A cambio de esto me daréis el caballo que he montado hasta aquí; y yo, en cambio, prometo absolveros por toda la sangre que vertáis luchando con los alemanes.

—Déjame, no me irrites, nada quiero comprarte hasta que me convenza de que no eres un impostor.

—Señor, me parece que habéis dicho que ibais á la corte del príncipe Janush; preguntad á los señores de su corte cuántas reliquias me han comprado; la princesa, los caballeros, las jóvenes antes de desposarse.

—¿De desposarse?

—Sí, los desposorios que se conciertan antes de Navidad. Muchos caballeros se casan porque corre el rumor de que estallar á la guerra entre polacos y prusianos, y cada cual desea antes de morir gozar las delicias del amor.

—¿Qué jóvenes se han desposado?

—Casi todas las de la corte; quizá no quede una sin compromiso.

—¿Y Danusia de Spichov, cuyo nombre está en el cartel de desafío, se ha casado?

Zanderus se puso pensativo; no sabía nada, y comprendió que dejándole en la incertidumbre podría sacar más partido; el caballero era joven, y debía ser generoso; además, la coraza milanese y el soberbio caballo le daban por rico, así es que arrugando el entrecejo añadió:

—¿Danusia de qué país es?

—De Spichov.

—He visto muchas jóvenes y no me acuerdo.

—Es muy niña aún, toca el laud, y la princesa la quiere mucho.

—¿Toca el laud? ¡Ah! sí. Su pelo es negro como el ébano... Se ha casado.

—No, hombre, no, Danusia es rubia.

—Me equivocaba; la del cabello negro se ha quedado



con la princesa, las otras son las que se casaron casi todas.

—Me sumé en un mar de dudas.

—No lo extrañéis, porque yo mismo á consecuencia de mis desdichas no sé dónde tengo la cabeza. Si me dierais un caballo...

—Lo tendréis si no mentís.

El teheque que había oído el coloquio sonreía, y por fin dijo:

—La verdad la sabremos en la corte.

Zanderus le miró con ironía replicándole:

—¿Crees que temo ir á la corte?

—No digo eso, pero te aseguro que ni ahora ni dentro de tres días tendrás caballo propio, y deberás dar gracias al santo de tu nombre si conservas enteros tus huesos.

—Es verdad, —dijo Zbishko.

Zanderus, contestó:

—Si hubiera querido mentir, hubiese dicho en seguida si la joven estaba ó no casada. En vez de eso, dije que no me acordaba, y si tuvieras seso hubieras comprendido mi honradez al oír la respuesta.

—Missesos no son de la misma casta que tu virtud, que debe ser hermana del alma de un perro.

El teheque y el alemán siguieron disputando, y hubieran llegado á las manos, á no ser porque Zbishko les hizo callar á ambos.

Más allá de Seradz el camino atravesaba inmensos y espesísimos bosques. A ambos lados de aquél, había profundos y anchos fosos á fin de evitar el riesgo que para los viajeros constituían las fieras y alimañas que poblaban la arboleda. También alguna que otra vez, cuadrillas de ladrones asaltaban á los viajeros y como entonces no había vigilancia alguna, los que no sabían defenderse corrían peligro de morir á mano airada.

Zbishko no se preocupaba de tales riesgos, pero en cambio estaba inquieto pensando que al llegar á la corte po-

dría encontrar á Danusia casada, y aquella idea le preocupaba y entristecía. Parecía imposible que le hubiera olvidado, pero por otra parte pensaba que Jurand de Spichoy la habría obligado á casarse con otro.

Al llegar á Lencitz, Zbishko, mandó que se fijara el cartel de desafío, porque pensaba que aún casada Danusia, siempre sería la dueña de su corazón. Tampoco en aquella ciudad abundaban los hombres que sabían leer, y los pocos caballeros que tuvieron conocimiento del cartel, pensaron que solo un mentecato podía batirse por una mujer que no conocían.

Zbishko se ponía cada vez más triste; siempre amó á Danusia, pero en Bogdanetz, viendo á Jaghenka y admirando su belleza no pensaba tanto en aquélla; ahora en cambio, la veía de continuo movido de su deseo y soñaba con ella, viéndola con el laud en la mano coronada de rosas y jazmines. Extendía los brazos hacia él, y Jurand desde lejos, repetía con voz ronca y lenta: «No» el sueño huía de sus ojos, y el joven permanecía desconsolado porque no amó nunca á Danusia como ahora que la creía perdida para siempre.

La esperanza de que estallase una guerra le consolaba; creía que el fragor de las batallas, los peligros, las luchas, podrían distraerle de sus pensamientos; hablaban todos de la guerra, pero nadie veía el motivo de ella, porque entre el rey y la orden existía un acorde casi perfecto.

El presentimiento era general, y se repetía que la unión con Lithuania no se efectuó sino para dar pretexto á una guerra con los templarios, con los cuales se quería acabar para siempre.

El pueblo se preparaba tranquilamente, pero con la constancia del que ha sufrido mucho, y ve el momento en que han de terminar sus sufrimientos.

Zbishko encontraba en todas partes caballeros decididos á acudir á la primera señal que se diera; veía con placer que esos caballeros examinaban con complacencia sus

armas y caballos y le placía oír el martillar continuo de los herreros que fabricaban lanzas y espadas.

En la fortaleza de Varsovia, Zbishko fué recibido por Jasko Socha que ya le conocía por haberle visto en Cracovia y que le acogió cordialmente. El joven, tan pronto como se sentó á la mesa, preguntó noticias de Danusia.

Socha no podía contestarle, porque desde principios de otoño el príncipe y la princesa habitaban en el castillo de Tzechanov; lo único que sabía, era que se verificaron muchas fiestas y que bastantes damas de honor se desposaron antes de Navidad; pero ignoraba sus nombres.

—Danusia,—dijo,—no debe haberse casado, porque no era natural que lo hiciese sin estar presente su padre, y éste no ha ido á la corte. En ella están en la actualidad dos templarios, y como Jurand no puede resistir la vista del manto blanco con la roja cruz, no va nunca á la corte. Si lo deseáis, enviaré un mensajero fiel para saberlo, pero tengo por cierto que Danusia permanece soltera.

—Yo mismo iré mañana; Dios te bendiga por el consuelo que me das.

Socha preguntó á los nobles conocidos suyos si sabían algo de Danusia y todos contestaron que si se hubiese casado, sería muy recientemente.

Zbishko quedó algo tranquilo, y solo pensaba si le convendría deshacerse de Zanderus ó llevarlo con él, ya que entendía el alemán, cuando fuera á desafiar á Lichtenstein; pensaba que el aventurero no le había engañado aún, y aunque su manutención le costaba mucho, pues comía como cuatro, era servicial y tenía la ventaja de saber leer, lo que constituía una superioridad, aún sobre él mismo; así es que decidió permitirle ir con él, hasta Tzechanov.

Zanderus estaba muy contento, no solo porque tenía la manutención asegurada, sino porque viajando en buena compañía inspiraba más confianza y le compraban más reliquias.

El segundo día de viaje, Zbishko al anochecer vió las torres del castillo de Tzechanov; se detuvo en una posada para ponerse coraza y casco, blandió la lanza, y erguido sobre su colosal caballo, después de persignarse, marchó en dirección del castillo, donde quería entrar armado según costumbre.

Había andado pocos pasos, cuando el teheque le dijo:

—Señor, detrás de nosotros avanzan unos caballeros que deben ser templarios.

Zbisko revolvió su caballo y vió á poca distancia una lucida escolta, delante de la cual, cabalgaban dos caballeros sobre briosos corceles, armados de todas armas con capas blancas y en éstas la cruz de la orden.

—Son templarios, voto á Dios,—murmuró Zbishko.

Y sin percatarse de ello se inclinó sobre el cuello del caballo y bajó la lanza.

El teheque al verlo, se humedeció la mano con saliva, para afianzar mejor el asta del hacha.

La gente de Zbishko, que era muy experta y conocía bien las costumbres caballerescas, se preparaban, no para la batalla, pues cuando luchan caballeros no toman parte los siervos, sino para medir y preparar el suelo.

El teheque, á fuer de noble, hubiese podido entablar lucha, pero esperaba que Zbishko le llamase.

Afortunadamente Zbishko recordó lo que le había ocurrido camino de Cracovia y de sus consecuencias, por lo que, alargando la lanza al teheque se dirigió al encuentro de los caballeros, entre los cuales iba uno con un gran casco, pero sin armas, y que llevaba el pelo largo á estilo de los masovianos.

El caballero de Bogdanetz pensó.

—Cuando estaba prisionero prometí á mi señora no los penachos de tres cascos, si no diez; si solo fueran tres ya están ahí...

Cuando estuvo á pocos pasos de los templarios gritó:

—¡Bendito sea el nombre de Jesús!

— Amén.

— ¡El Señor os proteja!

— ¡El Señor os proteja!

— ¡Gloria á San Jorge!

— Es nuestro patrón; ¡salud!

Los caballeros cambiaron mútuos cumplidos. Zbishko dijo quién era, cuál era su blasón y de donde venía; el caballero de las melenas contestó que se llamaba Endrek de Kropivnitzá y que acompañaba huéspedes del príncipe; el hermano Gottfrid, el hermano Rothger y el señor Fulcón de De-Lorsh de Lotaringia que deseaba ver al príncipe de Masovetz y especialmente á la hija del famoso «Keistut».

Mientras pronunciaba sus nombres, los caballeros erigíanse sobre las sillas inclinando las cabezas, y al ver las armas espléndidas de Zbishko creyeron que era un personaje importante enviado á su encuentro por el príncipe.

Endrek, dijo:

— El komptur de Jansbog dijo al príncipe que tres caballeros deseaban visitar nuestras tierras, pero que dudaban en hacerlo, especialmente el príncipe de Lotaringia, quien creía que junto á las tierras de los templarios no había sino sarracenos, con los cuales ha estado en continua guerra. Nuestro príncipe, que es muy hospitalario, me envió á la frontera para guiar á estos caballeros.

— Sin vuestro auxilio, quizás no hubiésemos llegado hasta aquí.

— Es probable. Los alemanes son bien recibidos en calidad de huéspedes, pero cuando se les encuentra en su camino, todos tratan de asaltarles, ya para vengar antiguas ofensas, ya para conquistar fama.

Zbishko, que no olvidaba un momento á Danusia, preguntó á Endrek si era cierto lo que le habían dicho del casamiento de la niña.

— ¿Quién os lo dijo? Es una niña aún, y la he visto ha-

ce seis días al lado de la princesa. Además, ¿cómo se puede casar sin permiso de su padre?

— Oí decir, precisamente, que éste quería casarla.

— Estáis mal informado; es la princesa, y no Jurand, pero la joven está prometida á un mozo á quien adora.

— ¿Le ama?

Endrek sonrió.

— Me parece que pensáis mucho en ella.

— Es conocida mía.

El casco escondía gran parte del rostro de Zbishko, pero, á pesar de eso, Endrek observó que el joven se había sonrojado.

— Me parece que el frío enrojece vuestras mejillas,— dijo con ironía.

— Es posible.

Los caballeros echaron á andar, y Endrek, volviéndose á Zbishko, le preguntó:

— Perdonad; ¿cómo os llamáis?

— Zbishko de Bogdanetz.

— ¡Qué casualidad! también el caballero que ha de casarse con la hija de Jurand se llama así,

— No puedo ocultarlo,— contestó con altivez Zbishko.

— Ni hay para qué; no podéis figuraros con qué ansia se os espera en la corte; además de ella, la princesa os quiere mucho.

— ¡Dios la bendiga, y á vos también por la buena noticia! Cuando me habéis dicho que Danusia no estaba casada, me he sentido renacer.

— ¿Cómo podía casarse? Es verdad que hay muchos caballeros en la corte que la desean, porque llevará en dote á su marido la posesión de Spichov, pero no se arriesgan á pedir su mano, porque recuerdan su acción y vuestro juramento. ¡Qué contenta se podrá Danusia! Algunas veces, por broma, la decían en la corte que no volveríais, y entonces la niña se encolerizaba y decía: «Volverá, volve-

rá; y cuando decían que os habían casado con otra, rompía en amargo llanto.

Zbishko se conmovió y dijo:

—Retaré á quien haya inventado tales calumnias.

Endrek soltó una carcajada:

—Eran las muchachas quienes inventaban estas historias; ¿Desafiaréis también á las mujeres?

Zbishko, que estaba contento por haberle deparado la suerte un compañero tan jovial y bueno, le interrogó por enanto tenía ansia de saber. Recordó su voto, y dijo que en muchos países se esperaba la guerra y hacían preparativos, y preguntó si en Masovetz soplaban vientos bélicos.

Endrek no creía que la guerra estallaba tan pronto. Era cierto que la gente hablaba de ello, pero los templarios parecían no quererla de momento, para prepararse con tiempo.

—El príncipe,—dijo,—ha estado hace pocos días en Malborg, siendo recibido con grandes honores, y ahora tiene en su corte á muchos templarios de alta categoría en calidad de huéspedes. Parece que éstos desean que en caso de guerra con los polacos, nuestro príncipe permanezca neutral ó los ayude á ellos, pero esto no ocurrirá.

—¡No, no sucederá! ¿Cómo podrían permanecer impasibles nuestros príncipes, perteneciendo como pertenecen al reino polaco?

—Ciertamente,—replicó Endrek.

Zbishko lanzó una ojeada á los caballeros alemanes.

—¿También éstos vienen por igual motivo?

—¿Quién puede adivinar la idea de los templarios?

—¿Y el de Lotaringia?

—Ha venido por pura curiosidad.

—¿Es un personaje importante?

—Sí, le siguen tres carros llenos de equipajes y muchos servidores. Sería honroso batirse con él.

—¿Se puede?

—No; el príncipe me ha mandado escoltarles, y no se puede tocar un pelo de su ropa hasta que lleguen á la corte.

—¿Y si yo le retase y aceptara?

—Deberíais luchar primero conmigo, porque mientras yo viva, no debe pasarles nada.

Zbishko miróle benévolamente y contestó:

—Veo que conocéis las leyes de la caballería; no quiero batirme con vos, porque deseo vuestra amistad; pero si llegamos á Tzechanov desafiare á los alemanes.

—Allí podéis hacer lo que queráis, si el príncipe os lo tolera.

—Tengo un pergamino en el cual hay un cartel contra los que no digan: «Danusia es la más bella y virtuosa del orbe.» En los países que he atravesado, los caballeros no comprendieron este cartel, porque se encogían de hombros, y casi se burlaban.

—En algunos países, la costumbre de desafiar no existe, pocos la conocen. También el príncipe de Lotaringia ha dado un cartel de desafío contra quien no alabase á su dama; pero nadie le hizo caso.

—¡Qué! ¿decía que alabasen á su dama? ¿No tiene temor de Dios? No tiene vergüenza.

Diciendo esto, miraba á Fulcon De-Lorsh, el cual tenía una cuerda alrededor del cuello que caía sobre su coraza.

—¿Por qué lleva esta cuerda al cuello?—preguntó Zbishko.

—No lo sé, porque no comprende nuestra lengua; pero creo que habrá hecho el voto de no quitársela hasta que cumpla alguna acción heroica. De día la lleva sobre la coraza; de noche sobre el cuerpo.

—¿Zanderus!

—¿Qué quiere el señor?—preguntó acercándose.

—Pregunta á este caballero quién es la dama más bella y virtuosa.

Zanderus tradujo la pregunta, y Fulcon contestó:

—¡Ulrica De-Elner!

Zbishko sintió hervir su sangre, y espoleando al caballo se lanzó hacia el caballero de Lotaringia; pero Endrek, interponiéndose, gritó:

—¡Aquí no os batiréis!

Zbishko dijo al alemán:

—Dile de mi parte que se ha enamorado de una coqueta.

Del-Lorsh soltó las riendas, y quitándose un guante lo tiró sobre la nieve, frente al caballo de Zbishko, quien indicó al techeque que lo levantase con la punta de su pica.

Endrek miró á Zbishko con aire severo y descontento.

—Os repito que no os batiréis mientras sea yo vuestro guía.

—No fui yo quien le desafié, sino él, que me arrojó el guante.

—Sí, pero antes le insultasteis vos. Acabemos, porque os advierto que también yo sé manejar la lanza.

—No me batiré con vos.

—Será preciso, porque he prometido defender á los huéspedes del príncipe.

—¿Qué debo hacer?—preguntó Zbishko.

—Muy cerca está Tzechanov.

—¿Qué pensará de mí el alemán?

—Vuestro intérprete le explicará que yo no permito el duelo.

Zbishko, viendo que era inútil insistir, rogó á Zanderus que explicase el asunto al caballero de Lotaringia.

De-Lorsh, oyendo las palabras del alemán, indicó con la cabeza que comprendía, y tendiendo la mano á Zbishko se la estrechó, lo que en lenguaje caballeresco significaba que estaba dispuesto á combatir donde quiera y siempre. Luego, como si no hubiese ocurrido nada, galoparon hacia el castillo todos juntos y llegaron al puente levadizo al anochecer.

Los caballeros fueron recibidos por Nicolás Dlugoliass, que era el comandante de guardia, quien les dijo que la corte estaba ausente, porque el príncipe, queriendo divertirse á sus huéspedes, había salido á cazar acompañado de las damas.

En el castillo no quedaba más que una de éstas, la cual recibió muy contenta á Zbishko, y le dijo que Danusia continuaba acordándose de él, sin riesgo de que le olvidase.

—Casi no la conoceréis, —dijo;— está muy alta y os quiere mucho. Solamente al oír vuestro nombre se ruboriza y se conmueve. ¿Y vuestro tío, cómo está? Danusia va todos los días á lo alto de la torre espionando la llegada de caballeros, porque siempre piensa en vos.

—Voy á abreviar los caballos, y corro á verla.

—Sí, pero tomad un guía, porque podéis extraviaros en el bosque.

Cuando Dlugoliass llamó á los caballeros para la cena, Zbishko pidió un guía.

Los templarios, que estaban rendidos, se acurrucaron junto al fuego y decidieron no moverse hasta descansar.

Solamente De-Lorsh declaró querer seguir á Zbishko, y acercándose á él, le estrechó la mano nuevamente por tres veces.

III

No tuvieron ocasión de batirse, porque Dlugoliass, informado por Endrek, exigió á los dos caballeros que jurasen no batirse sin permiso del príncipe.

Zbishko, que ante todo deseaba ver á Danusia y no que-

ría oponerse al deseo de Dlugoliass, juró, y lo mismo hizo De-Lorsh, que era de índole pacífica. Según dijo, prefería combatir en torneos y justas á presencia de la corte, porque así se adquiría mayor gloria.

El país en que ahora se encontraba le era desconocido y escuchaba con mucho gusto el relato del viejo Dlugoliass, que habiendo estado mucho tiempo prisionero en Alemania, sabía su lengua y explicaba con mucha gracia las aventuras que le ocurrieron.

Cuando era media noche, Zbishko y De-Lorsh llegaron á Prasnish, los criados llevaban antorchas encendidas para ahuyentar á los lobos que á veces asaltaban en tan gran número y con tal atrevimiento, que eran peligrosos hasta para gente armada.

Pocos años antes, los lituanos, medio salvajes, iban hacia Masovia á través de los bosques y en 1337 bajaron hasta Tzechanov destruyendo la ciudad.

Matzko de Turboiev, el guía, contaba mil episodios de la guerra y De-Lorsh le escuchaba con gran atención porque anhelaba combatir con los lituanos, á quienes comparaba con los sarracenos.

El caballero había emprendido el viaje como el que va á una cruzada, queriendo conquistar gloria y pensando que podría combatir hasta con los habitante de Masovia, porque les creía medio paganos. Se extrañaba de ver iglesias, cruces y caballeros con imágenes santas en sus corazas; y un pueblo menos cruel que el alemán, así es que cuando supo que la difunta reina había hecho bautizar á los lituanos, quedó á un tiempo maravillado y descontento.

De-Lorsh preguntó á Matzko de Turboiev si en la selva habitaban dragones, á los cuales se ofrecen niñas para aplacarlos; pero la respuesta del viejo le quitó toda esperanza.

—En la selva hay muchos animales, lobos, búfalos, osos que pueden matarse, y en los pantanos habrá quizá hasta demonios, pero dragones... se desconoce el género, y si los

hubiera, en vez de ofrecerles nuestras hijas, les mataríamos. Ni siquiera los kurdos tienen cinturones de esos animales.

—¿Quién son los kurdos? ¿Se puede pelear con ellos?

—Sí, pero no conviene.

—¿Por qué?

—Porque son aldeanos.

—¿De qué habláis?—preguntó Zbishko que había oído la palabra «kurdos».

—De los tiradores de arco, de los kurdos y de los ingleses.

—Les he visto bajo los muros de Vilna y he sentido pasar sus flechas junto á mi cabeza; algunos afirmaban que se nos comerían crudos, pero en cuanto sintieron nuestras caricias, perdieron el apetito.

Matzko sonrió y tradujo las palabras de Zbishko á De-Lorsh, quien replicó:

—Por todas partes se habla del valor de vuestros caballeros, pero se les acusa de proteger á los paganos.

—Hemos defendido á un pueblo de persecuciones injustas; son los alemanes los que querían esclavizarlo.

—La Providencia decidirá,—repuso De-Lorsh.

—Quizá pronto,—dijo Matzko.

De-Lorsh, habiendo sabido que Zbishko combatió bajo los muros de Vilna, le preguntó una porción de cosas acerca de los caballeros que asistieron á aquellos combates, especialmente de una lucha que hubo entre cuatro polacos y cuatro franceses.

El príncipe de Lotaringa consideraba mucho á Zbishko, porque había tomado parte en muchos combates. Se alegraba de batirse con un guerrero renombrado y le hacía muchos cumplidos. En una de las posadas, De-Lorsh dijo que Ulrica De Elnor no era ninguna joven, sino una mujer de cuarenta años, madre de seis hijos.

Zbishko quedó asombrado. ¿El caballero de Lotaringa

se permitía compararla con Danusia, la casta virgen? Era preciso que no estuviera en su cabal juicio.

—¿No os parece un alocado?—preguntó á Matzko.— Quizá en su cabeza habita un diablo; es preciso ser prudentes, pues de noche podría muy bien pasar al cuerpo de uno de nosotros.

Matzko de Turboiev, aun cuando no tomara muy en serio aquellas palabras, empezó á mirar con inquietud al caballero alemán, y murmuró:

—La verdad es que alguna vez, en un sólo cuerpo, hay más de cien diablos, y que aburridos de ser tantos, procuran cambiar de habitación. El diablo peor es el que proviene de una mujer.

Volviéndose luego hacia el caballero sospechoso, dijo:

—¡Bendito sea el nombre de Jesucristo!

—¡Bendito sea!—contestó el noble alemán, demostrando alguna sorpresa.

El guía se tranquilizó. Si el caballero fuera un poseído no hubiera oído el santo nombre sin huir y hacer un millar de cabriolas.

Desde Tzechanov hasta Prasnish había poco trecho y en verano, con un buen caballo, se podía recorrer el camino en dos horas, pero ahora, por la mucha nieve y lo mal que estaba el camino, era preciso avanzar con mucha precaución, so pena de hundirse en los grandes baches repletos de nieve que podían dar un disgusto al mejor jinete.

La del alba sería cuando llegaron al pabellón de caza que estaba en el límite de la selva cerca de Prasnish.

El edificio era vasto, bajo de techo, y tenía ventanas con cristales, lujo inusitado en aquella época.

Delante tenía pozos y dos establos y alrededor cabañas que servían de habitación á los criados.

El fuego que ardía frente á la casa, iluminaba fantásticamente á los cazadores, cubiertos con pellizas largas y pesadas.

Algunos de los criados estaban apoyados en sus arcos

mirando las rojas llamas; otros, hacían redes con gruesas cuerdas, y algunos, ponían al fuego grandes trozos de carne de búfalo y alce que constituiría el desayuno del siguiente día.

Todo esto asombraba al caballero de Lotaringia, quien no estaba acostumbrado á ver partidas de caza tan numerosas.

—Vuestros príncipes,—dijo,—van á la caza como van á la guerra.

—Como podéis ver, no les falta nada.

—¿Qué debemos hacer?—interrumpió Zbishko,—todos duermen aún.

—Esperemos que se levanten,—dijo Matzko,—porque no es oportuno llamar á la puerta y despertar al príncipe.

Diciendo esto, condujo á Zbishko y á De-Lorsh junto al fuego; los kurdos ofrecieron carne caliente al oír hablar una lengua distinta de la suya, y formaron círculo alrededor del alemán.

De-Lorsh, habiendo visto entre la gente algunas mujeres que llevaban abrigos de pieles sin curtir, y eran bellas y regordetas, preguntó si también tomaban parte en la caza.

Matzko dijo que habían ido sólo por curiosidad, y para vender sus productos ó cambiarlos por otros.

La casa del príncipe era como un foco alrededor del cual se juntasen los dos elementos: ciudadano y campesino. Los kurdos no querían abandonar los bosques, porque no podían avenirse á dejar de oír el rumor de las hojas movidas por el viento y el canto de los pajarillos. Y los habitantes de Prasnish llevaban cerveza, harina y sal, que cambiaban por costosas pellizas, setas, frutos, ámbar y yerbas medicinales.

Así es que alrededor del pabellón de caza se formaba una especie de mercado cada vez que el príncipe, con toda su corte, iba al bosque para imitar la hazañas de Nemrod.

De-Lorsh escuchaba las explicaciones de Matzko y miraba con curiosidad aquel pueblo nómada que respirando el aire oxigenado de la selva, tenía un aspecto de robustez desconocido de los habitantes de las ciudades.

Absortos estaban los recién llegados contemplando el fuego, cuando de pronto se abrió la puerta del pabellón, y apareció una sala iluminada por muchas luces.

Un hombre salió. Zbishko conoció en seguida. Era uno de los trovadores de la corte, y el joven se precipitó hacia él con tanto anhelo, que De-Lorsh exclamó asombrado:

—¿Qué sucede?

—Nada,—contestó Matzko.—Zbishko está enamorado de una damisela de la corte y desea verla en seguida.

—¡Ah!—exclamó el alemán poniéndose una mano sobre el corazón.

Suspiró tan hondamente, que Matzko se encogió de hombros y murmuró para sí:

—¿Es posible que suspire así por su jamona? ¿tan destornillada tendrá la cabeza?

De todos modos, le condujo al interior de la casa y le hizo entrar en una sala adornada de cuernos de alces, búfalos y ciervos, que formaban extrañas sombras á la luz de la inmensa hoguera.

En el centro de la estancia había una mesa con tapete, llena de pucheros con viandas; alrededor estaban sentados algunos caballeros con los que Zbishko hablaba ya.

Matzko les presentó á De-Lorsh; pero como aquellos no sabían el alemán, tuvo que servirles de intérprete. El número de caballeros aumentaba; todos eran membrudos, de anchos hombros y enérgicas facciones. Los que conocían las aventuras de Zbishko le felicitaban como á un antiguo amigo. Otros le miraban con curiosidad, como se mira al que ha estado á punto de dejar la cabeza en el cesto del verdugo; todos estaban contentos con su presencia.

Entraron dos cruzados, Gugo De-Danfeld, síndico de Ortelsburg, y Sigfrido De-Love, alcalde de Jansborg. Uno

de ellos era de mediana edad, gordo, gran bebedor de cerveza, de sensuales labios y aviesa mirada. El otro era severo, alto, de nobles facciones.

El príncipe Janush apareció en el umbral de la puerta. Los cruzados se volvieron hacia él, y todos los presentes se inclinaron; el príncipe saludaba cortésmente. Tenía el rostro afeitado y el pelo corto sobre la frente y largo por detrás.

Las trompas sonaron para anunciar que Janush almorzaba; al tercer toque, se abrieron las puertas de la derecha y apareció la princesa Ana y con ella una niña de extraordinaria belleza con el cabello suelto y el laud á la espalda.

Zbishko se adelantó, arrodillándose ante ella en actitud de admiración devota.

Circuló por la sala un murmullo. El acto de Zbishko fue criticado por los hijos de la altiva Masovia,

—¡Estúpido!—decían los viejos.—Habrá aprendido esa costumbre de los extranjeros ó quizá de los paganos. Una cosa parecida no la hacen ni los mismos alemanes.

Los jóvenes insistían en que no era humillante el acto de Zbishko, pues debía su vida á la niña.

La princesa y Danusia no reconocieron de momento al joven, que estaba de espaldas al fuego y su rostro permanecía en la sombra; pero Danusia reconoció bien pronto al caballero, é inclinando la cabeza murmuró con voz angelical:

—Zbishkol

De un salto, estuvo Danusia en sus brazos y sin cuidarse de los presentes, le besó y volvió á besarle en los ojos, en los labios, estrechándole contra su seno.

La princesa tiró á Danusia del vestido, los caballeros reían, y Danusia, ruborizada, ocultó la cabeza en la falda de Ana, la cual hizo señal á Zbishko para que se levantara y le preguntó si su tío había muerto, y cómo no estaba allí si acaso vivía.



Zbishko contestaba con escasa atención á las preguntas que se le hacian porque estaba muy ocupado en mirar el rostro de Danusia, que aparecía y desaparecía entre los vestidos de la princesa.

Aquella escena habia puesto de buen humor á todos, hasta el príncipe se regocijó; empezó la comida, y Ana, dirigiéndose á Zbishko, le preguntó:

—¿Quieres ser nuestro caballero, ahora y siempre?

Después, tomando por un brazo á Danusia, dijo:

—Y tú, loquilla, acaba con tus juegos, pues me arrugas el vestido.

La muchacha descubrió por fin su rostro y sus ojillos centellearon buscando al atrevido caballero.

No solo Zbishko, sino todos los presentes la miraron.

El síndico se levantó y De-Lorsh preguntó:

—¿Quién es esa linda muchacha?

El síndico, que era gordo y rubicundo, acercóse al alemán y le dijo:

—La hija del diablo.

De-Lorsh le miró con rostro severo y exclamó:

—No está bien que los caballeros se burlen de la belleza.

—Llevo espuelas de caballero y soy un monje,—dijo con altivez Gugo De-Danfald.

El respeto que inspiraban los caballeros que usaban espuelas de oro, era tan grande que De-Lorsh inclinó la cabeza pero dijo:

—Soy pariente del rey de Brabante.

En aquel instante el príncipe Januhs sesentó á la mesa y habiendo sabido por el alcalde de Jansborg el parentesco de De-Lorsh, le indicó que se sentara á su lado. En frente se sentaron la princesa y Danusia; Zbishko, como en Cracovia, se colocó detrás de sus sillas.

La joven trataba de que Zbishko no la viera el rostro y aquel contemplaba con admiración sus blondos cabellos, la rosada mejilla, y se enamoraba cada vez más. Se acor-

daba de los besos que le habia dado en los ojos, en la boca, y comprendía que no eran los besos inocentes de otro tiempo; los de ahora abrasaban su carne, le inflamaban el amor.

Zbishko experimentaba la misma impresión, igual orgasmo que en los momentos en que Jaghenka le acercaba el rostro, las manos, el vestido. Era el amor, el despertar de los sentidos, que se afinaban al contacto de aquellos dos cuerpos jóvenes.

Danusia, entre el círculo de caballeros y el centelleo de los metales que adornaban los trages, parecía una flor, una bella flor, olorosa y resplandeciente bajo los besos del sol; todos la miraban con placer, en tanto que se codeaban para que se fijasen en la actitud de Zbishko que parecía estar en éxtasis.

De fijo que no advertía ni el estupor de De-Lorsh ni las miradas maliciosas del síndico, que á la roja luz de las llamas del hogar, parecía más gordo, más rubicundo.

Las trompas dieron la señal de partir. Zbishko se estremeció. La princesa le dijo:

—Vendrás con nosotros, quiero contentarte y hablaremos de tu amor.

Diciendo esto, fué con Danusia á prepararse para el viaje, y Zbishko salió al patio donde estaban preparados los caballos. Se apagaron las hogueras. La jornada se anunciaba feliz.

El príncipe montó á caballo. Un siervo le seguía llevando el arco y la lanza, que era tan larga y tan pesada que no podia manejarse, pero que Januhs esgrimía con rara facilidad.

En su familia hubo damas fortísimas que sabían retorcer el hierro entre sus dedos.

La princesa y Danusia llevaban mantos de marta; Zbishko se arrodilló en la nieve, tendió la mano y la princesa puso el pie en ella; después, ayudó á Danusia también á

montar, y estuvo galante como siempre estuviera con Jaghenka en Bogdanetz.

Hacía ya un rato que andaba la comitiva, cuando Ana, dirigiéndose á Zbishko, preguntó:

—¿Por qué callas? Habla con Danusia.

El joven, aunque animado por estas palabras, persistía en callar por timidez. Finalmente, después de abrir varias veces la boca sin decir nada, murmuró:

—¡Danusia!

—¿Qué quieres!

—¡Te amo!

No supo decir más.

Las palabras huían de sus labios y su pensamiento se obscurecía.

Conocía las costumbres de los caballeros, pero no las palabras que los nobles enamorados dirigen á sus bellas, mas después de haber cavilado largo rato, no pudo si no añadir, al «te amo» un «tanto, que me falta la respiración...»

La niña susurró:

—¡Yo también te amo mucho!

Y bajó los ojos ruborizándose. Ya sabía lo que era el amor.

—¡Tesoro mio!—exclamó Zbishko.

Calló. La princesa se puso á interrogarle:

—¿De modo que te aburrías sin ella? Si hallas ocasión propicia para dar un beso en la boca á tu novia no te defengas por mí; no harás más sino demostrarle tu afecto.

El caballero se alegró al oír las palabras de la princesa y explicó á la niña cuánto se aburría en Bogdanetz donde solo veía á Matzko enfermo. De Jaghenka no habló una palabra. Y en verdad que no se acordaba ya de ella, dominado como estaba por su pasión por Danusia, á la que hubiese querido abrazar y cubrir de besos.

Pero no se atrevía á hacerlo en presencia de todos. Pero esperó el momento en que el camino daba una vuelta, y

entonces acercó su rostro al de la niña, pero como los arbustos estaban sin hojas, algunos caballeros se percataron de aquella acción atrevida y la comentaron.

Gugo De-Danfelf y Fulcon De-Lorsh dijeron:

—La ha besado delante de la princesa, de fijo que se casan pronto.

—Es un guapo mozo.

—Son como el cuerpo y la sombra.

El síndico se dirigió á De-Lorsh y le preguntó:

—¿Queríais ser el caballero aquel á quien el mago Merlin... (1)

—¿Y vos?—interrumpió De-Lorsh.

El cruzado, que tenía una naturaleza propensa á las pasiones, exclamó:

—¡Si, pardiez!

Pero en seguida añadió:

—Soy monje, y he hecho voto de castidad.

Miró á De-Lorsh, para ver si se sonreía, porque la Orden gozaba de muy mala fama especialmente en punto á amorios. Pero De-Lorsh, que no era malicioso, se limitó á preguntarle:

—¿Por qué me digisteis en la mesa que Danusia era hija del diablo?

El síndico contó la historia de los Zlotorii; dijo que los cruzados habían conseguido aprisionar al príncipe y su séquito; que la madre de Danusia murió del susto, y que Jurand de Spichov juró vengarla, matando todos los cruzados que pudiera.

Danfelf, hablando se acaloraba, porque sentía odio profundo por el terrible guerrero, pues una vez, al hallarse frente á frente á Jurand, sintió tal pavor, que abandonó á

(1) El caballero Uugher enamorado de la virtuosa Igherna, mujer del príncipe Gorlaas, tomó la figura del marido, gracias al mago Merlin y después de haber yacido con ella, tuvo un hijo que fué el rey Arturo.

sus soldados y corrió á esconderse en Tseitna, donde enfermó del susto.

Al convalecer compareció ante el tribunal de la Orden, porque juró por la cruz que su caballo era el que tenía la culpa de aquella fuga, pero de todos modos, se le inhabilitó para los altos cargos de la orden.

El templario no dijo nada de aquello á De-Lorsh, pero habló tan mal de Jurand, de su crueldad y de la mala índole del pueblo polaco, que el príncipe de Lotaringia, se asombró, apresurándose á preguntar:

—¿Ahora no estamos entre polacos, verdad?

—No; pero los masovianos, son de su misma raza. Si Dios hubiera permitido que la espada alemana destruyera esa nación...

—Decís bien; ni siquiera un pagano osaría cometer los desafueros que ha perpetrado ese; construir un castillo en vuestras tierras!

—El castillo, fué construído para combatirnos á nosotros, pero Zlotorii está en sus dominios y no en los nuestros.

—¿Cómo acabó la guerra?

—No había guerra.

De-Lorsh, miró con asombro al templario.

—¿Cómo, en tiempo de paz, agredisteis á las mujeres porque el príncipe construyó un castillo en sus propios dominios?

—Para la gloria de la Orden y del cristianismo, toda acción es honrada.

—Páreceme que ese terrible caballero es menos culpable de lo que decís.

—Quien levanta la mano á un templario es un hijo del diablo.

De-Lorsh quedó pensativo y hubiera contestado al síndico, si no llegaran á una planicie nevada en la cual todos los caballeros y el príncipe desmontaron.

IV

Los cazadores expertos, pusieron á los demás en fila al rededor de la esplanada, á fin de que pudieran tirar mejor con el arco y con la ballesta. Junto á las redes, estaban los que sabían manejarlas, y los kurdos estaban en el bosque para hacer que las fieras fuesen hacia los cazadores.

El príncipe estaba en el centro; el mejor de los cazadores escogióle aquel sitio, sabiendo que de allí, solía salir la caza.

Januhs empuñaba el arco, tenía al lado su lanza y dos caballeros para defenderle.

La princesa y Danusia no habían desmontado, porque el príncipe pensó que así se salvarían mejor de las acometidas de un búfalo ó un jabalí.

De-Lorsh, que tenía permiso para ponerse á la derecha del príncipe, lo pidió para ser el defensor de las damas y permanecer á su lado.

Tenía consigo la lanza que sujetaba con fuerza.

Zbishko había clavado la suya en la nieve, y acercándose á Danusia la besaba á menudo la mano sonrosada y los cabellos de oro. De súbito, resonó el toque de un cuerno, que el eco repitió á lo lejos.

Los cazadores fijaron su mirada en la espesura, ansiosos de saber qué animal saldría de allí.

De vez en cuando se oía el graznido de un cuervo, y luego, todo quedaba otra vez en quietud solemne.

Aparecieron algunos lobos; al ver tanta gente, se asustaron, y trataron de huir.

Silbó una flecha, roja sangre salpicó la nieve, y los lo-

bos se dispersaron; algunos ciervos aparecieron también cayendo en las redes mientras los perros con los ojos sanguinolentos y los flancos heridos por sus enemigos ahullaban, aumentando la confusión general.

Espectáculo semejante no hubiera podido presenciarse sino en Polonia, donde los bosques eran vastísimos y estaban poblados de toda clase de animales.

El que se mostraba más asombrado de este espectáculo era De Lorsh.

Empezó por aburrirse porque no salía del bosque ninguna fiera, y blasfemaba entre dientes contra el frío.

Cuando aparecieron numerosas manadas de gamos, ciervos y alces de largos cuernos, lanzó un grito de admiración.

La princesa, mostrábase regocijada, y muy contenta, cuando conseguía matar un ciervo ó un gamo. Los señores de la corte tomaban parte activa en la caza.

Solo Zbishko no se cuidaba de lo ocurrido porque apoyando una mano en las de Danusia, contemplábala con admiración, y ella, aunque fingía que quería esconder su bello rostro, gozaba sin embargo al sentirse objeto de un amor tan grande.

De-Lorsh, advirtió que avanzaba un oso enorme, pero antes de que pudiese adelantarse hasta él, el príncipe le dió un golpe, y cayó al suelo.

Januhs, sonreía al pensar que no necesitó el auxilio de sus defensores, y De-Lorsh, pensaba que este era el único príncipe capaz de afrontar á tan tremendo enemigo.

Admiraba también á aquellos hombres gallardos, inflamados de ardor cinegético que golpeaban sin misericordia á las fieras evitando toda acometida.

La esplanada hallábase ya llena de animales muertos, pero la caza no tocaba á su fin todavía. Se había llegado al fin de ella, porque se escuchaba el mugir continuo de búfalos y jabalíes, que llegaban rechazados por los ojeadores.

Difíciles son de cazar tales fieras; por regla general, se apartan del camino del hombre y huyen de todos los lazos que le tiende, pero al verse acorraladas, su furor es tremendo.

Los búfalos mugían de un modo tan desesperado, escarbaban la tierra con tal furor, que casi todos los cazadores al oírlo, procuraban hacerse atrás para no recibir la primera embestida.

De pronto, uno de los búfalos, berrendo en colorado, de gran corpulencia, adelantóse hácia los cazadores, y bajando la cabeza y escarbando la arena, esperó que alguien le atacara.

Los cazadores gritaron:

—La princesa. Salvad á la princesa!

Zbishko se adelantó lanza en ristre y ya iba á herir á la fiera á caballo levantado, cuando de pronto una flecha lanzada por una mano tan diestra como imprudente, hirió al cornúpeto en la paletilla. La fiera al sentirse herida, se lanzó con la cabeza baja hacia su enemigo que era Danusia, la cual inconsciente del peligro gritaba:

—Le he tocado?

Mal lo pasara la alocada niña, á no ser que rápido como el rayo, hundiendo las espuelas en los hijares de su caballo, De-Lorsh blandiendo la lanza, cortó la carrera al animal. Al ver el obstáculo inesperado, acometió el animal para derribarlo, mas al mismo tiempo, sintió hundirse en sus carnes la acerada lanza. Pero ésta, débil y quebradiza, rompióse contra el cuerpo del búfalo, el cual de una cornada, desgarró el vientre del caballo derribándolo á sus piés.

Al ver el peligro que corría De-Lorsh, Zbishko acometió á su vez, pero su lanza, mal dirigida quedó enhebrada en la piel del búfalo que tirando un derrote en lo alto, derribó al atrevido cazador y no le hirió de muerte, gracias á su coraza.

Cruzados.—Tomo I.—19

UNIVERSIDAD  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

Pero ciego de furor por las heridas recibidas estaba pateándole furiosamente, cuando apareció Glava, armado de una gran maza de hierro, y con ella rompió el frontal de la fiera, que se desplomó súbitamente para no levantarse más.

Aquella escena había ocurrido con tal rapidez, que cuando el príncipe y los demás caballeros se levantaron para auxiliar á los valientes defensores de la princesa, estos yacían ya derribados.

De-Lorsh, al ver que se aproximaba el príncipe, quiso levantarse, pero cayó pesadamente al suelo. Tenía un brazo dislocado.

Zbishko, por lo contrario, no daba señales de vida, y una espuma sanguinolenta manchaba sus labios.

Oyóse un grito agudísimo; era Danusia, quien lo lanzaba; al ver á Zbishko desmayado y pálido como un cadáver le creyó perdido para siempre, y sin cuidarse de nadie ni del peligro suyo, lanzóse hacia el pobre joven.

De-Lorsh, que también estaba desmayado, abrió los ojos al advertir que la princesa estaba á su lado. Y como en sueños murmuró:

—¿Estoy acaso en el paraíso, es un ángel quien me mira?

En aquel instante, se acercaba el príncipe con los demás caballeros, pero antes que llegase, viendo á Zbishko inmóvil dió una gran voz, y dijo:

—Por mi culpa está así, por defenderme.

El príncipe ayudó á levantarlo y le dió las gracias por su valor que apartó todo peligro de la persona de la princesa y le dijo que á su fama de caballero podía desde entonces añadir la fama de gran cazador.

—Puesto que hoy son tan pocos los hombres de verdadero valor, permaneced en mi corte, exclamó Janush.

De-Lorsh, al oír las palabras del príncipe que era un jefe de un pueblo famoso por su valor, quedó tan impresionado, que casi no se acordaba de su brazo, pensando en

la gloria que adquiriría en la corte de Brabante y de Borgoña, al saberse allí que salvó la vida á la princesa de Masovetz.

Danusia estaba cerca de Zbishko, que después de abrir los ojos un instante, los volvió á cerrar, quedando desmayado.

Los cazadores, al ver que sus manos se cerraban convulsivamente y notando que respiraba con gran dificultad creyeron que todo había terminado. Pero los kurdos, que eran muy expertos en materia de caza y heridas, aseguraron que el joven viviría, puesto que tenía intacta la espina dorsal.

Lo que salvó á Zbishko fué que al ser acometido por el búfalo, cayó sobre un montón de nieve y esto amortiguó el golpe.

Mientras que el teheque corría á buscar al médico de la princesa, los kurdos, llevaronle al pabellón de caza.

Danusia quería seguirle á pie, pero la princesa se opuso, porque el camino era largo y había necesidad de apresurarse.

Gugo De-Danfald ayudó á la joven á subir á caballo y le dijo:

—En Tscitna tengo un bálsamo prodigioso; me lo dió un ermitaño, y dentro de tres días lo tendré.

—Dios os recompense, dijo Danusia.

—Dios tome en consideración todas las buenas acciones, pero no me premiaréis vos?

—¿Cómo podría hacerlo?

El templario se acercó á la niña diciendo:

—En la Orden, no solo hay hermanos, sino también hermanas; una de ellas, traerá el bálsamo; en cuanto al premio, ya decidiremos.

V

El médico vendó la herida de Zbishko, que solo tenía una costilla rota; pero no respondía de su vida, porque temía que hubiese sufrido lesiones internas, acompañadas de conmoción visceral.

De-Lorsh, por la tarde experimentó gran debilidad y su brazo estaba inerte.

La princesa, Danusia y las otras damas, cuidaron de los heridos y prepararon unguentos y medicinas.

Zbishko tenía frecuentes vómitos de sangre, pero no perdió su lucidez, y habiendo sabido por Danusia que el tebeque le había salvado la vida, llamóle para darle las gracias.

Glava le contestó:

—He jurado á Jaghenka que os defendería, y no quiero recompensa; á ella, pues, y no á mí, debéis la vida.

Zbishko suspiró.

—Si queréis que vaya á Bogdanetz, iré; quizá deseáis que vea á vuestro tío...

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que la crisis de vuestra herida se verificará á primeros del próximo mes; faltan cuatro días para ello.

—Entonces, no es preciso que vayáis á Bogdanetz.

—Podríais enviar una carta, Zanderus, la escribiría, y así sabríais á punto fijo á qué ateneros.

—No, no... Si muero, volverás á Zgogelitz y contarás cómo ocurrió mi muerte, entonces podrán rogar por mí.

—He oído decir que el príncipe marchará en seguida hacia Tzechanov.

—Espero que no me dejarán solo, exclamó Zbishko; y se desmayó de nuevo.

Aquel mismo día la princesa pidió á su augusto esposo que le permitiera permanecer al lado de Zbishko

De-Lorsh, que empezaba á abandonar el lecho, al saber que las señoras no marchaban, quiso permanecer á su lado, con el pretexto de defenderlas contra los sarracenos.

Nada debía sin embargo temer la princesa, porque, hermana como era de Vitoldo y prima de Jaghellon, potente rey de Cracovia, todos los lituanos y masovianos la respetaban.

Por aquellos días se entibieron algo las relaciones entre Janush y sus huéspedes, los templarios; uno de ellos, que no era precisamente de la Orden, pero sí aliado suyo, el señor De-Fursi, trajo muy malas noticias.

Dijo que tres templarios habiendo oído hablar de Jurand de Spichov, en vez de atemorizarse por su nombradía, se atrevieron á desafiar al famoso guerrero, deseando poner á prueba su valor.

Uno de los síndicos se opuso, diciendo que había paz entre la Orden y el principado de Masovetz, pero después aprobó la intención y les concedió una escolta.

Los caballeros enviaron el desafío á Jurand, que aceptó con la condición de que licenciaran sus soldados y fueran á encontrarle en la frontera prusiana de Spichov.

No consintieron los retadores en tal condición, y entonces, Jurand les asaltó súbitamente, cortó el cuello á Meinegher y se llevó á De-Begrov, prisionero, encerrándole en Spichov.

Únicamente el caballero De Fursi, consiguió escapar con vida, huyendo á través de las selvas y llegando á Tzechanov para quejarse á Janush y pedir la libertad de De-Begrov.

Los templarios y el príncipe tuvieron un ligero altercado, porque aquellos querían que este castigara á Jurand.

—Si no tenemos justicia aquí, dijo el síndico, no nos

quedará otro recurso que quejarnos al gran Maestre, y entonces éste quizá obtenga lo que no pudimos obtener nosotros.

Al oír aquellas palabras, el príncipe, aún cuando era de índole pacífica y cortés tomó un continente altivo.

—De qué os quejáis? De qué justicia habláis? Es acaso Jurand el que os desafió y buseó querella? Dijo á los caballeros de la Orden que alejaran á sus soldados, no quisieron seguir su consejo, y por lo tanto no tienen derecho á quejarse.

Uno de los caballeros contestó:

—De-Begrov, debe ser puesto en libertad, porque su familia es de las más famosas de la tierra y una de las más famosas de la Orden, á la cual ha prestado grandes servicios.

—La muerte de Meinegher, afirmó otro de ellos, debe ser vengada.

El príncipe se levantó de un salto, pero acordándose que eran huéspedes suyos, trató de contenerse.

—Caballeros! contestó; lleváis una cruz en el manto, pues bien, en nombre de esta cruz y de vuestra conciencia contestad: «Jurand tiene ó no razón».

—De-Begrov debe ser puesto en libertad repitió De-Love.

El príncipe, lanzando un profundo suspiro, levantó los ojos al cielo como para pedir paciencia y Sigfrido añadió:

—La ofensa echa á la Orden no es la única, porque los templarios, han sido injuriados muchas veces. Ni en Palestina ni en Transilvania ni en los países medio salvajes, se les ha atacado como lo hace el asesino Spichov. Oh! príncipe, os pedimos la muerte del infame, no ya por una muerte, sino por mil, no por una gota de sangre, sino por innumerables saqueos que deberían atraer la ira celeste sobre su castillo maldito. Quién pide venganza á Dios? Nosotros. Quién llora? Nosotros, que en vano hemos pedido justicia á los hombres.

Janush, inclinó la cabeza:

—Recuerdo que una vez,—dijo,—los templarios iban á Spichov, y eran bien recibidos por Jurand; éste declaróles únicamente la guerra cuando mataron á su mujer. ¡Cuántas veces vosotros, habéis asaltado su propiedad y puesto precio al puñal de un asesino, que le matase á traición! Verdad que Jurand os ha combatido, pero los caballeros del Temple, ¿no asaltaron pacíficas ciudades arrásandolo todo y matando hasta á los niños? Cuando me he quejado al gran Maestre me contestaba: «Son las querellas de las fronteras, y no hay sistema de atajarlas» No sois, pues, vosotros quien podéis quejaros, sino yo, que que fui preso en plena paz, y que, sin la mediación del rey de Cracovia, aún quizá estaría encarcelado. No sois, pues, vosotros quien para hablar de justicia.

Los templarios se miraron y De-Danfelf, dijo:

—El haberos preso, fué una equivocación, y fué reparada, libertandoos, no por miedo al rey de Cracovia, sino por amor á la justicia. En cuanto á lo que sucede en las fronteras, solo puedo deciros que lo mismo ocurre en otros estados.

—¿Persistís en pedir el castigo de Jurand?

—Sí, lo pedimos.

Janush apretó los puños murmurando:

—¡Dios mío! ¡Dame paciencia!

—Debéis tener presente que nosotros ofendemos solo á personas laicas, mientras vosotros alzáis la mano á los que pertenecen á la Orden, ultrajando así al Señor. ¿Qué castigo y tormento es bastante para quien escarnece la Santa Cruz?

—Basta, no pongáis el nombre de Dios en vuestra boca... y con su mano apretó de tal modo el hombro del templario, que éste se apresuró á decir con voz dulce:

—Si los templarios atacaron á Jurand, no se debe aprobar su conducta; pero, ¿es verdad que él aceptaba el desafío?

Diciendo esto, se volvió hacia De-Fursi que contestó:

—Quería que combatiéramos tres á tres.

—¿Estáis seguro de ello?

—Lo juro por mi honor. Tanto yo, como el caballero de De-Begrov consentimos, pero no Meingher.

El príncipe repuso:

—Gobernador de Tscitna, vos mejor que nadie sabéis que Jurand no rehusa el reto; si alguno de vosotros desea pelear con él, le concedo mi permiso, y en caso de que Jurand quede muerto ó prisionero, de De-Begrov quedará libre sin pagar rescate; no pidáis otra cosa.

Ninguno de los cuatro caballeros contestó; aunque eran expertos en el manejo de las armas, no se atrevían á luchar con Jurand, de quién conocían las hazañas. El caballero De-Fursi temblaba solo al pensar en el terrible guerrero.

—Le he visto una sola vez, y no deseo verle otra,—murmuró en voz baja.

Sigfrido De-Love, dijo:

—Los templarios no pueden pelear sin permiso especial del gran Maestre, y lo único que pedimos, es que De-Begrov quede libre.

—¿Pretendéis dictar leyes en este país?

—No, pero ya estamos cansados de vuestra vecindad, y el gran Maestre sabrá obtener justicia.

—Vosotros y el gran Maestre aprenderéis á temerme.

—Con el gran Maestre están los alemanes y el emperador romano.

—Y en favor mío, el rey de Polonia.

—¿Vuestra Alteza quiere, pues, hacer la guerra á la Orden.

—Si la quisiera, ya os hubiese atacado, pero sabed que no os temo.

—¿Debo decirselo al gran Maestre?

—Díle lo que quieras.

El príncipe movió el brazo con ademán amenazador.

—¡Cuidadol—dijo;—te he permitido retar á Jurand, pero si vuestros soldados invaden mi territorio entonces tu pagarás por todos.

Diciendo esto, salió con paso firme de la estancia; los templarios estaban lívidos.

—¿Qué sucederá?—preguntó Rotgher.

Gugo De-Danfelf, se acercó amenazador á De-Fursi.

—¿Por qué dijisteis que atacasteis vosotros á Jurand?

—Porque era verdad!

—Debiérais haber mentido.

—Vine aquí para batirme, pero no para mentir.

—¡Bien demostrasteis vuestro valor!...

—También vos huisteis.

Gottfrid observó;

—Es imposible que Jurand sea castigado injustamente.

Sigfrido añadió:

—El caballero De-Begrov, debe ser libertado; reunamos nuestros soldados y atacaremos á Jurand, ya es tiempo de acabar con él.

De-Danfelf, que era el más solapado de todos,—murmuró:

—Sin permiso del Maestre, no conviene atacar.

—Si triunfamos nos premiará.

—¿Y si resulta al contrario? ¿Si el príncipe nos ataca á su vez?

—Estamos en tiempo de paz y no lo creo.

—Es cierto, pero nosotros vamos á violarla; así puede atacarnos el príncipe, y fácilmente nos vencería.

—El Maestre nos ayudará y haremos la guerra.

De-Danfelf,—murmuró:

—El gran Maestre no quiere enemistarse con el rey de Cracovia y éste es muy amigo del príncipe Janush.

—De todos modos parece que la guerra va á estallar.

—¡Oh!—exclamó Rotgher;—si estuvieran entre nosotros Zaltzbach ó Sciomberg, el que mató á los hijos de Vitoldo, de hijo que venceríamos á Jurand.



Gugo De-Danfelf, apoyó los codos en la mesa, inclinó la cabeza, y meditó profundamente; de súbito se estremeció y dijo:

—Bendito sea el momento en que nombrasteis á Sciomberg.

—Por qué?

—Habla.

—Oid; Jurand tiene una hija á la que quiere más que á su vida.

—La conocemos.

—Pues bien, si pudiésemos robarla, Jurand daría por ella, no solamente al caballero De-Bégrov, sino hasta la posesión de Spichov.

—¡Por San Baudilio!—murmuró Gottfrid,—así sucedería.

Los caballeros callaron, como si la empresa fuera harto difícil; al cabo de poco, Rotgher dijo á Sigfrido:

—Tenéis tanta inteligencia como valor. ¿Qué os parece la idea?

—Creo que debe ser meditada.

—Es preciso pensar que la niña es una dama de la corte de la reina, la cual la quiere como hija. Pensad, hermanos que escándalo vamos á armar.

Gugo De-Danfelf, exclamó riendo:

—¿No recordáis que Sciomberg permanece impune? Si conseguimos encadenar á Jurand, tened por seguro que seremos bien recompensados.

—El momento es propicio,—dijo De-Love; el príncipe marcha tierra adentro y quedará sola la princesa en la corte; pero asaltar el castillo en tiempo de paz, es un hecho grave.

—Ya,—replicó De-Danfelf;—¿quién os dice que se trate de robar á la hija de Jurand á viva fuerza?

—¿Pues entonces, como?

—¿No creéis que es posible que Jurand enferme y mande por su hija? La princesa no puede prohibirla ir á ver

á su padre. Si el rapto se efectúa durante el viaje, ¿quién podrá decir que nosotros la robamos?

—¿Y quién pondrá enfermo á Jurand?

Gugo sonrió.

—Tengo en mis tierras un hombre famoso por sus tretas, es capaz de falsificar todas las letras y todos los sellos de este mundo.

—Ya comprendo,—contestó Gottfrid.

—Rotgher exclamó;

—¡Así Dios nos ayude!—creo que hemos dado con un buen medio, y ya veo á Jurand colgado en la puerta de Malborg.

—Su hija será monja de la Orden,—añadió Gugo.

De-Love miró al síndico, mordiéndose los labios y prorumpió:

—Apresuremonos á marchar.

VI

Antes de marchar á Tscitna, los cuatro templarios y el caballero De-Fursi se despidieron de los príncipes.

Janush, según la costumbre polaca, regaló á cada uno de ellos magníficas copas de mosto y dinero.

Los caballeros aceptaron complacidos los regalos, diciendo que á fuer de monjes, no aceptaban los obsequios para sí, sino para los pobres, y que rogarían por la salvación del alma del príncipe.

Los habitantes de Masovia sonrieron al saber aquella respuesta porque era bien notoria la avaricia de aquella gente.

Sigfrido besó la mano á la princesa y De-Danfelf aproximándose á Danusia murmuró:

—Dentro de poco vendrá una monja, y os traerá un bálsamo eficacísimo.

—¿Cómo daros las gracias? —preguntó la joven.

—Siendo amiga de la Orden y de sus siervos.

El caballero De-Fursi, que prestaba atención al diálogo preguntó:

—¿Quién es esta niña?

—La hija de Jurand.

—¿Esa de quién hablabais?

—Sí.

—Debe ser agradable guardar semejante prisionero.

—¿A quién creéis más fácil vencer, á ella, ó á Jurand?

—Pienso como vos.

Gugo sintió la necesidad de justificarse ante Sigfrido, quien, á pesar de sus defectos, muchas veces echaba en cara á sus hermanos su depravación monstruosa.

—He prometido enviar el bálsamo y lo haré, y así, si después del rapto se nos acusa, podremos defendernos diciendo que no tan solo no la queríamos mal, si no que le enviámos eficaces medicinas para su prometido.

—Bien,—contestó De-Lové.—Enviaré una mujer fiel á la Orden, que observará cuanto sea necesario para que encontremos el terreno preparado.

—Es difícil hallar quien nos siga.

—No lo creáis; hay mucha gente que desca tomar parte en expediciones por el estilo. Les prometeré un gran premio si todo sale bien, y sino la cuerda.

—¿Y si nos hacen traición?

—No es posible, porque todos están condenados á muerte. Les daremos trajes decentes para que puedan pasar por soldados de Jurand. Lo esencial es la carta con su sello.

—Es preciso preveerlo todo,—dijo Rotgher;—quizá Jurand á causa del último combate querrá ver al príncipe, y en tal caso hemos de ir con cuidado.

—La persona que escogeré será la flor de los canallas.

Como será muy listo, ya procurará no toparse con Jurand.

—Pero podrían aprisionarle.

—Entonces diremos que no sabemos nada, y que no escribimos nosotros la carta,

—¿Quién podría probarlo?

—Me parece,—dijo De-Fursi, que en esta empresa adquiriréis bien poca gloria.

—¿Por qué?

—Porque aunque De-Begrov quede libre, de todos modos habrá caído una nueva mancha sobre la Orden.

Rotgher murmuró:

—Todo está tan bien dispuesto que creo que Dios bendecirá nuestra empresa.

—Dios bendecirá cuanto contribuya á la prosperidad de la Orden.

Callaron los templarios; delante de ellos, los criados limpiaban el camino, apartando á ambos lados la nieve caída durante la noche.

El caballero De-Fursi, algo separado de los templarios, caminaba pensativo. Hacía muchos años que era huésped de la Orden, por la cual peleó con honor en varias batallas. Pero pensaba algunas veces que la conducta de sus aliados, no era digna de la santidad de los principios de la Orden.

Cuando aceptó el desafío de Jurand, experimentó tal miedo al ver cómo De-Begrov caía del caballo, y Meiningher quedaba muerto en el campo del combate, que escapó desesperadamente á través de los bosques, y no paró hasta Tzechanov.

De aquella infortunada expedición guardaba un recuerdo de disgusto, vergüenza y dolor, porque De-Begrov era íntimo amigo suyo.

Así es que se unió de corazón á los caballeros del Temple para pedir el castigo de Jurand, pero cuando supo los medios á que querían apelar sus compañeros para deshacerse del adversario, parecióle que cometía una villanía,

y en esto iba reflexionando mientras iba separado de los templarios.

Si se hubiera tratado solo del rapto de la muchacha para hacer un canje con De-Begrov, no se hubiera opuesto ciertamente á la empresa, pero al comprender que querían la muerte de Jurand y quizá la de su hija, por tan inicuos medios, su honradez nativa se rebeló; así es que, dirigiéndose á De-Danfelf, le dijo:

—¿Si llegáis á coger á Jurand, dejaréis en libertad á su hija?

—No, porque entonces, todo el mundo comprendería que nosotros la robamos.

—¿Qué haréis de ella?

De-Danfelf sonrió irónicamente,

—¿Antes ó después?

De-Fursi comprendió, y haciendo una mueca de disgusto, exclamó después de un momento de silencio.

—El hermano Ulrico De-Junghinghen, gloria y prez de los caballeros, me dijo un día: «Entre los ancianos de Malborg encontraréis aún un caballero digno de llevar la cruz; pero los otros únicamente sirven para desacreditar la Orden.

—Todos somos pecadores, pero servimos á Jesús,— murmuró Gugo.

—¿Creéis digno del honor de un caballero tal infamia? No solo no os ayudaré sino que os prohibo cometer tal empresa.

—¿Qué nos prohibís?

—Los engaños, las perfidias, las infamias!

—¿De qué modo? Al batiros con Jurand habéis perdido siervos y dinero; únicamente podéis vivir con ayuda de la Orden, pues sin ella moriríais de hambre, además estáis solo contra cuatro, ¿cómo podéis prohibirnos algo?

—¿Cómo? Puedo volver atrás y prevenir al príncipe; puedo revelar vuestras intenciones al mundo entero,

Los cruzados se miraron. Gugo lo hizo expresivamente á Sigfrido y luego dijo:

—Caballero De-Fursi, nuestros antepasados han servido á la orden, pero vos, no queréis entrar en ella porque sois un traidor.

—Decid mejor que no se admite á la buena gente.

—Pensad que la Orden no solo castiga á sus monjes.

De-Fursi, indignado por aquellas frases, desenvainó la espada y blandiéndola dijo:

—Por esta cruz que mi mano empuña, juro por San Dionisio y por mi honor que avisaré al gran Maestre y al príncipe de Masovetzk.

De-Danfelf miró nuevamente á Sigfrido, quien hizo un ademán como de asentimiento.

Aquél dijo entonces:

—San Dionisio podía llevar bajo el brazo su cabeza cortada, pero si la vuestra cae...

—¿Me amenazáis?

—No, os mato simplemente,—contestó De-Danfelf, y diciendo esto le dió un golpe tan fuerte que el puñal se hundió en la carne hasta el mango.

De-Fursi, dando un grito de dolor, trató de blandir su espada, pero los templarios, sin darle tiempo, se echaron encima y le hirieron sin misericordia. El desgraciado trató en vano de librarse de los golpes de sus asesinos y cayó muerto sobre la nieve.

—Nadie nos vió,—dijo Gugo.

—Es verdad.

—Podremos quejarnos diciendo que son los caballeros del príncipe quienes nos asaltaron y dieron muerte á De-Fursi.

En aquel instante De-Fursi lanzó el último suspiro, y Rotgher, mirándole, exclamó:

—Ved, hermanos, cómo castiga Dios toda idea de traición á la Orden.

—Ojalá que esta muerte sirva de gloria para ella.

El galope de un caballo les llamó la atención.

Gugo De-Danfelf dijo en voz baja:

—Se acerca...

De-Love, que era el que tenía mejor vista, añadió:

—Le reconozco; es el escudero que mató el búfalo.

—Esconded los cuchillos para no asustarle,—advirtió De-Danfelf.

—Yo daré el primer golpe.

El teheque, cuando estuvo á unos diez pasos, paró el caballo.

Vió el cadáver sangriento, tendido sobre la nieve, y quedó asombrado; pero fingiendo no haberlo advertido exclamó:

—¡Me inclino ante vosotros, valerosos caballeros!

—Ya te habíamos reconocido. ¿Tienes algo que decirnos?

—Me ha enviado el caballero Zbishko, porque él no puede hablar con vosotros á consecuencia de su herida.

—¿Qué desea tu señor?

—Deciros que habiendo acusado á Jurand de Spichov injustamente, ladrasteis como perros, y que si alguien contesta á estas palabras, está dispuesto á retarlo apenas tome fuerzas.

—Puedes decir á tu señor que la Orden soporta con paciencia las ofensas, y que no aceptan sus caballeros ningún reto sin permiso del Maestro.

El teheque miró nuevamente el cadáver y no comprendió lo ocurrido, pero como desde su más tierna infancia se le había recomendado la prudencia, comprendió que le amenazaba un peligro, y advirtió con inquietud que De-Danfelf, mientras hablaba, trataba de acercarse.

Glava se mostraba tanto más temeroso cuanto que con la prisa no había tomado sus armas.

De-Danfelf dijo:

—He prometido á tu señor un bálsamo prodigioso, y él, en cambio, me desafía; no me sorprende la perfidia pola-

ca, que de todos es conocida, pero como está moribundo y va á comparecer pronto ante el tribunal de Dios...

Y tocó con la mano izquierda la mano del teheque.

Un afiado cuchillo brilló junto á la garganta de Glava, quien, advirtiendo el ademán de De-Danfelf, le sujetó el brazo con su fuerte mano, arrebatóle el arma, y en tanto que el asesino lanzaba un grito de dolor, espoleó su caballo y huyó rápidamente.

Rotgher y Gottfrid, que se habian lanzado en su persecución, al oír el grito de De-Danfelf se detuvieron y se acercaron á éste. Llamaron después á los criados, diciéndoles que colocaran al caballero en un carro.

Danfelf tenía el rostro congestionado; su cabeza se doblaba como si estuviese privado de vida. De-Love apresuraba la marcha del carro y frotó con nieve al herido, que recobró sus sentidos al llegar á la frontera.

—¿Cómo estáis?

—No siento dolor alguno, pero me parece que me falta la mano.

—Está entumecida; cuando entréis en calor la sentiréis; dad gracias á Dios que os concede un momento de alivio.

Rotgher y Gottfrid se acercaron al carro.

—Lo ocurrido es una desgracia; ¿qué hacemos?

—Diremos que De-Fursi pereció á manos del escudero.

—Otro delito por parte de estos perdidos,—murmuró Rotgher; pero esta vez se podrá descubrir á los culpables.

VII

El teheque, galopando sin cesar, llegó al pabellón de caza y refirió lo ocurrido al príncipe; por suerte suya, los señores de la corte le habian visto partir sin armas, y aún

Cruzados.—Tomo I.—14

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV.  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

se le había dicho en broma que no debía ir sin ellas, porque los alemanes podían apalearle. El, para no retardar su marcha, había desoido su consejo.

El testimonio de los cortesanos borró las sospechas que el príncipe concibió. Janush se disgustó de tal manera que hubiese querido correr tras los templarios y aprisionarlos, hasta dar cuenta de su conducta al Gran Maestro; pero comprendiendo que no se les podría dar alcance, dijo:

—Escribiré al Maestro; éste debe saber cómo se portan sus caballeros; ya han cometido bastantes infamias y ésta requiere ejemplar castigo.

Después, volviéndose hacia los hidalgos, exclamó:

—No comprendo por qué mataron á su huésped; si el tcheque hubiese llevado armas, creería que...

Viscionok observó:

—El escudero no tenía motivo alguno para matar á De-Fursi; y además, ¿cómo hubiese podido matarle estando rodeado de amigos y criados?

—Es cierto; creo que el huésped disputaría con los templarios, y no queriendo mentirlo habrán matado. Recuerdo que cuando se hablaba de Jurand, los templarios hacían señas á De-Fursi para que afirmase que el de Spichov les había agredido.

Uno de los hidalgos dijo:

—Glava debe ser muy fuerte, pues ha podido triturar la mano á ese perro de Danfeld.

—Afirma que los huesos del alemán crugieron, y no lo extraño, después de haberle visto matar al búfalo.

—El criado es digno del amo; á no ser por Zbishko, el búfalo habría acometido á los caballos; puede decirse que él y el de Lotaringia salvaron á la princesa.

—¡Es un gallardo joven! A pesar de su herida ha retado á esos traidores; es buen yerno para Jurand.

—En Cracovia no quería que Zbishko se casara con Danusia; pero ahora creo que habrá cambiado de parecer.

—¡A la voluntad de Dios!—exclamó la princesa, que entraba en aquel momento y oyó las últimas palabras.

—Ahora Jurand no podrá negarse, si Dios le devuelve la salud á Zbishko; nosotros deberíamos premiarle.

—La mayor recompensa para él es la mano de Danusia, y creo que la conseguirá.

—Tal vez no debiera inmiscuirme en tal asunto,—murmuró la princesa;—pero Zbishko persiste en sus propósitos, lo mismo que la joven, que cada vez le quiere más.

—Si Dios quiere, serán felices,—dijo Janush.

—Esa niña le ha sorbido el seso, y además el cornúpeto...

—No hay que llamarla niña,—interrumpió la princesa; ¿no salvó, acaso, á Zbishko en Cracovia?

—Sí, pero, sin ella, el joven no hubiese acometido á Lichtenstein para arrancarle el penacho, y no se habría esforzado tanto por salvar á De-Lorsh. En cuanto al galardón, ya he dicho que premiaré á ambos en Tzechanov.

—Para Zbishko, el mejor premio serían las espuelas de caballero,—dijo Ana Danuta.

El príncipe sonrió benévolutamente y profirió:

—Danusia se las entregará; cuando el joven esté mejor celebraremos el acto. Prepáralo todo, porque el placer es tanto mayor cuanto más inesperado.

La princesa abrazó á su esposo y le besó la mano; él murmuró complacido:

—Puedo decir que tuve un buen pensamiento; ¡llama á Danusia!

—¡Danusia! ¡Danusia!

Del aposento contiguo salió la hija de Jurand, ojerosa y pálida, porque pasó la noche velando al enfermo. Llevaba un emplasto en la mano, ordenado por el médico.

—Acércate,—dijo Janush,—y deja el emplasto.

Danusia se acercó con timidez; el príncipe la acarició y dijo:

—¿Estás afligida?

—Mucho.

La niña no pudo contener el llanto.

—¿Por qué lloras?

—Zbishko está herido,—contestó Danusia.

—No temas; sanará. ¿No es verdad, padre Viscionok?

—Espero que sí, y creo que está más cerca del tálamo que de la tumba.

El príncipe dijo:

—Aguarda; te daré una medicina que no solo puede aliviarle, sino que le curará por completo.

—¿Han enviado los templarios el bálsamo?—preguntó la niña.

—Con el unguento que enviase los templarios untaría yo á un perro, pero no á un caballero. Te daré otra cosa. Y dirigiéndose á los nobles, exclamó:

—Dadme las espuelas y el cinturón.

Cuando los tuvo, dijo á la niña.

—Llévalos á Zbishko y dile que son para él. Si la muerte le llama, comparecerá ante el Señor como *miles cinctus*, y si sana, se celebrará la solemne ceremonia en Tzechanov ó en Varsovia.

Danusia, después de besar las rodillas del príncipe, tomó con una mano las insignias de caballero y con la otra el emplasto, y fué al cuarto donde yacía su adorado.

La princesa, queriendo presenciar la alegría de los dos enamorados, siguió á la joven.

Zbishko, al oír los pasos de ésta, la miró y preguntóle:

—¿Ha vuelto el techeque, amor mío?

—Sí; pero tengo que darte una noticia más agradable. El príncipe te nombra caballero y te envía esto.

Mostró al enfermo el cinturón y las espuelas de oro; las mejillas hundidas de Zbishko se colorearon y dijo:

—¡Me ha nombrado caballero!

La princesa entró; Zbishko trató de levantarse y le pidió perdón por no poder besarla los pies; en aquel punto entró el príncipe seguido de sus cortesanos.

Janush indicó á Zbishko que no se moviera, y le dijo:

—Nadie debe asombrarse de que los hechos heroicos se recompensen, porque si la bondad no fuera premiada, tampoco sería castigado el mal. Así como arriesgaste tu vida por salvar la de mi esposa, así yo en justa recompensa te armo caballero.

—¡Ilustre soberano!—exclamó Zbishko,—de buen grado hubiera sacrificado hasta dos vidas.

La princesa le tapó la boca con la mano y Viscionok le prohibió hablar.

El príncipe añadió:

—Creo que conoces los deberes de los caballeros y que honrarás estas insignias; debes servir á nuestro Redentor y luchar contra los fuegos infernales; ser fiel á tu soberano, evitar inútiles querellas y defender al débil contra el fuerte. Si así lo hicieres, Dios te lo premie; y si no, te lo demande.

—Así sea,—dijo el sacerdote.

El príncipe salió de la estancia, diciendo:

—Cuando estés curado, ven á Tzechanov, que allí estará Jurand.

Tres días después de estos acontecimientos, llegó al pabellón de caza una mujer que traía el bálsamo, acompañada del capitán de guardias de los templarios.

Estos se quejaban de las ofensas que habían recibido en Masovia, y amenazaban con la cólera celeste si no se castigaba al culpable.

De-Danfeld se quejaba por su parte, y pedía una indemnización por el brazo roto, y la pena de muerte para el escudero teheque.

El príncipe rompió la carta en presencia del capitán y le dijo:

—El Maestre ha enviado aquí, no templarios, sino asesinos; decidle que ellos han matado á su huésped y que trataron de hacer lo mismo con el escudero. Escribiré al Maestre para que envíe otros embajadores, si desea que en caso de guerra permanezca yo neutral.

—¡Ilustre príncipe!—contestó el capitán;—¿lo diré de esta manera al gran Maestre?

—Sí, y podéis añadir que los que aquí vinieron no eran caballeros, sino perros.

El capitán partió en seguida, pero la monja que trajera el bálsamo quedó en el pabellón.

Como hablaba bien el polaco, conversaba con los criados de Zbishko y Danusia, á la que regaló una rosa de Jericó.

Un día, acercándose á la joven, la dijo:

—Bendigaos Dios, señora; esta noche he soñado que en un camino cubierto de nieve, dos caballeros que llevaban manto blanco se acercaron á vos, y os cubrían con una capa blanca también.

Danusia expresó asombro, preguntando:

—¿Qué significa esto?

—Que os obtendrá el que más os ama.

—¡Zbishko!—exclamó la niña.

—No he visto sino los mantos blancos. ¿Queréis que os cuente lo que me ocurrió á mí?

—Sí, sí.

—Oid; en la Orden se admiten hasta las mujeres; no pronuncian votos y pueden casarse con tal que llenen sus deberes y cumplan los mandatos de la Orden. La mujer que tiene el honor de ser admitida en tan sacra convivencia, recibe tres besos de un hermano, en señal de que,

desde aquel instante, debe servir á la Orden con palabras y acciones. Yo obtuve tal honor, pero por torpeza mía, en vez de aceptarlo cometí un grave pecado, y se me castigó por él.

—¿Qué hicisteis?

—El hermano De-Danfeld se acercó y me dió un beso. Yo, pensando que alimentaba deseos impuros, levanté contra él la mano sacrilega, ¡Dios me perdone mi pecado!

—¿Qué sucedió?

—El brazo me quedó paralítico. Era joven y había obrado por ignorancia; mas á pesar de ello, el castigo cayó sobre mí; es una cosa extraña, pero cuando un hermano de la Orden desea algo, no se le debe rehusar, pues si no, atrae sobre su cabeza el castigo del cielo.

Danusia escuchaba con temor y disgusto. La religiosa continuó:

—No soy anciana, tengo treinta años; pero Dios me ha quitado vigor y belleza.

Después de un silencio, la religiosa continuó:

—El caballero que llevaba manto blanco, quizá era un templario.

—No quiero ni templarios ni mantos blancos,—repuso la niña.

El médico, entrando en la estancia, dijo:

—Da gracias á Dios y ve al lado de Zbishko, porque se ha despertado y quiere alimento; está mucho mejor.

Efectivamente, el herido había recobrado fuerza y valor, y el médico no dudaba ya de su curación; la princesa mostrábase muy contenta, y todo marchaba á pedir de boca, cuando ocurrió un acontecimiento que cambió por completo la faz de los asuntos.

Llegaron unos mensajeros diciendo á la princesa Ana que unos malhechores habían destruido el castillo de Spichov, que Jurand había sido herido y que el sacerdote Kaleb temía que quedase ciego.

Añadieron que Jurand deseaba ver á su hija y que per-

maneciese á su lado, pues los ciegos tienen necesidad de lazarillo.

En la carta daba calurosas gracias á la princesa por sus cuidados con Danusia y decíase que iría á Varsovia tan pronto pudiese.

Cuando el sacerdote hubo leído la carta, la princesa se mostró muy asombrada.

Temía que Jurand quisiera casar á su hija con algún caballero vecino de Spichov, á fin de que no se apartara de su lado; Zbishko no podía ir á Spichov porque apenas podía moverse, y además, ya Jurand se había negado á concederle la mano de su hija.

La princesa llamó al jefe de los mensajeros para pedirle explicaciones verbales acerca del incendio, y de los deseos del señor de Spichov.

Dijo el caballero que el anciano herido gravemente en el último combate contra los alemanes, yacía casi moribundo en Spichov y que deseaba ver de nuevo á su hija antes de quedar ciego, recomendándole que partiera sin perder momento en cuanto hubiesen reposado los caballos.

La princesa dijo que no era hora apropiada para marchar, y además pensó que una partida tan precipitada desconsolaría á Zbishko, el cual, enterado de todo, dijo:

—No hay remedio; es su padre y puede mandar en ella.

Y al decir estas palabras, cerró los ojos como quien espera la visita de la muerte.

Pero la muerte no vino y el pobre enfermo pudo pensar en la nueva desgracia que le agobiaba.

Comprendía que si Danusia volvía á Spichov, la perdería para siempre, pues en el castillo del terrible guerrero, no había de fijo personas indulgentes como la princesa Ana.

Pensaba que sus días pasarían tristes y sin consuelo, y

que nadie murmuraría á su lado palabras de amor, ni quien vertiera llanto por sus padecimientos.

Volviéndose hacia la princesa, que estaba en un rincón del cuarto, dijo:

—Ilustre señora, yo no veré más á Danusia.

La princesa contestó:

—No te aflijas, quién sabe lo que puede ocurrir. Si Jurand muere, la tutela de la niña nos incumbirá al príncipe y á mí.

—Ojalá muriera,—exclamó Zbishko en un arranque impetuoso.

En aquel instante entró Danusia y dijo:

—No puedes pensar cuánto lo siento por mi padre y cuanto lo siento por tí.

El joven la puso una mano sobre el hombro y preguntóla:

—¿Crees posible que pueda vivir lejos de tí? Te he jurado fidelidad, te amo y hasta la muerte te querré. Quisiera arrodillarme ante la princesa, pero no puedo; arrodíllate tú, y pídele una gracia.

Danusia hizo lo que quería y la princesa preguntó:

—¿Qué queréis que haga por vos? Si no dejas ir á la hija junto á su padre enfermo, Dios puede castigarme.

Zbishko, respirando con dificultad, juntó las manos en actitud de orar.

—No te aflijas,—dijo la princesa,—y tú, Danusia, no llores.

—No, no llores, pero permanece de rodillas y ruega conmigo,—dijo Zbishko.

El enfermo añadió con débil voz:

—Ilustre señora... Jurand se opuso en Cracovia á mi demanda y también lo hará ahora; si el sacerdote Viscionok nos casara antes, no sentiría que la niña fuera á Spichov, porque ya ninguna fuerza humana podrá arrebatarla.



La princesa, al oír aquellas inesperadas palabras, se puso en pié.

—Ilustre señora,—murmuraba Zbishko.

—Ilustre señora,—repetía Danusia.

—No, no, sin el permiso de tu padre es imposible,—contestó la princesa.

—La voluntad de Dios es más fuerte que ningún vínculo,—decía Zbishko.

—¿Qué dices?

—¿Quién es el padre? el príncipe. ¿Quién es la madre? vos, señora.

Danusia añadió:

—¡Madre querida!

—Es verdad que casi he sido madre para ella,—dijo la princesa,—y hasta Jurand se casó por mi consejo, pero casar la hija sin su permiso... podría ocultárselo, pero...

—Eso es,—exclamó Zbishko.

—Déjame reflexionar. Me encuentro verdaderamente perpleja y tristes presentimientos me asaltan... ¿Y tú, Danusia, no temes la cólera de tu padre?

—Yo muero si no me caso,—murmuró Zbishko.

La niña, saltando al cuello de la princesa, la estrechó con fuerza.

La princesa continuó:

—Sin el sacerdote, no puedo decidir nada. Corro á avisarle.

La niña obedeció y Zbishko murmuró:

—¡Dios os bendiga!

—No me bendigas aún; debes jurar además que no impedirás á Danusia ir al lado de su padre; si no, no consentiré en tu casamiento.

—Lo juro,—contestó.

—No lo olvides. Danusia no dirá nada á su padre de su matrimonio, y yo invitaré á Jurand á que venga y entonces se lo diremos todo, y quizá consienta.

—Y podrá estar contento de tenerme por yerno,—exclamó Zbishko sonriendo.

En aquel momento entraba Danusia seguida de Viscionok; la princesa enteró al sacerdote del propósito del caballero enfermo, y el buen religioso, haciendo la señal de la cruz, murmuró:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es imposible verificar la ceremonia, porque estamos en cuaresma.

—Es verdad,—agregó en voz baja la princesa.

Reinó un silencio; la palabra de Viscionok había contristado á todos. Este continuó:

—Si se tratara sólo del consentimiento de Jurand, me importaría poco, porque el nombre de Ana Danuta y de Janush sería nuestra salvaguardia contra cualquier asechanza del guerrero de Spichov, pero temo al obispo; si éste se hallase aquí, no rehusaría seguramente la licencia, aunque es un hombre rígido como su predecesor Manfield.

—El obispo Jakub aprecia mucho al príncipe y me distingue con su amistad,—dijo Ana Danuta.

—Por eso digo que no rehusaría la licencia. El motivo es poderoso,—murmuró para sí.—La joven debe partir, el caballero Zbishko está moribundo y el matrimonio podría verificarse «in articulo mortis»... En fin, sin la licencia no puedo hacer nada,—continuó en alta voz.

—Lo pediremos después de verificado el enlace, y el obispo no lo ha de negar, estoy segura.

Viscionok, que era bueno y de carácter sencillo, exclamó:

—Temo al obispo; mas la palabra de la esposa de un príncipe consagrado á Dios me convence...

Después, en voz baja, añadió:

—El caballero podría hacer un voto para la catedral de Plotz, y de esta manera, el pecado que pudiéramos cometer hasta que llegue el permiso... sería de todos modos

mío y no de otro. ¡Hum!... Jesús es clemente, y bien considerado, si mi pecado está cometido por hacer el bien á un semejante, será perdonado... mas, ¿si el obispo no concediera la licencia?...

—La concederá,—repitió la princesa.

Zbishko murmuró:

—Tengo una bula, que compré á Zanderus, la cual perdona todos los pecados.

Aunque Viscionok no tenía mucha fé en las bulas de Zanderus, aceptó este medio para facilitar la unión de las jóvenes. Además, conocía á la niña desde muy pequeña y la estimaba mucho; así, después de meditar nuevamente, dijo á la princesa:

—¿Qué me ordenáis, ilustre señora?

—No ordeno nada; mas pienso que el obispo ha prohibido á los sacerdotes llevar espada y tirar al arco, mas no hacer el bien.

—Todo se hará según vuestro deseo,—exclamó el buen Viscionok alzando los ojos al cielo.

Zbishko sonrió satisfecho, el sacerdote y la princesa deliberaron unos momentos para combinar el plan. Decidieron ocultar el enlace á todo el mundo; Jurand no lo sabría sino por boca de la princesa ó de Janush en Tzechanov, y Viscionok le escribiría que en la corte estaría más seguro y su curación sería más rápida.

Decidieron también que Zbishko y Danusia se confesaran y que los esponsales se verificasen de noche, cuando todos estuvieran durmiendo.

El joven quería que el tcheque sirviese de testigo, mas cambió de parecer pensando que era un siervo de Jaghenka. Entonces, pensando en esto, sintió que sus ojos llenábanse de lágrimas, y parecióle oír aquella voz amorosa que le decía: «No me devuelvas mal por bien, ten compasión de mí», y el corazón de Zbishko se estremecía de dolor, comprendiendo, sin embargo, que nada podía remediar la suerte de Jaghenka.

Así fué consolándose y pensando solamente en Danusia y en los esponsales, hizo llamar al tcheque y le dijo:

—Quiero confesarme y comulgar, vísteme bien como si hubiera de presentarme al rey.

Glava le miró asombrado y Zbishko recordando todo, exclamó con amarga sonrisa:

—No temas, la confesión no indica que esté en peligro de muerte; quiero aprovechar la presencia del sacerdote Viscionok que ha de partir con la princesa á Tzechanov.

—¿Y vos no iréis con ellos?

—Si me sintiera mejor, sí; todo lo dejo á la voluntad de Dios.

El tcheque tranquilizado sacó de un arca la túnica blanca orlada de oro que Zbishko solía llevar en las grandes solemnidades. Después, con la ayuda de dos siervos, lavó al caballero.

—Si el señor pudiese andar, observó Glava, diríase que va á casarse.

—No es necesario andar para eso,—repuso Zbishko sonriendo.

La princesa entretanto se ocupaba de Danusia, no queriendo que ésta llevase para la ceremonia un vestido usual. Hizola poner un hermoso vestido blanco del color de la inocencia. Lo difícil era hallar una corona.

—Pobre huérfana,—exclamó la princesa,—¿dónde encontraremos flores para coronar sus cabellos?... en el bosque, bajo la nieve solo crecen líquenes y musgo.

Danusia se entristeció, mas viendo colgada en la pared una guirnalda de flores secas, exclamó:

—Me adornaré con éstas, á Zbishko le dará igual.

La princesa no quería consentirlo al principio, pareciéndola que aquellas flores secas fuesen de mal augurio, más hubo de acceder por la necesidad.

El sacerdote Viscionok, escuchó la confesión de Zbishko y de Danusia.

La princesa, cuando llegó la noche, ordenó á la servi-

dumbre y á los mensajeros de Jurand que se retirasen á dormir.

Bien pronto un profundo silencio reinó en el pabellón de casa, solamente los perros, de cuando en cuando, anunciaban con sus ladridos el cercano paso de algún lobo.

Solo las ventanas de los cuartos de Ana, de Viscionok y de Zbishko, proyectaban su luz pálida sobre la fría nieve.

Cuando sonó media noche, la princesa tomando á Danusia por la mano la condujo á la estancia de Zbishko, donde el sacerdote Viscionok esperaba con la sagrada hostia.

Danusia caminaba pálida por la emoción, bajos los ojos y caídos los brazos á lo largo del cuerpo en inconsciente abandono.

Parecióle á Zbishko viéndola, contemplar una Virgen; una criatura que no de la tierra, del cielo era enviada, y tanto más se persuadía en esta creencia cuando Danusia de rodillas, juntas sus manos en devota actitud, levantó sus bellos ojos, mientras el sacerdote murmuraba lenta y dulcemente:

«Ecce agnus Dei»... «Dómine, non sum dignus.»

En la estancia no se escuchaba el más leve rumor y la voz cadenciosa del siervo de Dios uníase al susurrar armonioso del viento que jugueteaba entre los árboles de la selva.

Salió después Viscionok, que al cabo de poco, volvió acompañado del caballero De-Lorsh, y viendo el estupor de los presentes, se apresuró á decir:

—He pensado que son necesarios dos testigos y he ido en busca de este caballero que me ha jurado guardar el secreto.

De Lorsh se inclinó primero ante la princesa y después ante Danusia; llevaba una espléndida coraza que radiaba en destellos mil de luces, y contemplando extasiado á Da-

nusia, recordábale la visión de algún angel visto en algún éxtasis sagrado.

El sacerdote unió las manos de Danusia y Zbishko é imponiéndoles la estola recitó la sagrada epístola.

La princesa estuvo conmovida, y la satisfacción reflejábale en sus ojos, contenta de realizar una obra buena haciendo felices á los dos enamorados jóvenes.

De-Lorsh, apoyándose en su espada, conservaba una absoluta inmovilidad.

Zbishko y Danusia repitieron uno después de otro las palabras del sacerdote:

—Te acepto por esposo.

—Te acepto por esposa.

Terminada la ceremonia, Ana Danuta exclamó:

—¡Que el cielo os proteja, ya que estáis unidos!

Zbishko, que estaba aún muy débil, fatigado por la emoción, inclinó la cabeza sobre el pecho, respirando fatigosamente, pero sin perder el sentido, sonreía á Danusia que tomándole entre sus brazos le acariciaba dulcemente.

De-Lorsh, conmovido, juró defender la felicidad de los jóvenes desposados y poniendo la mano sobre la empuñadura de su espada señaló á la princesa y á Viscionok como testigos de su juramento.

Zbishko, abrazando á Danusia exclamó:

—Soy feliz... más tú debes partir...

—Voy al lado de mi padre á Tzechanov,—contestó ella para consolarle.

La noche, y la proximidad de la separación infundía á los esposos y á todos los presentes profunda tristeza. El fuego se apagaba, y cuando el sacerdote Viscionok añadía leña sobre los últimos restos, Danusia murmuró sonriendo á la princesa:

—¿Cómo os pagaré tanta felicidad?

La princesa, después de mirarla amorosamente, exclamó:

—Canta algo, hija mía, por última vez antes de partir.

Danusia, aunque rendida de sueño y de cansancio preguntó:

—¿Qué queréis que cante?

—La canción que cantaste en Tinetz cuando Zbishko te vió por vez primera.

—Bien la recuerdo, agregó Zbishko.

Danusia cantó:

¡Ah! si Dios me diera alas  
como me dió libertad  
hacia Jasko yo volara  
impulsada por afán.»

De repente faltóla la voz, sus labios temblaron y de su garganta se escapó un lamento angustioso.

—¡Danusia! ¡Danusia!—gritó Zbishko.

—¿Por qué gimes?—preguntó la princesa.

—No lo sé, pero estoy muy triste, me cuesta tanto abandonaros á vos y á Zbishko.

La princesa, De Lorsh y Viscionok trataron de consolarla asegurándola que esta separación sería breve y pronto se vería reunida con Zbishko y todos los suyos.

El joven caballero abrazó á la niña y besándola en los ojos, en la boca y en los cabellos, acarició sus oídos con amorosas palabras.

Oyóse fuera un rumor vago y la princesa acercándose á la ventana, dijo:

—Ya conducen los caballos á beber,

—Apunta el alba, observó Viscionok, recemos el «Ave María.»

Después siguió:

—El momento se acerca, los servidores de Jurand comienzan á prepararse para el regreso.

La princesa, Danusia y Zbishko, trataban en vano de ocultar su emoción. El joven estrechó una vez más á su

adorada y cuando la vió salir de la estancia ocultó el rostro entre sus manos para ahogar un grito de dolor.

Era ya completamente de día.

Glava entró en la estancia de Zbishko para enterarse de su estado y recibir órdenes.

—Acércame á la ventana, le dijo Zbishko.

El techeque obedeció y después cubrióle con una pesada piel; la mañana era fría, y nevaba.

Zbishko vió el cortejo preparado, los servidores de Jurand ceñidos con lucientes corazas y armados de brillantes armas resplandecían á la luz triste del amanecer invernal.

Danusia entrando por última vez en la habitación del enfermo y abrazándole fuertemente exclamó:

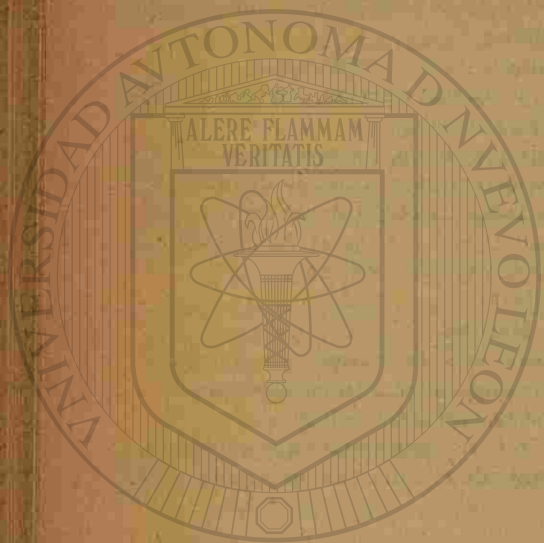
—¡Parto, pero soy tuya!

—¡Mía!—murmuró Zbishko.

Salió la niña acompañada de la princesa, y mientras el sacerdote Viscionok la bendecía en alta voz, exclamó:

—Adiós, Zbishko, hasta Tzchanov, ¡adiós!

La nieve caía sobre la tierra, pareciendo que quería borrarlo todo bajo su manto de armiño... hasta el «adiós» de despedida.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FUNDADA EN 1628 MONTERREY, MEXICO

#### CUARTA PARTE

La estación era fría; en el río y en el pantano brillaban trozos de hielo y por la noche bajaba tanto la temperatura que muchos árboles se abrían con gran estruendo. Viajar con aquel tiempo ofrecía peligro por las manadas de lobos que asaltaban no solo á los viajeros sino hasta las aldeas.

Los aldeanos, sentados junto al hogar, esperaban la vuelta del buen tiempo.

La «casa de caza» de Janush quedó desierta porque su dueño marchó con sus invitados á Tzechanov. Zbishko estaba mejor, pero aún no se sentía capaz de hacer un largo viaje, así es que con sus criados y Zanderus se detuvo en la casa del príncipe. Pensaba de continuo en Danusia; consolábale la idea de que era suya y nadie podría arrebatarársela; pero por lo mismo sentía más no tener entre sus brazos á la linda joven.

Calculaba cuándo podría marchar junto á Jurand. A veces le arrebatában tristes presentimientos; otras pensa-

ba que su porvenir sería dichoso y se reduciría á esto: amar á Danusia y matar alemanes.

A menudo sentía deseos de hablar al teheque, pero recordando que Glava era un regalo de Jaghenka, se contenía y no le hablaba de Danusia.

Una semana antes de Navidad montó Zbishko á caballo. No podía aún soportar el peso de las armas; pero poco le importaba, porque no veía próxima la ocasión de esgrimir las. Ensayábase en esgrimir espada y hacha y dos días antes de Navidad mandó preparar caballos y perros, pues deseaba marchar á Tzechanov. El teheque, temiendo por la vida de su dueño, trató de disuadirle; pero Zbishko le replicó:

—No porfies, Glava; lo he decidido. Además, si á causa del viaje me indispusiese, en Tzechanov me curaría. Recorreré el camino en coche y solo montaré á caballo cerca del castillo.

El teheque, que conocía el carácter resuelto de su dueño, no insistió y preparó la marcha.

En el instante de la partida, viendo que Zanderus tomaba asiento en el coche, dijo Zbishko:

—Te pegas como una lapa. ¿No tenías que ir á Prusia?

—Sí, pero no puedo atravesar estos campos de nieve sin límites. Los lobos me devorarán. Os quiero mucho además y pudiera ser que me necesitarais.

—Siempre está dispuesto á comer y beber á vuestra salud,—dijo Glava,—y le gusta mucho esta ocupación; pero si en el bosque de Prasnsh los lobos nos atacan, se lo echaremos, ya que no es bueno para nada.

—Cuida de que tus labios pecadores no se cubran de un hielo que sólo el calor del infierno puede disolver, contestó Zanderus.

Sonrió el teheque y repuso:

—¡Bahl con cerveza que quita el hielo; pero no el tuyo.

—¡Malo! Y sin embargo, la Escritura dice: Dar de beber al sediento.

—Te daremos un cubo de agua. ¡Toma á cuenta!  
Y le echó un puñado de nieve á los labios. El otro se reía.

Zbishko dejó que Zanderus se sentara en el coche, porque le divertía su compañía.

La nieve cubría con su alto manto la tierra centelleando á los primeros rayos del sol.

Zbishko envuelto en un pesado abrigo de pieles contemplaba la blanca llanura y oprimía el arco temiendo un asalto de lobos.

Estaba de buen humor y dijo que después de descansar en Prasnsh podrian continuar hasta Tzechanov.

—¿Hasta Tzechanov?

—Sí.

—¿Y luego?

—Quizá hasta Bogdanetz.

El teheque le miró con asombro. Pensó que quizás Zbishko resolvió no casarse con Danusia en vista de la oposición que al matrimonio hacía Jurand de Spichov.

Alegróse Glava porque quería á Jaghenka y deseaba su felicidad y porque también amaba á Zbishko, que fué con él cortés y generoso.

—¿Permanecerá el señor en sus posesiones?

—No puedo, porque he desafiado á Lichtenstein y á los cruzados. De-Lorsh ha dicho que el Maestre quiere invitar al rey á Torun; yo acompañaré al rey, y Zavischia ó Povala pedirán que se me permita luchar con los cosacos. También podrás patentizar su valor, pues ellos llevarán escuderos.

—Me alegro.

Zbishko, mirando con benevolencia á Glava, exclamó:

—¡Compadezco á tu adversario! El Señor te ha dado fuerzas, pero no debes alardear de ellas.

Glava, cambiando de conversación, dijo:

—¡Cuán contento estará el señor Matzko! Todos se alegrarán en Zgogelitz.

Zbishko pensó en Jaghenka y murmuró en voz baja:—  
«Ella no estará contenta. ¡Y si se hubiese casado!»

Turbóle el recuerdo de Vilko y de Chtan de Rogov; dolíale que la muchacha se casara con uno de ellos. Zbishko imaginaba el asombro de Matzko cuando supiera su casamiento; pero pensaba que lo aprobaría porque Jurand era más rico que Zieh. «Murmurará, murmurará, pero después...» Y el joven se enternecía recordando cuánto le quería su tío, que en la guerra le defendía más que á su propia persona.

—¿Y qué cara pondrá Jurand? ¿Qué le diré? Yo soy su padre y tengo mi derecho,—exclamará,—y yo soy el marido de Danusia, replicaré. La niña le implorará, la princesa y Janush le aconsejarán y acabará por ceder.»

En Prasnish aconsejaron al joven que no marchara de noche á causa de los lobos; pero Zbishko no quiso detenerse porque marchaban con él muchos arrieros y unos caballeros de Masovetz. Siendo la caravana tan numerosa no había riesgo alguno. Al empezar la noche se pusieron todos en marcha.

La caravana andaba despacio y Zbishko se impacientaba pensando que no podría llegar el día de Navidad. La obscuridad era profunda, soplaban un viento huracanado, la tormenta de nieve era grande. A veces se oía un aullido lejano.

—¡Qué tiempo!—murmuró el techeque;—á Dios gracias estamos junto á la ciudad, pues sino...

—Cuando se está en el baile se ha de bailar,—replicó Zbishko. No veo luz alguna.

—El viento las habrá apagado.

—¡Con tal que Jurand no esté fuera!

El techeque procuraba ver en la obscuridad; pues oía gente que se acercaba.

—¿Qué queréis?—preguntó apretando el arco.

—Auxiliaros en nombre del príncipe.

—Bendito sea el nombre de Jesús.

—Amén.

—¿Queréis indicarnos el camino de la ciudad?

—¿No queda ningún rezagado?

—Ninguno.

—¿De dónde venís?

—De Prasnish.

—¿Habéis encontrado muchos viajeros?

—Ninguno.

—El príncipe ha enviado caballeros en todas direcciones para que socorran á los viandantes. Volvamos á la derecha.

Los viajeros obedecieron. Al cabo de un instante Zbishko preguntó:

—¿Hay muchos huéspedes en el castillo?

—Como de costumbre.

—¿Está el señor de Spichov?

—No, pero se le espera. Algunos hombres han ido á recibirle.

—¿Con antorchas?

—No, el viento las apagaría.

Los caballos resoplaban de cansancio.

—¡Buen tiempo para unas bodas del diablo!—exclamó el techeque.

Zbishko le ordenó que no hablase y dijo:

—Por Navidad los demonios se esconden en el cauce de los ríos helados; dicen los pescadores de Sandomir que una vez hallaron uno que tenía un pez en la boca y que al primer tañido de las campanas quedó paralizado. Ahora Dios nos envía esta tempestad para que mañana brille el sol.

—A no ser por estos guías, quién sabe donde hubiésemos dado con nuestros huesos!—exclamó Glava.

Habían llegado á la ciudad. Las calles desiertas y silenciosas infundían honda tristeza; de las ventanas se escapaba una luz pálida que sólo se veía de muy cerca.

La ciudad parecía descansar plácidamente; pero sus habitantes aún no dormían.

En la plaza nadie acudía á presenciar los juegos y cabriolas de unos pobres saltimbanquis.

Los arrieros y mercaderes que acompañaban á Zbishko se detuvieron en las posadas de la ciudad, mientras él se dirigía al castillo que, desde una altura, dominaba al pueblo á su poder sometido.

El puente levadizo estaba bajo y un siervo tocó el cuerno que hizo abrir el portón.

Mrokota recibió á los huéspedes y les condujo á sus habitaciones para que pudieran cambiar de ropas.

Zbishko preguntó por Jurand y el viejo cazador contestóle que el señor de Spichov no había llegado todavía; pero que llegaría pronto; añadió que varios hombres, por orden del príncipe, habían salido en busca suya y que la princesa había mandado preparar el cuarto para el terrible guerrero.

Zbishko se alegró, pues aun cuando temía ver á Jurand, estaba seguro que no podría arrebatárle á Danusia.

—Danusia es mi mujer, y me pertenece,—pensó.

Aquella felicidad le parecía un sueño que podría desvanecerse de un momento á otro. «Danusia quizá habrá hablado á su padre y como Jurand es hombre razonable, habrá accedido á sus ruegos.»

Así pensaba el joven mientras Mrokota le enteraba de lo que ocurría en el castillo; el príncipe y la princesa gozaban de buena salud y sólo sentían la ausencia de Danusia.

—Ahora,—dijo Mrokota,—Jaghenka es la que toca el laud; la princesa la quiere, pero no tanto como á Danusia.

—¿Jaghenka está en el castillo?—preguntó asombrado Zbishko.

—Sí, es la sobrina del señor de Vergoliass. Es una lin-

da muchacha; el caballero de Lotaringia está enamorado de ella.

—¿De-Lorsh está aquí?

—Sí, hace unos días; le gusta mucho esta sociedad.

—Me alegraré de verlo; es un buen caballero.

—Vamos; el príncipe y la princesa van á comer ahora.

En el gran comedor, en dos inmensas chimeneas ardían gruesos troncos. Señoras y caballeros acudían al amor de la lumbre.

Cuando entró el príncipe acompañado del capitán de guardias y de varios gentiles hombres, el joven se echó de rodillas y le besó la mano.

Janush le ordenó que se levantará y luego le dijo en voz baja:

—Lo sé todo; me enfadé primeramente; pero después me calmé pensando que no habíais tenido tiempo para avisarme, estando como estaba en Varsovia. Mi mujer me esplicó la cosa de tal manera, que he accedido á perdonaros. ¡Ah, mujeres, mujeres, no hay más remedio que hacer lo que ellas quieren!

Zbishko, regocijado, murmuró;

—Permita Dios que pueda serviros pronto en alguna empresa difícil.

—Da gracias á Dios por haberte curado; cuando veas á la princesa dile que te he acogido bien, pues esto la alegrará y su dicha es la mía. Hablaré á Jurand en tu favor y creo que dará su consentimiento, porque quiere mucho á la princesa.

—Y si no lo diese, el derecho...

—Sí, el derecho está de tu parte, pero Jurand te negaría su bendición y esta es lo mejor que Dios puede concederte. En los días de tristeza sirve de consuelo y en los años de la vejez se recuerda con alegría los buenos tiempos pasados e infunde una tranquila resignación.

Zbishko se conmovió al oír aquellas palabras; la princesa apareció acompañada de Jaghenka, de Vergolias y de



otras damas. Adelantóse el joven y Ana, estrechándole la mano, le felicitó por su restablecimiento y le habló de la próxima llegada de Jurand.

—Todo está preparado para recibirle. No aplazamos la cena; pera no puede tardar en venir. Le hablaré después de cenar; el príncipe me ayudará. Jurand es testarudo; pero cederá á lo que le pidamos, pues debe recordar que le hemos protegido.

La princesa continuó explicando al joven cómo debía componérselas para convencer á Jurand. Parecía segura del resultado; pero en realidad no confiaba mucho, porque conocía el carácter de Jurand y porque le inquietaba su retardo.

El tiempo empeoraba; Ana estaba triste pensando en Danusia; temía que hubiese hablado á su padre y que éste, ofendido, no quisiera ir á Tzechanov.

Los criados empezaron á servir la mesa, Zbishko preguntó:

—¿Y si llegan los señores de Spichov? Mrokota me ha dicho que hay una habitación preparada para Jurand y...

La princesa se echó á reír y luego apoyando la mano en el hombro del joven, dijo:

—¡Veremos, veremos!

Se acercó entonces al príncipe, á quien un criado alargó un plato con bollos de pan dulce, que debía repartir entre los huéspedes y la servidumbre; un plato parecido ofreció á la princesa un hermoso paje, hijo de un castellano de los alrededores.

El sacerdote Viscionok iba á bendecir la mesa cuando un hombre cubierto de nieve y sudor entró en la sala.

—¡Príncipe ilustre!

—¿Que ha ocurrido? ¡Habla!

—En el camino de Radsanov la nieve ha sepultado á varios viajeros.

Un grito de horror resonó en la sala.

—Que váyan hombres con palas á caballo; ¡pronto!— mandó el príncipe.

Después, volviéndose al funesto mensajero:

—¿Son muchos los sepultados?

—No se sabe. El viento es terrible; se ven coche y caballos caídos formando un siniestro montón.

—¿Quiénes serán esos viajeros?

—Dícese que venían de Spichov.

II

Zbishko, sin pedir siquiera permiso al príncipe, bajó á las cuadras y mandó ensillar los caballos. El teheque, que como escudero noble estaba en el comedor, siguió á su dueño sin tratar de disuadirle de su idea. Montó también á caballo y con muchos servidores del príncipe que llevaban antorchas siguió á Zbishko que galopaba.

El viento no era tan fuerte. Un perro que conocía aquellos contornos sirvió de guía. Los ginetes espoleaban sus monturas; pero los pobres caballos no podían correr por por aquel suelo blando.

Atravesaron las aldeas de Tzechanov y Nedsborg y pronto se acercaron á Radsanov.

Calmó el viento; relincharon alegres los caballos.

De-Lorsh trataba de consolar á Zbishko diciéndole que Jurand, al ver el peligro, pensaría ante todo en salvar á Danusia.

—Quizá ahora duerme tranquilamente envuelta en un abrigo.

Zbishko no comprendía bien lo que le decían y viendo que se abandonaba el camino preguntó por qué se hacía.

—Porque los viajeros han quedado bloqueados junto á aquellos árboles,—contestó un siervo indicando un punto negro que se destacaba sobre la nieve.

—¿Perdieron el camino?

—Sí, siguieron el curso del río.

—¿Y cómo se descubrió la catástrofe?

—Fué el perro...

—¿No hay casas cerca?

—Sí, al otro lado del río.

—¡Aprisa, aprisa!—gritó el joven.

Pero era más fácil dar la orden que cumplirla. En algunos puntos resbalaban los caballos sobre la nieve helada y en otros se hundían hasta el pecho. Tenían que adelantar con lentitud.

Ladró el perro escarbando la nieve junto á un grueso árbol iluminado por los rayos de la luna.

—Están más adelante los viajeros,—dijo el mensajero que fué al castillo;—pero aquí debe haber también algo. Traed las antorchas.

Se buscó á la luz de ellas y un siervo gritó:

—¡Un hombre bajo la nieve!

—También hay un caballo,—exclamó otro.

Empezaron á quitar la nieve con gran prisa y al poco rato apareció un hombre con la gorra calada y las riendas en la mano. Quizá se adelantó al resto de la caravana y quedó aprisionado por la nieve.

—¡Acercad las luces!—ordenó Zbishko.

Al principio no pudo distinguirse el rostro cubierto de nieve; pero quitada ésta se escapó un grito de todos los pechos;

—¡El señor de Spichov!

Zbishko dió orden de transportarlo á la cabaña más cercana y de hacerle volver á la vida por medio de energías fricciones, mientras él continuaba buscando entre la nieve. Quizá Danusia yacía bajo el cándido sudario. Al pensar en ello, Zbishko espoleó el caballo.

Se oyó un gemido entre las tinieblas.

—¡Aquí!—gritaron algunos siervos.

Se descubrieron dos coches. Ninguna de las personas que había en ellos ofrecía señales de vida. Unos habían quedado como inmóviles; otros como si al ser sepultados bajo la nieve hicieran esfuerzos para librarse de la horrible muerte que les esperaba. Uno de los cocheros con las manos se tapaba los oídos. A su alrededor había una porción de hombres tendidos, muertos. Parecían dormir en albo lecho.

Ninguna mujer apareció. Zbishko trabajaba sin descanso. Gruesas gotas de sudor corrían por sus mejillas. Acerbaba la antorcha á la cara de las víctimas temiendo descubrir una que le era muy querida; pero todos eran rostros de hombres.

—¿Qué significa esto?—pensaba Zbishko.

Dejó que los demás fueran hacia Nedsborg para procurar salvar á los que daban alguna señal de vida; y él permaneció con Glava en el lugar de la catástrofe. Pensó que quizá el coche de Danusia estaba separado de los demás por orden de Jurand y que pudiera ser que la joven estuviese recogida en alguna cabaña. No sabía qué hacer; pero quiso remover los montones de nieve junto al bosque y después inspeccionar el camino.

Nada se halló. Las únicas manchas negras que aparecían sobre la nieve eran los lobos que huían al aproximarse los dos guerreros.

—Señor, es inútil que busquemos.

—¿Por qué?

—Porque he registrado los equipajes de los coches. Ninguno contiene vestidos de mujer. De fijo que la señorita no se movió de Spichov.

Zbishko admiró la penetración de Glava.

—¡Dios te oiga!

Glava añadió:

—Si la señorita hubiese ido en uno de los coches, Ju-

rand la llevara consigo cuando se apartó de la caravana.

—Vamos allá,—insistió Zbishko con convulso acento.

—Jurand puede haber puesto á su hija sobre su propio caballo y quizá al caer voló en busca de auxilio.

—No había vestidos de mujer en los equipajes,—repuso Glava,—y no es probable que la señorita quisiese presentarse en la corte con traje de viaje.

De todos modos siguió á su señor; nada descubrieron. El techeque le hizo observar que así como el perro había descubierto á Jurand, también hubiese descubierto á la señorita.

Zbishko se consoló poco á poco persuadiéndose de que Danusia no había salido de Spichov. Pensó que quizá confesara su casamiento á Jurand y que este partió en seguida para Tzechanov.

El joven casi se regocijaba pensando que la muerte de Jurand destruía todos los obstáculos que se oponían á su dicha.

—El no quiere; pero el Señor sí quiere y su voluntad es la más fuerte,—pensó el propietario de Bogdanetz.

Zbishko decidió ir á Spichov, tomar á Danusia que era suya y cumplir su voto, lo cual le era más fácil en la frontera que en Bogdanetz.

—La voluntad de Dios,—repetía el joven con júbilo,—pero se ruborizó de su alegría y volviéndose al techeque, exclamó:

—¡Pobre Jurand!

—Los alemanes le temían como á la muerte,—dijo Glava.—¿Volveremos al castillo? Si, atravesando Nossberg.

Al llegar allí, Gelek les ofreció algo para comer y les dió una buena noticia. Jurand estaba vivo.

—¡Vivo!—exclamó Zbishko.

—Sí; pero no sé si podrá ponerse en camino.

—Ha hablado de su hija.

—Apenas respiraba.

—¿Y los demás?

—Están en el cielo.

—¡Pobrecitos! no oirán ya otra misa que la que celebra Nuestro Señor en el cielo.

—¿Ninguno queda vivo?

—Ninguno. Os ruego que entréis dentro, pues hablaremos mejor. Si queréis verlos, entrad, pues los cadáveres están en la gran sala.

Zbishko no quería acceder. Desde Nedsborg á Tzechanov había gran trecho y Zbishko deseaba salvarle cuanto antes para ver á Jurand y preguntarle.

Cuando llegó al castillo de Janush era ya media noche. Se oía el sonido de la zampoña y el canto de las mujeres que celebran el natalicio de Jesús en el pesebre. La princesa se acercó á Zbishko.

—¿Y Danusia?—preguntó.

—No la hemos hallado; Jurand está aún vivo.

—¡Bendito sea Dios!

—La joven de fiyo que se quedó en Spichov.

—¿Cómo lo sabes?

—En los equipajes no había vestido alguno suyo. ¿Es posible que se marchara con un sólo vestido?

La princesa holgóse de ello y exclamó:

—¡Jesús, tú que has nacido hoy, ten piedad de nosotros.

Por otra parte, la llegada de Jurand sin su hija le parecía una cosa rara.

—¿Por qué la habré dejado en casa?—preguntó la princesa.

Zbishko le esplicó lo que había pensado y la princesa le dijo que ahora que el temible guerrero le debía la vida, indudablemente le daría su consentimiento.

—Cuando vuelva en sí se lo diré todo,—añadió Ana.

—Esperemos que no nos diga que Danusia está enferma.

—¿Por qué pensar mal? Si estuviera enferma él no se hubiera marchado.

—Es verdad.

Zbishko fué á la habitación en que estaba Jurand. Estaba caldeada porque ardía en ella un gran fuego y el sacerdote Viscionick estaba sentado junto al enfermo que, envuelto en forradas pieles, respiraba afanosamente.

—¿Cómo está?—preguntó la princesa.

—Le he dado vino caliente y ahora empieza á sudar,— contestó el sacerdote.

—Duerme?

—Así parece.

—¿Has tratado de hablarle?

—Sí, pero no contesta, y creo que no tardará en mover la lengua.

—Esperemos,—dijo la princesa.

El sacerdote insistió en que se fueran á dormir, pero tanto Ana como Zbishko no quisieron abandonar la habitación. La princesa se sentó al lado de la cama y después de rezar algunas oraciones, se adormeció; Zbishko, que aún no estaba completamente restablecido inclinó la cabeza y empezó á roncar. Al cabo de un rato Jurand abrió los ojos y miró en torno suyo con asombro.

—¡Bendito sea el nombre de Dios!—repitió la princesa.

—¿Cómo estáis?

Jurand cogió convulsivamente el abrigo y trató de rasgarlo.

—¡Aquí, aquí!—aulló;—¡la nieve me ahoga!

La princesa le calmó.

—Estáis en Tzechanov,—dijo. En aquel instante Jurand frunció el entrecejo como el que con dificultad busca una idea y exclamó:

—¡En Tzechanov! Mi hija me espera, el príncipe, la princesa... ¡Danusia mía!

Quedó como muerto. Zbishko y Ana se asustaban; poco después el pecho de Jurand se estremeció con la regular cadencia del que duerme profundamente. El sacerdote, llevando un dedo á los labios recomendó el silencio.

—¿Qué ha dicho Jurand?—preguntó la princesa como si temiera haber comprendido mal.

—Que Danusia le espera en Tzechanov,— contestó Zbishko agitadísimo.

—Es que deliraba,—contestó el sacerdote.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

III

El sacerdote temió que la fiebre no abandonase á Jurand y que por lo mismo tardara éste en recobrar la razón; no obstante prometió á la princesa y á Zbishko llamarles en cuanto el enfermo hablara.

Ocurrió esto el segundo día de Navidad; estaban presentes la princesa y Zbishko. Jurand la reconoció y dijo:

—Por piedad, señora... ¿Me hallo en Tzechanov?

—Sí, contestó la princesa.

—Me sorprendió la tormenta. ¿Quién me ha salvado?

—Este caballero, Zbishko de Bogdanetz; aquel que en Cracovia...

Jurand miró al joven con gratitud y dijo:

—Ya me acuerdo; ¿dónde está Danusia?

—¿Qué? ¿No la dejasteis en casa?—preguntó con inquietud la princesa.

—No; venía á buscarla.

Zbishko y la princesa se miraron creyendo que Jurand deliraba; y luego Ana exclamó:

—En nombre de Dios, decidme si la niña está en vuestro castillo.

—¿En mi castillo?

—Vuestras deudas han muerto helados; entre ellos no estaba Danusia, que, de fijo, estará en Spichov.

—¿En Spichov? Estará en vuestro castillo no en el mío.

—La enviasteis á buscar cuando la corte estaba en el pabellón de caza; vinieron allí muchos soldados con una carta vuestra.

—¡Dios mío!—exclamó Jurand;—no envié á nadie.

La princesa palideció y preguntó:

—¿No deliráis?

—¿Dónde está mi hija?—gritó Jurand, incorporándose en la cama.

—Oídme; vinieron por Danusia muchos soldados con carta en que asegurabais haber sido herido durante el incendio, que habíais perdido casi la vista y que deseabais abrazar á Danusia, que se fué con los mensajeros.

—¡Maldición!—aulló Jurand;—en Spichov no hubo incendio; á nadie envié.

En aquel momento entró Vircionok con una carta.

—¿No la escribió vuestro capellán?

—No lo sé.

—¿Y el sello?

—Es mío. ¿Qué decía la carta?

Vircionok leyó, mientras Jurand gritaba:

—¡Es falsa! ¡Me han robado á mi Danusia!

—¿Quién?

—Los cruzados.

—Hay que avisar al príncipe para que mandé embajadores al Gran Maestre.

Dicho esto la princesa abandonó la estancia.

Jurand se levantó y se vistió con febril rapidez; Zbishko se hallaba como petrificado.

—¿Por qué aseguráis que la robaron los cruzados?—preguntó el sacerdote á Jurand.

—Nadie más que ellos pudieron atreverse á tal empresa.

—Vinieron á quejarse de nosotros cuando estábamos en el pabellón de caza y pedían que se castigase á...

—¡Miserables!—interrumpió Zbishko.

Se levantó pálido y tembloroso y fué á las caballerizas, donde ordenó que ensillasen caballos y prepararan coches. No sabía que hacer; pero quería volar en auxilio de Danusia y arrancarla del poder de sus enemigos ó morir. Con Jurand la empresa sería más fácil y por lo mismo volvió á su estancia para avisarle el viaje. Le rodeaban Vircionok y la princesa, el príncipe y De-Lorsh y el viejo Dlugoliass en quien todos fiaban porque conocía bien á los cruzados.

—Obraremos con prudencia á fin de no echarlo todo á rodar y perder á Danusia,—observó Dlugoliass.—Conviene escribir en seguida al Maestre y yo mismo llevaré la carta.

—La escribiré,—dijo el príncipe,—y la llevaréis vos mismo. El Maestre teme la guerra con Polonia y desea que mi hermano y yo permanezcamos neutrales... No debe saber que han robado á Danusia, pero puede obligar á sus raptos á devolverla.

—¿Y si la hubiesen robado por orden suya?—preguntó Vircionok.

—Aunque cruzado, tiene más conciencia que los otros, y al presente quiere complacerme. El poder de Jagellon no es despreciable, y si se unieran con él los habitantes de Masovia, los cruzados recibirían una buena lección.

—Verdad es,—dijo Dlugoliass;—espero que los cruzados se han apoderado de Danusia con el solo propósito de

pedir por ella un buen rescate ó canjearla con cualquier prisionero.

Y dirigiéndose al señor de Spichov preguntó:

—¿A quién tenéis preso?

—A De-Begror,—respondió Jurand.

—¿Es un gran señor?

—Creo que sí.

De Lørsh, al oír el nombre de De-Begror, pidió noticias de él y profirió:

—Es pariente del conde de Gheldernsk, gran bienhechor de la orden.

—Todo se explica,—murmuró Dlugoliass;—los de De-Begror ocupan los principales cargos de la orden.

—Por esto hablaba á menudo de él, De-Loeve y De-Danfeld, repitiendo que debíamos ponerle en libertad. Apuesto que se han apoderado de la joven para canjearla con De-Begror.

—Hay que averiguar donde está Danusia porque si el Maestre preguntase á quien ha de devolverla, ¿qué responderemos?

—La habrán llevado muy lejos,—dijo Jurand.

—Iremos á buscarla donde esté,—profirió Zbishko.

—Sí, ya es hora de acabar con estos bandidos; tendrán que devolverme á mi hija. Si no lo hacen así, enviaré á todas partes mis vitzy (1); invocaré la ayuda de mi hermano, la de Vitoldo y la del rey, y les venceremos.

Callaron todos en tanto que el príncipe espresaba su furor con esas palabras.

Ana Danuta las aprobó con una inclinación de cabeza.

Viscionok rompió el silencio.

—Tiempo atrás reinaba la mayor disciplina en la orden

(1) Según la antigua costumbre los nobles se llamaban mutuamente á la guerra por medio de cartas que llevaban el sello real. Un escudero las paseaba en lo sito de un palo llamado «vitzy» y las mostraba á los gentiles hombres y los señores y se leían en alta voz en los mercados.

y ni aun el comtor se atrevía á hacer cosa alguna sin consultarla con el Maestre; por eso Dios permitió á los cruzados acumular tantas riquezas y les hizo fuertes. Pero hoy no queda ni disciplina, ni justicia ni fe; son ávidos y feroces como lobos. Se encastillan cada cual en su casa y se ayudan para las malas acciones; nos lamentaremos y el Maestre prometerá montes de oro, pero los cruzados dirán que nada saben de la joven.

—Me parece,—dijo Dlugoliass, — que Jurand debe volver á Spichov, porque si los cruzados se apoderaron de la joven la devolverán en cambio de De-Begror, y para esto mandarán mensajeros al castillo. Además, desafiarán á Jurand.

—¡Oh, un desafío!—exclamó Zbishko.

—Se batirán conmigo, porque yo les he lanzado ya mi reto.

—¿Quién vino al pabellón de caza?

—De-Danfeld,—respondió el sacerdote,—y le acompañaban Gottfrid, Rotghen y el viejo De-Love. Se quejaron y querían que el príncipe os mandase devolver la libertad á De-Begror. Pero el príncipe que se enteró de que los alemanes habían sido los primeros en romper las hostilidades, despidió á los embajadores sin hacerles caso.

—Id á Spichov,—insistió Janush;—les veréis allí; si no acuden, avisádmelo; no renuncio á vengarme porque me han ofendido gravemente.

—Si dicen á Jurand dónde está la joven, no podrán negárselo al Maestre; de seguro que la han llevado al otro lado de la frontera, pero no tendrán más remedio que devolvérsela.

—¡De-Danfeld, De-Love, Gottfrid y Rotgha!—repitió con voz ronca Jurand.

Nicolás de Dlugoliass aconsejó enviar mensajeros fieles y discretos á Tseitna y á Jensborg para que cuidasen de averiguar el paradero de la joven Danusia. El príncipe

tomó el bastón y salió de la estancia para dar las órdenes oportunas y Ana procuró consolar al señor de Spichov.

—¿Cómo os sentís?—preguntó.

Jurand estuvo pensativo un rato y luego dijo:

—Las antiguas heridas se han abierto.

—Pedidle á Dios que os ayude; poned en libertad á De-Begor y Danusia volverá á vuestra casa.

—Lo haré.

La princesa no creyó conveniente hablarle del matrimonio y pensó que Zbishko lo revelaría todo cuando llegase una ocasión favorable.

—No me culpéis,—dijo luego en alta voz; los mensajeros me entregaron vuestra carta y yo no la juzgué apócrifa.

—A nadie acuso,—dijo Jurand.

—La Santa Virgen protegerá á la doncella, que volverá á vuestros brazos. Recuerdo que en la última cacería Danusia estuvo á punto de ser destrozada por un búfalo y debió su salvación á Zbishko, que resultó herido y á quien el príncipe recompensó armándole caballero.

—Querida Danusia, tan bondadosa y bella!

La voz de la princesa temblaba; sus ojos se llenaron de lágrimas, y Jurand rompió á llorar.

—¡Jesús y María!

Y Zbishko gritó:

—¡Vamos á Spichov!

IV

—¿A quién pertenecen estos soldados?—preguntó Jurand que, después de pasar por Rodsanev, pareció despertar de un sueño.

—Es mi gente,—respondió Zbishko.

—¿Y los hombres que me acompañaban?

—Murieron todos en Nedsborg.

—¡Qué desgracia!

Zbishko calló; los dos jinetes habían puesto sus caballos al trote porque deseaban llegar cuanto antes á Spichov con la esperanza de encontrar allí á los embajadores de los cruzados; como hacía mucho frío, se había helado la nieve y los caballos no hundían en ella los cascos. Al caer la tarde, Jurand pidió explicaciones respecto á los cosacos que habían ido al «pabellón de caza» y Zbishko le refirió todo lo ocurrido allí. Y en tanto que hablaba se acordó de la desconocida que le había procurado el bálsamo.

En una alquería preguntaron al checo y á Zanderus, pero no supieron decirles más sino que se había marchado con la gente que se llevó á Danusia.

Zbishko creyó que la mujer en cuestión podría haber acudido al «pabellón de caza» con el fin de averiguar si Jurand estaba en el castillo ó no; en el segundo caso se debía modificar la fecha de la carta enviada á la princesa.

Esta intriga revelaba una astucia diabólica y Zbishko que sólo conocía á los cruzados por haberles combatido en los campos de batalla, se dió á imaginar que era preciso vencerles no solo por la fuerza sino también por la maña. Ante todo resolvió enviar á Zanderus á Tscitna para buscar á la mujer del bálsamo y averiguar por ella el paradero de Danusia. El joven caballero pensó que Zanderus no podía traicionarle porque le interesaba ser fiel y que en su calidad de mercader entraría con facilidad en todas partes.

Quiso pedir consejo á Jurand, pero viéndole dormido aplazó su intento hasta la llegada á Spichov. Aunque Jurand tenía la cabeza inclinada sobre el lecho no dormía y de pronto exclamó:

—¡Mejor hubiera sida morir en Nedsborg! Tú me salvaste...

—Con la ayuda de los demás.

—Y en la cacería defendiste á mi Danusia...

—Cumplí mi deber.

—¿Me ayudarás ahora?

Zbishko consideró la infamia de los cruzados y pensó en la joven. De pronto exclamó:

—Aunque deba roer con mis dientes las piedras de sus castillos, la encontraré.

Jurand se alegró en extremo y calculó que si le pedían á De-Begror podía entregarlo, que si le exigían un rescate lo daría. Pero ¡ay de aquel que hubiese osado levantar los ojos á Danusia.

La noche pareció interminable á los dos guerreros que la pasaron en vela; por la mañana Jurand dijo á Zbishko:

—Te cubrió con el velo y te salvó de la muerte; ¿la amas?

El joven caballero le miró de hito en hito y con audacia increíble profirió:

—Es mi esposa.

Jurand confuso su caballo.

—¿Qué dices?—preguntó.

—Que es mi esposa.

Jurand llevó las manos á la frente como si una luz visísima le hubiera deslumbrado, y sin decir palabra, espolé su corcel.

Zbishko creyó que debía confesarlo todo y con voz insinuante murmuró:

—Oídme. Ved como ocurrió el casamiento. Sabéis lo que hizo por mi Danusia en Cracovia, pero no sabéis que

en Bogdanetz querían casarme con Jaghenka, hija de Zich de Zgogelitz. Mi tío Matzko lo deseaba, y Zich y un abate pariente suyo compartían este deseo. La doncella era hermosísima y rica; me compadecí de ella y aún más de Danusia y pasé á Masovia porque no podía vivir lejos de mi amada. Recordad cuánto habéis amado y nada hallaréis de extraño en mi narración.

Zbishko se detuvo esperando que Jurand pronunciara algunas palabras, pero el señor de Spichov guardó silencio y el joven caballero continuó en estos términos:

—En el bosque salvé á la princesa y á Danusia, y aquella pensó que no os opondría á mi propósito; con todo yo no quería casarme con la doncella sin vuestro consentimiento; me hallaba en peligro de muerte porque el búfalo me había pisoteado; llegaron los soldados de Spichov y presentaron la carta. Danusia debía partir y yo no podía abandonar el lecho; temí perderla para siempre porque conociendo que vuestros propósitos no me eran favorables presumí que podríais casarla en Spichov con otro caballero. He pasado horas de angustia terrible; al perder mi Danusia perdía más que la vida. La princesa ordenó que se partiese por la mañana y entonces el Señor me inspiró la idea de suplicar á Ana Danuta me permitiese contraer matrimonio con Danusia antes de morir. No podíamos pedirlo permiso; el príncipe se había marchado y la princesa vacilaba no sabiendo qué hacer; Viscionok después de larga meditación, se decidió á bendecir el enlace y estamos casados. La ley de Dios...

—¡Y su castigo!—prorrumpió Jurand con voz sorda.

—¿Por qué?—preguntó el joven;—los raptos vinieron antes de nuestro casamiento y sin eso se la hubiesen llevado también.

Jurand no respondió. Ceñudo y pensativo, prosiguió su camino. Zbishko se arrepentía casi de su revelación. Sintió mortal tristeza; parecía que ya no podía reconciliarse con Jurand ni recuperar á Danusia.



A esta melancolía siguió una profunda irritación; su temperamento batallador no le consentía entregarse á hondas meditaciones; deseaba luchar... No quiere la paz, pensó; tendrá que aceptar la guerra, y se sintió dispuesto á combatir contra el propio Jurand, Tenia necesidad de desahogar su ira y su dolor para buscarles alivio.

La comitiva llegó á un parador donde Jurand, á su vuelta de Tzechanov, solía dar descanso á los soldados y los caballos; se detuvo allí y al quedar solo con Zbishko le preguntó:

—¿Me sigues por élla?

—No lo niego.

El semblante de Jurand revelaba una tristeza profunda.

—¡La salvaste, y á mí con ella!—exclamó derramando lágrimas.

—Sentáos y descansad,—repuso el joven con acento de cariño;—os sentís muy débil.

Jurand abrazó al caballero, que se apresuró á desasirse y le besó la mano murmurando:

—Espero que nos reconciliaremos pronto.

Jurand replicó:

—Yo la había prometido al Señor.

—Se la prometisteis á Dios y Dios me la ha dado. Cúmplase su voluntad.

—Necesitamos más bien de su clemencia,—dijo el de Spichov.

—¿Créis que no se apiadará de nosotros? Dad en cambio de ella á De-Begrov.

—Les daré todo lo que me pidan, y mucho más...— profirió con ironía Jurand que al solo recuerdo de los cruzados sentía renacer en su corazón el antiguo rencor.

—También ye he de cumplirles mi promesa,—murmuró el joven;—pero lo más urgente es llegar á Spichov.

Esto diciendo, salió del patio para comunicar órdenes á

los criados, y como hacía mucho frío, decidió que Jurand y él terminaran su viaje en trineo.

—Por el camino, Zbishko habló de Matzko y afirmó que aquel viejo ladino podía serles útil.

—¿Y vos sois astuto?—preguntó el joven. — Yo nada tengo de listo.

—Ni yo,—respondió Jurand;—siempre he combatido con la espada y no con el pensamiento; mi divisa es la sinceridad y por eso me sorprende el vil comportamiento de los cruzados, á los que siempre combatí cara á cara. Me han atacado los cruzados alguna vez y cuando he cogido á un alemán lo he tratado como á caballero y no le he pedido rescate. ¡Cuántas veces no he ayudado á los cruzados! Y ellos me han tratado siempre como á su peor enemigo.

La voz de Jurand tembló; tristes recuerdos asaltaron su mente.

—Era mi vida; la quiero con delirio; y la han atado como si fuese un perro.

Zbishko no se atrevía á decir palabra ante aquel hombre que lloraba como un niño.

—No os afijáis,—le dijo al fin.—¿Por qué esos pícaros se llaman defensores de la cruz?

—No lo sé,—murmuró Jurand.

—Dicen que sabéis vengaros.

—Juré lavar con sangre el crimen por ellos cometido y ofrecí mi Danusia al Señor. Por eso temo que él se enoje con tu acción.

—No es posible,—dijo Zbishko,—Dios me la dió y se ha de cumplir su voluntad. Además, yo os ayudaré á combatir contra esos bribones y si vive aún algunos de los que querían arrebataros vuestra esposa...

—No,—interrumpió Jurand;—todos han muerto.

Corrían los caballos y sus herraduras al chocar contra la nieve producían un sordo ruido.

—Una noche,—profirió Jurand,—oí una voz que me

decía: «No más venganzas,» y no le di crédito porque no era la de mi esposa.

—¿De quién pudo ser?—preguntó con inquietud el joven.

—No lo sé. En las habitaciones de mi castillo se oyen voces, gemidos; sin duda son los prisioneros que han muerto en las mazmorras.

—¿Y qué dice el capellán?

—Ha bendecido la casa y me aconseja desista de toda venganza. Pero siguen los combates sin interrupción.

—¿Habéis embolsado mucho dinero por los rescates de vuestros prisioneros?

—Jamás, porque de los que entraron en mi castillo solo De Begrov saldrá con vida.

El cochero dirigió los caballos por un camino estrecho que en tiempo de lluvia debía ser impracticable.

—Nos acercamos a Spichov,—dijo Zbishko.

—Falta mucho; tenemos que atravesar la selva y luego los pantanos y los campos; en aquellos se han ahogado muchos alemanes.

—Cosa fácil cuando no se conoce el terreno. Si los cruzados mandan embajadores ¿cómo podrán éstos llegar al castillo?

—Han venido otras veces; conocen el camino.

—¡Quiera Dios que los encontremos en Spichov!—exclamó el joven caballero.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando aparecieron en el lindero dos jinetes, detrás de los cuales se veían varios trineos.

Jurand y Zbishko dieron orden al cochero de avanzar hacia aquel grupo.

Los dos jinetes lanzaron un grito:

—¿Wer da? (1)

—Son alemanes,—dijo en voz baja Jurand a Zbishko y en seguida gritó:

(1) ¿Quién vive?

—¿Quiénes sois?

—Viajeros, peregrinos.

—¿De dónde venis?

—De Tscitna.

—¡Ellos son!—afirmó Jurand.

Entre tanto acercábanse los trineos, y en medio de los árboles aparecieron los soldados de Spichov que vigilaban día y noche los caminos. Al ver á su amo le saludaron sorprendidos por el inesperado regreso. Jurand se volvió hacia los alemanes y preguntó:

—¿Dónde vais?

—A Spichov.

—¿Qué queréis?

—Se trata de un mensaje para el castellano.

Jurand no quiso darse á conocer delante de tantas personas y sólo les preguntó si traían credenciales. Dijéronle que no y todos juntos se encaminaron hacia el castillo.

Zbishko se preocupaba más bien de Danusia que de la temida fortaleza y se fijó en los mensajeros. Uno de estos era la mujer del bálsamo y el otro un joven peregrino. Zbishko no reconoció á la primera, y el segundo parecióle un escudero disfrazado.

Al llegar al castillo, Jurand guió á los mensajeros á una sala donde ardía un gran fuego y sin invitarles á que se sentaran preguntó con voz amenazadora y terrible:

—¿Dónde está mi hija?

Los mensajeros se asustaron y la mujer miró al castellano, á Zbishko y luego á Kaleb, y murmuró:

—No lo sabemos; nos envían con una importante misión y tenemos que hablar con vos á solas.

—No tengo secretos para ellos,—dijo Jurand.

—Nosotros sí, noble señor,—repuso la mujer,—y si no los despedis nos marcharemos.

Jurand se contuvo porque recordó que se trataba de la suerte de su hija.

—Quedáos solo,—dijo Zbishko.

Y salió con Kaleb; en la sala de armas Glava le dijo:

—Es ella.

—¿Quién?

—La mujer que trajo el bálsamo de los cruzados. La he reconocido y con Zanderus creo que es una espía.

—Ya se verá; ¿conocéis el peregrino?

—No,—respondió Zanderus,—no le compréis bulas, porque resultarán apócrifas; tendríamos que atormentarle para averiguar la verdad.

—Después...—murmuró Zbishko.

En el interior la mujer hablaba con Jurand.

—Vuestra hija está en poder de esos bandidos.

—Que llevan una cruz en el manto.

—No hay tal; pero Dios se ha servido librarla y ahora está en lugar seguro.

—¿Dónde?

—En casa del hermano Schomberg,—murmuró la joven, cruzando los brazos sobre el pecho é inclinándose en actitud humilde.

Jurand palideció al oír el nombre del verdugo de los hijos de Vitoldo y doblando la cabeza permaneció como aterrado; el peregrino le miró con desprecio.

—Marguart está también encargado de la custodia de la joven, á la que nadie ofenderá.

—¿Qué debo hacer para que me la devuelvan?—preguntó Jurand.

—Humillarte ante la Orden,—observó con altanería el peregrino.

Jurand se levantó y acercándose al mensajero le dijo con voz potente:

—¡Calla!

El peregrino que sabía que Jurand tenía mal genio, pensó que era prudente callar y calló.

El de Spichov se volvió hacia la mujer.

—¿Traéis alguna carta?

—No, se nos han dado instrucciones verbales.

—Hablad.

La monja dijo:

—Los hermanos Schomberg y Marguart protegen á la señorita. Nada temáis. Sólo quieren los hermanos devolveros bien por mal si accedéis á lo que piden.

—¿Qué quieren?

—La libertad de De-Begrov.

Jurand lanzó un suspiro y profirió:

—Os lo daré.

—Queremos los demás prisioneros.

—Sólo tengo dos escuderos de Marninghen y de De-Begrov, y algunos siervos.

—Les pondréis á todos en libertad.

—No me importa, con tal de que me devuelvan á mi hija.

—Mis hermanos me han encargado deciros que unos bandidos robaron á la muchacha y que por lo mismo podrían pedir os rescate por ella. Quieren que el pueblo no sepa que se halla ahora en poder de la Orden, pues al final resultaría una calumnia infame contra los cruzados.

—Comprendo,—murmuró Jurand.

—A nadie debéis decir la verdad, porque si no podrían resultar terribles concurrencias en cuanto el Maestro se entere de lo que ocurre.

Jurand pensó primeramente que era natural que los comtur quisieran evitar la difamación, pero después consideró que aquello encubría alguna maquinación tremenda; aquel miedo que se apodera de los más valientes cuando un peligro amenaza, no á ellos, sino á las personas que aman.

Haciendo un esfuerzo, preguntó:

—Los comtur exigen el secreto; pero ¿cómo guardarlo si es preciso poner en libertad á De-Begrov y á los demás?

—Decís que aceptasteis el rescate para libertar á vuestra hija.

—Es que jamás he aceptado rescates.

—Por que nunca se trató de Danusia,—replicó la mujer.

El peregrino, que estaba asustado, dijo:

—Tal es la voluntad de Schomberg y de Marguart.

La monja añadió:

—Diréis que este peregrino os ha traído el rescate y marcharemos con los prisioneros.

—¿Qué? ¿Imagináis que devolveré á los prisioneros antes que me devuelvan á mi hija?

—Entonces venid vos mismo á Tscitna y los frailes os devolverán vuestra hija.

—¿Yo á Tscitna?

—Sí, porque si los ladrones la secuestraban nuevamente en el camino se sospecharía de la Orden y así es preferible entregáosla á vos mismo.

—¿Y quién me dice que no se me prepara una celada?

—La virtud y el honor de la Orden.

Jurand reflexionó que estaba en poder de los cruzados y que ellos eran los que podían dictar condiciones.

—Bien, iré á Tscitna y vosotros permaneceréis aquí. A mi vuelta os pondré en libertad así como á De-Begrov y demás prisioneros.

—Señor,—insinuó el peregrino,—si no tenéis fé en nosotros, ¿cómo queréis que nuestros hermanos la tengan en vos?

De buena gana hubiese Jurand estrellado al peregrino contra la pared; pero se contuvo.

—No sé quien eres; pero no abuses de mi paciencia.

El peregrino replicó:

—Digo lo que me han mandado.

—Señor,—murmuró la monja,—nos han dicho que fuerais á Tscitna con De-Begrov.

Jurand replicó á la mujer:

—¿Y no os han dicho que puedo romperlos los huesos á vosotros, á De-Begrov y demás canalla?

—Vuestra hija está en poder de la Orden, de Schomberg y de Marguart.

—¡Sí, en poder de asesinos, envenenadores y verdugos!

—Que sabrán vengarse. Antes de partir me han dicho que si haciais algo contra vuestros prisioneros, vuestra hija morirá como los hijos de Vitoldo. ¡Escoged!

—Pensad,—añadió el peregrino,—que os halláis á merced de los comtur. No quieren éstos vuestra desdicha; lo que quieren es que por los desafucos cometidos os inclinéis ante el manto de la Orden y pidáis perdón. Si un día fuisteis nuestro enemigo, ahora debéis ser un defensor nuestro.

—Esto es lo que quieren los comtur,—insistió la monja.

Jurand callaba; el peregrino le miraba con temor. El guerrero pensaba que no era vana amenaza la muerte de Danusia y que después de asesinarla y enterrarla en algún punto escondido, todos jurarían que no contribuyeron á su muerte.

Es verdad que podía torturar á los embajadores; pero ya le parecía presenciar el suplicio de Danusia, que tendía hacia él sus manitas implorando socorro.

¡Si por lo menos la niña estaba en Tscitna! Entonces podría tomar por asalto el castillo y libertar á su hija. Pero ¿y si estaba en otra parte? Pensó que cogiendo al peregrino y á la monja y llevándoles á presencia del gran Maestre podría obligarles á hablar; pero ¿y si se empeñaban en negar?

¿Qué hacer? Ir á Tscitna era imprudente, equivalía á su sentencia de muerte sin estar seguro de libertar á su hija. No sabía qué hacer.

Jurand reflexionaba. Los mensajeros se cansaron y dijeron:

—Pronto apuntará el alba; permitid que vayamos á descansar.

Salieron, y entraron Zbishko y Kaleb.

—¿Qué dicen? ¿Qué quieren?—preguntó el joven acercándose á Jurand.

El señor de Spichov se estremeció.

—¿Qué tenéis? ¿Estáis malo?—preguntó Kaleb.

—No.

—¿Y Danusia? ¿Por qué han venido esos?

—Para traer un rescate.

—¿Un rescate?

—Sí.

—Por De-Begrov. ¡Ea, hablad! ¿Qué tenéis?

—Nada.

Su voz era ronca; Zbishko y Kaleb cambiaron una mirada. El joven insistió:

—Decidme en nombre de Dios, ¿dónde está Danusia?

—No está con los cruzados...—murmuró Jurand que cayó al suelo como un cuerpo muerto.

VI

Al día siguiente los mensajeros de los cruzados tuvieron una entrevista con Jurand y partieron llevándose á De-Begrov y demás prisioneros. Spichov escribió una carta al príncipe diciéndole que Danusia no había sido robada por los cruzados y que había medio de recobrarla. Lo mismo dijo á Zbishko. Por la tarde se confesó y comulgó. Llamando después á Tolima, le dijo:

—Este es el marido de mi hija. Si yo muriese, él será el dueño del castillo, de las tierras, de todo Spichov.

Tolima miró con asombro al joven; pero no contestó.

Jurand dijo:

—Mi testamento lo tiene el padre Kaleb. En cuanto á tí, sé fiel á Zbishko como lo fuiste conmigo y muéstrale las riquezas ocultas en el subterráneo.

Salió Tolima haciendo una reverencia.

—Con los tesoros que poseo se puede rescatar, no uno, sinó cien prisioneros,—explicó Jurand á Zbishko, quien preguntó:

—¿Por qué habláis de darme Spichov?

—Porque te concedo mi hija.

—¡La muerte y la vida están en manos de Dios!—exclamó Kaleb.

—Lo sé,—dijo Jurand con tristeza.

—Sólo habláis de la muerte,—repuso Zbishko;—no me habláis de Danusia.

—Danusia volverá, porque la protege Dios. Amala, Zbishko; llévala á Bogdanetz; estará más segura allí.

—¡Diríase que tenéis ya un pie en el sepulcro!

—No me siento bien. ¡Hija mía, mi único tesoro!... Amala, Zbishko, amala; júrame que no la ofenderás, que sólo cuidarás de ella.

—¡Lo juro!

—¡Amén!—dijo Kaleb.

Jurand, abriendo los brazos, exclamó:

—Ven, hijo mío.

Todos se acostaron porque era tarde. Al día siguiente, muy de mañana, Zbishko fué á ver á Jurand.

En la puerta halló á Tolima.

—¿Cómo está el señor?—preguntó.

Tolima replicó inclinándose:

—¿Qué queréis?

—Saber si Jurand ha pasado buena noche.

—Ha marchado.

—¿A dónde?

—No sé. Se puso la coraza.

VII

Alboreaba cuando el guía dijo á Jurand:

—Permitid que descanse, señor; estamos cerca de Tscitna.

—Llévame hasta el camino.

—El camino está á la derecha del bosque. Desde la colina se vé el castillo.

El aldeano se sentó y trató de calentarse friccionando sus miembros ateridos.

—¿Sabes si el comtur está en el castillo?

—Sí, está enfermo.

—¿Qué tiene?

—Dicen que los polacos le maltrataron. Nuestros amos son valerosos; pero es arriesgado luchar con los polacos.

Y miró á Jurand, temiendo haber dicho una imprudencia.

—Vos, señor, habláis nuestra lengua... ¿Sois alemán?

—No. Vamos.

El aldeano se levantó y echó á andar, comiendo algunas frutas y un mendrugo de pan, pues la larga caminata le abrió el apetito.

El campesino hablaba entre bocado y bocado, explicando á Jurand que los alemanes les habían impuesto tantas contribuciones que no podían con ellas. Además no tenían temor de Dios y pocos días antes condenaron y encarcelaron al cura de Velborg porque les afeó su conducta.

Por fin llegaron al final del sendero, que desembocaba en ancha y bien cuidada carretera,

—Este es el camino,—dijo el aldeano;—ahora podréis ir aprisa.

—Vuélvete,—contestó Jurand alargando una moneda de plata al campesino.

Este, acostumbrado al trato que daban los cruzados no creía á sus ojos.

—Gracias, gracias; que Dios os bendiga. Tscitna está allí.

Se alejó. Jurand permaneció solo, fija la mirada en la húmeda niebla que ocultaba los objetos lejanos. Al pensar del modo cómo debía presentarse en el castillo maldito, sentíase humillado. Jurand, cuyo nombre hacía temblar á los comtur, iba ahora á implorar á los cruzados con la cabeza baja, conforme querían.

Indignábale tal pensamiento pero se consolaba pensando que no había sido vencido por la fuerza y el valor, sino por la malvada astucia. Comprendía que la bandera que siempre desplegara orgullosa quedaría ahora manchada por la cobardía y la vergüenza. ¡Ah, si no fuera por Danusia! ¡Con qué gusto volaría á la batalla y haría morder el polvo á los cruzados! Pero por temor á dejarse llevar de un arrebato no se movió del camino hasta recobrar su sangre fría.

Y levantó la frente, como para pedir inspiración al cielo. Alto, robusto, cubierto de hierro, con la mirada centelleante, antes parecía un guerrero preparando una batalla que un padre que pensaba en libertar á su hija.

La niebla se disipó y á lo lejos apareció una mancha oscura, un castillo de Tscitna. Jurand inclinó la cabeza y juntó las manos; su oración era la del que nada espera de los hombres y sí de Dios. Sintió una suave melancolía en el alma al pensar que Dios le tendría en cuenta todos sus padecimientos.

Jurand recordaba lo que le había ocurrido á san Jorge y aquel recuerdo le infundía valor para entregarse en manos de los cruzados.

No abrigaba la menor ilusión y se veía ya dentro de un obscuro calabozo, pero aquel mismo pensamiento le daba ánimo porque imaginaba que, al vengarse de él, dejarían libre á Danusia. Creía que le llevarían á un castillo lejano de la Masovia, donde estaría tranquilo pensando que había salvado á su hija.

El castellano de Spichov se preguntaba si el maestre al saber su captura mandaría que le pusieran en libertad ó si por el contrario continuaría su suplicio.

—Quizá el Maestre castigará á los raptores de Danusia, —dijo en voz alta Jurand;—podría ser para captarse la benevolencia de Janús.

La esperanza que no abandona nunca á los mortales infundió vigor á los cansados miembros del caballero.

—Yo la prometí á Dios y éste la ha dado á Zbisko. No puede abandonarla; la arrancará de manos de los alemanes y la devolverá a su valeroso marido.

Los ojos de Jurand se humedecieron; en aquella alma de hierro vibraba la esquisita afectuosidad de un padre.

Tscitna aparecía cada vez más distinta.

—Cuánto me alegraría verlos el uno en brazos del otro, —pensó Jurand.—De muchos enemigos me he vengado. Padecí y gocé en esta vida. Muero esperando que no todos me olviden. Danusia no me olvidará de fijo. Dios la proteja, —murmuró á modo de conclusión el señor de Spichov.

Pasaron por el camino hombres y carros y después un grupo de soldados que llevaban á un campesino preso por haber robado algo. Al ver á Jurand los soldados quedaron admirados y luego al advertir sus espuelas de oro bajaron los arcos en señal de saludo y le cedieron el paso.

Al llegar á la ciudad se encaminó directamente hacia el castillo.

Graznaban los cuervos revoloteando; Jurand vió que de cuatro horcas pendían los cuerpos de cuatro aldeanos, súbditos de la Orden.

No soplaba el menor hálito de aire. Los cuervos picoteaban á los infelices y al llegar Jurand se levantó una bandada enorme que pronto volvió á su punto favorito.

Sonó un cuerno. Abrióse una maciza ventanilla de hierro y un soldado preguntó:

—¿Quién va?

—Jurand de Spichov.

Cerróse de nuevo la ventana. El silencio era profundo. Sólo se oía el lúgubre graznar de los cuervos. Jurand tocó otra vez el cuerno, pero no le contestaron. Comprendió que las humillaciones empezaban. El altivo caballero de buen grado hubiera lanzado una gruesa piedra contra las rejas, pero acordándose de Danusia, permaneció esperando.

En las almenas aparecieron algunos capacetes. Los guerreros miraban con asombro á Jurand, que frente á la puerta se hallaba inmóvil. Les parecía imposible que aquel temido caballero se acercara al castillo que debía servirle de prisión y de tumba. Algunos criados se burlaron de él y le lanzaron bolas de nieve.

Hizo un movimiento y aquello bastó para que las bur-las cesaran; pero después volvieron á echarle no solo nieve sino trozos de hielo y piedrecitas que resonaban en su coraza de acero.

Jurand pensando en Danusia se contenía; dieron las doce, los soldados echaron á Jurand los huesos mondados. Algunos dijéronle que se colgara de la horea vacía. Por la noche disipóse la niebla; la oscuridad no era muy densa; pero el castillo quedó silencioso y los cuervos cesaron de graznar. Jurand pensó que los cazadores no abrirían las puertas de noche; pero luego, recordando que deseaban hacerle esperar permaneció allí con admirable constancia. Un rumor de pasos que se oyó sobre la nieve le distrajo de sus meditaciones. Se volvió y vió acercarse seis guerreros con arcos y alabardas y entre ellos otro que llevaba una espada.

La puerta se abrirá para ellos pensó Jurand, y así podrá entrar. No me maltratarán porque han prometido no tocarme, pero si se atrevieran ¡ay de ellos!

Al estar los recién llegados junto á Jurand el caballero de la espada preguntó:

—¿Sois vos Jurand de Spichov?

—Yo soy.

—¿Queréis escucharme?

—Os escucho.

El ilustre De-Danfled me advierte que si no bajáis del caballo no se abrirán las puertas del castillo.

Jurand desmontó.

—Debéis entregarme las armas.

El Señor de Spichov permaneció indeciso, pero entregó el hacha, la espada y el puñal. Los soldados cogieron las armas y el caballero que los capitaneaba le dijo en tono de mofa.

—Por todas las ofensas que has inferido á la orden ponte este saco que te manda el komptur y con la cuerda al cuello espera que su clemencia te abra la puerta.

Alejóse el piquete. Jurand comprendió que ya no era el temido guerrero, sino un miserable que imploraba la piedad de gentes que nunca lo conocieron.

Levantó las manos al cielo y llorando exclamó:

—¡Dios mío, ayúdame! ¡Concédeme la fuerza de olvidar el honor, la gloria, de obedecer á mis verdugos, á los raptos de mi hija!

Diciendo esto, púsose el saco y fué hacia la puerta aún cerrada. Las horas transcurrían lentas y penosas; la luna alumbró los campos silenciosos y los muros del castillo.

Silencio, silencio por todas partes. Jurand fantaseaba. Algunas veces creía ver una sombra negra que se le acercaba y otras imaginaba oír el canto de los serafines.

Estremecióse de pronto; de la ventana de la torre salieron los acordes de un laúd; Jurand creyó soñar, pero gol-

peándose la frente aplicó el oído. Una melodía suave vibró en el aire; una voz infantil cantó:

Si el buen Dios me diera alas  
Y pudiera yo volar  
Junto á Jasko ya estaría  
Y me pondría á rezar.

Jurand quería gritar, hacerse oír de su hija amada, pero las palabras no salían de sus labios y el mísero padre sólo pudo lanzar un grito inarticulado. Su corazón se estremeció. ¡Danusia vivía!

—Gracias, Dios mío, exclamó Jurand, cayendo de rodillas.

La canción continuaba:

Posada sobre el tejado  
Y mirando hacia su cuarto:  
«¡Oh Jasko mío!, diría,  
¿Acaso no ves mi llanto?»

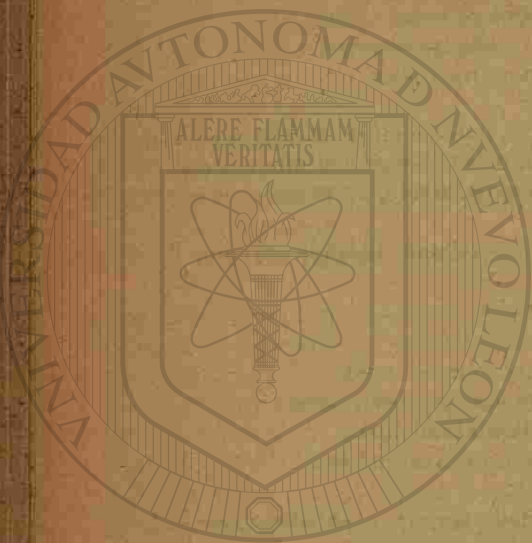
Al alborear un soldado empujó al caballero que estaba tendido en la nieve y con malos modos le dijo:

—Levántate; las puertas están abiertas y el komptur ordena te presentes á él.

Jurand volvió en sí, y sin decir palabra, compungido y humilde, siguió al soldado.

Cuando hubo cruzado la puerta, gimieron las cadenas, se levantó el puente y quedó cerrada la salida.





## QUINTA PARTE

### I

Al llegar al patio Jurand no supo á dónde dirigirse, porque el alemán que le guiaba desapareció de pronto. Cierto que allí había otros soldados, pero sus rostros revelaban tal sarcasmo que comprendió que sería inútil preguntarles. Algunos de ellos le arrojaron nieve; todos se rieron de su turbación y Jurand al ver una puerta mayor que las demás se dirigió allí esperando hallar á cualquiera que le llevase á presencia del komptur. Llamó á la puerta, se abrió ésta, y un clérigo preguntó:

—Sois Jurand?

—Sí.

—El komptur me ordena que me sigáis.

El clérigo condujo á Jurand hacia una escalera; pero antes de subir le preguntó si llevaba armas.

—Las dejé.

El clérigo murmuró:

—No os encolericéis, porque estáis en poder del enemigo.

—Dios dirá.

Miró Jurand al clérigo y creyendo observar que le com-  
padeecía algo murmuró:

—Parecéis bueno; queréis responderme?

—Decid.

—Libertarán á mi hija.

El clérigo le miró con asombro.

—Está aquí vuestra hija? Será la niña encerrada en la  
torre?

—Sí; y me prometieron libertarla en cuanto yo me pre-  
sente al komptur.

El clérigo dijo que nada sabía; Jurand le preguntó:

—Es verdad que la protegen dos caballeros?

—No sé. Tratáis de llevárosla antes de que De-Danf-  
feld recobre la salud.

Jurand no preguntó más porque habían llegado á la sa-  
la del caballero.

El clérigo se marchó.

La sala era grande y mal alumbrada. En el hogar ardía  
un buen fuego. Jurand vió una gran mesa á la que comían  
varios caballeros y detrás de éstos escuderos y soldados,  
con un bufón y un oso.

Jurand que conocía á De-Danf-feld, por haberle visto en  
Masovetz, le reconoció. Estaba sentado en una poltrona y  
tenía un brazo vendado.

A su derecha se hallaba el viejo Sigfrid De-Love, ene-  
migo de los polacos y en especial de Jurand; á la izquier-  
da se sentaban Gottfrid y Rotgher que ceñían espada y  
que miraban con desprecio á Jurand.

El silencio era completo, Jurand se había detenido en  
el centro de la sala con la cuerda al cuello y soportaba con  
dignidad su humillación.

Al ver que acudían tantos hombres de armas y criados  
creyó que De-Danf-feld cumpliría su pacto no atreviéndose  
á romperlo delante de tantos testigos.

El podestá hizo seña á un escudero y éste se acercó á  
Jurand, tomó la cuerda y le condujo hasta la mesa.

De-Danf-feld exclamó:

—Grande es el poder de la Orden!

—Y lo será siempre! dijeron en coro los cruzados.

El podestá añadió:

—Has molestado á la Orden durante muchos años y  
ahora imploras nuestra clemencia.

—Otras veces, komptur, he visto á mis plantas á los cru-  
zados.

Un murmullo acogió estas palabras.

De-Danf-feld dijo:

—Te atreves á insultar á tus jueces, cuando invocas su  
misericordia. Eres incorregible.

Jurand levantó las manos como si tomara al cielo por  
testigo de sus palabras y exclamó:

—Dios sabe que estoy dispuesto á humillarme; pero al  
ofender mi dignidad no realizáis la vuestra.

De-Danf-feld frunció el ceño; y el bufón agitando la cade-  
na del oso gritó:

—Ya empieza el sermón. Escúchale, oh pueblo! Después  
dirigiéndose á De-Danf-feld:

—Señor, dijo, el conde Rosengheim cuando oyó tocar á  
misa ordenó al Sacristán que se tragase la cuerda al cuello.  
Haced que se la trague.

Diciendo esto miró á De-Danf-feld para ver que efecto  
surtía la burla. El podestá sonrióse y continuó hablando  
con Jurand.

No digas que he querido humillarte y acuérdate de que  
un alemán guardián de perros vale más que todos vues-  
tros caballeros.

El bufón gritó:

—Dadme un cepillo para que peine al oso que á su vez  
le peinará con las zarpas.

Rieron los criados; se oyeron muchas voces.

—En primavera segaré las cañas.

—Se comerá las ranas.

—Engullirá los cuervos de las horcas.

Algunos caballeros se acercaron al prisionero y le dieron vaya.

—He aquí el jabali de Spichov; nuestro komptur le ha roto los colmillos; quisiera devorarnos y no puede. Qué agradable animal!

De-Danfelf, que hasta entonces se mostrara severo, al ver que sus amigos insultaban al preso, se levantó de la poltrona y mandó traer cerveza.

—Mejor es que lo tome con filosofía, dijo el komptur, y vació de un sorbo su copa.

Los cruzados, vertiendo cerveza en la palma de la mano, la ofrecían al prisionero y luego se la echaban á los ojos. El permanecía aturcido, sin darse cuenta de lo que sucedía. Sintiendo desfallear exclamó:

—En nombre de Dios y por la salvación de vuestra alma devolvedme á mi hija.

Al decir esto trató de tomar la mano del viejo Sigfrid, que se paró y dijo con desprecio:

—No me toques, esclavo. ¿Qué quieres?

—He dejado en libertad á De-Begrov y vengo porque me habéis prometido libertad á mi hija que está en la torre.

—Quién te lo prometió? preguntó De-Danfelf.

—En nombre de la fe y del honor me lo ofreciste.

—Dónde están los testigos? Aunque no se necesitan, porque sabemos lo que vale tu honor y tu palabra.

—Me lo has prometido por tu honor y por la Orden.

—Te la devolveremos, dijo De-Danfelf.

Y luego, dirigiéndose á los Cruzados, añadió:

—Lo que ha padecido es poco en comparación con las ofensas que ha inferido á la Orden; pero como he prometido devolverle su hija si se presentaba entre nosotros humillado, mantendré mi promesa; la doncella recobrará la libertad y él mismo, en cuanto haya hecho penitencia, podrá volver á su castillo.

Los caballeros le miraron con asombro, porque conocían su odio contra Jurand; pero él, impertérrito, añadió:

—Tu hija saldrá acompañada de una escolta y tu partirás cuando vuelvan los soldados, no sin pagar rescate.

—Que Dios te recompense, komptur, dijo Jurand.

—Ahora conoces á De-Danfelf, el caballero de Cristo.

—Déjame ver á mi hija.

—Sí, pero en presencia de todos, porque todos deben ser testigos de mi lealtad.

Después ordenó á un escudero que fuese en busca de Danusia y se acercó á De Love, Rotgher y Gottfrid que discutían con animación.

—Creí que abrigabas otra intención, dijo Sigfrid.

Rotgher murmuró:

—Dejarle libre!

—Verás como te muerde! añadió Gottfrid.

—Pagaré el rescate, dijo De-Danfelf con indiferencia.

—Aunque nos diese todo su patrimonio, en menos de un año lo recobraré con creces.

—Este lobo, dijo Sigfrid, devorará las ovejas de la orden.

—Y mi palabra? preguntó Danfelf sonriendo. No le hemos humillado bastante?

El capitán de la guardia volviéndose hacia Jurand dijo:

—Tus hermanos no se habrían portado como nosotros. Has bebido nuestra sangre y te tratamos con cortesía.

Jurand no se fijaba en estas palabras, pues el deseo de ver á Danusia embargaba su ánimo y le hacia juzgar con indulgencia á los Cruzados.

—Es verdad, exclamó, he sido cruel para vosotros.

Una voz gritó: Está ahí! En la sala reinó silencio profundo. Los caballeros fijaron la mirada en la puerta deseosos de ver á la joven que muchos de ellos ni siquiera sabían estuviere en el castillo. Apareció un escudero, después la monja que había ido al «pabellón» y por último una niña vestida de blanco con los cabellos destrenzados.

Jurand que al ver al escudero se había arrojado hacia la puerta retrocedió lanzando un alarido. La muchacha que seguía á la monja no era Danusia.

—No es mi hija, gritó con desesperación.

—¿Estás seguro de ello? preguntó con voz meliflua De-Danfelf. Será pues que los ladrones no se apoderaron de tu hija, porque en mi castillo no hay más que esta joven.

El viejo Sigfrid, Rotgher y Gottfrid cambiaron una expresiva ojeada. Admiraban la habilidad de De-Danfelf.

Jurand repetía:

—Danusia está en Tscitna. La he oído cantar.

El podestá en voz reposada dijo:

—Os pongo á todos por testigos de que he cumplido mi promesa: Devuelvo la libertad á esta doncella á la que los bandidos creían hija de Jurand de Spichov. Si no lo es, la culpa no es nuestra. La justicia de Dios es la que nos entrega á Jurand.

Sigfrid y los cruzados hicieron una señal de asentimiento. Pensaban: ¡Qué engaño! Coge á Jurand, no pone en libertad á su hija y al mismo tiempo cumple su promesa...

El prisionero cayó de hinojos y suplicó otra vez le devolvieran á su hija. Vibraba en su voz tanta tristeza que algunos caballeros dudaron de quién sería su hija la muchacha; otros pensaban que quizá en todo aquello había intervenido el espíritu maligno.

—Te suplico en nombre de Cristo que me des á mi hija, aulló Jurand tratando de abrazar las rodillas del podestá.

Los ojos estaban inyectados en sangre; su voz resonaba lúgubre y desesperada.

El podestá que se alegraba al ver aquel dolor se acercó al preso y para atormentarle más le dijo á media voz:

—Te la devolveré convertida en...

No pudo terminar la frase, porque cogiéndole con sus manos poderosas con tal fuerza golpeó su cabeza contra

el suelo, que los sesos saltando de su cráneo destrozado salpicaron á los caballeros que estaban á su alrededor.

Al mismo tiempo Jurand saltó hacia un trofeo y cogiendo una pesada espada empezó á herir á los alemanes que, al imprevisto ataque permanecían asombrados y como incapaces de defenderse. Ellos que estaban acostumbrados á luchar contra enemigos numerosos hufan ahora ante un hombre solo y gritando de miedo derribaban sillas y mesas para huir.

Al pánico y al instinto de conservación sucedió la vergüenza. Los caballeros sacaron las espadas y empeñaron una sangrienta lucha en la que Jurand loco de ira y de amor paternal daba furiosos golpes á diestro y siniestro hiriendo, destrozando, matando.

Gottfrid quedó descabezado; murió el capitán de los guardias; el inglés Ching pereció también.

Los caballeros al ver tanto destrozo formaron un cuadro para detener el ímpetu de Jurand que con los ojos sanguinolentos, los cabellos erizados cortaba cabezas y abría pechos y espaldas, como si fuera una tempestad, un huracán.

—Rodeadle! gritó Sigfrid.

Los caballeros trataron de cogerle por la espalda, pero él apoyándose en la pared continuó la obra de destrucción.

Jurand no buscaba la propia salvación ni la libertad; quería matar á los asesinos, traidores á su palabra y así como un río rompe sus diques y todo lo arrastra en su carrera desenfundada, así él con su espada sembraba por doquiera la muerte.

Los guerreros se habían convertido en tímidas liebres. Jurand les parecía un diablo vivo.

Sigfrid y Rotgher habían conseguido subir á la galería superior de la sala y excitaban á los demás á seguirlos.

Cuando estuvieron en salvo, lanzaron contra Jurand pe-

sados bancos, barras de hierro y antorchas encendidas que le hirieron en la frente.

En aquel instante se abrió la gran puerta de la sala y numerosos soldados con hachas, picas, alabardas, cuchillos y cuerdas se precipitaron en la sala. Jurand enjugándose la sangre con el saco se lanzó contra los recién llegados y de nuevo los alaridos y los gemidos y el fragor de la pelea se unió al estertor de los moribundos.

II

Al rededor de la mesa del salón del castillo, estaban sentados De-Love, que después de la muerte de De-Danfelf, gobernaba á la ciudad, Rotgher, el caballero de De-Begrov y dos jovencitos que iban á ingresar en la orden. Soplabá impetuosamente el viento y entrando por el cañón de la chimenea levantaba la ceniza y hacía oscilar la llama de las antorchas. Nadie hablaba, porque todos esperaban que lo hiciera Sigfrido.

Rotgher arriesgó una pregunta:

—¿Qué decidimos?

—Sigfrido, murmuró para sí:

—¿Qué dirá de esta matanza el Maestre? ¿No quedará deshonrada la Orden. Tras una pausa añadió:

—Percibó olor á sangre.

—Ayer se lavó el pavimento con agua y se quemó azufre, y este es el olor que se nota.

Sigfrido miró con fijeza á sus compañeros, y dijo:

—Señor, perdona á mis hermanos de De-Danfelfs y Gottfrid.

Comprendieron que invocaba la piedad divina para los condenados y dijeron en coro:

—¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!

Silbó el viento.

—¿Dónde están los cuerpos del comtur y de Gottfrid?

—En la capilla; los sacerdotes celebran la misa de difuntos.

—¿Les han depositado en el ataúd?

—Sí. La destrozada cabeza del comtur está cubierta con un paño.

—¿Y los demás muertos y heridos?

—Los muertos enterrados y los heridos están en el hospital.

—¡Y un hombre ha hecho todo esto! ¿Qué será de la Orden cuando tendremos que combatir contra este pueblo feroz?

Rotgher dijo.

—He oído al comtur de Sambia, que decía al Maestre: «Si no exterminamos á este pueblo, mucho padecerán la orden y los países devotos».

—¡Dios lo quiera!

Sigfrido miró al que había dicho esto. Era joven y poco vigoroso. Recordó el viejo que habían caído en la lucha guerreros más fuertes que él y pensando en Jurand, preguntó:

—¿Vive aún?

—Sí: está aún envuelto en las redes con que le aprisionamos; los soldados querían matarle á palos, pero el capellán no lo ha permitido.

—Y ha hecho bien,—dijo Sigfrido,—por qué no quisiera que muriese en el castillo. Vos De-Begrov iréis á Marbolg y veréis al Maestre; le diréis que De-Danfelf se apoderó de una doncella creyendo que era hija de Jurand, y advirtió á éste; Jurand vino á Tseitna y ya sabéis lo demás...

—Obedeceré vuestra orden; pero desearía saber si está aquí la hija de Jurand.

Sigfrido De-Love permaneció pensativo. Odiaba á los polacos, era cruel por naturaleza y amaba los combates; atrevido y altivo, no vacilava en cometer un crimen; pero su misma soberbia le hacía aborrecer toda intriga. Lamentaba, además, las frecuentes violencias cometidas por los Cruzados que continuamente les obligaban á dar mentidas disculpas.

Le veía obligado á contrariar sus propios sentimientos ó á revelar un secreto.

Después de pensarlo mucho, exclamó:

—De-Danfald, será juzgado por Dios; si os preguntan por sus obras diréis lo que vuestros ojos han visto; nueve cadáveres, muchos heridos, sangre y destrozos.....

—¡Basta! ¡Basta!—exclamaron todos.

—Añadiréis que los Cruzados no se atrevieron á castigar á Jurand antes que éste les agrediese.

—Diré lo que he visto,—replicó De-Begrov.

—Nos veremos en la capilla á media noche y allí rezaremos por los muertos,—dijo Sigfrido, extendiendo la mano para despedirse y consultar con Rotgher.

Cuando aquéllos hubieron salido, el nuevo podestá habló á Rotgher así:

Oyeme; sólo hay un medio de salvación, y es que nadie sepa que la hija de Jurand ha estado encerrada en la torre.

—No me parece difícil,—observó Rogher porque exceptuando De-Danfald la monja y nosotros, nadie sabe como ha ocurrido el rapto, pues De-Danfald ha hecho matar á los soldados que lo efectuaron.

—Bien,—exclamó Sigfrido.

—Yo por mi parte, pensaba que habiendo muerto De-Danfald podría achacarsele toda la culpa de lo ocurrido.

—No, no puede ser eso, no podemos excusarnos así, pues todos saben que estuvimos juntos en la corte del

príncipe y que si algún crimen cometió él, nosotros debíamos saberlo.

—Es verdad,—dijo filosóficamente Rotgher.

—Ante todo, lo principal, es que no soltemos á la hija de Jurand, pues si no ella nos delataría.

—Tenéis mucha razón.

—Dios me es testigo de que no hablo sino en favor de la orden; porque si se descubriera nuestra conducta, la Orden misma sería la que tocara las consecuencias.

—¿Y si desaparece la joven, no se nos acusará igualmente?—preguntó Rotgher.

—No, De-Danfald era muy previsor, y no solo hizo decir á Jurand que iba á Tscitna, sino, que le hizo escribir al príncipe diciéndole que iba á rescatar á su hija de manos de los bandidos.

—Eso es, pero, ¿como esplicaremos lo que ocurrió antes?

—No lo sé, pero de todos modos, nos arreglaremos para que nadie nos pueda acusar.

Después de mirar á su altepedor, Rotgher preguntó:

—¿Qué hacemos de Danusia?

—¡Bah!

—Dádmela á mí.

—No; escuchame joven; todo puede hacerse para mayor gloria de la Orden pero no hay que ser indulgente para las pasiones, porque Dios castiga severamente á quien no se domina.

—Me juzgáis mal.

—Dejáos de vicios,—contestó Sigfrido,—porque esos acarrearán la destrucción de la Orden.

El anciano inclinando la cabeza, quedó un momento pensativo.

—También yo vertí sangre, causé desdichas é hice derramar lágrimas á los inocentes, pero siempre por el bien de la Orden, y cuando me llame Dios seré perdonado y premiado por él.

Diciendo estas palabras descubrió su túnica y enseñó un cilicio que rodeaba su cintura.

— ¡Oh! joven renunciad á la disolución, — dijo — porque ya veo cruzar por el aire el águila que ha de comerse el corazón de los templarios.

Sus palabras fueron interrumpidas por una ráfaga de aire huracanado que silbó á través de las ventanas.

— En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, — exclamó Sigfrido, — que noche más horrible!

— Parece que todos los diablos anden sueltos.

— Los sacerdotes ruegan junto al cuerpo de De-Danfeld?

— Sí.

— Ha muerto sin confesión. ¡Dios le haya perdonado!

— ¡Amén!

Rothger, después de cerrar la ventana, preguntó á Sigfrido:

— ¿Os llevaréis, vos, á Danusia?

— Te interesa la muchacha, ¿eh? Sí, vendrá conmigo, y el gran Maestre decidirá.

— ¿Y yo, qué hago?

— Vé á la corte del príncipe Masovetz, y cuéntale lo que ha sucedido.

— Me expongo á morir.

— Aunque debieras perecer no hay que vacilar; sin embargo, nada te ocurrirá, porque Janush no maltrata á sus huéspedes. Quizás alguien te desafíe, pero eso no debe asustarte.

— ¿Y si me encarcelan?

— No puede ser; acuérdate que Jurand ha escrito la carta que te dije, y tus palabras serán creídas. Además, todos pensarán que, siendo culpables, nadie se hubiera atrevido á ir á la corte de Janush.

— Es verdad; apenas entierren á De-Danfeld, emprenderé el viaje.

— ¡Dios te proteja! Sí, todo saldrá á pedir de boca, y aún apareceremos como víctimas de la ferocidad polaca.

— ¿Y quién se quejará?

— Todos; porque ya sabes que no nos falta elocuencia.

— ¿Y si ese diablo de Jurand cura?

Sigfrido miró de un modo expresivo á su interlocutor y dijo, acentuando sus palabras:

— No dirá una palabra contra la Orden.

### III

La noticia de lo ocurrido en Tscina llegó á Varsovia antes que Rothger, y produjo inmensa sensación.

Tanto el príncipe como los señores de la corte, no comprendían nada de lo ocurrido, porque se recibió la carta de Jurand de Spichov, diciendo que su hija había sido robada por unos bandoleros, y no por los templarios.

Se creyó lo que decía aquella carta, porque aun cuando se sabía que los templarios eran capaces de cualquier fechoría, no suponían que se atrevieran á robar á la hija del terrible guerrero de Spichov.

El príncipe ordenó que salieran tropas para perseguir á los bandoleros, y exhortó á los príncipes vecinos á seguir su ejemplo.

A fuerza de pasar de boca en boca las noticias, se fueron desnaturalizando, y había individuos que contaban las más peregrinas invenciones relativas al rapto de Danusia y á la muerte de su padre.

Janush ansiaba saber lo que verdaderamente hubiese ocurrido en Tscina, y aunque odiara á los templarios, alegróse cuando le anunciaron la llegada de uno de ellos.

El príncipe recibió con duro rostro al caballero, y aunque recordara perfectamente que había sido uno de los huéspedes de caza, le preguntó quién era y de dónde venía.

—Soy Rogher, y me inclino ante vos, como humilde soldado de Cristo.

—¿Por qué no lleváis el manto?

El caballero explicó que no lo llevaba para que no lo asesinaran los caballeros de Masovetz, quienes, al revés de los demás caballeros en otros países, no respetaban á la Orden de los templarios.

—Sí que respetan la cruz,—gritó Janush;—pero no la perfidia y la impostura, y si os acojo bien es porque aún no os conozco lo suficiente.

Luego, cambiando de tono, añadió:

—¿Sabéis lo que ha ocurrido en Tscina?

Rotgher contó con todos sus detalles lo que deseaba saber el príncipe, y la locura que se apoderó de Jurand, quien asesinó á De-Danfelf, á Godfrid, al inglés Ching y á muchos otros. Añadió que los templarios, observadores fieles de las leyes eternas, no habían querido matarle, sino que le envolvieron en una red, esperando que le juzgaran por sus crímenes.

Insistió en que Jurand se había herido á sí mismo, y que en la ciudad todos estaban contra él.

Aquella relación impresionó á los oyentes, quienes se preguntaban horrorizados si realmente Jurand había llamado en su auxilio á las huestes infernales.

La princesa, que amaba mucho á Danusia, preguntó á Rotgher:

—Caballero, decid que arrebatasteis una niña de manos de los bandoleros, y que creyendo que era hija de Jurand llamasteis á éste.

—Sí, ilustre señora.

—¿Cómo podíais pensar que fuera Danusia, si habíais visto á ésta muchas veces á mi lado?

Rotgher quedó perplejo, pues no esperaba tal pregunta. El príncipe se levantó mirándole fijamente. Seis ó siete caballeros se levantaron también repitiendo:

—Es verdad; ¿cómo pudisteis equivocaros?

Rotgher murmuró:

—Nosotros no miramos nunca á las mujeres; en el pabellón de caza sabíamos que había muchas señoras, pero no conocíamos á la hija de Jurand.

—De-Danfelf lo sabía, porque durante la caza habló con ella.

—De-Danfelf ha comparecido ya ante el Señor,—repuso Rotgher;—y puedo añadir esto: que al día siguiente de su muerte había sobre su féretro muchas rosas, aunque estamos en invierno.

—¿Cómo supisteis que los bandoleros habían robado una mujer?

—Por el rumor de las gentes.

—Es muy raro que os equivocaraís.

Rotgher replicó:

—De-Danfelf decía que el diablo es engañador y capaz de cambiar los rostros.

—¿Y la carta del padre Kaleb con el sello de Jurand, quién la escribió?

—El espíritu malo.

Rotgher, queriendo aprovechar el estupor de los oyentes, dijo:

—Las preguntas que me hacéis son puñaladas que me llegan al alma, porque revelan que me creéis sospechoso; pero yo, que soy inocente, os pregunto: ¿Si no hubiese creído Jurand que los templarios eran los salvadores de su hija, por qué había de ir á Tscina antes que le llamaráramos?

—Puede ser que digáis la verdad,—observó el príncipe;—por un momento sospeché de vos, pero ahora creo que los templarios han obrado como buenos caballeros.

La malicia y la doblez de los templarios vencía una vez



más á los polacos, los cuales estaban destinados á ser presa de la Orden, como la mosca lo es de la araña.

Rotgher, con voz más firme, dijo al príncipe:

—Ilustre señor, debéis recompensarnos por nuestras desventuras y por las lagrimas y la sangre que vuestro pueblo ha hecho derramar á los templarios. Jurand es vuestro súbdito, y así, en nombre del Señor, que otorga vida y bienes, os conjuro á que reparéis los males que hemos sufrido.

El príncipe le miró con estupor.

—¿Qué queréis?—preguntó.—Jurand, enloqueciendo, ha causado estragos; ¿quizás debo responder yo de su locura?

—Señor, es vuestro súbdito; en vuestro principado están sus tierras y el castillo en que guardaba prisioneros á los soldados de Cristo; si no todas sus posesiones, esa fortaleza infame, por lo menos, debiera pasar á manos de la Orden.

El príncipe no sabía qué pensar de tales exigencias; después de una breve pausa, dijo:

—Si vuestra Orden ocupa tierras próximas á Masovia, lo debe á la largueza de mis antepasados; muchos de los países y ciudades de mis abuelos son ahora vuestros. La hija de Jurand está viva; ¿queréis desposeerla de sus bienes?

—Señor, vos mismo reconocéis que hemos sufrido grandes pérdidas; indemnizadnos, pues, como creáis digno de vuestra generosidad.

Rotgher pensaba que así, no solamente conseguía borrar toda sospecha, sino también sacar provecho para la Orden.

Nicolás de Dlugoliass contestó:

—Tenéis fama de avaros y parece que la merecéis, pues, en tal asunto, antes os preocupáis del provecho que del honor de la Orden.

El templario se levantó, y alzando la cabeza con altivez, dijo:

—Aquí he venido, no como embajador, sino como testigo de horribles sucesos; como caballero de la Orden dispuesto á defender su honor á costa de mi sangre. Quien osare, ahora que se ha visto la carta de Jurand, á acusar á la Orden del rapto de la joven, encomiéndose á la justicia de Dios.

Diciendo esto, arrojó un guante al suelo.

Los caballeros permanecieron indecisos. Todos hubiesen querido de buena gana hundir su espada en el pecho del alemán, pero temían la justicia de Dios. No ignoraban que Jurand había esculpado á los templarios, y pensaban que en un desafío hubiera salido vencedor Rotgher, porque decía la verdad.

El templario añadió con orgullo:

—¿Nadie recoge mi guante?

Un caballero que desde el umbral de la puerta había oído las palabras de Rotgher, adelantó exclamando:

—¡Yo lo recojo!

Y después, lanzando un guante al rostro del alemán, añadió:

—Ante Dios, ante el príncipe y ante todos los nobles caballeros de esta tierra, te digo, templario, que ladras como un perro contra la justicia y la verdad, y te reto á luchar á caballo ó á pie, con lanza ó con espada, con hacha ó con puñal, hasta derramar la última gota de sangre.

En la sala se hubiera oído el vuelo de una mosca. Todas las miradas se habían dirigido hacia Rotgher y el caballero que le retaba, el cual tenía bajada la visera del casco.

El templario quedó no menor sorprendido que los otros, y su intensa ira fulguró sobre su rostro como un relámpago en el cielo. Apretando el guante que había colgado de un garfio de su coraza, preguntó:

—¿Quién eres tú, que osas afrontar la justicia de Dios?

El caballero levantó la visera, exclamando:

—Zbishko de Bagdanetz, marido de la hija de Jurand. Los caballeros se asombraron, y Rotgher, lo mismo que los otros, porque exceptuando al príncipe y á la princesa, Viscionok y De-Lorsh, nadie sabía que Zbishko se hubiera casado con Danusia.

De-Lorsh, adelantándose, dijo:

—Por mi honor caballeresco, confirmo la verdad de estas palabras, á quien dude de ellas le arrojaré mi guante.

Rotgher no conocía el miedo, y de buena gana hubiese también aceptado aquel segundo reto, á no ser que De-Lorsh era un caballero poderosísimo y pariente del conde de Ghelderusk.

El príncipe, frunciendo la ceja, dijo á Rotgher:

—No podéis aceptar este duelo, porque yo declaro que el caballero Zbishko ha dicho la verdad.

El templario se inclinó, y mirando á su adversario, dijo:

—Si deseáis combatir á caballo ó á pié, sí...

—¡Os lo he dicho, ya!—interrumpió Zbishko.

—¡Dios conceda la victoria al que tiene la razón!—prorumpieron todos los caballeros.

#### IV

Las damas y señoras de la corte temían por Zbishko, porque la carta de Jurand daba la razón al templario. Se sabía que Rotgher ocupaba un grado preeminente en la Orden, y su escudero Fan-Krist decía á sus colegas que su amo, antes de convertirse en monje armado, se sentaba en el sitio de honor entre los cruzados, distinción á la cual sólo podían aspirar los más célebres caballeros que

habían combatido en Tierra Santa, ó que habían luchado con dragones ó gigantes.

Añadía que Rotgher había vencido una vez á cinco caballeros armados hasta los dientes.

Temieron, pues, por la suerte de Zbishko todos los cortesanos, y cuantos conocían al joven. Algunos decían:

—Si fuera Jurand, podría pelear hasta contra dos hombres al tiempo; ningún alemán salió vivo de sus manos, pero Zbishko era tan joven...

Otros sentían no haber recogido el guante, pero decían:

—¡Temimos la justicia de Dios!

Muchos enumeraban la interminable lista de caballeros de Masovia, que en las justas y torneos habían vencido á sus enemigos.

—Zbishko es un gran guerrero,—decían algunos.

El día antes del duelo, mientras Fan-Krist hacía de nuevo el relato de la famosa victoria de Rotgher, Glava, cogiéndole por la barba, le decía; «Si no te da vergüenza mentir ante nosotros, mira á lo alto, porque también Dios te escucha.»

Fan-Krist, sabiendo que el techeque era noble de nacimiento, lo desafió á luchar con el hacha.

Los habitantes de Masovia admiraron la acción de Glava, y creyeron que la lucha sería interesante.

El príncipe llamó á Zbishko, y en presencia de la princesa le preguntó:

—¿Estás seguro de que Dios está de tu parte? ¿Cómo puedes saber que los templarios han robado á Danusia? ¿te ha dicho algo Jurand?

—No.

—¿Y sin embargo arriesgas la vida?

Zbishko callaba y sus ojos se preñaron de lágrimas.

—No sé nada, señor,—exclamó.—Yo partí con Jurand, á quien confesé que me había casado con Danusia; al principio se mostró inexorable, pero cuando lo persuadí de que todo había ocurrido por la voluntad de Dios, se tran-

quilizó. Primero decía que Danusia había sido robada por sus enemigos, pero cambió de parecer cuando llegó á Spichov aquella mujer que trajo el bálsamo.

—¿Llegó sola esa mujer?

—No, la acompañaba un peregrino; hablaron con Jurand y no sé lo que dirían, pero después del coloquio, mi suegro me dijo: «No son los templarios los raptores.» Dejó en libertad á De-Begrov y á los demás prisioneros, no sé por qué causa, y partió sin escolta ni escudero. Yo permanecí unos días en Spichov y allí supe que Jurand había matado á muchos alemanes y que estaba moribundo. Entonces partí de Spichov para vengarle. He entrado en la sala en el instante en que Rotgher hablaba de la ferocidad de Jurand, y he recogido el guante porque, aunque ignoro si los templarios son los raptores de mi mujer, sé de fijo que son unos perros, unos bandidos sin vergüenza ni honor. No sé dónde está Danusia, pero quiero batirme con el templario, y aunque me maten prefiero la muerte á seguir separado de mi mujer.

Zbishko, mesándose los cabellos, rompió en un llanto tan angustioso que la princesa Ana Danuta, poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo con voz dulce:

—Ojalá Dios te auxilie, te consuele y te bendiga.

FIN DEL TOMO PRIMERO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVER  
"ALFONSO REYES"  
1048. 1085 MONTERREY.

